



SALVAJE

votos malvados

USA TODAY AUTORA MÁS VENDIDA

JANE HENRY

Salvaje

Romance oscuro de matrimonio arreglado con la Bratva

Votos Malvados

Libro 6

Jane Henry

Traducido por

Jason O'Bannon



SALVAJE: ROMANCE OSCURO DE MATRIMONIO ARREGLADO CON LA BRATVA

Copyright © 2024 por Jane Henry

Todos los derechos reservados. Esta es una obra literaria de ficción. Cualquier nombre, lugar o incidente es producto de la imaginación del autor. Las similitudes o parecidos con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o establecimientos, son puramente coincidentes.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros.

La reproducción, transmisión, distribución no autorizadas o el uso de la obra con derechos de autor en el entrenamiento de Inteligencias Artificiales (IA) es ilegal y constituye una violación de la ley de derechos de autor de EE. UU.

Diseño de portada por Popkitty

Fotografía de portada de *Michelle Lancaster* (<https://www.michellelancaster.com/>)

Índice

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Preestreno](#)

[Meet Jane](#)

Sinopsis

Marcada. Ignorada. Manchada.

Nacida en los bajos fondos más despiadados, me han dejado de lado. Estoy encerrada en una jaula de mentiras y traiciones, y ahora me culpan de un crimen que no cometí.

Pero entonces él vino a por mí.

Ollie Romanov, el ejecutor salvaje, cree que soy una traidora.

Es implacable, despiadado y está dispuesto a hacerme pagar por mis pecados.

Para él, no soy más que un peón al que castigar. Una traidora que hay que quebrar.

Y sin embargo, bajo ese exterior frío y brutal, veo algo más: una oscuridad que llama a la mía.

No debería ansiar la conexión retorcida que compartimos. Juraría que ese hombre no tiene conciencia...

Salvo cuando se trata de mí.

¿Me he casado con un monstruo sin corazón? ¿Un psicópata?

¿O ha encontrado por fin este Salvaje a su igual en mí?

Capítulo Uno

OLLIE

HAY dos tipos de personas en este mundo: los que mienten bien y los que son un desastre mintiendo.

Santiago Morales es de los segundos.

El puto cobarde está de rodillas en el suelo empapado de lluvia, con un fino reguero de sangre que le cae de una herida en la frente. Tiene las mejillas hundidas, los ojos castaños oscuros hundidos y asustados. El primo hermano de Isabella Morales es un esqueleto andante, atormentado por el terror del diablo al que sirve, bajo la custodia del diablo al que teme.

Menuda putada.

Pero joder. Hasta yo daría de comer a los hombres que trabajan para mí. El tipo parece que ha vivido a pan, agua y una dieta constante de ahogamientos simulados. Carlos Carrera era un puto tirano narcisista.

—Por favor —suplicó Santiago en un inglés macarrónico—. —No lo sé.

Las nubes cambiantes de la tormenta sobre el cielo de última hora de la tarde dejan al descubierto sus ojos aterrados. Me revienta cómo tiembla. Sabe dónde está Renata, y merece morir.

La sangre me retumba en las venas.

Renata Carrera es *mía*, y prenderé fuego a este puto mundo hasta reducirlo a cenizas antes de dejar que nadie le toque un pelo. Otros dirán que la deje ir, que la deje correr y esconderse, pero la bestia que llevo dentro la quiere encadenada a mí.

Camino en círculo alrededor de Santiago mientras sus ojos enrojecidos y desorbitados me siguen. Se humedece los labios secos y agrietados y traga como si intentara reunir valor.

—Tienes que entender —le digo a Santiago con una voz falsamente tranquila—. Toda nuestra operación depende de encontrar a Renata. Si no la encontramos, estamos en un punto muerto. Ella tiene información sobre nosotros que es increíblemente sensible al tiempo. Me inclino y le doy una palmadita en la mejilla. Se estremece como si blandiera un látigo—. —¿No te parece lógico? ¿Eh?

A las ocho de esta mañana, en The Cove, encontraron a nuestros hombres que tenían a Renata bajo custodia, con balas entre ceja y ceja.

Mejor, en realidad. Habría tenido que matarlos por dejarla escapar.

Renata es mucho más que un peón en este juego. Es la reina que se me escapó entre los dedos, y cada segundo que no la tengo, más crece mi necesidad de tenerla.

—No lo sé. Lo juro por Dios, ino lo sé! —solloza. Aprieto la mandíbula y le fulmino con la mirada—. —Hostia puta, que me vaya de este mundo con los cojones intactos, sea como sea.

Entorno los ojos y me planto frente a él, con los brazos cruzados. Emociones como estas nunca me conmueven. Algunos creen que

soy el callado porque “las aguas mansas son profundas” o alguna cursilada poética de esas.

Yo callo porque me suda la polla hacer de buenazo. Es más fácil cerrar el puto pico. Hace que la gente se lo pregunte.

—Puedes matarme —dice el cobarde, apartando la mirada. Fanfarroneando como un campeón. —Haz conmigo lo que quieras; te juro que me da igual. Pero tienes que creerme, no lo sé.

Suelto un suspiro y niego con la cabeza.

Ladra un perro y una mujer enfadada grita algo ininteligible en el mercado a nuestra espalda. Ha venido de perlas que el mercado esté hoy en plena ebullición, porque el murmullo de la gente de atrás tapa nuestro trabajo. Aunque nos vieran, seguirían andando. A nadie en este barrio le importamos una mierda, y saben que es mejor ni acercarse a asuntos del cártel.

Le miro y vuelvo a negar.

Me da igual que esté cubierto de sangre. Me da igual ordenar a mis hombres que lo pongan de ejemplo, que lo entierren a pedazos por todas partes y que corra la voz de su muerte a los cuatro vientos. Solo me importa buscar respuestas, y voy a encontrarlas cueste lo que cueste.

A lo lejos, aúlla una sirena, tapando por un momento la charla del mercado.

Suelto un suspiro cansado—. —No tiene por qué ser así, Santiago. — Los dos hombres que he traído conmigo se mantienen impasibles detrás de mí. Leales al cártel de los Morales, ahora lo son a la Bratva Romanov por asociación desde que mi hermano se casó con Isabella.

El de mi izquierda tiene el pelo canoso y una barba recortada con esmero. Lleva la ropa planchada, y la tinta del brazo derecho

superior indica su afiliación con *Fuerzas Militares de Colombia*—el ejército colombiano.

El que está a su lado es más joven pero más grande; se le marcan los músculos cuando cierra los puños. Me recuerda a mi hermano Viktor: corpulento, musculoso, intrépido. A los dos les repugnan los traidores, y no les culpo ni un puto poco.

Uno le suelta algo al otro en un español rapidísimo, y ambos niegan con la cabeza. Hablo español, pero mal, así que solo pillo la idea general. Han dicho que esto se está alargando demasiado. Que estarían encantados de ayudarme.

Hubo un tiempo en que el hombre que sangra bajo la lluvia, suplicando por su vida, consideraba a estos dos sus hermanos. Habrían muerto por Santiago y su familia.

Quieren justicia.

Les da igual dónde esté ella. Solo les importa dar un escarmiento a este capullo para que a nadie más se le vuelva a ocurrir.

—Si me dices lo que necesito saber, te saldrá a cuenta. —Ahora el que miente soy yo. Va a llevarse una bala entre ceja y ceja haga lo que haga.

—¡Por favor, señor! No puedo decirle nada. Carlos fue el que me lo dijo. ¡Él es el que la persigue, es a él a quien debe encontrar!

¿Carlos? Aunque sé español, niego con la cabeza. Esto no cuadra.—Carlos Carrera está muerto.

Encontraron a Carlos Carrera muerto antes de que yo viniera aquí. Confirmado. Lo enterramos junto a Javier.

Se da cuenta de su error y sacude la cabeza de inmediato. Balbucea en un español tan roto y rápido que no pillo del todo. Tampoco ayuda que esté obsesionado con lo que ha dicho.

Carlos.

El puto Carlos Carrera.

El hermano de Renata Carrera. Nuestro enemigo mortal. Si Carlos sigue vivo, tenemos un problema mucho más gordo de lo que creíamos.

Doy un paso hacia él y le agarro del pelo.—¿Crees que soy gilipollas? ¿Me estás diciendo que Carlos sigue vivo? —Ha cometido la cagada de su vida contándome esto.

Los dos hombres se miran con terror. Se les ven los blancos de los ojos. Uno susurra una oración atropellada por puro instinto. Si Carlos está vivo, están jodidos.

No quiero que haya ni una sombra de malentendido entre nosotros, así que les hablo en su lengua. Mi voz retumba en el callejón estrecho tan fuerte que ambos pegan un salto.— *¿Alguno de ustedes sabe algo sobre esto?*

¿Alguno de ustedes sabe algo sobre esto?

—*No, señor*— dicen al unísono.

Santiago llora para sí. Me vuelvo y le clavo la mirada en los ojos.— Estás mintiendo. Lo sé. —Hablo en voz baja, casi suave, asegurándome de que oye cada maldita palabra—. Carlos Carrera está muerto. Y tú sabes exactamente dónde está ella y quién se la llevó.

Niega con la cabeza, todo él hecho un temblor.—¡No lo sé!

Jesús, qué terco. Le lanzo una mirada de hielo.—Enseñadle —ladro a los hombres.

En segundos, sacan capturas del teléfono de Santiago mostrando la llegada de Renata.—Llevamos vigilando. Lo sabemos —dice el mayor, con voz fría e inmutable. La cara preciosa de Renata se distingue pese a la resolución granulada.—Esto se ha tomado hoy.

Santiago palidece ahora que la evidencia de su traición es innegable. Gira la cabeza como si apartar la mirada fuera a borrar esto. Cobarde.

Odio a los cobardes.

—Pensaste que podías esconderla e irte de rositas. Pensaste que podrías ser un héroe para los que quieren traicionarnos. —Me inclino más—. Pensaste que podrías mentir y salir vivo.

Solloza, negando de lado a lado.

—¿Sabes qué les pasa a los que nos traicionan?

—¡No! ¡No! —El blanco de sus ojos me recuerda a un animal rabioso. Niego y me irguo.

Se acabó. Si Carlos anda por ahí, tenemos que *movernos* de una puta vez. Estamos como patos en una feria.

Asiento a los hombres a mi espalda. El de pelo cano saca su Sig Sauer P226 Legion y me lo entrega. Me encanta su peso y su equilibrio y lo fácil que es apretar el gatillo. Me gusta el tacto del metal frío en la palma y apenas me contengo para no acariciarlo.

Apunto a la cabeza de Santiago. Balbucea sin parar en español y luego empieza a suplicar en un inglés mal chapurreado.—¡No! No, por favor, tengo familia. No puedes... —

Escupo al suelo—. Les irá mejor contigo muerto que sabiendo que eres un traidor.

—Yo no... no soy...

El disparo resuena en el callejón. Santiago cae al suelo. La cabeza golpea el asfalto con un ruido sordo y repugnante, la sangre salpicándole el rostro macilento.

Se supone que ahora debería sentir algo. ¿Remordimiento, quizá? ¿Arrepentimiento? Algo, lo que sea, que me haga humano y no un robot adiestrado para reaccionar y no sentir... pero no. Solo siento

un leve alivio porque hay un traidor menos y un cabreo de cojones por no haberle sacado más.

Quiero a Renata Carrera para mí.

Frunzo el ceño y me doy la vuelta para irme.

—Recoged esto. Ya sabéis qué hacer con el cadáver. Aseguraos de que todo el mundo sepa lo que les pasa a los traidores.

—Sí, señor. ¿Hablamos primero con Isabella?

—Sí. Preguntadle cuál es la mejor forma de difundir el mensaje, y no os tiréis el puto día con ello.

—Sí, señor, sí.

Me interno en las sombras mientras se pone el sol, con la lluvia aporreando el cuerpo patético e inerte de Santiago a mi espalda.

Todo queda a mis espaldas.

Está aquí. Sé que lo está. La siento aquí, joder. Y cuando la encuentre, *ella* también sabrá lo que les pasa a los traidores.



Capítulo Dos

RENATA

MI FAMILIA bien podría haber invertido más en este maldito piso franco. Los suelos están sucios, la luz es tenue. La silueta de unos muebles viejos y desgastados, arrinconados en una esquina, le da al lugar un aspecto lúgubre. La lluvia que golpetea contra la ventana no hace más que empeorarlo.

Amo mi tierra, pero ahora mismo daría cualquier cosa por volver a estar con los Romanov. He anhelado escapar de los lazos que me unen a mi familia, encontrar la libertad. Pero ese sueño es una pesadilla y la libertad no es más que otra palabra para referirse a la supervivencia.

Aun así, me siento erguida en la silla a la que estoy atada e ignoro el hambre que me corroe las entrañas y la punzada en el costado por llevar tanto tiempo sentada aquí.

Va a venir. Sé que va a venir, joder. Me han traído aquí por una razón y todo mi ser sabe por qué.

Mi hermano no está muerto.

Sabía que era demasiado bueno para ser verdad, y sabía que era mentira porque no sentí ningún alivio. Solo recelo y una certeza profunda y oscura que proviene de compartir parte del ADN de ese hombre.

Y ahora esperaré a que venga para hacer lo que coño planee hacerme. He traicionado a los Sangre Dorada. Mi hermano ya debe de saberlo. Pagaré con mi vida lo que he hecho.

Joder.

El viejo corpulento de aliento a ajo y manos ásperas, el que me arrastró hasta aquí nada más bajar del avión, se ríe sin piedad en la penumbra. —Va a venir —me provoca—. Está usted en un buen lío.

Echo la cabeza hacia atrás y finjo que no le oigo.

Pero no puedo evitar que se me erice la piel y que se me ponga el vello de punta. Odio cómo se me acelera el corazón, como si me persiguiera un asesino con un hacha.

Preferiría enfrentarme a un asesino que a mi hermano.

Se oyen pasos fuera.

El corazón me martillea en el pecho. Aprieto los dientes.

La puerta se abre y cuatro hombres enmascarados entran en la habitación, cada uno con una pistola en el costado, todos en estricta formación militar. Y tras ellos, acechando como un león furioso y hambriento, entra el mismísimo Carlos Carrera.

Vestido con ropa negra y funcional, entra con su habitual ceño fruncido y un aire de autoridad recién adoptado. Reprimo una risa. Javier Morales, su antiguo jefe, ha muerto, y esa es la única razón por la que se pavonea como si fuera el amo del cotarro.

Una lámpara parpadea sobre una mesita de noche mientras uno de los enmascarados coge una silla y la planta en el suelo frente a mí. Pero Carlos no se sienta.

Sosteniéndome la mirada, Carlos se yergue sobre mí con una presencia amenazadora. Quiere que sude. Quiere que tiemble.

No puedo evitarlo. Estoy haciendo ambas cosas y me odio por ello.

—Hola, hermanita —dice, con voz fría y calculadora. Se inclina y me roza el moratón de la mejilla con el pulgar. Reprimo una mueca de dolor, pero se da cuenta—. ¿Quién te ha hecho esto?

Señalo con la barbilla al hombre corpulento sentado a mi lado.

—Qué trabajo más chapucero —dice Carlos—. ¿Esto es lo mejor que ha podido hacer? ¿Ha traído a una traidora para interrogarla y esto es lo mejor que ha podido hacer? Ni siquiera está sangrando. — Sacudiendo la cabeza, saca despreocupadamente una pistola de una funda que lleva en el costado.

—¡Por favor, señor! ¡Lo haré mejor! —Los ojos del hombre están como platos, sus manos extendidas, suplicando—. Deme otra...

Bum.

Grito cuando la bala le acierta justo en el entrecejo. La sangre brota de la herida mientras su pesado cuerpo cae al suelo, sin vida. Me muerdo el labio hasta que noto el sabor metálico en la lengua para no gritar, pero el grito se me escapa en un quejido.

—Es una traidora —dice Carlos, acercándose a mí. Me encojo, pero no puedo escapar de él. Aunque no estuviera atada a esta silla, es más grande y más fuerte que yo. Lo sé por experiencia propia.

Me agarra el pelo con un puño y me echa la cabeza hacia atrás.

—Si yo les envío a traer a un traidor, sea hombre o mujer, y les digo que lo castiguen, quiero decir que lo castiguen de cojones —gruñe Carlos. En un rápido movimiento, echa la mano hacia atrás y me da una bofetada, fuerte, en plena cara. Se me saltan las lágrimas y la cabeza se me sacude hacia un lado. Me abofetea la otra mejilla. Grito de dolor. La mandíbula me vibra por el impacto, la piel me arde.

Me coge de la barbilla y la agarra, evaluando su obra. —Vaya. Esto está un poco mejor —gruñe, mostrando unos dientes amarillentos.

Mi mejor amiga, Isabella, siempre odió a Carlos, y con razón. Lo llamaba «adefesio y feo», y tenía razón. «Qué pena que te quedaras tú con todos los genes de la belleza», me dijo una vez. «Quizá por eso está siempre tan malhumorado. Tiene que doler ir por ahí con esa cara».

Pero yo sé la verdad. Carlos tiene la cara de la encarnación del mal porque lo es. La fealdad de su rostro no es más que un reflejo de su corazón.

—Seré bueno contigo esta vez, hermanita, porque te necesito. Y cuando te mande de vuelta con tu tortolito, las cosas podrían complicarse si tienes algún hueso roto.

Oh, no. Dios mío.

¿Tortolito? El corazón me late tan deprisa que tengo el estómago revuelto.

Ahora entiendo por qué a Isabella le resultó tan fácil matar a su hermano, Javier. Si tuviera un arma y medio segundo, apretaría el gatillo a la velocidad del rayo. *Odio* a este hombre que tengo delante. El niño con el que crecí, mi hermano, que fue mi confidente y mi cómplice, ha desaparecido. Apenas reconozco a este monstruo.

—Ni se te ocurra mentirme, Renata. Lo sé. Te he tenido vigilada cada minuto que has pasado en Nueva York. Por eso sabía que eras una traidora. No se me escapó cómo le miras. Vi cómo te enamoraste de él. Lo sé.

Dios, ¿cómo lo sabe? ¿Y cómo voy a escapar de esta?

—Así que voy a hacer un trato contigo —se sienta en la silla y se inclina hacia delante, con los brazos apoyados en las rodillas y sus ojos desalmados clavados en los míos.

No te vencerá.

No lo hará.

Tengo que mantenerme fuerte. Tengo que mantener la cabeza fría. ¿Y qué si sabe que me he enamorado de Ollie Romanov? ¿Y qué si por eso me ha traído de vuelta?

Aun así..., ¿qué espera ganar teniéndome aquí?

No me ha matado porque necesita algo.

¿El qué?

Carlos me aprieta la mejilla palpitante con el pulgar. El pulso amenaza con ahogarme, pero no me muevo. Se acerca más, su voz es fría y cruel. —Esto es lo que harás. Vas a volver con tus queridos Romanov a The Cove. Probablemente te castigarán brutalmente ellos mismos, pensando que los has traicionado, pero los pobres tontos no se imaginarán ni la mitad —sacude la cabeza—. Fingirás que no existo. Fingirás que querías confirmar mi muerte aquí en Colombia, y que lo hiciste.

El pulso se me ha acelerado tanto que apenas oigo nada por los martillazos en mis oídos.

Fulmino a Carlos con la mirada, con la mejilla palpitante y los ojos llorosos. Pero mi voz es firme y está llena de determinación. —Me subestimas, Carlos. No voy a dejar que me utilices así.

Carlos se inclina más, su voz es un susurro peligroso. —Oh, pero lo harás. Porque si les dices algo..., cualquier cosa sobre mí, asesinaré al hombre que amas delante de ti.

Si algo se me ha dado siempre excepcionalmente bien ha sido saber cuándo alguien mentía. Mi madre solía llamarlo mi superpoder. De hecho, era tan buena en ello que mi padre me hacía entrar en las reuniones con sus amigos y me exhibía como si fuera una atracción de circo. La gente que conocía acababa aprendiendo que mentirme no servía de nada. Supe que Papá Noel no existía antes de ir al colegio, y supe la verdad sobre de dónde vienen los niños mucho

antes de lo que debería cualquier crío como resultado de este extraño pero innegable talento.

Y una cosa sé con absoluta certeza: Carlos no miente.

Se me cae la mandíbula. La cierro rápidamente, pero es demasiado tarde. Ha visto mi reacción. Sé que cree que ha dado en el clavo cuando se le iluminan los ojos.

—No amo a nadie —miento con los dientes apretados—. Soy una extraña en todos los mundos que he tocado... o al menos eso creen ellos. La hija que traicionó a su familia, la amante que engañó a sus aliados, la hermana que dejó que el diablo echara raíces en su propia carne y sangre. Mi único hogar es una prisión que yo misma he construido.

Él niega con la cabeza y ríe como un maníaco. Me da un escalofrío. —He visto cómo se te iluminan los ojos cuando él entra en una habitación. He visto cómo suspirabas por él cuando no está. Te he oído preguntar por él. Te he visto mirarlo embelesada —escupe en el suelo—. Estás enamorada de un puto cerdo ruso. Padre te habría matado por menos.

Tampoco es mentira.

Aparto la mirada, atrapada entre la certeza de que me ha descubierto y el ultimátum que me ha dado.

Todos pensarán que soy una mentirosa.

Isabella. Su marido, Lev.

Ollie.

Cierro los ojos para contener otra oleada de emociones.

Carlos es frío y cruel, un vivo recuerdo del hermano al que una vez quise, pero otra bestia me espera..., una cuya oscuridad temo tanto como anhelo. Me encontrará.

Tengo que escapar y dejarlos a todos. Tengo que encontrar una forma de salir de aquí.

Tengo que empezar de cero.

De cero.

No hay vuelta atrás, no hay puerto seguro. Lo único que puedo hacer es correr hasta que no quede nada de la chica que una vez fui.

Llevo una mano vacilante a mi mejilla y muevo la mandíbula. No está rota. Bien. Se curará.

—Averiguarás lo que saben y me informarás. Y cuando hayas terminado, cuando hayas hecho todo lo que te he dicho, daremos el siguiente paso —sonríe. El estómago se me revuelve con náuseas—. Puede que incluso te perdone.

Mentira.

No lo hará. Para él, el perdón es tan ajeno como la bondad. Para eso tendría que tener corazón.

—¿Y si no lo hago? —pregunto—. Quiero saber a qué atenerme. Siempre lo he preferido así.

Los hombres que están detrás de mí emiten sonidos de incredulidad. Incluso Carlos necesita un minuto. Parpadea sorprendido. Siento una pequeña victoria.

—Si no lo haces, lo mataré a él primero y te haré mirar, hermanita, antes de que te reúnas con él.

Hermanita. Duele más que cuando me ha pegado.

Una punzada me atraviesa el corazón cuando me llama así. Recuerdo tener solo tres años, encogida de miedo en el estudio de mi padre. Había roto su posesión más preciada, un sujetalibros horroroso que su padre había tallado con la forma de una serpiente

sobre una gruesa base cuadrada. Sabía que me ganaría el cinturón por aquello. No se me permitía entrar en su estudio.

Carlos me vio, con los ojos muy abiertos por la sorpresa al encontrarme llorando en el estudio justo momentos antes de que mi padre llegara a casa. Le conté lo que había pasado en un torrente de palabras segundos antes de que mi padre entrara.

Ni siquiera dudó; se dio la vuelta y asumió la culpa. —¡Lo siento! —le dijo a mi padre—. Ha sido un accidente. —Lloré mientras él recibía el castigo que era para mí, sin un quejido, sin una lágrima, y más tarde le curé las heridas.

¿Qué le pasó al hermano que me defendía? Mi padre plantó las semillas. El poder y la codicia son bestias insidiosas que pueden destruir el corazón de un hombre. Parpadeo y una lágrima me resbala por la mejilla.

No puedo evitar lanzar una última súplica al hermano que una vez conocí. —¿Qué te ha pasado, Carlos? Éramos amigos. Nos queríamos.

Un atisbo de algo parecido a la humanidad cruza sus facciones, but se evapora rápidamente. Se ríe y niega con la cabeza. —He crecido, Renata.

Miro el cuerpo sin vida del hombre en el suelo, asesinado por no pegarme más fuerte. Miro el rostro cruel de mi hermano, desfigurado por el odio y la ira. Trago saliva con dificultad.

—Haré lo que me pides —le digo—. Pero si le tocas un solo pelo, te mataré yo misma.

Carlos asiente como si estuviera satisfecho con mi respuesta. —Ahí está. El rastro de sangre Carrera que has mantenido enterrado bajo todas esas mentiras y engaños. —Niega con la cabeza—. Nos volveremos a ver, Renata. Recuerda que te vigilo. Ni una palabra a nadie sobre mí. Para todo el mundo estoy muerto. Ya sabes lo que pasará si vuelves a traicionarme.

Ojalá estuviera muerto. Dios, ojalá estuviera *muerto*.

Haré lo que me dice, pero no por él. Jugaré a su juego, porque si no lo hago, Ollie pagará el precio. Pero juro por Dios que, cuando llegue el momento, será Carlos quien sangre.

Me señala con la barbilla. —Llévala. No más moratones, no hoy. —Suelto un suspiro tembloroso—. Dejádla en la calle, pidiendo clemencia. El americano está aquí. La encontrará. Dejad que lo haga. —Su rostro se contrae en una mueca cruel—. Luego dejadme el resto a mí.

El americano está aquí.

Está aquí.

Y piensa que lo he traicionado. Por primera vez en toda mi vida, estoy tentada de acabar con todo. Este peso aplastante parece demasiado.

—Recuerda, Renata. Si alguna vez se lo dices, si capto el más mínimo indicio de que me has traicionado, él morirá primero. Luego tú.

No. Nunca renunciaré a esta única vida que tengo por nadie.

Me escaparé. Huiré. Dejaré atrás quien soy y empezaré de nuevo, donde nadie pueda encontrarme jamás.

Carlos se pone de pie y sus hombres se ponen firmes. Le hace un gesto con la barbilla al que tengo delante, que se coloca frente a mí.

—Pensándolo bien —dice Carlos—, un poco más de sangre no vendría mal. —Levanta la mano para pegarme. Me encojo y me preparo para el golpe que no puedo esquivar, pero no llega. Jadeo, confusa, cuando oigo un *golpe* seco. Miro y veo a Carlos de pie delante de mí, con la mano del hombre enmascarado impidiendo que me pegue. Me fijo en una pequeña cicatriz en la cara interna de su muñeca.

Habla rápido en español, con seguridad. ¿Acababa de ver morir a un hombre por no pegarme lo bastante fuerte y tenía la audacia de detener a Carlos? —Lo lamento, señor. Debería dejarla. Hará que su historia sea más creíble. Si está demasiado magullada, podrían sospechar que es un montaje.

Contengo la respiración.

Con un gruñido, empuja al guardia, que cae sobre mí.

—Está bien. Sacad a esta zorra de aquí. No tenemos tiempo para más gilipolleces. —Parpadeo, sorprendida. ¿Uno de sus hombres me ha defendido y él... lo ha permitido? ¿Le queda un ápice de humanidad? ¿Lo ha cambiado mi súplica o es que es tremendamente inconsistente?

Recordaré al guardia con la marca en la muñeca.

—El tortolito no anda lejos. Cuando salgamos, dadle un golpe en la cabeza y dejadla inconsciente.

Algo dentro de mí se quiebra. No soy una muñeca de trapo a la que se pueda golpear y maltratar. —¡No! —El pánico me invade. Lucho contra las ataduras y grito. Pateo al guardia e intento escapar, pero son demasiados y yo estoy sola. No puedo huir, haga lo que haga.

Me sacan a rastras, con los ojos vendados. Lloro sin contenerme.

Un golpe me alcanza en la nuca y el mundo se tambalea. Lo último que veo es el cielo frío y desolado mientras me hundo en la oscuridad.



Capítulo Tres

OLLIE

MIS HOMBRES LLEVAN dos días al acecho, buscando por cielo y tierra a Renata Carrera. Hay dos cosas de las que estoy seguro: no está lejos y ha traicionado a mi familia.

He mirado en todos los rincones de Colombia sin resultado, pero Isabella dice que todavía no ha salido del país, así que sigo rastreando.

Paseo por el salón de la casa colombiana de mi hermano Lev y su mujer, Isabella. Viven tanto en Nueva York como en Colombia, porque cargan con el liderazgo como puente entre el cártel de la familia Morales y la Bratva de la familia Romanov.

—No puedo encontrarla —le digo a Isabella, pasándome una mano por el pelo—. Quizá haya huido del país.

Cada paso más cerca alimenta mi rabia, pero debajo de ella se enrosca una necesidad más oscura. Da igual lo que haya hecho, da igual lo que todavía pueda hacer: es mía.

Isabella, un poco mayor que Renata y bastante más sabia, solo sonríe y niega con la cabeza. —Tengo contactos, Ollie, no lo olvides,

y tengo razones de peso para afirmar que está aquí —bebe un largo trago de agua—. Confía en mí.

Vale, vale. Confiaré en ella.

Jesús.

—Lo sabría —es todo lo que dice—. Sigue buscando.

Estoy a punto de irme cuando por fin recibo la llamada que esperaba. —Señor, la hemos encontrado. He dejado una ubicación anclada en su teléfono.

El corazón me retumba y las emociones me estrangulan. Alivio. *Está bien.* Rabia. *La maldita traidora.*

¿Dónde ha estado? ¿En qué ha andado metida? *¿Qué ha hecho?*

—Ponlo en el altavoz —dice Isabella a mi espalda. Le lanzo una mirada afilada justo cuando Lev dobla la esquina. No suelo acatar órdenes de alguien a quien apenas conozco, y menos de una mujer, pero Isabella manda en Los Sangre Dorada, y además está medio loca.

Mi hermano me sostiene la mirada, así que toco el botón del altavoz.

—La tienen —trago—. ¿Está bien?

¿Por qué me importa? Ha traicionado a mi familia. No miro a Isabella ni a Lev cuando pregunto.

—No demasiado mal. Un poco magullada, pero consciente. —Una sombra cruza el rostro de Isabella. No hace tanto, las dos eran uña y carne.

Frunzo el ceño. No me cuadra. Si su hermano siguiera vivo y la tuviera en su poder, ya estaría muerta.

—Ahora voy.

Cuelgo y me vuelvo hacia Lev e Isabella. —¿Os hablaron de Santiago?

Isabella asiente una vez, seca. —Que le den. —La lealtad hacia los LSD es primordial para Isabella, y con razón.

—¿Os pusieron al día de la conversación que tuve con él antes de volarle los sesos? —saco la pistola y compruebo que está cargada. Isabella ladea un vistazo hacia abajo.

—Esto no es el Salvaje Oeste, Ollie. Tienes que tener cuidado. En Colombia hay leyes de armas muy estrictas. No tenemos las conexiones ni la inmunidad que tenéis en Estados Unidos.

Joder.

Refunfuño y la guardo.

—No —dice Isabella—. No me han informado.

Suelto el aire. —Dijeron que Carlos no está muerto.

Lev e Isabella se miran antes de que ella vuelva a mirarme. —¿Ah, sí?

La miro sorprendido. ¿Me ha oído bien? Carlos Carrera, el más buscado de Colombia junto al difunto Javier Morales, el hermano de Isabella, se creía muerto.

—No te sorprende.

Ella suspira y niega con la cabeza. —Para nada. En parte me lo esperaba. Primero, era demasiado bonito para ser verdad acabar con el reinado del terror de mi hermano y con el de Carlos de una sola tacada. Segundo, Carlos es demasiado jodidamente malo para morir.

Ya lo veremos.

—Tráela de vuelta, Lev. —La mirada de Isabella se vuelve fría como el hielo—. Necesito tener una... charla... con mi examiga. De mujer

a mujer.

Lev la observa con atención. Les hago un gesto a ambos y me dirijo al coche.

Aparco a una manzana de donde marcaba la ubicación, oculto el arma y bajo calle adelante a paso firme. Mi enfado con Renata crece con cada zancada.

Tengo que llevarla de vuelta. Si lo que nos han dicho es cierto, Carlos estará al acecho. Y puede que él sea la razón de que esté aquí.

Los dos hombres que Isabella me ha asignado están en un portal oscuro al final de la calle. Ahí. La tienen. Está aquí.

Voy a azotar su bonito culo y atarla a mi cama para interrogarla. Voy a usar cada jodida herramienta que tenga para darle una lección que no olvidará. La haré suplicar clemencia y anhelar el castigo que le imponga, para que sepa exactamente a quién pertenece.

Me la llevo a casa.

A casa.

Ya no me gusta estar aquí. Todo me parece prestado y cansino. Me gustó viajar durante un tiempo, pero ha llegado un punto en que echo de menos mi hogar. Quiero mi propia cama otra vez. Quiero ver al resto de mis hermanos y a mi hermana. Quiero ver a mi madre. A veces el ansia de movimiento me pone inquieto, pero quiero volver a casa.

Y quiero a mis propios malditos guardaespaldas conmigo.

Me ven venir y se apartan, dejando a la vista el cuerpo pequeño y tendido de Renata en el suelo, a varios metros delante de mí.

Mi mundo se detiene en seco y me quedo en blanco. Toda mi ira. Mi sed de venganza y sangre. Mi frustración por la fuga de Renata y mis ganas de hacerla pagar. Todo se evapora.

Le echo una sola mirada a su cuerpo pequeño y hecho un ovillo en el suelo frente a mí, y un pensamiento borra todos los demás: *mía*.

Les suelto una andanada a los hombres en español: —¿Cómo cojones la dejan tirada en el suelo así? Joder. Hace frío y está sucio. El próximo gilipollas que la trate como basura se cavará su propia tumba. Ella es *mía* para castigar.

Uno de los hombres parpadea, sorprendido. Tarda un minuto en reaccionar. Yo ya estoy corriendo, con los pies martilleando el asfalto, cuando se inclina hacia ella. Pero en cuanto veo que casi la toca, cada nervio de mi cuerpo grita.

—¡No! Déjela. Ya la cojo yo.

Me mira, comprensiblemente desconcertado por mi contradicción. ¿Quiero que la toque o no? No la quiero en el suelo y no quiero que ningún otro hombre se le acerque. Así que el siguiente paso es obvio.

Caigo de rodillas ante ella y la alzo. Se remueve en mis brazos y parpadea, mirándome. Incluso hecha polvo, sucia y llena de moratones, con un top desgarrado y los vaqueros rotos, es la mujer más guapa que he visto. El pelo oscuro, largo y lustroso le cae sobre los hombros; sus ojos castaños, penetrantes, están tristes y asombrados. Los pómulos hundidos la hacen parecer más delgada que la última vez que la vi.

Necesita comida, agua y un médico.

El castigo puede esperar. Ahora mismo tengo que devolverla a la vida.

La incorporo y le pongo la mano bajo la barbilla. Le ladeo la cabeza. Su tez es más oscura que la de Isabella, pero incluso con esta luz tenue distingo un hematoma a lo largo del pómulo y la mandíbula.

—¿Quién te ha hecho esto? Los mataré. Le paso el pulgar lo más suave que puedo por la cara, buscando marcas, pero cuando se

estremece, me doy cuenta de que hasta mi caricia es demasiada para ella.

Por supuesto que no responde.

—¿Tu hermano? ¿Ha sido tu hermano?

Cierra los ojos, pesados. —Carlos está muerto —musita.

Aún no sé si de verdad lo cree.

Me pongo en pie con ella contra el pecho. —No tendrías que haberte ido —gruño, dándole un leve sacudón—. Estabas a salvo en The Cove.

A salvo conmigo.

—¿Crees que me fui? Su voz es sedosa y suave, y me dan ganas de besarla.

—No me mientas, Renata.

Mis pisadas resuenan en las calles mojadas por la lluvia mientras la llevo al coche, que ronronea a unos pasos. Me detengo antes de meterla dentro.

Alguien nos observa. Siento sus ojos clavados en mí.

Pero cuando me giro, estamos solos. Los dos guardias nos siguen de cerca, con las armas desenfundadas. Las normas de porte y ocultación en Colombia son jodidamente estrictas, pero a estos dos les da igual. Llevan sus subfusiles Brügger & Thomet MP9 bien a la vista. Igual no echo tanto de menos a mis hombres como pensaba.

Me pliego en el asiento a su lado mientras el más alto de los dos guardias se sienta al volante. —Llévenos de vuelta a la central —ladro—. Isabella nos espera.

Conducimos a toda pastilla. La vigilo de reojo. Si dice que Carlos está muerto, solo hay dos opciones: o lo cree, o miente.

Si miente, afinamos más: o está de su lado o tiene miedo.

Averiguaré la verdad. Pero antes... Isabella.

Se sienta a mi lado, con la espalda recta como una flecha, la mirada fija al frente.

Quiero todas las respuestas. *Ya.*

—Mírame.

Cuando se vuelve, su mirada está más triste que la última vez que la vi.

—Has dicho que no escapaste. Entonces, ¿quién te llevó?

Niega con la cabeza y aparta la vista. —Eres un necio si crees que puedo decirte nada, Ollie.

¿Por qué su voz tiene que sonar como terciopelo? ¿Por qué mi nombre en sus labios suena a oración y a pena?

Trago saliva y aprieto los dientes. —Vi las grabaciones. Vi cómo te zafaste de nuestros guardias. Nadie te *llevó* a la fuerza.

Vuelve a apartar la mirada.

—¿Te duele algo más?

Por primera vez, una sombra de sonrisa le roza los labios, pero se esfuma enseguida. —No lo sé. ¿Por qué no lo compruebas tú mismo?

Se me despierta la polla con la insinuación.

No puedo fiarme de esta mujer. Es de lo más astuta que hay.

Pero puedo seguirle el juego. Me inclino y le aparto un mechón detrás de la oreja. —Oh, lo comprobaré. Y no te va a gustar una mierda.

Pone los ojos en blanco.

—Quiero respuestas, Renata. ¿Quién te ha hecho daño? Sabes que te llevo con Isabella. Ella también te exigirá respuestas.

Como no contesta, le agarro el brazo y la obligo a mirarme a los ojos. —Te he hecho una pregunta. Respóndeme.

Ignoro el gesto de dolor en su cara y recuerdo quién es. Por qué estamos aquí. Sus manejos y conspiraciones con nuestros enemigos han puesto en riesgo la vida de toda mi familia. Eso no puedo permitirlo.

—Tengo enemigos, igual que tú —dice entre dientes, retorciéndose para zafarse de mi agarre—. Deberías saberlo.

—Y corriste hacia ellos a la primera oportunidad, ¿verdad?

—Me llevaron. No tuve elección.

Pequeña mentirosa de mierda. —Vi los vídeos, Renata. Sé perfectamente lo que vi.

Nos detenemos ante la sede de los LSD. Renata alza la barbilla y aprieta los labios. ¿Se le están humedeciendo los ojos? Me fijo más, pero al parpadear creo que me lo he imaginado.

—Te has metido en un jodido lío, mujer. Vas a pagar tu traición.

—¿Traición? —se burla—. ¿Cuándo te di a entender que te era leal? No te debo nada.

Estamos perdiendo el tiempo. Su destino, al menos por ahora, está en manos de su ex mejor amiga, que resulta ser la mujer más despiadada, implacable, astuta y leal que he conocido. Ella sabrá manejar las filigranas de esto.

Se abre la puerta. Salgo a la lluvia y arrastro a Renata conmigo. Mantiene el paso de mis zancadas largas, y si tiene miedo, no lo demuestra.

Los hombres de Isabella montan guardia a ambos lados, con las armas fuera. Uno escupe al suelo frente a sí.

Todos le son leales a Isabella y a Lev; nos hemos ocupado de ello. Creen que Renata los traicionó, y con motivos. Pero ninguno osará tocarle un pelo.

Mantengo el rostro impassible mientras avanzamos por el pasillo iluminado hacia la antecámara.

—*Traidora* —*gruñe uno en español.*

—Que te jodan —replica ella. No digo nada, pero el pulso se me acelera. Aprieto los dientes.

Estos son hombres de Isabella y Lev, no míos. Estamos asociados, pero no están a mis órdenes.

—Zorra mentirosa —escupe otro.

Se me enciende la cara de rabia. Aprieto el puño libre y desvío la mirada hacia los hombres de al lado para ver quién ha dicho eso, cuando ella fulmina a un hombre bajo y fornido con la mirada. —Al menos yo no le he mamado la polla a Carlos para llegar a donde coño estoy.

Él se abalanza sobre ella y yo la empujo detrás de mí. Lo agarro por la camisa y lo lanzo hacia atrás. Cae de espaldas, gritando en español. Sabe de sobra que no le conviene darme un puñetazo.

—¿Qué está pasando aquí? —la voz afilada de Isabella corta el revuelo. Está de pie en el umbral del despacho que tenemos delante, las manos en las caderas.

—Algunos de tus hombres no saben cerrar la puta boca.

—¡Es una traidora! —grita uno.

—*¡Basta!* —la voz de Isabella resuena con autoridad.

Lev se materializa a su lado, con una voz dura e implacable. —Ollie ha traído a Renata para interrogarla. Su destino está en manos de vuestra líder. Quien tenga algún problema con eso que venga a arreglarlo *conmigo*. —Se clava un dedo en el pecho.

Y yo.

—Al despacho —chista Lev, haciendo un gesto con la barbilla hacia mí y Renata.

Tiro de Renata para ponerla delante de mí, la empujo por la puerta y entro detrás. Isabella da órdenes en un español de ráfaga, y todos se dispersan. La puerta se cierra detrás de nosotros con un sonoro *portazo*.

Aquí huele a whisky y madera vieja. Me han contado que antes era el cuarto de costura de su madre y que ella lo convirtió en despacho. El antiguo despacho de su padre lo han convertido en baño. Sonrió cuando me lo dijo y se encogió de hombros. —Puedo ser mezquina así.

Empujo a Renata en silencio hasta una silla y observo su reacción. Reprime una mueca. Sí, está herida.

—Amiga mía —empieza Isabella con un tono de voz que tiene de amistoso más bien nada; es abiertamente serpentino—. Tenemos que ponernos al día. Isabella Morales Romanova es una fuerza de la naturaleza, absolutamente, irritantemente femenina y tan cruel y vengativa como una cobra real. En otras palabras, esto lo tiene controlado.

—¿Está herida? —me pregunta Isabella.

—Sí.

Isabella asiente y levanta el teléfono. Espero que llame a un médico, pero en lugar de eso envía un mensaje. —¿Dónde le duele, Ollie?

—Aún no lo sé.

Los ojos de Isabella se clavan en los míos. —Averígualo.

Los ojos de Renata se agrandan. No la voy a desnudar delante de mi hermano. Le arrancaría los putos ojos si la viera desnuda, pero puedo ser discreto. Tendré que serlo.

Agarro a Renata y la atraigo a mi regazo, de frente a mí. Me asalta el recuerdo de cuando estuvimos solos, cuando estaba bajo mi vigilancia en The Cove. Creía que estaba de nuestro lado y que solo tenía que tenerla en observación por protocolo. No tenía motivos para pensar que no nos era leal.

Llegué a conocerla. Nuestra amistad se sentía sagrada y secreta.

Y luego se fue y lo jodió todo.

—Ollie —me corta Lev—. No tenemos todo el día.

Renata traga, y sus ojos se encuentran con los míos. Ella también lo siente.

Bien. Espero que sepa lo que ha perdido. Habría incendiado el puto mundo por ella.

—¿Dónde te duele? —le pregunto—. Dime dónde te duele, Renata. Y si me mientes, encontraré cada moratón, cada marca, y te haré confesar de dónde ha salido cada una.

Me mira con los dientes apretados. —Adelante, Romanov. Descúbrelo tú mismo. ¿Por qué no me desnudás?

Entorno los ojos y empiezo.

Primero, le paso las manos por el pelo y presiono los pulgares en el cuero cabelludo. Nada. Luego le recorro los hombros. Su piel está caliente, su cuerpo ágil y curvilíneo se adivina bajo la ropa hecha jirones y ceñida que lleva. Le deslizo las manos por toda la columna, y da un respingo cuando llego al costado.

—¿Ahí duele? —pregunto. Se estremece y asiente. Aprieto más y suelta un grito. —¿Justo ahí?

—Sí, gilipollas —escupe.

Le doy un azote fuerte en el culo. —Compórtate —digo con un arrastre de voz bajo—. No querrás que tenga que castigarte delante de mi hermano y su mujer, ¿verdad?

Su mirada entornada me dice que *no* le haría ninguna gracia.

Qué pena. A mí sí.

Luego le bajo las manos por las piernas, ignorando cómo se me pone dura la polla al sentir su piel en mis palmas. Con ella de frente a mí, le sujeto las caderas y le rodeo los muslos por dentro. Noto cómo la respiración se le entrecorta y cómo se muerde el labio, con el ceño fruncido, como si estuviera enfadada conmigo por ponerla a mil aquí, delante de su antigua amiga y de mi hermano, cuando no somos amigos y está siendo interrogada.

Le paso los pulgares por los pechos, me inclino y le susurro al oído.
—¿Eso te duele? ¿Te hicieron daño ahí?

Me aprieta los muslos contra el cuerpo como si quisiera aplastarme y no responde. Me río por lo bajo y sigo examinando. Cuando llego al vientre, suelta un grito de dolor.

Le levanto la camiseta y aprieto los dientes al ver un amasijo amoratado en su abdomen y en los costados.

—Está hecha polvo por toda esta zona. Parece que alguien le ha dado patadas y puñetazos.

—Bien —salta Isabella—. Ahí es donde la vas a sujetar mientras yo le hago preguntas.

—Bella —gime Renata, con la voz temblorosa—. ¿Crees que te he traicionado? ¿Por qué haría eso?

—Sé que lo hiciste. No hagas preguntas estúpidas —corta Isabella—. Mantén el agarre, Ollie.

Sujeto a Renata con firmeza, sintiendo la tensión en su cuerpo mientras Isabella se acerca, con los ojos fríos y calculadores. Renata respira a bocanadas cortas; el miedo es palpable a pesar de que intenta disimularlo. Isabella se agacha hasta quedar a la altura de sus ojos, con la cara marcada por la ira y la tristeza.

—¿Por qué crees que puedes mentirnos? —le agarra la barbilla y la obliga a mirarnos—. Dinos la verdad ahora, y tal vez nos planteemos no empeorar esto para ti.

La mirada de Renata se desliza hacia la mía en una súplica muda, pero ahí no tiene aliado. Aun así, no soy inmune a esa mirada, por mucho que intente fingir lo contrario. Le aprieto el costado para recordarle que diga la verdad.

—No hice nada, Bella —susurra Renata, con los ojos llenos de lágrimas—. Yo fui quien te contó todo lo que sabía. Por favor. Tienes que creerme.

—Entonces, ¿por qué te escapaste? —salta Isabella.

—¡No lo hice! ¡Me llevaron!

Isabella me hace un gesto con la cabeza. Aprieto más el agarre y hundo los dedos en la piel amoratada. Ella jadea y el sudor le perla la frente.

—Encontramos los mensajes, Renata. Sabemos que has estado en contacto con nuestros enemigos.

Renata palidece y abre mucho los ojos, sorprendida. —¡Eso no es verdad! Esos mensajes no eran míos. Me tendieron una trampa, Bella.

Isabella y Lev se miran. —Vimos las imágenes —dice Lev en voz baja, cargada de autoridad—. Sabemos que te escapaste y queremos saber por qué.

—Tienes que creerme —dice, negando con la cabeza. Isabella alza la mano como si fuera a abofetearla. Me sube una oleada de ira, pero la contengo. No es el momento de intervenir. No puedo permitir que una cara bonita y una súplica lastimera me aparten de la verdad.

—Sujétala más fuerte, Ollie —ordena Isabella, con voz helada.

—Os lo contaré todo —dice Renata, con la voz hecha trizas—. No escapé de The Cove. Me llevaron... contra mi voluntad. No sé qué habéis visto u oído, pero os digo la verdad. Lo juro.

—¿Quién te llevó?

—Vuestros enemigos, obviamente —escupe Renata. Aumento la presión en su costado y chilla. Jesús, me siento un cabrón, pero quiero terminar con esto.

—¿Eso es todo lo que nos vas a decir? ¿Qué les contaste sobre nosotros?

—¡Nada!

Ahora le presiono el abdomen y ella aspira entre dientes mientras una lágrima le rueda por la mejilla. Preferiría moler a palos a un hombre antes que hacer llorar a una mujer. Soy muy consciente de que es una debilidad mía, pero eso no cambia los hechos.

Isabella se inclina, con una voz peligrosamente baja. —¿Esperas que me crea eso? Después de toda la mierda que hemos pasado, Renata. Después de todo lo que he hecho por ti. ¿Crees que me puedes dar la espalda y que me lo voy a tragar así, sin más?

Renata niega con la cabeza y no responde. Si está mintiendo, se le da jodidamente bien. Miro a Lev. Sostiene mi mirada y asiente.

—Por favor —dice al fin—. Fui a *ti* en The Cove. Os ayudé a tumbar a Javier. Sin mí no lo habríais conseguido.

Isabella no responde. Es verdad. —Intentaron hacerme hablar. ¿Por qué crees que tengo estos moratones? No dije nada, lo juro.

Ahora le toca a Isabella mirar a Lev. Él le hace un gesto con el dedo, e Isabella se acerca.

Jesús. Me alegro de que *alguien* la mantenga con los pies en la tierra. Conversan en voz baja, mitad en inglés y mitad en español, pero no alcanzo a captar lo que dicen.

La mirada de Renata vuelve a la mía. —No entiendo por qué todos creéis que podéis ser víctimas, que os manipularon y os mintieron, pero la traidora aquí soy yo. —Su mirada me suplica—. Tienes que creerme.

Me inclino, con la voz más suave de lo que pretendía. —Hay demasiado en juego, Renata.

No puedo evitarlo, joder. Me está rompiendo el corazón.

La seguridad de todos los que me importan y de todo lo que Isabella y Lev han construido depende de si Renata nos traicionó o no. Miro a Isabella.

—¿Tenemos alguna prueba de que nos hayan comprometido?

—Lo miro —dice Isabella, sacando el móvil.

—¿Comprometidos? —dice Renata—. ¿Qué podría haberles contado que no pudieran averiguar por sí mismos? ¿Vuestra ubicación? Bien conocida. ¿Vuestra participación en la muerte de Javier? Nadie ha escondido eso. ¿Qué más me habrían preguntado?

Isabella cruza los brazos y entorna los ojos. —No se trata solo de lo que puedan averiguar por su cuenta, Renata. Son los detalles, nuestros planes, los tiempos. ¿Preguntaron por nuestras operaciones?

—¡No! Eso les da igual.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué no encontramos tu cadáver en una cuneta? Te dejaron ir.

Ahora ya llora en voz alta, las lágrimas le corren por la cara. No puedo evitarlo. No soy inmune a sus lágrimas, ni de lejos. Aparto la mirada, pero sus súplicas...

—Me escapé. Mi hermano *estaba* vivo, lo vi. Pero sus propios hombres se volvieron contra él, lo mataron. Tuve mi oportunidad. Corrí y me escondí. Y sabía dónde teníais montada una guardia.

Me vuelvo y estudio la cara de Renata, buscando cualquier indicio de engaño, pero descifrar la verdad no es mi fuerte. Irónicamente, es el suyo.

Podría estar diciendo la verdad. Podría estar mintiendo.

Isabella niega con la cabeza. —No se ha informado de nada aquí ni en The Cove que indique que hayan comprometido a nadie.

—¿Ves? —dice Renata, con la voz rota. Deja caer la barbilla mientras nuevas lágrimas le surcan las mejillas—. No estoy mintiendo.

Entonces, ¿por qué no me mira a los ojos?

—¿Y si dice la verdad? —pregunto, con voz calma pero firme—. Necesitamos algo más que sospechas para tomar una decisión así, Isabella. —Necesitamos hechos fríos y duros.

—¿Me dirías lo mismo si no fuera una mujer preciosa? —Cuando miro a Isabella, tiene un brillo travieso en los ojos y los labios se le curvan.

Bueno, no, pero no sé qué tiene que ver eso. Le saco el dedo corazón a escondidas por detrás de Renata, lo que le arranca una risita a Isabella y una mirada de advertencia a Lev. Le echo una mirada que dice: *Relájate, capullo, tu mujer se basta y se sobra*.

Isabella suelta un suspiro. —Vale —cede tras un momento de silencio—. Vamos a confiar en que nos dices la verdad. Pero si descubro que nos mentiste, Renata, rogarás por la muerte antes del final...

Será mejor que no esté mintiendo, joder.

Mi voz es un ronroneo grave. —Un solo movimiento en falso, Renata...

Los hombros de Renata se hunden de alivio, pero aún hay una sombra de miedo en sus ojos. —Gracias. Prometo que no os fallaré.

La confianza es tan jodidamente frágil en nuestro mundo. Un traspié y todo lo que hemos construido puede venirse abajo.

Isabella se vuelve hacia nosotros con la mirada acerada. —La soltaremos, pero con condiciones. Quiero que la lleven de inmediato a The Cove, donde podamos impedir cualquier contacto con nuestros enemigos y asegurarnos de que esté a salvo de cualquier represalia insidiosa de los hombres de aquí que la creen una traidora.

Renata asiente, y diría que parece aliviada.

Isabella se vuelve hacia nosotros otra vez, con el gesto severo. —Ah, y una cosa más. —Alzo la vista hacia ella, con unas ganas locas de volver a casa.

—¿Sí?

—Mañana, vosotros dos estaréis casados. —Tiene los ojos negros como la obsidiana, fríos e implacables—. Esta vez, no habrá escapatoria.



Capítulo Cuatro

RENATA

—¡Dios mío!

Ollie y yo nos miramos fijamente. Parece tan atónito como yo.

—¿Qué? —consigo articular—. ¿Casados?

—Actúas como si no fuera el siguiente paso lógico —dice Isabella, sacudiendo la cabeza con arrogancia—. A ti, amiga mía, hay que vigilarte muy de cerca. Aunque todavía no hay pruebas de que mientas, todos sabemos que nuestra sospecha de que tú y nuestros enemigos estáis jugando a largo plazo es fundada. Podemos mantenerte vigilada durante un tiempo, pero ¿de verdad quieres la alternativa de seguir prisionera aquí en Colombia?

La miro, incrédula. Mi mundo entero se ha venido abajo y ya casi no sé ni quién soy. Niego con la cabeza.

—Pero seré una prisionera. Una prisionera con un anillo y su apellido.

—Sí —dice Isabella, con voz de acero—. Una prisionera de los Romanov. Pero ¿no es eso mejor que ser la presa de los lobos que rondan fuera de esta habitación? Y seguro que Ollie la vigilará

mucho más de cerca si es su esposa —añade Isabella con una sonrisa socarrona—. Yo lo sé bien.

Lev le guiña un ojo. Yo me quedo mirando, todavía prácticamente paralizada por la conmoción. Soy muy consciente de que estoy sentada en el regazo de Ollie. Y soy aún más consciente de que está duro como una roca, con la polla apretada contra mi culo. Trago saliva con dificultad.

«Si les dices algo sobre mí, mataré al hombre que amas delante de ti».

¿Todavía lo amo?

Vuelvo a mirar a Ollie. Sus ojos de un verde brillante están fijos por encima de mí. Se me rompe un poco el corazón al ver lo devastadoramente guapo que es. Casi espero que el hombre sea un psicópata por lo que he oído de él y he visto con mis propios ojos, pero hay una sensualidad ruda en su silenciosa indiferencia que me atrae. Tiene una presencia tranquila y autoritaria, una audacia y una gracia de depredador que me llaman.

Siempre me han atraído los villanos. Hay algo en saber que podría domar a una bestia como él... Es como mi reto personal, incluso cuando sus penetrantes ojos verdes ven a través de mí.

Si le hablo de mi hermano, Ollie está muerto.

Soy una marioneta y mi hermano sujeta los hilos.

—Quiere que me case con ella —dice Ollie, negando con la cabeza.

Lev suspira. —Sabes que tienes que casarte pronto de todos modos, hermano. —Es verdad. Es el último soltero de la familia Romanov y tiene el deber jurado de casarse antes de un año. O, al menos, eso es lo que he oído.

—Es la jugada perfecta para consolidar la alianza entre los Romanov y el cártel —continúa Isabella—. Y si Renata realmente está

trabajando con Carlos, esto lo enfurecerá hasta la locura y lo hará salir de su escondite.

—Es difícil estar en contacto con un muerto —mascullo, pero no sé si alguien me cree. Ni siquiera yo misma me creo.

Una parte de mí está tan aliviada que apenas puedo respirar. Hay una razón por la que Carlos cree que estoy enamorada de Ollie.

—Pero tengo que protestar. ¿No puedo creer que me estés haciendo esto, Bella? Me vas a casar como si fuera ganado. ¿Hablas en serio?

Isabella se acerca a mí. —Muy en serio. Esto ya no se trata solo de nosotros, sino del futuro de Los Sangre Dorada y la familia Romanov. Dentro de cien años no seremos más que huesos podridos, pero nuestro legado perdurará. Este matrimonio fortalecerá nuestra posición y forzará la mano de Carlos..., si es que sigue aquí.

Ollie nos mira alternativamente, con el ceño fruncido. Dios mío, casi me había convencido de que todavía lo amaba, pero la mirada de absoluto desdén que me dedica me hace pensar lo contrario.

Nunca me amará.

Yo nunca lo amaré.

Nuestro matrimonio será lo que cualquier otro matrimonio en mi familia ha sido y será siempre: nada más que una táctica de manipulación.

—¿Y si Carlos no muerde el anzuelo? —pregunta Ollie, con la mirada fija en Isabella.

—Lo hará.

—Te he dicho que está muerto —espeto—. No pierdas el tiempo.

Podría ser invisible.

Ollie aprieta los labios y me agarra con más fuerza, un recordatorio silencioso de que ahora le pertenezco, quiera o no. *Maldita sea,*

cómo duele. Inspiro con un siseo y él afloja las manos como si no hubiera tenido intención de hacerlo, pero no me mira.

—Lo hará —dice Isabella con certeza—. No podrá soportar ver a Renata arruinar su reputación con tanto estilo. Ya veréis.

Oh, ya lo verán. Verán cómo Carlos asesina a Ollie, y luego a mí, uno detrás del otro. Me estremezco y me aparto de todos. Este matrimonio es una sentencia de muerte.

Se me caen los hombros mientras proceso la gravedad de todo esto. Por primera vez, Isabella se ablanda. —Tú solo haz tu parte. Nosotros haremos el resto, Renata. Si lo que dices es cierto, que no nos has traicionado y no estás compinchada con nuestros enemigos..., el tiempo lo demostrará. —Suspira y traga saliva con fuerza—. Sinceramente, espero que así sea.

Posando una mano tranquilizadora sobre mi hombro, me encuentro con su mirada de acero. —Si esto es lo que hace falta para demostrar mi lealtad ante todos vosotros, lo haré. —No tengo elección, por supuesto, pero al menos esto me hace sentir un poco mejor.

Ollie me empuja de su regazo. —Vámonos. —Su voz es áspera y no me mira a los ojos.

Me equivocaba. Si alguna vez pensé que amaba a este hombre, fui una tonta. ¿Cómo podría alguien como yo amar a un hombre tan frío y despiadado como Ollie Romanov?

—Su coche os espera —dice Isabella—. Idos. Nos reuniremos cuando Lev y yo volvamos a La Ensenada para vuestra boda.

Nuestra boda... que es *mañana*.

Mientras conducimos hacia el aeropuerto, el silencio en el coche es sofocante. Finalmente, se vuelve hacia mí.

—¿Tienes hambre?

—No, esas razones gigantes de humillación e incredulidad me han dejado bastante satisfecha —pongo los ojos en blanco y aparto la mirada.

Agarra el volante con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Me cruzo de brazos y hago una mueca de dolor al recordar los malditos moratones. Me aparto de él y miro por la ventanilla, con el corazón latiéndome cada vez más deprisa.

¿Cuándo se dará cuenta Carlos de que voy a casarme con Ollie?

¿Qué hará?

Odio la situación en la que me ha metido y no sé cómo salir de ella. ¿Cómo les demuestro mi valía a Isabella y a Ollie sin condenar a este último a muerte? Es imposible.

Imposible.

Se me forma un nudo en la garganta. Me seco las lágrimas.

—¿Estás llorando? ¿Lo dices en serio? —Tiene la desfachatez de parecer ofendido.

—*¡Cállate la puta boca!* —siseo entre dientes.

Ollie me planta la mano en la pierna y aprieta.

—¿Crees que dejaré que me hables así cuando seas mi mujer?

Mierda. Se me había olvidado que hablaba español y acabo de mandarlo a la mierda.

—Ah, claro, es que vosotros los Romanov sois todos unos *cabezas de familia* y todo eso —digo con todo el desdén que puedo aparentar—. Si no lo odiara ahora mismo, tendría que decir que eso me gusta. Son muy entregados a sus esposas, muy firmes y leales. He visto cómo Mikhail, su hermano mayor, prácticamente adora el suelo que pisa su mujer, Aria; ha sentado un precedente para los demás.

—Como sea. —Muy maduro, Ollie. Muy maduro.

—¿Cuál es tu problema, Ollie? —espeto, desbordada por la frustración. No responde de inmediato, tiene los músculos en tensión. Supongo que también tendrá la mandíbula apretada, pero ha decidido dejarse barba otra vez.

Como sea.

Cuando estaba en La Ensenada, él era mi cuidador. Mikhail me lo asignó... para que me vigilara y averiguara si era de fiar. Fui yo quien vino de Colombia como infiltrada para Isabella cuando esta intentó arrebatarse el trono a su hermano. Fui yo la que arriesgó su vida por los Romanov, la que debería estar muerta ahora mismo y lo estaría si Carlos no se hubiera vuelto tan avaricioso y hubiera decidido que le era más útil que muerta.

¿Y esta es mi recompensa?

Cuando por fin habla, su voz es grave y peligrosa.

—¿De verdad quieres saberlo? Vale. Te lo diré. A mí no me va lo de ser *vulnerable*. No me va lo del *amor*, Renata, sobre todo con alguien vinculado a mis enemigos. He visto lo que les pasa a mis hermanos cuando bajan la guardia. Cuando se permiten volverse más débiles al enamorarse, y no voy a cometer ese mismo error.

Resoplo.

—¿Crees que amar a alguien te hace débil?

—No lo creo —espeto—. Lo sé. Lo he visto pasar una y otra vez.

—¿Y la debilidad es el mayor fracaso para ti?

Me lanza una mirada de reojo. No puedo evitarlo, el corazón me da un vuelco en el pecho. Aparto la vista.

—Por supuesto que lo es.

Sus palabras me golpean de lleno. ¿Por qué me duele tanto esa punzada? Necesito comida, una buena ducha y dormir un poco. Siento como si me hubieran pasado por el escurridor y me hubieran tendido a secar en medio de una tormenta.

—Entonces, ¿qué soy para ti? ¿Solo un medio para un fin?

—Sí —dice con frialdad, con la mirada fija en la carretera—. Eres guapa, eso te lo concedo. Y jodidamente astuta. Pero eso no cambia quién eres para mí ni el propósito de nuestro matrimonio.

Con eso, la poca esperanza que albergaba por este gilipollas se acaba de esfumar.

—Pero no pienso quedarme de brazos cruzados y aceptarlo. Eres un puto cobarde. Te escondes tras tus muros porque tienes miedo de sentir. Sé cómo va esto. —Vuelvo la cara—. Yo misma lo he hecho.

—Ah, ¿así que ya me tienes calado?

Del todo no, Ollie. Del todo no.

No respondo.

—No finjas que me conoces, Renata. Lo único que conoces es al hombre que te mantuvo prisionera. Eso fue cuando creía que aún quedaba un ápice de bondad en ti.

Eso sí que duele.

—Te he calado —digo, hablando a través de una neblina de lágrimas, pero él no las ve—. Estás aterrorizado de que te hagan daño. ¿Adivina qué? Los dos estamos rotos.

Se burla.

—Yo no tengo miedo.

Lo miro con sorpresa porque, por primera vez desde que lo conocí, Ollie acaba de mentir descaradamente.

—Mientes —digo en voz baja. No puedo evitarlo. La voz me tiembla ligeramente—. Hay algo más en todo esto, ¿verdad?

Sus ojos se abren un poco antes de recomponerse. Lo he pillado con la guardia baja.

—¿De qué coño estás hablando?

—Puedo sentirlo... cuando la gente me miente —insisto, con el corazón desbocado—. Es más que sentirlo, tiene que ver con el lenguaje corporal y los ojos, pero es la explicación más fácil y sencilla. No quieres admitirlo, pero *sí* que sientes algo por mí. —Hago una pausa y apoyo la mano en su pierna—. ¿A que sí?

Su rostro se endurece como si todas sus defensas acabaran de levantarse de golpe. Eso solo confirma mis sospechas.

—Deliras. Quítame la mano de encima. —Nos detenemos cerca de la pista de aterrizaje—. Esta conversación se ha acabado, Renata.

—Por ahora —digo con voz cantarina.

He metido el dedo en la llaga. La verdad está ahí, *justo ahí*, flotando entre nosotros, y si hay algo en lo que soy buena es en descubrir la verdad.



Capítulo Cinco

OLLIE

ODIO ESTO. Todo.

Estar tan cerca de Renata Carrera, ese metro y medio de pura dinamita, sentada a mi lado. Será mi *mujer*. Y aunque sé perfectamente por qué mi hermano y su esposa decidieron que esta era la mejor opción, preferiría casarme con una puta desconocida antes que con esta mujer.

Antes de su traición..., esto habría parecido el mejor de los regalos, envuelto y con un lazo. Pero ahora que no se puede confiar en ella, me acaban de encomendar la peor misión del mundo: vigila de cerca a una mujer que te da una razón para respirar. Asegúrate de que no nos traicione. Ah, y acuéstate con ella, pero más te vale no disfrutarlo ni un puto segundo, porque eso solo te hará más débil. Lidia con ella en tu cama, en tus pensamientos, en tus putos sueños, pero asegúrate de no enamorarte de ella.

Claro, tíos. Me pongo a ello, joder.

Cojo nuestras maletas y señalo el avión con la barbilla. —Sube —le espeto. El ambiente está jodidamente tenso.

—¿Qué te has llevado? —Su voz es un desafío, una prueba de su voluntad contra la mía. Quiere el control, respuestas, pero *yo* soy el que da las órdenes por aquí.

—¿Acaso importa una mierda? Sube al avión. —Cuanto antes lleguemos a The Cove y más distancia pongamos entre Renata Carerra y su tierra natal, mejor.

—Quiero saber qué han metido en las maletas —dice ella, plantada en la pista con los brazos cruzados sobre el pecho.

¿Me está tomando el pelo? —¿Y yo quiero que subas a ese avión antes de que cuente hasta tres, o te arrastraré hasta él y te vas a enterar de lo que es bueno?

Sí, muy buena esa, Ollie.

Me mira con los ojos entornados. —Que vayas a ser mi marido no te da derecho a mandonearme.

Levanto el pie y le doy una suave patada en el culo. —Joder, *vamos*. Y sí, sí que me lo da.

—¡Me acabas de dar una patada!

—No te he dado una patada. Te he animado a mover el culo antes de que te lo ponga al rojo vivo. —Como siga así, le bajo los pantalones aquí mismo, joder.

El chirrido de unos neumáticos sobre el asfalto es nuestra única advertencia. Tiro las maletas a un lado y me abalanzo sobre ella, derribándola al suelo justo cuando el estruendo de los disparos explota a nuestro alrededor. Mi primer pensamiento es mantenerla a salvo, protegerla. Si le pasa algo, el mundo *ardará*.

Mis hombres se colocan en sus posiciones. Las balas resuenan mientras corremos a ponernos a cubierto.

Uno, dos, tres hombres nos atacan.

Me imagino que a Carlos le ha llegado el chivatazo.

El primer hombre va directo a la yugular, con su pistola apuntando en mi dirección. Mi disparo le da en todo el entrecejo. Mientras cae al suelo, acribillo a un segundo. El tercero, sin embargo, es un luchador. Se las arregla para esquivar el fuego y se lanza directo hacia Renata. Ruedo hacia él y aprieto el gatillo, pero alguien me agarra por detrás y mi disparo se desvía.

Intento no perder de vista a Renata, pero quienquiera que me tenga sujeto no me suelta. Le doy un codazo en las costillas y le oigo gritar de frustración, pero no consigo quitármelo de encima a tiempo.

El grito de Renata rasga el aire de la noche. Lucha como una gata rabiosa, arañando y dando zarpazos. Finalmente, consigo agarrar al hombre que me sujeta. Ruedo sobre él y le doy un puñetazo, y mi pistola sale despedida a un lado. Le golpeo una y otra vez, y la sangre salpica el suelo. Tiene los ojos hinchados y cerrados, y el labio ensangrentado. Le levanto la cabeza y se la estampo contra el cemento.

Miro rápidamente a nuestro alrededor. Todos están en el suelo. A Renata le sangra abundantemente un corte en el brazo. Me agacho, cojo la pistola y le disparo al gilipollas inconsciente entre los ojos una, dos, tres veces.

—Creo que podría estar muerto —dice Renata con sorna, con los labios fruncidos. Se sujeta el brazo sangrante con una mano; la sangre se le filtra entre los dedos.

—Nunca se sabe. ¿Estás bien?

Ella pone los ojos en blanco. —Me he hecho un cortecito de nada, pero por lo demás estoy bien. Siento lo de antes. Sospechaba que alguien nos atacaría, así que quería retrasar las cosas. Si nos hubieran atacado en el aire, nunca habríamos salido de aquí.

La miro boquiabierto antes de responder. —¿Hiciste esa mierda porque pensabas que alguien iba a venir?

Ella frunce el ceño. —Sí. ¿Tienes una tirita?

Parpadeo y le miro el brazo. —Joder, mujer. Baja la mano. —Me arrodillo frente a ella y le examino el brazo—. ¿Estás loca? —Mi voz es más dura de lo que pretendía, pero ella no se inmuta. Es más, se yergue, desafiándome a que haga algo al respecto. Y joder, quiero hacerlo. Quiero doblarla sobre mi rodilla y mostrarle lo frágil que es ese desafío.

—¿Por qué? —pregunta, bajando la mirada.

—Porque te has referido a esta brecha como «un cortecito» y has pedido una tirita.

—No es *para tanto*. ¿Y puedo tener sentido del humor o no?

Gruño en respuesta.

—Por favor, traduce eso al inglés. O al español.

—Te lo traduciré —digo con ironía—. Mi mujer va a aprender a comportarse. Y si no lo hace, me aseguraré de que lo haga.

Una sonrisa asoma en sus labios.

—No te muevas. No es profundo, pero hay que limpiarlo. Tenemos que subir al avión ya.

—Ay, guapo, qué alegría que estés conmigo. Nunca habría sabido qué hacer.

Entrecierro los ojos. —Ah, ya lo pilló —digo mientras me pongo en pie y la levanto.

—¿El qué pillas? —pregunta. Dios, está hecha un desastre, pero incluso ahora es la mujer más guapa que he visto en mi vida.

—Me estás provocando. Veo perfectamente tus jueguecitos de mierda. Quieres presionarme, ver hasta dónde puedes llegar. Pero ten cuidado, Renata. Si presionas demasiado, descubrirás por las malas hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

Se queda con la boca abierta.

—Ya veo por dónde vas, cómo vas a hacer de niña malcriada y desafiarme para que te ponga sobre mi rodilla —asiento con la cabeza mientras subimos al avión—. Me parece justo. Pero, la verdad, cariño, no tenías que tomarme el pelo. Podrías habérmelo pedido sin más.

Me encanta cómo se le sonrojan las mejillas. —¡No es verdad! ¡Y *no* lo harás!

Resoplo para mis adentros. —¿Y ahora quién miente? Al avión. Tenemos que curarte. Esta vez no necesito ninguna habilidad para detectar mentiras.

Con una rápida y atormentada mirada a su alrededor, sus ojos se mueven en todas direcciones antes de avanzar, como si esperara que un ejército nos atacara antes de irnos. A mí también me inquieta, así que me tomo otro minuto, arma en mano, para explorar la zona. Pero está despejado.

Este ataque ha parecido espontáneo.

Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Y no volveremos hasta que yo mismo le mire a los ojos sin vida a Carlos Carrera.

—Estoy manchándolo todo de sangre —dice, con la voz quebrada. No puedo evitarlo: el sonido de su vulnerabilidad me deshace el nudo que tengo en el pecho.

—Toma —digo, con más suavidad de la que pretendía. Le cojo la mano y la ayudo a sentarse. Sé que es más que capaz, pero no puedo reprimir mi deseo de protegerla. ¿Y si *está* diciendo la verdad? ¿Y si es inocente en todo esto?

Por desgracia, no tengo un detector de mentiras incorporado.

Le pido un botiquín de primeros auxilios al auxiliar de vuelo, que se muestra tan impertérrito ante mi petición después de un ataque como si le hubiera pedido una botella de agua. No es la primera vez

que mi familia sufre un ataque al intentar salir de este país y no será la última.

Me arrodillo frente a ella y le presiono una gasa doblada en el brazo. El tacto de su piel me provoca una descarga. El carmesí empapa rápidamente la compresa. Me fijo más en la herida y presiono con más fuerza. Ella inspira con un siseo, pero no se mueve. Está sangrando, le duele, pero yo solo puedo pensar en lo cerca que está, en lo fácil que sería hacerla mía.

—Duele de cojones —mascullo—. ¿A que sí?

—Mmm —musita ella.

Le hago una seña al auxiliar de vuelo, un caballero mayor de pelo corto y canoso y complexión delgada.

—¿Señor?

—Póngame un chupito. Lo que sea. Algo bien fuerte. —Le coloco otra gasa en la herida mientras esperamos.

Tengo que esforzarme para no mirarla a los ojos, pero siento cómo los suyos me abrasan. Incluso ahora, con la sangre empapando el vendaje improvisado, Renata Carrera es la mujer más hermosa que he conocido jamás. Su larga y oscura melena le cae sobre los hombros en unas ondas rebeldes que le dan un aspecto medio salvaje. Su piel, bronceada y morena, contrasta bruscamente con la gasa blanca.

Sus ojos, de una profunda mezcla de color avellana y marrón, están llenos de una mezcla de dolor y determinación. No estoy tan seguro de que el dolor se deba a la herida. Cuando era mi prisionera en La Cala, pasábamos día y noche juntos. Siento como si la conociera y ahora me pregunto qué Renata es la auténtica. ¿La mujer ingeniosa, autocrítica y peculiar que habla con las manos y canta en la ducha, o la mujer hosca y reservada que tengo ahora delante?

Sus labios carnosos, normalmente curvados en una sonrisa burlona o en una sonrisa plena, y rara vez en algo intermedio, ahora están apretados en una fina línea mientras intenta controlar el dolor. Dios mío, incluso ahora está despampanante y mentiría si dijera que soy inmune a ella. No. Renata Carrera es una bruja que me ha lanzado un hechizo. Un movimiento de sus dedos, y me quedo indefenso y debo seguirla.

Trago saliva y me centro en su herida: cojo otra gasa y sustituyo la primera, empapada de su sangre.

—Déjame que te examine —murmuro, atrayéndola hacia mí. Mis ojos recorren la esbelta columna de su cuello, su clavícula desnuda. Quiero besar y lamer cada centímetro de su cuerpo hasta llegar a sus turgentes y abundantes pechos. Quiero apretar su cuerpo contra el mío y demostrarle que es mía.

Su menuda figura es engañosamente delicada; sé que en su interior hay una fuerza y un fuego que rivalizan con los de cualquier hombre. Diviso la cicatriz de su mejilla derecha, un recordatorio de las batallas que ha librado y a las que ha sobrevivido. Un recordatorio para mí de quiénes son mis enemigos y de por qué morirán de forma lenta y dolorosa. Vuelvo a tragar saliva. Su vulnerabilidad, unida a su resiliencia, la hace más atractiva que nunca para mí.

Cada centímetro de ella emana una belleza cruda e indómita que me atrae por mucho que luche por resistirme a ella. La curva de su cintura, el ligero subir y bajar de su pecho mientras respira para soportar el dolor... es magnética, encantadora, y me está volviendo loco de remate.

Mataré a Mikhail y a Lev por hacerme pasar por esto.

El auxiliar de vuelo regresa con un puñado de pequeñas botellas de cristal. Cojo la primera con un gesto de agradecimiento y se la entrego.

—Bebe —le digo. Sosteniéndome la mirada, desenrosca el tapón, echa la cabeza hacia atrás y se lo bebe de un trago. Me quedo mirando su garganta mientras traga y finalmente toma aire.

—Otro.

Cojo una segunda y se la doy. Se la bebe rápidamente y por fin suspira satisfecha. Sin mediar palabra, asiente para que continúe.

—No te muevas —le ordeno, abriendo un frasco de antiséptico y vertiéndolo sobre la herida. Juro por Dios que lo siento en mis propios nervios cuando ella ahoga un grito y aprieta los dientes, pero se queda quieta.

—Buena chica. Así me gusta. No queremos que esto se infecte. ¿Hay analgésicos en ese botiquín? —le pregunto al auxiliar.

—Sí, señor. —Me da un blíster de analgésicos. Lo abro con los dientes y le pongo las pastillas en la mano. Se las toma con un tercer chupito y finalmente deja caer la cabeza hacia atrás.

—Qué raro que te hayan hecho un corte en el brazo. ¿Por qué no en un sitio más vulnerable? —Si yo quisiera hacer daño o matar de verdad, habría ido a por la espalda o el cuello—. Puede que esto necesite puntos.

Ella asiente.

—De acuerdo. ¿Tienes lo que necesitas en ese botiquín?

La miro sorprendido. Joder, ¿está dispuesta a que le cosa el puto brazo *aquí mismo*? ¿Sin nada más que whisky y vodka para calmar el dolor? Estas colombianas están hechas de puto acero.

Niego con la cabeza.

—No, te llevaremos a casa.

Renata levanta la barbilla y aprieta la mandíbula.

—Puedes llevarme de vuelta a La Cala, pero nunca será mi hogar.

Eso es lo que ella se cree. Ahora es mía y pronto será mi esposa.

Su hogar está donde estoy yo.

—Claro —mascullo, sentándome a su lado. Llamo a Isabella y a Lev para ponerlos al día.

—Bien hecho —dice Isabella—. ¿Está usted seguro de que ella está bien?

—Sí. Ha sido extraño, se han ido muy deprisa, así que a lo mejor solo querían que supiéramos que no se han olvidado de nosotros.

—Mmm —dice Isabella—. O alguna otra cosa.

—Cuando volvamos, hablaré con Aria. —La mujer de mi hermano mayor, Aria, es una jáquer y una genio de la informática de primera categoría. Es una mujer increíblemente inteligente y capaz de encontrar a personas y lugares invisibles para el resto de los simples mortales.

—Buena idea. Deberíamos reforzar la seguridad en La Cala también.

—Totalmente de acuerdo.

—Ollie, una cosa más —dice Lev mientras el avión empieza a rodar por la pista.

—¿Sí?

—Deje que nosotros nos preocupemos de su aterrizaje y de la seguridad cuando vuelva. Tendremos un equipo esperándole. Antes de que vuelva a su casa, lo instalaremos en un piso franco.

Niego con la cabeza.

—No. Quiero ir a casa. Lo tengo controlado.

Veo cómo Isabella y Lev mantienen una conversación en voz baja. La tensión es palpable.

Finalmente, Isabella rompe el silencio con un tono decidido.

—Mikhail tomará la decisión final.

Lev asiente con expresión resuelta. Antes de que pueda responder, Isabella se vuelve hacia mí, con la mirada afilada e inquebrantable.

—Ollie, nosotros nos encargaremos de los detalles de la seguridad. Su único objetivo ahora mismo es encargarse de Renata.

La miro. Sus ojos están fijos en los míos, una súplica silenciosa en busca de consuelo.

En ese instante, el peso de la responsabilidad me parece más abrumador que nunca..., pero estoy más decidido a hacer *exactamente* aquello para lo que me han contratado.

Encárgate de Renata.



Capítulo Seis

RENATA

HAY una cosa que Ollie no sabe de mí, pero que no tardará en descubrir: no aguanto *nada* el alcohol. Por suerte, Isabella, la única persona que lo sabe, no está aquí.

El vuelo de Colombia a The Cove dura unas buenas seis horas y tengo toda la intención de pasarme todo el trayecto durmiendo. Pero, aunque los chupitos que me ha dado me recorren las venas, los analgésicos aún no han hecho efecto y el brazo me está jodidamente *palpitando*.

Sin embargo, no pienso darle la satisfacción de que sepa que me duele.

¿O acaso sería una satisfacción a estas alturas? Parecía genuinamente *preocupado* por mí ahí atrás, como si este retorcido matrimonio fuera algo más que una estrategia, más que un medio para lograr un fin. Pero yo sé que no es así. Esto no es amor, es supervivencia.

Ollie. Solo su nombre corta como una cuchilla. Tengo que apartar la mirada, obligarme a respirar, porque, si no lo hago, recordaré lo que

era confiar en él. Desearlo. Es una tentación que no me puedo permitir.

Una punzada me oprime el corazón y tengo que apartar la mirada para recomponerme. Hubo un tiempo en que nos convertimos rápidamente en confidentes y daría cualquier cosa por recuperar aquello.

Odio que mi hermano me haya forzado a quedar como una maldita traidora ante las dos únicas personas que de verdad me importan. Odio que me haya convertido en esto: una extraña en todos los mundos a los que pertenezco.

Reprimo un suspiro. A veces, ojalá no se me diera tan bien detectar la verdad y las mentiras. Todo esto podría ser más fácil si no supiera que le importo.

Mi hermano quería que supiera que me está vigilando. Quiere que recuerde lo que le prometí y quiere que sepa que, si cometo un solo desliz, Ollie estará muerto.

Cierro los ojos y lucho contra el pozo de miedo que amenaza con devorarme por completo. No sé cómo voy a salir de esta.

—¿Cómo va el dolor? —pregunta Ollie, sentándose a mi lado.

Me encojo de hombros y no respondo. Por un momento, siento que, si lo hago, me voy a echar a llorar de verdad.

A diferencia de mí, cubierta de tierra y sangre, con el pelo alborotado como si acabara de atravesar un túnel de viento, Ollie está perfecto.

Él siempre está perfecto.

Lo juro por Dios, los hombres Romanov podrían ser modelos, y no es *justo*. Dioses entre los mortales. Genes fuertes en esa familia, lo que probablemente tenga algo que ver con su estatus en The Cove. Consiguen todo lo que quieren, como el rey Midas con su toque dorado. Allá donde van, las mujeres se desviven por ellos,

intentando que se fijen en ellas. No es justo, la verdad. ¿Forrados de dinero y con el aspecto de dioses de la antigüedad?

Como una criatura tallada en piedra, es inflexible e intocable. Pero he visto las grietas bajo la superficie, la bestia que acecha oculta... Quiero sacarla de su escondite, domar a su monstruo interior.

Niego con la cabeza y le echo un vistazo a mi enemigo..., también conocido como mi futuro marido.

¿En qué coño está *pensando* Isabella, juntándonos de esta manera?

Dios mío, es tan guapo como lo recordaba.

Su mandíbula, tan afilada que podría cortar un cristal, está cubierta por una barba incipiente. Esos ojos verdes que ven a través de cada capa que he construido para proteger mi corazón. Otros dicen que es frío y despiadado, y, aunque no lo negaría, hay más en Ollie Romanov de lo que los demás creen.

Odio cómo se me acelera el pulso solo con mirarlo, una reacción que desearía poder controlar, pero no soy más que humana. Su presencia llena cada habitación en la que entra, impone atención y respeto sin pronunciar una sola palabra. Es exasperante la facilidad con la que desprende poder y dominio.

—¿Vas a seguir mirándome fijamente o necesitas más analgésicos?

—la voz inexpresiva de Ollie atraviesa mis pensamientos y me devuelve a la realidad de golpe.

Le lanzo una mirada de desprecio, intentando disimular el involuntario aleteo en mi pecho. —Oh, estoy bien —digo con dulzura—. No necesito nada más de usted, señor. Muchísimas gracias.

—Ah. Me alegro de saber que estás practicando cómo respetar a tu marido.

Le hago una peineta..., solo para ponerlo en su sitio. Sus ojos centellean y se pone serio, inclinándose más hacia mí. —Vuelve a

hacer eso, Renata, y pondré a prueba mi teoría sobre mi prometida y su parafilia con los azotes.

Lo miro boquiabierta. —¿Qué?

—Ya me has oído. —Uf, qué *descaro*. Quiero borrar esa expresión de autosatisfacción y suficiencia de su cara, ver al hombre que hay bajo la máscara. El hombre que podría sentir algo más que un desapego frío y calculador.

Me dejo caer de espaldas en el asiento y el pequeño interior del avión da vueltas ante mis ojos.

—¿Son turbulencias?

Resopla y enarca una ceja, con un atisbo de sonrisa en los labios. Oh, que te jodan, Ollie Romanov. Me siento indefensa cuando sonrío así.

—No, creo que son los chupitos. Probablemente no deberías mezclar alcohol y analgésicos.

Ah. Cierto.

Pues joder.

Odio que tenga razón. Odio que, a pesar de todo, vaya a tener que depender de él, y eso me hace aún más vulnerable que nunca. La sola idea me da ganas de gritar y romper cosas.

—No confío en ti, que lo sepas —digo. Mi voz es firme, pero cuando me dirige una mirada seria, el corazón se me acelera.

—No tienes por qué. —Se inclina más hacia mí—. Es muy sencillo, Renata. Lo único que tienes que hacer es casarte conmigo. Dejar que te folle. Llevar mi apellido y darme hijos. —Se encoge de hombros, como si todo fuera así de simple, como si todo lo que tuviera que hacer fuera casarme con él, dárselo todo y dejar que él controlara el resto.

Pero esto es más que un matrimonio. Esto es la guerra.

—Yo me encargaré del resto, Renata.

Ah, ¿eso es todo?

Lo fulmino con la mirada, pero no le doy a ese cabrón engreído la satisfacción de una respuesta.

—Vale —suelto—. Pero no creas ni por un segundo que bajaré la guardia contigo. Trazo un círculo con un dedo alrededor de mi cara.

—¿Ves esto? Esto es todo lo que obtendrás de mí.

¿Qué coño estoy diciendo? ¿Qué llevaban esas copas?

Su risa grave y profunda me provoca un escalofrío por la espalda, confirmando mi sospecha de que mi contestación ha sido tan patética como me ha sonado a mí misma. —No esperaba menos.

Siento la cabeza como si fuera el triple de grande y el dolor punzante que tengo en el brazo ha empezado a remitir un poco.

—Bien —digo. Luego me pregunto si lo he dicho en voz alta—. ¿Has oído eso?

—¿Oír el qué? —pregunta él, con esa expresión de adorable confusión que pone cuando está pensando en algo, como un cachorrito curioso. Por un brevísimo instante, baja la guardia y resulta absolutamente desarmante.

—Cuando te he hablado. —Reprimo una risita—. ¿Lo he dicho en voz alta?

Oh, Dios, ya empezamos. No debería haberme tomado esas copas, sobre todo con el estómago vacío.

—¿Pero de qué coño estás hablando? —Por alguna razón, su confusión me parece divertidísima. Suelto otra risita y me tapo la boca con la mano.

—Nada.

—¿Estás borracha? —Niega con la cabeza.

—Oh, cariño —digo con otra risita—. Voy borracha como una cuba. No aguanto *nada* el alcohol.

—Joder. —Se levanta, alzándose sobre mí, y no puedo evitar sentir una mezcla de pavor y expectación. Este hombre va a ser mi *marido*, mi protector y mi puto mayor desafío. Y, de alguna manera, tengo que apañármelas para navegar esta nueva realidad sin traicionarlo ante Carlos y sin perderme por el camino.

Va a ser imposible.

—Mírame —espeta él.

Abro los ojos todo lo que puedo y lo miro, con la cabeza balanceándose perezosamente.

—¿Mmm? —Su rostro baila ante mí.

—¿Has comido algo?

Niego con la cabeza. —En algún momento entre que me capturaron nuestros enemigos, me arrastraron al cuartel general del LSD, me interrogaron, y luego me arrastraron a este avión y me atacaron, se me olvidó hacer mis tres comidas diarias. —Me encojo de hombros—. Vaya.

Él pone los ojos en blanco y le hace una seña al auxiliar de vuelo. — Zumo de naranja, dos hielos. Algo dulce. Y un sándwich de pollo, sin mayonesa.

Aparto la cabeza cuando las lágrimas me asoman a los ojos. Por supuesto que recuerda exactamente lo que me gusta. Parece que ha pasado una vida entera desde que me detuvieron para interrogarme, y él era el que estaba a mi cargo..., pero, en realidad, solo fue hace una semana.

El auxiliar de vuelo nos entrega la comida y comemos en silencio. Lo observo discretamente.

Mataré al hombre al que amas.

Tengo que apartar la mirada.

¿Qué he hecho para dar a un observador como mi hermano la impresión de que amo a Ollie Romanov? Pienso en mi cautiverio con él.

La forma en que hablamos durante horas interminables, y le conté todo sobre mi infancia. Él habló de sus viajes a varios países como asesor internacional de la Bratva Romanov, y yo le hice preguntas, intrigada. Ollie es un hombre callado con los demás, pero conmigo se abrió.

Mi hermano me ha dado donde más me duele. Sabe que soy vulnerable cuando se trata de Ollie Romanov. Ojalá no fuera tan fácil de leer.

Siento la cabeza ligera y me duele el brazo mientras me termino el sándwich y le echo el ojo a una galleta con pepitas de chocolate.

Ollie me mira y sus ojos se suavizan. —¿Todavía te molesta el brazo?

—Solo cuando lo uso —respondo, arrastrando un poco las palabras—. Que es todo el tiempo porque es... una de mis extremidades favoritas. —Miro el vendaje—. Aunque me lo has curado de puta madre. ¿Cómo se te ha dado tan bien?

Se encoge de hombros. —Yo era el médico de la Bratva antes de que Mikhail tomara el relevo. Todos probamos diferentes puestos. De niño quería estudiar medicina. —Le da un largo sorbo a una botella de refresco. Observo cómo su nuez sube y baja y trago saliva. Coge la segunda mitad de su sándwich, le da un gran bocado, mastica metódicamente y traga—. Estudio las cosas y me propongo convertirme en un experto. —Se encoge de hombros—. Es lo mío.

—Me he dado cuenta.

Idiomas, culturas, tradiciones y lugares: lo guarda todo en su cabeza como si estuviera catalogado. Una vez que aprende algo, se queda ahí para siempre.

Me pregunto si su habilidad para dominar las cosas se extiende también a las personas.

Me meto la galleta en la boca antes de volver a decir alguna estupidez.

Ollie se inclina, cogiéndome el brazo con cuidado para examinarlo. —Parece hinchado.

Miro hacia abajo. —Dudo que la carne humana esté hecha para ser acuchillada y vendada así. Estoy bien.

—Renata. —El tono sobrio de su voz capta mi atención. Dios, me encanta cuando dice mi nombre. Los pensamientos en mi cabeza se detienen y mi pulso se acelera en mis venas—. Lo digo en serio —continúa, con el ceño fruncido por la preocupación.

Trago saliva. Mi hermano tenía razón. Estoy locamente enamorada de este hombre, y eso me matará... si él no lo hace primero.

Agito mi mano buena con desdén. —Relájate, Ollie, no me voy a desmoronar. He sufrido cosas peores. —Me inclino más cerca, susurrando en voz alta—. Y apuesto a que cuando volvamos, me lo curarás con un beso, ¿a que sí?

Me echo hacia atrás y suelto una risita cuando él gruñe, luego levanto la mano hacia el auxiliar de vuelo.

—Otro chupito, por favor.

—Creo que ya has bebido suficiente. —Ollie frunce el ceño.

—Todavía no —digo con una sonrisa empalagosamente dulce. Aparto el plato y me quedo mirando fijamente su galleta.

El auxiliar de vuelo nos mira a ambos y Ollie niega con la cabeza con firmeza. Se escabulle antes de que vuelva a poner su vida en peligro.

—¿Vas a terminarte ese sándwich? —pregunta Ollie.

Si cree que va a obligarme a comer más... lo fulmino con la mirada.
—No. Aunque no me vendría mal otra galleta.

Sin decir palabra, se inclina sobre mí para cogerlo. Ese aroma suyo, limpio y amaderado, me hace cosquillas en la nariz y reprimo un gemido.

No es justo. *¡No es justo!*

Observo cómo aniquila mi sándwich en dos enormes bocados y luego miro la galleta que aún queda en su plato. Las galletas son mi debilidad. Sin decir palabra, me la entrega lentamente. Casi doy una palmada de alegría.

Es rica y mantecosa, y saboreo cada bocado.

—Pareces una niña —dice, pero hay una suavidad en su voz, algo casi protector...

—Mmm. ¿Tienes algún problema con eso? —No se equivoca. La comida sana está muy bien, pero dame una galleta y seré una chica feliz.

Él resopla. —Me gusta la Renata borracha.

El corazón me late con locura. Quizá no me desprecia.

Le sonrío y desenrosco la tapa de otro chupito. —¿Ah, sí? ¿Qué te gusta de ella?

Él me observa, con un destello de diversión en la mirada, pero también hay un atisbo de tristeza. —Es juguetona. Desinhibida. Y quizá un poco vulnerable.

—¿El Ollie borracho es juguetón y desinhibido? ¿O para eso haría falta una lobotomía?

Él resopla y niega con la cabeza.

Terminamos de comer y la tensión se va disipando mientras nos sumimos en un silencio casi cómodo. A pesar de todo, esto vuelve a

parecer normal. Encontramos nuestro ritmo en The Cove. Quizá..., a pesar de todo..., podamos encontrarlo de nuevo.

Quizá.

Me reclino y cierro los ojos.

Es más seguro para mí no quererlo. Si llega el momento en que Carlos cumpla su promesa, me matará.

Tenemos que encontrar a Carlos. Tenemos que llegar a él antes de que él llegue a nosotros... o ninguno de los dos sobrevivirá a esto.



Capítulo Siete

OLLIE

TRABAJO DURANTE TODO EL VUELO, poniéndome al día con lo que me perdí durante mi viaje a Colombia, pero, sobre todo, intento ignorar a la mujer preciosa, cautivadora e irritante que tengo al lado. Ronca de una forma adorable mientras duerme y tiene un hilillo de baba en la comisura de los labios. Sonríó con suficiencia y grabo un pequeño vídeo. Podría serme útil.

Frunzo el ceño al volver a ver el vídeo. Se despertará con un dolor punzante en el brazo y resaca. Tendré que estar atento a eso. No debería sentirme mal por ella. No puedo.

La primera luz del amanecer se asoma entre las nubes cuando aterrizamos en nuestro pequeño aeropuerto privado a las afueras de The Cove. Me froto los ojos con la mano, agradecido de estar en casa, pero jodidamente agotado. Aunque Renata ha dormido la mayor parte del vuelo de seis horas de vuelta a casa, gracias a las bebidas y a los medicamentos, yo llevo días sin dormir más de unas pocas horas.

Aun así, tengo que mantenerme alerta. Los traslados de un sitio a otro son siempre cuando somos más vulnerables.

Necesita dormir, así que no la despierto hasta que hemos aterrizado. Odio ser quien la trae de vuelta al presente y al dolor.

—Renata. —Tiene la cabeza en mi hombro, con su precioso rostro tan tranquilo. Me siento como un capullo. Quizá podría bajarla del avión en brazos y llevarla hasta el coche sin despertarla...

—¿Mmm? —se incorpora de golpe y abre los ojos de par en par.

Quizá no.

—¿Por qué no me has dicho que ya casi estábamos? Me gusta saber esas cosas. —Es verdad; odia que la dejen al margen y las sorpresas. En parte, por eso su breve cautiverio anterior fue tan exasperante para ella.

—Necesitabas dormir. ¿Qué tal el brazo?

Con un suspiro, baja la mirada como si acabara de recordar lo que ha pasado. —Sigue ahí, supongo. Está bien. —Mira hacia delante cuando se abre la puerta—. ¿Nos espera un coche?

—Sí. Mikhail ha dicho que vayamos directamente a la sede familiar. —Tengo que hacer lo que me dice mi hermano mayor y *pakhan* de nuestra Bratva. La quiero para mí solo. Quiero alejarla de todo el mundo, solo nosotros dos, a la luna si hiciera falta. Dejo escapar un suspiro—. Cuanto más cerca estemos de la sede familiar, mejor.

Refunfuña y se remueve en el asiento. —Vale, te pillo. —Parece aturdida y confusa—. Qué rápido.

—El tiempo vuela cuando estás profundamente dormida. —Saco el vídeo en el móvil y se lo enseño.

—¡Tú me obligaste a hacerlo! ¡Bórralo, Ollie!

Resoplo. —Ni de coña. Esto es material de chantaje de primera.

Intenta parecer molesta, pero se le escapa una pequeña expresión en la que le tiemblan los labios, aunque su rostro se contrae

rápidamente de dolor cuando se sujeta el brazo. —Uf, la cabeza. El brazo. Pero ¿qué coño? Un cortecito así no debería doler tanto.

—No era un cortecito, pero haremos que te lo miren cuando lleguemos.

Cuando salimos, la familiar vista de nuestro hogar me produce una sensación de alivio. Aunque mis hermanos se han adaptado muy bien aquí, mi trabajo no me ha permitido ese lujo. Durante años he sido un nómada, yendo de un lugar a otro.

Hasta ahora.

Miro a la preciosa mujer que tengo a mi lado. Vamos a casarnos. ¿Significa eso que por fin tendré la oportunidad de echar raíces?

—¿Es tu conductor? —pregunta, señalando el coche que nos espera. Reprimo un bostezo. Dios, estoy jodidamente agotado.

Me protejo los ojos del sol con la mano y entrecierro la mirada. — Eso creo.

Cojo nuestras maletas y salgo mientras la tripulación del vuelo empieza a limpiar. Estoy deseando llevarla a mi casa.

—¿Adónde han decidido que vamos? —pregunta.

—A la sede familiar.

Renata asiente, pero no dice mucho. Está concentrada en el conductor. No puedo verlo desde aquí, pero todo parece en regla. Ese es nuestro coche. Está de pie frente a nosotros, como manda el protocolo.

Cojo nuestras maletas y, esta vez, no me discute.

Bien. Solo quiero llegar a casa. Volver a un lugar seguro, donde pueda reforzar la seguridad y asegurarme de que ella vuelve a estar a salvo.

—¿Quién está en casa ahora?

—Mi madre y mi hermana, eso lo sé, pero no estoy tan seguro de mis otros hermanos. Tendremos una reunión esta mañana y decidiremos qué hacer ahora.

El conductor se acerca. —¿Bienvenido a casa, señor? Señora, ¿le ayudo con las maletas?

—Ya las llevo yo —le digo. Debería saberlo.

Renata niega con la cabeza y le lanza una mirada curiosa al conductor, sin mirarme a los ojos. —¿Ya le ha dado seguridad la ubicación de la casa segura?

No vamos a...

—Sí, todo listo, señora. Su ubicación es segura.

Renata sonríe con dulzura. —Perfecto. —Se vuelve hacia mí y me hace un gesto para que me acerque. Con su aliento dulce y cálido en mi mejilla, susurra—: No es tu conductor.

Le susurro al oído: —Lo sé. Voy a besarte como si estuviéramos enamorados y luego sacaré la pistola. Tú ponte a cubierto. No te la juegues.

Ella asiente.

Le beso la mejilla; su piel suave y dulce en mis labios es como mantequilla melosa.

La deseo.

La deseo entera. Es como la primera dosis de un adicto. Una probada, una caricia de Renata Carrera, y necesito más.

A regañadientes, me aparto, con el arma desenfundada.

El conductor me echa un vistazo y se lanza al asiento del piloto. Aprieto el gatillo.

El cristal se hace añicos mientras él arranca a toda velocidad. La adrenalina recorre mis venas mientras le lanzo mi móvil a Renata. — ¡Llama a Mikhail, que lo localicen! —grito mientras corro tras el vehículo. Disparo una y otra vez, alcanzando un neumático, pero la salida está tan cerca que gira bruscamente y lo único que veo tras él es una nube de polvo.

—¿Mikhail? —Renata tiene los ojos como platos a mi lado.

—¿Quién eres y dónde coño está mi hermano? —ruge Mikhail.

—Estoy aquí —grito para que me oiga—. Le he dicho a Renata que te llamara. Han cambiado a nuestro conductor por alguien que ha intentado matarnos. He intentado darle, pero se ha escapado. Necesitamos localizarlo.

—Aria, ¿lo has pillado? —le pregunta Mikhail a su mujer. Con las habilidades de Aria, puede encontrar a cualquiera, en cualquier lugar y en cualquier momento.

—En ello. Tenemos un dron en la Séptima y puedo conectarme a las cámaras de seguridad de la interestatal en uno..., dos... *Ven con mamá, cariño.*

Miro a mi alrededor por todo el aparcamiento. Tengo que sacarla de aquí de una puta vez.

—Necesitamos un coche.

—Viktor está a diez minutos. Mantenla a cubierto hasta entonces, Ollie.

Renata frunce el ceño. —Ojalá yo también tuviera una pistola.

—Ni de puta coña te daría una pistola.

—Bueno, ¿y qué demonios se supone que haga? ¿Quedarme aquí de brazos cruzados y poner cara bonita? —Se mira a sí misma con asco—. ¡Como si pudiera, para empezar, cubierta de sangre, con la ropa

hecha jirones y el pelo como el de una muñeca Barbie abandonada y maltratada!

Joder. Las mujeres. Se centran en las cosas equivocadas.

—No —espeto Mikhail por el manos libres—. Haz lo que te dice, joder. Cuelga y ponte a cubierto. *Ahora*.

Corta la llamada y ella levanta las manos al cielo con fastidio. —¡Dios mío!

Inspecciono la zona.

—Ahí. Junto al hangar. Sígueme.

—Sí, *señor*. Lo que usted diga, *señor*.

Ya no está borracha. Bien. Sentirá cada azote cuando le dé la paliza que tan obviamente se merece.

—¿Por qué estás tan insoportable? —le pregunto, tirándole de la mano para que se siente en el asfalto a mi lado.

Con el ceño fruncido, no responde. No esperaba que lo hiciera.

Normalmente no es tan difícil. Aunque difícilmente calificaría a Renata Carrera de sumisa o complaciente, rara vez resulta tan agotadora.

Se sienta a mi lado con las piernas cruzadas sobre el asfalto, jugando con su pelo. Joder, es sexi ver cómo sus dedos delicados y gráciles le apartan el pelo del cuello y empiezan a trenzarlo.

—No quiero hablar, Ollie. No tienes ni idea de por lo que acabo de pasar. Dejemos el interrogatorio.

Aprieto los dientes. —Tienes razón, no tengo ni idea de por lo que has pasado. Ahora mismo, nuestro único objetivo es seguir con vida hasta que lleguen a por nosotros.

—¿Por qué? —espeto.

—¿Por qué seguir con vida? —La miro sorprendido.

—Joder, no —dice, negando con la cabeza—. Eso lo tengo claro. Me gusta estar viva. —Me lanza una mirada de reojo y traga saliva—. Al menos, la mayor parte del tiempo. He tenido mis momentos.

¿Qué significa eso?

Asiento, escuchando, pero sigo dándole vueltas a lo de «He tenido mis momentos». Es un crudo recordatorio de que hay mucho más sobre Renata que no sé, y quiero saberlo todo. Tengo que hacerlo.

—Me refería a ¿por qué tenemos que esperar a que nos recojan? Aquí somos un blanco fácil. Mi hermano no es como Javier, ¿sabes? Quiero decir... Él no era como Javier.

Una expresión de pánico cruza su rostro. Hago como si no acabara de admitir que está vivo.

—¿Cuál era el método de tu hermano?

—Javier era todo estrategia y manipulación. Tenía sus tentáculos muy extendidos y, por suerte, quemó toda su mierda hasta los cimientos antes de llegar al poder. Mi hermano era salvaje e imprudente —tartamudea un poco—. Él... él atacaría con fuerza sin pensar en las consecuencias, y cualquiera que le esté sustituyendo sería igual.

—Entiendo lo que dices de que somos un blanco fácil y todo eso. No quiero quedarme aquí sentado más tiempo que tú. Pero confío mi vida a Mikhail, y ahora también la tuya. Así que no me interesa hacer nada que nos ponga en peligro a ninguno de los dos.

Frunce el ceño. Dios, es preciosa cuando frunce el ceño así.

Rectifico. Es preciosa sin importar lo que diga o haga.

—Nos quedamos aquí. Es la apuesta más segura.

Se abraza las piernas y sus ojos recorren el espacio exterior del hangar.

—¿Así va a ser mi vida?

Me pongo de pie a su lado, con el arma desenfundada. Parece tan pequeña sentada a mi lado. Siento que me elevo sobre ella como una torre.

—¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros y niega con la cabeza. Su pelo rebelde le baila sobre la espalda y los hombros, y traga saliva. —Es solo que... odio sentir que no tengo el control. Como si otra persona estuviera manejando mi vida por mí, y eso es exactamente lo que pasa cuando me mandoneas y me dices lo que tengo que hacer.

No puedo arriesgarme a apartar la vista del exterior del hangar, así que vuelvo a echar un vistazo antes de agacharme para estar más cerca de ella. No hay moros en la costa. Si estuviéramos en un aeropuerto normal, estaríamos jodidos, pero, por suerte para nosotros, aquí podemos hacer este tipo de cosas.

Voy a casarme con Renata. Da igual. Será mía, le guste o no.

—Ollie...

La miro. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, el muro que protegía mi corazón se resquebraja. Siento cómo se desmorona. Una parte de mí quiere hacer todo lo que esté en mi mano no solo para protegerla, no solo para hacerla mía..., sino para hacerla jodidamente *feliz*.

Joder. Soy un puto blando.

—¿Qué? —espeto, más borde de lo que pretendo. Aparto la mirada.

Puedo notar el momento en que se cierra en banda. Sus ojos se apagan y aprieta la mandíbula. Aparta la vista como si me hubiera dado a probar su vulnerabilidad y ahora necesitara arrebatármela.

—Olvidalo. —Me da por completo la espalda.

Quiero obligarla a que me mire, a que me diga lo que está pensando de verdad.

—Deja de jugar conmigo, joder, Renata. Dime lo que ibas a decir.

—No importa.

Joder.

—No voy a jugar a este puto juego. —Quiero zarandearla, pero mi necesidad de que me preste atención no supera la de protegerla. Mantengo la vista al frente, clavada para no perderme nada.

—¿Esto es lo que esperarás que haga? ¿Callarme y hacer lo que me dices?

Aprieto la mandíbula. —¿Cuando tu seguridad esté en juego? Joder, sí.

—Vaya matrimonio más divertido vamos a tener, ¿no? —La chispa en sus ojos es una señal de advertencia, pero nunca he sido de hacerles caso.

—¿De qué coño estás hablando? —Una sombra se mueve a la izquierda, frente a mí. Amartillo la pistola, pero un segundo después, una paloma meneas su inquietante cabeza y camina delante de nosotros.

El viento fuera del hangar es el único sonido mientras los segundos se convierten en minutos.

—Nada de esto es fácil, Renata. Nada de nada. Lo sabes.

Se abraza las piernas con más fuerza. —Lo sé. Pero tú coges una situación difícil y solo la haces más difícil.

No le falta razón. Siempre lo he hecho. No a propósito, lo sé, pero no puedo evitarlo. Es como soy.

Recuerdo la primera vez que volví a casa después de la boda de Mikhail y Aria. A ella la obligaron a casarse con él y al principio eran

enemigos. Estaba embarazada para cuando realmente pude pasar tiempo con ella, y Mikhail la mimaba como si estuviera hecha de cristal. Todavía recuerdo estar de pie en el comedor de mi madre, apurando una copa. Mikhail estaba sentado a la cabecera de la mesa, en medio de una acalorada discusión, cuando Aria entró en la habitación.

Toda la atención de Mikhail se centró en ella. Levantó un dedo para indicarle a Aleks que esperara un momento. Ella se acercó y se puso a su lado. Él le apoyó la mano en la parte baja de la espalda e inclinó la oreja hacia ella para poder oír lo que fuera que le estuviera susurrando.

Algo me golpeó en el pecho con la fuerza de un tren de mercancías. Mikhail había cambiado. Había conocido a una mujer que lo había cambiado, y ya nunca volvería a ser el mismo.

Más tarde, hablé con él sobre ello. —¿Qué te ha pasado? —le pregunté. No pude evitar el tono amargo en mi voz. Mikhail era mi ídolo, mi referente, y verlo ceder ante una mujer me pareció una especie de traición. Nosotros no hacíamos eso. No era así como nos habían educado. No era lo que éramos.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

Negué con la cabeza y me metí las manos en los bolsillos. —Ella dice «salta» y tú preguntas «hasta dónde». ¿Qué coño, Mikhail?

Esperaba que me soltara un puñetazo o que al menos me zarandeara y me dijera que me callara la puta boca o alguna mierda por el estilo. El antiguo Mikhail lo habría hecho. En cambio, se limitó a esbozar una media sonrisa. —Algún día, lo verás. Hasta entonces, decírtelo no servirá de mucho.

—¿A qué te refieres? —pregunté. Me sonó al típico discursito de mierda de «cuando seas mayor, lo entenderás».

—El respeto mutuo por tu esposa no es una forma de debilidad. Hace falta ser un hombre de verdad para aprender a ser humilde y

dócil. Un buen líder —ya sea el líder del hogar, el líder de la Bratva o el líder de un país— sabe que intimidar es una forma de cobardía, no de fuerza. Un verdadero líder aprende de todo el mundo. Un buen hombre sabe que no es nada sin la fuerza de una mujer a su lado.

Me sentí frustrado. Enojado, incluso, porque me estaba dando un sermón, pero de verdad quería saber qué demonios había cambiado.

—No estoy hablando de intimidar —espeté, todavía jodidamente furioso.

—Yo *sí* —dijo él, con una voz de acero que me recordó que seguía al mando.

Sí, eso no se me olvidaba. Pero no sé si Renata nos traicionó. Lo que sí sé es que su mejor amiga ya no confía en ella y que está orquestando esto para que no se me escape.

—¿Has hecho ya una oferta por alguna casa?

Mi mirada se desvía bruscamente hacia ella y luego vuelve a la vigilancia.

—¿Una casa? —Nunca le había dicho a nadie más que estuviera buscando casa. Me parecía algo sagrado. Especial. Algo que solo nosotros dos sabíamos y de lo que hablábamos.

—Sí —dice ella en voz baja, sin mirarme a los ojos. Está jugando con un mechón de su pelo, enroscándoselo en los dedos—. La última vez que hablamos, estabas mirando casas. Dijiste que estabas listo para echar raíces y que creías que podrías hacer una oferta. —Traga saliva—. Te gustaba especialmente la que tenía los suelos de palisandro brasileño y esas peculiares vidrieras de colores.

¿Cómo recuerda esos detalles?

—No —digo, negando con la cabeza. El sonido de un coche que se acerca nos hace callar a ambos. Mi móvil pita con un mensaje—. He estado un poco distraído con una rehén fugada.

Mikhail

El coche está llegando. He enviado unas esposas para Renata. Espósala de camino aquí.

—Ahí llega nuestro transporte.

—¿Por qué no? —pregunta ella, poniéndose de pie—. ¿Por qué no hiciste una oferta? Es solo una llamada.

Frunzo el ceño, observando el coche que se acerca. —No quiero echar raíces solo para tener que arrancarlas de nuevo, y antes de hacerlo quería saber qué pensaba mi mujer sobre mudarnos.

No quiero hablar de mí. No quiero hablar de nosotros. Tengo que esposarla y llevarla conmigo.

—¿Tu mujer? —pregunta ella bruscamente, encontrándose con mi mirada. El coche frena delante de nosotros.

—Sí —murmuro. El conductor abre la puerta y me entrega un juego de esposas. No quiero hablar de esto—. Ahora ven aquí.

Renata parece desconcertada.

La sujeto frente a mí, con sus manos en mi pecho. —Dijiste que tu hermano está vigilando. Quiero que sepa exactamente lo que va a pasar ahora.

—¿Así que vamos a un piso franco?

—A la mierda el piso franco. No. Vamos a hacer que tu hermano salga de su escondite. Vamos a cabrearlo y a lanzarle el guante. ¿Te apuntas?

Un brillo de emoción centellea en sus ojos, aunque tampoco puede ocultar su miedo. —Joder, claro que me apunto.

Entrelazo mis dedos en su pelo y le ahueco la nuca. Nuestros alientos se mezclan. La química que teníamos antes parecía un viejo

sueño, algo conmovedor y significativo, pero que se desvanecía con cada aliento que tomaba.

Pero ahora..., con ella tan cerca, con nuestra boda en el horizonte y mi necesidad de reclamarla empujándome hacia adelante, bajo mi boca hacia la suya y le rozo los labios con los míos.

Ahogo un gemido. Sabe tan bien como la recordaba: dulce y adictiva, como un whisky con hielo después de un largo y caluroso día.

Le lamo la lengua y ella deja escapar un gemido ahogado. Deslizo mi mano por la parte baja de su espalda y la atraigo hacia mí. La quiero tan cerca que no sé dónde empieza ella y acabo yo. Sus labios son suaves y su cuerpo flexible mientras profundizo el beso, perdiéndome en el calor del momento, su cuerpo junto al mío, nuestra conexión innegable.

Me aparto cuando nuestro conductor carraspea. *Mierda*. Me he perdido por un momento.

Tengo que mantenerme alerta.

Ella está apretada contra mí, momentáneamente desarmada. Le pongo las esposas con un chasquido.



Capítulo Ocho

RENATA

—¡SERÁS capullo! ¡Menudo morro tienes! Comerme a besos para luego ponerme a hurtadillas las malditas esposas. ¿Por qué?

—Me lo ha ordenado Mikhail.

—«*Me lo ha ordenado Mikhail*», —lo imito con sorna, aunque soy muy consciente de lo importante que es que haga lo que Mikhail le manda.

—Quizá es que me gusta cómo te quedan las esposas —dice, encogiéndose de hombros con indiferencia mientras me abrocha el cinturón como si fuera una niña. El brillo de sus ojos hace que el corazón se me suba a la garganta. Trago saliva con dificultad.

—¿Ese es tu gran plan? ¿Llevarme de vuelta a tu casa familiar, con tu madre en la habitación de al lado, y atarme a tu cama? —arrugo la nariz, fingiendo que no tengo las mejillas ardiendo—. ¿Es eso lo que haces con todas las chicas que le presentas a mamá?

—No, nena —responde con otra de sus características sonrisitas—. Solo contigo.

Quiero odiarlo. Quiero separarnos, al menos superficialmente, con un muro entre nosotros para no tener que preocuparme nunca de que me rompa el corazón. Empecé a enamorarme de él, sé que lo hice, pero no puedo darle más carnaza a mi hermano.

Me doy la vuelta y miro por la ventanilla, buscando cualquier indicio de que nos siguen. No veo nada.

Pero sé que están ahí.

Me arde el brazo por la herida. Estoy cansada. Noto los ojos irritados y tengo la boca seca por la deshidratación. Soy un desastre. Pero eso no impide que el corazón se me dispare cuando veo la casa de la familia Romanov alzarse ante nosotros, tan resplandeciente como una margarita brillante bajo los radiantes rayos del sol.

Por un breve instante, sentí que ese era mi lugar, que me querían y me necesitaban. Sentí algo parecido al amor.

Los gruesos muros, fuertemente reforzados con acero, armas y un convoy de machos alfa, me hacen sentir más segura de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Mi hermano es brutal y despiadado, pero es solo una persona. Solo una.

—Ollie —digo con cautela mientras el coche se detiene.

—¿Sí?

—¿Tengo que hablar con todo el mundo ahora? No quiero ver a nadie, sobre todo porque nos vamos a casar.

Él mira por la ventanilla y asiente secamente con la cabeza. —Saldré primero y me aseguraré de que tengamos privacidad.

Me siento extrañamente sensible mientras lo veo salir del coche y caminar directo hacia la puerta principal, con el móvil ya en la oreja.

No sé lo que está diciendo, pero parece serio mientras frunce los labios y se enzarza en una acalorada discusión. Finalmente, al cabo

de un momento, vuelve hacia mí, abre la puerta y me quita las esposas. —No hay moros en la costa. Vamos.

—¿Puedo descansar un poco primero? —le pregunto mientras camino a su lado. Estoy en ascuas, esperando que uno de sus muchos hermanos o, como mínimo, alguno de sus sobrinos pequeños, venga a buscarnos, pero por suerte, estamos solos cuando entramos.

—Primero te verá un médico —dice en un tono que no admite discusión—. Antes de que ocurra cualquier otra cosa. No te obligaré a socializar ni nada por el estilo, pero tienes que tomarte tu salud en serio.

Refunfuño por lo bajo. No quiero ver a un médico. He pasado por un infierno y solo quiero una cama caliente y tiempo a solas para procesar cuál será mi próximo movimiento.

—Renata —gruñe entre dientes.

—¿Qué?

—No voy a dejar que juegues con tu salud.

—Tengo un arañazo en el brazo. No es que necesite una amputación. Mikhail te dijo que te aseguraras de que me viera un médico, y sabe Dios que no puedes contradecir nada de lo que él te diga que hagas. —No sé por qué estoy tan arisca. No soy así. De verdad que no.

—¿Es esa Renata? —oigo la voz de su hermana Polina de fondo, pero alguien la acalla rápidamente.

—Después de descansar un poco, tendrás que verlos a todos —dice—. De eso no te libras, ya lo sabes.

—Lo sé.

No puedo superar el hecho de que todos piensen que los he traicionado.

Deseo tanto formar parte de esta familia. Quiero que sepan que pueden confiar en mí, pero no estoy segura de cómo revelar la verdad sobre mi hermano y lo que sé de la familia Romanov. Tengo que fingir que *soy* la enemiga, aunque me vaya la vida en ello.

—Vamos a la habitación —empieza. Trago saliva con dificultad. Estar a solas con él me parece íntimo y peligroso. Él continúa, imperturbable—. Te verá el médico. Me aseguraré de que te traigan comida y algo de beber, luego podrás ducharte y descansar. Pero por ahora, no hagas tonterías.

Es lo más inteligente, porque aunque en este momento estamos en términos bastante amistosos, he comprobado de primera mano lo rápido que eso puede cambiar.

Me conduce al tercer piso, un lugar en el que nunca he estado. La casa es enorme y a menudo bulliciosa, pero los hombres casados ya tienen sus propias casas, así que ahora no es tan caótica como lo fue antaño. Mikhail y Aleksandr, los dos hermanos mayores, están bien establecidos y casados con hijos. Tienen casas no muy lejos de aquí. El tercer hermano, Nikko, se casó con Vera Ivanova, una médica que suele estar destinada en el extranjero, en diversos países. Él viaja con ella. Viktor y su esposa, Lydia, también viven cerca, pero no tanto como Mikhail y Aleksandr. Lev e Isabella van y vienen entre Nueva York y Colombia.

Ollie es el único que no vive por su cuenta.

Antes de que me llevaran de vuelta a Colombia, hablábamos de esto. Yo quería saber cuál era su plan, con qué soñaba, y él también quería saber el mío. Me lo contó, con todo lujo de detalles, y para mí significó algo ser su confidente.

Quiero volver a ese punto.

Ollie abre la puerta del dormitorio y me hace un gesto para que entre. Estoy cansada y agotada, no me quedan fuerzas para resistirme.

Antes de que pueda sentarme, llaman bruscamente a la puerta. Ollie desenfunda su arma.

—No la necesitas aquí —le digo, con el estómago encogido. Es tan instintivo en él sacar la pistola cuando ocurre algo inesperado; es como una reacción automática.

—Lo sé —dice en voz baja—. No quiero que nadie más te haga daño. No otra vez.

Aparto la mirada mientras algo en la coraza de mi pecho se resquebraja un poco. No quiere que me hagan daño. No es solo su instinto, sino su instinto de protegerme. Dios mío.

—¿Quién es? —pregunta bruscamente.

Le ha dicho a su familia que me deje en paz, así que no espero que sea Mikhail.

—La doctora Agostino —responde una voz.

Una mujer latina adulta con el pelo corto y canoso entra en la habitación. Nunca la había visto.

Ollie la mira con dureza. —Identificación, ahora —le espeta.

No sé cómo cree que esta mujer ha conseguido entrar en la casa familiar si no es de fiar. Sin pestañear, le enseña su identificación.

—¿Qué ha pasado? —dice con severidad, con la mirada fija en mí. Tengo pinta de ser un desastre... Lo sé. Sus ojos se vuelven hacia Ollie—. ¿Le ha hecho usted esto?

Sus ojos se clavan en ella al instante. —Claro que no. Es mi prometida. ¿Ha venido a interrogarme o a ver cómo está ella?

Un músculo se le contrae en la mandíbula mientras se yergue en toda su estatura, sacándole al menos una cabeza, pero ella no se inmuta. —Me han contratado para evaluarla. Necesito saber si usted supone una amenaza inmediata.

Eh. Está mintiendo. Él no le ha dicho nada de que Ollie sea una amenaza. Eso es cosa suya. Mikhail ha respondido por ella y nos está mintiendo en la cara. Lo noto por cómo desvía la mirada, y sus expresiones faciales la delatan. Se le da bien, todo hay que decirlo. Supongo que le preocupan estos tíos, y con razón.

—Ya puede irse, doctora —espeta Ollie mientras abre la puerta.

—El señor Romanov me ha ordenado que viniera —dice ella—. No pienso irme.

¿Pero qué coño? Ollie saca el móvil, hace una llamada y empieza a hablar en ruso. No entiendo lo que dice, pero un minuto después, el mismísimo Mikhail entra en la habitación. —¿Hay algún problema aquí? —pregunta. La tensión aquí dentro es tan densa que me ahoga. Me recuesto en la cama, agotada. No le digo nada a nadie. No me creerían si lo hiciera.

—Me está tocando las narices con si le he hecho daño o no —dice Ollie.

—Una pregunta legítima —responde Mikhail con calma. No me mira a los ojos—. Nos traicionó. Es una prisionera. Te casas con ella para solucionar eso. No lo olvides.

Ollie clava la mirada en la doctora. —Bien. Prosiga —dice.

—¿Esto es lo que le preocupa? —pregunta ella, señalando mi brazo vendado con la barbilla—. ¿Quién ha hecho el vendaje?

—Lo hizo Ollie —digo, lanzándole una mirada recelosa porque creo que tampoco me cae bien—. Ha hecho un buen trabajo —dice ella sin mirarlo a los ojos. Me quita el vendaje con facilidad y me inspecciona el brazo.

Mikhail y Ollie mantienen una conversación en voz baja, algo que ver con la competencia, la confianza y el respeto. No estoy segura de a quién se refieren. Quizá a todos nosotros.

—De acuerdo —le dice Ollie a Mikhail.

La doctora me examina el brazo. —No veo nada preocupante —dice en voz baja—. Parece que se desinfectó correctamente. Puede usar esta crema analgésica y tomar también un analgésico oral si lo necesita. ¿Necesita algo más de mí?

—No, puede retirarse —ordena Mikhail.

Espero hasta que Mikhail nos deja solos, y entonces solo quedamos Ollie y yo. Estoy agotada y muerta de hambre. Siento como si hubiera ido al infierno y vuelto.

Va a ser mi marido, así que más vale que finja que puedo confiar en él, aunque todavía necesito algo de tiempo.

—¿Ollie? —Se pasa una mano por el pelo y suelta el aire. Dios, está estresadísimo.

—¿Sí?

—Te ha mentido.

Se da la vuelta para deshacer nuestras maletas. Sus músculos se flexionan con una perfección masculina.

Dios.

Me encanta ver su cuerpo en movimiento. Me humedezco los labios y trago saliva.

Céntrate.

—¿De qué hablas, Renata? —pregunta.

—Ha dicho que la habían contratado para comprobar si eras una amenaza. Sé que mentía.

Se gira del todo para mirarme y se pone las manos en las caderas.
—Lo sé. Mi hermano no haría eso. Parece que la doctora tiene sus propios planes. Tomaremos nota. ¿Cómo sabes que alguien miente?

—Es un buen instinto, una intuición —le digo—. Un sexto sentido, podrías llamarlo. Y si tuviera que explicarlo de verdad, tiene más que ver con las expresiones. La forma en que te mira la gente. Simplemente lo sé.

Frunce el ceño. —¿Estás diciendo que no es médico?

Niego con la cabeza. —Su mentira fue muy sutil. Probablemente sí que es médico. —Trago saliva con dificultad, mirando mi brazo—. Fue cuando me inspeccionó cuando mintió. Primero, expresó preocupación por mi seguridad y lo hizo pasar como si fuera su trabajo. No lo era. Segundo, mintió sobre mi brazo. Mi brazo no está bien.

—Joder —dice Ollie. Esta vez, cuando se pasa la mano por el pelo, se le queda de punta—. *Jesús*. —Niega con la cabeza, incrédulo—. De acuerdo, lo investigaré —dice—. Estás a salvo. ¿Crees que ella es una amenaza para ti?

—No, no me dio esa impresión en absoluto. —Aparto la mirada, mi voz delata mis emociones—. Tú eres el que les dice a los demás que no son sinceros, ¿verdad? Eres el que piensa que todos los demás mienten.

Como yo.

—¿Qué coño, Renata? —espetta—. Sabes que eso no es verdad.

Se sienta en el borde de la cama, y su gran cuerpo hace que se hunda. —Aquí estás a salvo. Me jugaría la vida. Nadie te va a hacer daño. Tómate los analgésicos que te ha dado. —Asiento, con un nudo en la garganta. No voy a pelearme con él esta vez. Estoy demasiado cansada, demasiado agotada.

—Ahora desnúdate. Voy a prepararte un baño y a traerte algo de comer. Vas a ser mi mujer, Renata. Más nos vale fingir que a ti y a mí nos gusta la idea.

Quizá sí me gusta. Quizá, joder, sí me gusta. ¿Cómo iba a saberlo él?

Nunca antes había estado en esta planta. Desde aquí, por la ventana, puedo ver casas más allá, pero la casa familiar y sede de los Romanov está firmemente establecida aquí mismo, en La Cala. Sé que nos vamos a casar pronto, probablemente mañana. ¿Acaso importa? ¿Importa algo? Siento que quiero mandarlo todo a la mierda y olvidarme.

Agotada, me dirijo al baño y hago lo que me ha dicho. El agua caliente sienta bien. Me permito sumergirme en la bañera e imaginar que me está limpiando de todo.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. El agua caliente en el cuero cabelludo es relajante. Me hundo bajo la superficie y dejo que me lleve.

Podría... acabar con esto. Podría quedarme bajo el agua y no volver a salir. Contengo la respiración y contemplo cómo sería eso. Unos momentos de lucha... el agua llenaría mis pulmones, y yo... me hundiría... para no volver a salir a la superficie jamás. Y entonces todo esto se habría *acabado*.

Ollie llama a la puerta. Lo ignoro.

Solo quiero que todo desaparezca. Es pesado y doloroso, y estoy jodidamente cansada.

Salgo a la superficie y jadeo en busca de aire, mis pulmones expandiéndose.

—¿Renata? —Su tono es cortante— ¿Estás bien ahí dentro?

—Sí —intento que mi voz suene normal, como si no acabase de estar completamente bajo el agua contemplando la idea de ahogarme—. ¿Qué quieres?

Al oír su voz grave, de repente soy muy, muy consciente de que estoy desnuda y de que él está al otro lado de la puerta. De que estoy aquí. Todavía respirando.

Todavía respirando, joder.

—¿Tienes hambre?

Trago saliva. —Sí. Me muero de hambre.

—Termina. Vístete. Te traeré algo de comer por ahora, pero luego comerás con mi familia.

Como no respondo, la puerta se abre de golpe. Suelto un grito ahogado y me hundo en el agua.

No tanto como antes.

Se queda en el umbral, la personificación del macho alfa perfecto, y soy vívidamente consciente del contraste de poder que hay entre nosotros.

Trago saliva... con dificultad.

—Anda, cúbrete con el agua. Da igual. Voy a verte desnuda cuando y donde me dé la gana. —Entrecierra los ojos, clavándolos en mí—. ¿Me has oído?

Asiento. —Sí.

Cuando me lanza una mirada severa, decido que es hora de poner a prueba los límites un poco. —Sí, *señor*. ¿Mejor así?

—Sí, Renata. —Se aparta de la pared y se dirige hacia mí—. Mucho mejor. Me gusta que me obedezcas. Me gusta que te sometas. —Me pasa el pulgar por el pómulo hasta los labios—. Me gusta. Entonces le muerdo el pulgar, y sus ojos se encienden de ira y excitación.

—Hay que ver. Vas a ser mi mujer. ¿Quién lo habría imaginado?

Me doy la vuelta. Siento los párpados muy pesados y sé que es solo agotamiento, pero también el peso de cargar con lo que he arrastrado durante tanto tiempo. Con todo. Cuando cierro los ojos, veo el rostro de mi hermano y el de Ollie; uno amenazándome con la muerte, el otro con la vida.

La montaña rusa de emociones que siento por esos dos hombres me está matando. Estoy a medio camino entre la vigilia y el sueño cuando el olor a comida recién hecha me despierta. El mundo podría venirse abajo a mi alrededor, pero cuando tengo hambre, solo reconozco a un amo. Parpadeo, sorprendida al descubrir que sigo en la bañera.

Ollie está sentado a mi lado. Observándome.

—¿Estabas asegurándote de que no me ahogara?

—Alguien tenía que hacerlo.

Y lo ha hecho.

—Sal de la bañera —dice en un tono suave que vuelve a desarmarme por completo. El calor reverbera en mi interior al oír el grave sonido de su voz, la necesidad y el deseo primarios que ni siquiera intenta ocultar.

Salgo. El agua cae en cascada por mi cuerpo en riachuelos y a Ollie no se le escapa nada. Mis pezones se endurecen bajo su intensa mirada. Me estremezco y, esta vez, no es solo por miedo.

Sostiene una toalla blanca, gruesa y mullida, como si estuviéramos en un hotel y él estuviera aquí para servirme. Trago saliva y me humedezco los labios.

Pero sé que no es así.

—Eres el último hermano en casarse —digo con voz ronca—. ¿Verdad?

Va a querer hijos pronto, muy pronto. Así es como funcionan los Romanov. Mi hermano se pondrá en contacto y exigirá que le cuente todo lo que sé. Tendré que tener algo que darle, pero no estoy segura de qué. —Ojalá pudieras...

Me giro para mirarlo y ahogo un grito cuando de repente lo tengo encima, sus ojos verdes ardiendo en los míos. La toalla cae al suelo,

olvidada.

Innecesaria.

Me agarra las muñecas y las sujeta por encima de mi cabeza, haciéndome retroceder hasta que mi espalda choca contra la puerta del baño. Mi piel arde bajo el fuego de su mirada.

—Aquí nadie nos está vigilando —me recuerda.

Le dedico una sonrisa burlona. —Solo si tu hermano es mucho más perverso de lo que pensaba.

Su boca desciende sobre la mía, marcándome, aniquilándome. Me derrito bajo su calor, su lengua enredándose con la mía. Intento tocar su ropa mientras él busca mi cuerpo desnudo. Su mano se cierra en un puño sobre mi pelo enredado y mojado. Cuando se aparta, me coge la barbilla con su mano grande y áspera y me sostiene la mirada.

—¿Nos has traicionado? —gruñe.

Quiero abofetearlo. Quiero arañar su rostro hermoso, desgarradoramente guapo, y hacerle gritar. Quiero zarandearlo hasta que vea la verdad.

En vez de eso... mi voz se quiebra. Me duele el corazón. Contengo las lágrimas de furia y le digo la verdad. —*Sabes* que no lo he hecho.

—Entonces, ¿quién te sacó de aquí?

Aprieto los labios. Me agarra por los hombros y me zarandea con fuerza. Me castañetea los dientes, pero aun así consigo fulminarlo con la mirada.

—No puedo responder a esa pregunta, y lo sabes.

Maldice en ruso y niega con la cabeza. —Tengo que registrar tu cuerpo. ¿Y si escondes algo encima?

—¿Cómo en... una cavidad corporal? Oh, Dios. *Qué asco.*

El pánico me atraviesa.

—Podría pedirle a mi hermano que te registrara, pero no quiero a nadie cerca de ti. ¿Entendido? Su mano está en mi mandíbula; su agarre es firme. —Me perteneces, Renata. *Yo* fui quien bajó a Colombia a buscarte. *Yo* fui quien te interrogó. *Yo* fui quien sangró por ti. —Me zarandea de nuevo—. ¿Me entiendes? —repite.

Abro los ojos como platos y asiento, sin saber qué decir. Las lágrimas me escuecen en los ojos.

—Pronto vas a ser mi mujer, Renata. A partir de ahora, espero que actúes como tal. ¿He sido claro? Unos ojos de un verde brillante sostienen mi mirada; el tono de su voz, implacable.

Como no respondo de inmediato, su enorme palma me golpea el culo desnudo. Grito, ahogando un sollozo mientras vuelve a zarandearme.

Está perdiendo la cabeza y va a explotar; es un hombre llevado a sus límites.

—Harás lo que yo diga. Sé con quién estás tratando. Todos los demás creen que tu hermano está muerto. Yo sé que no es así, ¿verdad?

Mierda.

Lo miro suplicante. Si existe la más mínima posibilidad de que nos estén vigilando, no puedo arriesgarme a admitirlo.

—Está muerto —susurro. Parpadeo y una lágrima me resbala por la mejilla. —Todos estamos muertos. Renata Carrera, la niña que creció en Colombia bajo el yugo de sus padres. Ollie Romanov, el chico que creció como un buscavidas sin hogar en las calles de Nueva York antes de que los Romanov lo acogieran. Carlos, el hermano que una vez me quiso.

Me besa a lo largo de la mandíbula, bajando hasta el cuello, y me muerde el hombro. Un gemido se me escapa de los labios y el calor florece entre mis piernas.

—Creo que te llevaron en contra de tu voluntad —me susurra al oído—. Pero no sé por qué has vuelto aquí y no estás muerta. No sé cuál es su objetivo final, pero sé una cosa: cualquiera que se te acerque tendrá que pasar por encima de *mí* primero.

Asiento y trago saliva. —Buena chica —me susurra al oído—. Vas a ser castigada por desobedecerme..., por todo. —Me hace girar para que quede de cara a la puerta y apoya ambas manos sobre la superficie. Es una habitación grande y espaciosa, pero no hay suficiente aire aquí dentro, por mucho que respire hondo.

Es demasiado. Me estremezco contra la puerta. Mi feroz determinación por sobrevivir me ha protegido en un mundo que amenazaba constantemente mi seguridad, y me atormenta el sentimiento de culpa por lo que he hecho. Pero si soy una superviviente, sobreviviré de nuevo. No dejaré que Ollie Romanov me arrebatte todo lo que soy y no permitiré que el miedo a lo que mi hermano pueda hacer me frene. Hace solo unos minutos, he considerado acabar con todo. Hay una cierta libertad en mirar a la muerte a la cara y que te importe una mierda.

Tengo que protegerme. Tengo que encontrar a mi hermano. Tengo que asegurarme de no acabar destrozada en el proceso. Así que ladeo la cabeza y busco la mirada de Ollie por encima del hombro.

Mi voz es temblorosa. No me reconozco.

—No sé a qué te refieres. ¿Por qué no me lo aclaras?

La palma de Ollie se estrella contra mi culo y el calor inunda mis venas. Me azota de nuevo y tengo que reprimir el impulso de necesidad desenfrenada que se filtra por mis venas.

¿Me van los azotes? Sí, señor.

Vuelve a azotarme, esta vez hundiendo sus gruesos dedos en mi coño antes de darme otra palmada en el culo. No puedo pensar con claridad.

Me hace girar y me empuja para que me arrodille.

Oh, joder, sí.

Me debato entre el miedo y la euforia. El corazón me late con tanta fuerza que amenaza con ahogarme. Quiero complacerlo. Quiero tener esta pequeña medida de control. Quiero, de alguna manera, derribar los muros que se interponen entre nosotros y mostrarle la verdad.

Sus ardientes ojos verdes se encuentran con los míos como si estuvieran alimentados por el fuego, un mundo de palabras no dichas suspendido en el aire entre nosotros. Va a castigarme, lo sé, y una parte de mí quiere que lo haga. Quiero sentir su dominio y su control. Quiero que sienta mi sinceridad, que sepa hasta qué punto deseo que me crea. Si puedo convencerlo, si puedo ponerlo de mi parte, entonces eso es todo lo que importa.

Nada más importa. *Nada.*

Respondo con entusiasmo, mis manos tiemblan mientras busco su cinturón, desabrochándolo con movimientos rápidos y hábiles mientras sus dedos se hunden en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Un dolor agudo me recorre el cuero cabelludo y la cabeza se me cae hacia atrás. Suelto un grito. Me quita el cinturón de la mano y agarra la hebilla antes de apartar mis manos de un empujón. — Ponlas detrás de la espalda —ordena. Me da un azote seco con el cinturón, el extremo golpeándome el culo. El corazón me martillea mientras obedezco y él se lleva la mano a la cremallera. Me estremezco al oír el sonido que hace al bajarla.

Esto está pasando.

—Nunca he hecho esto antes —susurro, esperando que pueda oír mi súplica de misericordia sin hacerme rogar.

Me encanta la sonrisa de satisfacción que se dibuja en sus labios y la forma posesiva en que me sujeta aún más fuerte. —Yo te enseñaré —dice en voz baja, sacando su polla caliente y gruesa—. Y si no escuchas, te castigaré. Chasquea el cinturón sobre mi culo de nuevo para recordarme que puede hacerlo y que lo hará.

Joder. Tengo la piel en llamas, el coño latiéndome y ni siquiera me está tocando.

He pensado en esto. He deseado esto. Los hombres Romanov son machos alfa virulentos y sensuales, y Ollie es mi favorito. La mezcla de serenidad y severidad me intriga, me llama y hace que mi corazón lata mucho más deprisa.

Yo quiero ser la que altere su perfecta compostura.

—Abre —dice en un susurro persuasivo—. Lame la punta y chupa. Al primer contacto de su ardiente calor en mis labios, ahogo un gemido que se mezcla con el suyo.

Cierro los ojos y me pierdo en la sensación. Lamo y succiono, en sintonía con su forma de responder. Si gime y maldice, lo hago de nuevo. Me da órdenes en voz baja y hago todo lo que me dice. —Así. Sí. Lo estás haciendo genial. Joder, eres toda una experta.

Gime cuando le lamo el miembro veteado, abriéndome paso hasta la punta. Lamo y chupo, luego me lo meto en la boca y subo y bajo la cabeza, acariciándolo con la lengua y la boca. Estoy tan perdida en esto, en la intimidad y la conexión, que no me doy cuenta de que son mis propios gemidos los que se mezclan con los suyos.

—Cógela entera —gruñe con un fuerte chasquido del cinturón—. Traga, joder.

Su polla palpita y una corrida caliente y salada me golpea el fondo de la garganta. Trago y chupo, ansiosa por complacerlo, ansiosa por recuperar el control. Me encanta el sonido de sus gemidos de placer. Me encantan los gruñidos profundos que son *puramente masculinos*.

Me encanta saber que estamos conectados de esta manera, que una parte de él está impregnada de *mí*.

Me encanta todo esto. Mis lágrimas saladas se mezclan con su sabor en mis labios.

Su pesada mano se posa en mi cabeza mientras se retira.

—Buena chica —susurra suavemente, acariciándome la mejilla—. Buena chica, Renata. Has hecho exactamente lo que te he dicho.

Siento un ardor en el pecho. Me encanta que me elogie. Siento que hemos cruzado un pequeño puente, pero todavía hay un abismo enorme que tenemos que cruzar, y sin embargo, hemos avanzado.

Yo he hecho eso. Yo lo he hecho gemir. Me he ganado su elogio.

Yo he hecho eso.

El cinturón cae al suelo, la hebilla metálica resuena mientras él me levanta con sus brazos fuertes y poderosos. Mis piernas se enroscan a su alrededor y su polla, todavía dura, presiona contra mí.

—Ven aquí —dice suavemente. Apoyo la cabeza en su hombro. Me sostiene y me lleva de vuelta a la habitación, dejándome sobre la cama. —Mi buena chica. Esa es mi buena chica. Joder, Renata. Lo siento —susurra.

Parpadeo, mirándolo. Me cree. No tengo ni un hueso de mentirosa en mi cuerpo. Soy resistente y feroz, ¿pero una mentirosa? Nunca. No puedo. No quiero.

En parte por eso odio que mi hermano me haya puesto en esta situación para empezar.

—Ven aquí —repite, atrayéndome hacia él como si quisiera que nos fundiéramos—. Separa las piernas —dice en un susurro entrecortado.

Estoy vibrando de necesidad, y ambos sabemos que esto es mucho, mucho más que solo sexo.

Le obedezco, separo las piernas y me hunde los gruesos dedos en el coño. Sin preámbulos, sin previo aviso, se sumerge en mi centro húmedo y gime. —Estás jodidamente empapada. Te ha excitado, ¿verdad?

Asiento y gimo cuando embiste de nuevo.

—*Khristos*, mujer. Desliza el pulgar sobre mi clítoris palpitante. Mis caderas se arquean, mi pelvis se eleva y reprimo la necesidad de gritar.

—Quiero comerte el coño. Quiero saborear tu coño —susurra.

Niego con la cabeza. —Yo también quiero eso, pero ahora mismo...

—Quieres que te abrace —termina él, con tono sorprendido.

Asiento. Tengo un nudo en la garganta y la vista nublada. Odio lo fácil que es para él desarmarme, pero Ollie Romanov va a ser mi marido.

En lo bueno y en lo malo.

—Déjame probar tus pezones —dice—. Muévete así, Renata.

La vista se me nubla con la primera caricia de su lengua sobre el terso capullo. Rodea mi pezón y lo succiona, y un espasmo de puro éxtasis me recorre. Oh, Dios *mío*.

Parece que está en todas partes a la vez: su boca en mi pezón, una mano entre mis piernas. Es ardiente y absorbente, y estoy a punto de correrme cuando se detiene de repente.

—Suplícame. Joder, suplícame como si te fuera la vida en ello —ordena.

—Por favor —susurro—. Joder, Ollie, por favor...

Me da una potente caricia mientras me succiona los pezones y luego vuelve a detenerse. Estoy ahí mismo, al borde, a punto de explotar, y él se está tomando su tiempo.

—¡Ollie! ¡Jesús, *por favor!* —sollozo.

—¿Vas a ser una niña buena? —pregunta. Su aliento caliente sobre mi pezón es la tortura más divina.

—Sí —prometo—. ¡Joder, *sí!*

—Eso es, nena —dice, lamiéndome el pezón de nuevo—. Córrate en mi mano, Renata. Venga, nena, córrate.

Otra caricia de su lengua en mi pezón, la presión perfecta sobre mi clítoris, y exploto en éxtasis. Grito de placer, mi cuerpo retorciéndose junto al suyo, la fuerza de mi orgasmo hace que sea imposible siquiera respirar. Sigue acariciándome hasta que bajo de la nube y mis jadeos se calman. Una caricia más y es casi doloroso.

—Vale —susurro—. Por favor...

Me da otra caricia. Estoy tan sensible que mis caderas se arquean.

—Recuerda quién es tu dueño, Renata —susurra con voz sombría mientras me da otra caricia en mi clítoris demasiado sensible.

—¡Ollie!

Acaricia una y otra vez, y ya no puedo más. Es demasiado, estoy demasiado sensible.

—Déjate llevar. Dime que me obedecerás. Prométemelo, Renata.

—Lo haré —digo, con la voz quebrada.

Se inclina y me muerde el pezón, y una segunda oleada de placer me inunda, esta más dulce, más intensa y tan potente que mis músculos se tensan bajo él mientras grito de placer. —Te lo prometo —digo débilmente.

Ollie se inclina y ralentiza sus caricias. Suspiro y mis párpados se cierran. Estoy agotada. Exhausta. Y por alguna razón que ni yo misma puedo explicar... no querría que fuera de otra manera.

Ojalá pudiéramos quedarnos aquí. Justo aquí, en este pequeño espacio seguro, envueltos el uno en el otro. Pero sé que eso es solo un sueño... solo un sueño anhelante e ilusorio.



Capítulo Nueve

HACE UN MES...

OLLIE

LA LUZ del sol se filtraba por las cortinas y bañaba la habitación con un cálido resplandor dorado, como si el mundo nos concediera una paz momentánea. Si mi pasado servía de algo, era una paz que no duraría, pero, joder, la disfrutaría mientras pudiera. Era el quinto día de su cautiverio, y Mikhail había dicho que en dos días más tendría que dejarla marchar.

Su mejor amiga, Isabella, estaba de vuelta en Colombia con Lev, y todo lo que nos había contado corroboraba lo que Renata me había dicho hasta el momento: su hermano trabajaba con el hermano de Isabella, Javier, para destruir nuestra Bratva; Javier estaba muerto y Carlos también. Ninguna de las dos mostró ni una pizca de remordimiento por la muerte de sus hermanos, lo que consolidaba lo que yo ya sabía: que no se tenían ningún aprecio.

Renata estaba sentada junto a la ventana y su pelo, largo, espeso y oscuro, captaba la luz como si fuera una hebra de seda achocolatada. Sus dedos danzaban distraídamente sobre su muslo, y su expresión serena ocultaba la tormenta que yo sabía que se

agitaba en su interior; la tormenta que yo estaba desesperado por calmar. ¿Cómo podría yo, un hombre que se movía en la fina línea que separa la vida y la muerte, darle paz a una mujer como ella? Aun así, no podía evitar mirarla, hipnotizado por su belleza. Me mantuve lo más quieto posible, como si moverme demasiado rápido o respirar demasiado hondo fuera a romper la paz.

Finalmente, me aclaré la garganta.

—Renata —dije en voz baja, sin querer romper el hechizo—. Pero tenía un trabajo que hacer y más cosas de las que hablar.

Se giró hacia mí, con la mirada recelosa, siempre alerta. —¿Qué quieres? —preguntó con voz firme y cortante. Si hubiera estado de pie, estaría lista para adoptar una postura de combate. Eso me encantaba de ella, joder.

Me acerqué y me senté a su lado, lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo y oler la fragancia a vainilla y canela caliente.

—¿Qué quieres hacer a partir de ahora? ¿Lo has pensado?

—¿A partir de ahora?

Mikhail me había sugerido una línea de interrogatorio más amable, algo cercano para generar confianza. «Habla de su futuro, de sus esperanzas y sueños», me había dicho con una sonrisa sardónica. «Deja que se crea que de verdad te importa una mierda».

¿El problema? Que sí me importaba.

Se encogió de hombros de una forma casi imperceptible. —No he pensado mucho en el futuro. Hasta ahora ha sido tremendamente impredecible. Soy más bien de las que viven el momento —tragó saliva—. He tenido que serlo.

Si eso no era algo que me encantaba de ella, joder. A mí también me habían obligado a ser un tipo que vive el momento, y a mí tampoco me gustaba. Era agotador no tener nunca la promesa de un

mañana. Soñar con el futuro era un lujo que no podíamos permitirnos.

Le cogí la mano. Esperaba que la apartara o, como mínimo, que retrocediera, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Se quedó mirando nuestras manos. —Si tuviera que pensar en ello —empezó con vacilación—, podría pensar en un momento en el que toda la violencia y el derramamiento de sangre queden atrás... para mí —corrigió, apartando la mirada. Tal vez no pretendía incluirnos a los dos juntos.

Me encantó que lo hiciera.

—Podría ser... normal. Tal vez tener una casita en algún lugar tranquilo, lejos de las carreteras principales, del ruido o... de todo. Un lugar tranquilo donde sentarme. Quizá con una pequeña terraza o una mecedora. Un lugar donde pudiera pensar sin tener que rendirle cuentas a nadie. Crecí en la ciudad. Crecí con mucho dinero. Ya no quiero eso.

—¿Creciste con mucho dinero?

Se corrigió rápidamente. —Según mi padre, ganar dinero era lo mejor que podía hacer por cualquiera, lo mejor que cualquiera de nosotros podía hacer. Menuda sarta de gilipolleces —dijo, negando con la cabeza.

—¿Y tu madre?

—No tuve madre. —Me dedicó una sonrisa triste—. Cuando era pequeña, antes de que mi padre se corrompiera por completo, me contaba la historia de que había crecido en el huerto, junto a las coles.

Hizo una pausa, pensativa. —Al final, descubrí la verdad, por supuesto: que mi madre me tuvo pero murió en el parto. Durante un tiempo me pregunté si mi padre me culpaba de su muerte, pero nunca lo hizo. Sin embargo, mi abuela materna era otra historia.

Tendría que tener eso en cuenta.

—¿De verdad crees que algo como... una casa, un futuro, es posible? —preguntó, con la mirada melancólica, como si mi respuesta contuviera la clave de la esperanza en su futuro.

—Tengo que creerlo —dije, apretándole la mano con suavidad—. Es lo que me hace seguir adelante. La idea de que un día podré dejar atrás la violencia y librarme de todo esto.

Suspiró, mirando por la ventana. —He aprendido que esperar demasiado solo trae tristeza. Los sueños tienen la manía de hacerse añicos.

—Lo sé —dije, con mi propia voz teñida de tristeza—. Pero eso no significa que no podamos tener esperanza, o querer más, o incluso hacer planes para ello.

Me miró, con los ojos más suaves pero todavía teñidos de cautela. Todavía en guardia. Supe entonces que harían falta muchos más que unos simples días para que confiara en mí. —Yo también quiero creer en eso —dijo en voz baja—. Pero es difícil. Es difícil permitirme creer que podría suceder.

—Lo entiendo —dije, apartándole un mechón de pelo de la cara—. Pero que sepas esto, Renata... Lucharé como un demonio por ese futuro, por nosotros, incluso cuando tú no puedas creer en él.

Frunció el ceño ligeramente. —¿Entonces, cómo puedes hacer que suene tan sencillo? —preguntó, con un deje de aguda acusación en la voz.

Suspiré. —No sé si tiene que ser tan complicado.

¿Tenía que serlo todo?

Por un momento, los muros que había construido a su alrededor parecieron desmoronarse, y se apoyó en mí, descansando la cabeza en mi hombro. Nos quedamos sentados en silencio, con el peso de

todo lo que había entre nosotros, como el aire caliente y húmedo de un verano colombiano.

—Sí —susurró—. Quizá tengas razón. Espero que la tengas.

En ese instante, vislumbré el futuro que anhelaba. Un futuro en el que Renata y yo podríamos estar juntos, libres de las sombras que nos perseguían. Y me juré a mí mismo que, pasara lo que pasara, sin importar quién se interpusiera en nuestro camino, lo haría realidad.

* * *

Me despierto junto a Renata, con la luz de la luna colándose por las cortinas. Anoche, me lanzó una mirada cortante cuando se mencionó que compartiríamos la habitación de invitados. Después de lo que pasó entre nosotros, a mí me pareció natural, pero para ella... no estoy seguro. Sigue a la defensiva, sigue recelosa, y con razón.

Esperaba que protestara, pero no lo hizo. Se metió en la cama, apoyó la cabeza en la almohada y, para cuando me reuní con ella, estaba profundamente dormida.

Ahora se remueve y se inclina hacia mí, su pequeño pie roza mi pierna y su mano descansa sobre mis abdominales. Su calor se filtra en mí, y la sujeto ahí, con mi mano en su zona lumbar, saboreando el raro momento de paz. Todavía no está despierta. Cuando lo esté, dudo que se muestre tan cómoda.

Renata va a ser mi mujer.

Me despertaré a su lado todos los días.

Si al menos pudiera fiarme de ella...

Sabes que no lo hice, había dicho. Pero las palabras se las lleva el viento, y la lealtad se demuestra.

Si quiere demostrar que no nos traicionó, que lo que dice es verdad y que su hermano se la llevó a Colombia para amenazarla o para

infundirnos miedo, empezará por casarse conmigo.

Observaré cómo responde a la represalia de Carlos.

Espero una respuesta rápida y despiadada por su parte si es que está vivo y es tan predecible como sospecho.

Estoy perdido en mi propio mundo cuando me doy cuenta de que tiene los ojos abiertos. En lugar de apartarse de mí de un salto o de encogerse de miedo, yace tranquilamente a mi lado.

Quizá no era tan inmune a lo que pasó entre nosotros como le gustaría hacerme creer.

Contemplo sus mejillas de color caramelo y sus cálidos ojos marrones, enmarcados por unas largas y espesas pestañas negras y unas cejas marcadas y llamativas. Sus labios están curvados hacia abajo en un atisbo de puchero. Quiero besarlos, lamerlos, morderlos y hacer que se separen en un grito mientras saboreo su gusto.

Trago saliva, ya jodidamente duro, y alargo la mano para rozar con el pulgar la cicatriz de su mejilla derecha. Se aparta de un respingo, pero no la dejo.

Mi voz es áspera y ronca a primera hora de la mañana, atemperada por el esfuerzo de mantener el control. —¿Quién te hizo esta cicatriz?

Mantener el puto control siempre.

La comisura de sus labios se curva en una sonrisa triste. —¿Tienes que preguntar? Mi hermano, por supuesto. ¿Quién si no?

Dejo escapar un suspiro. —Tu hermano es malvado.

Ella traga saliva y asiente, y luego dice con un hilo de voz, como si intentara convencerse más a sí misma que a mí: —No siempre fue así. Hubo un tiempo en que era mi protector. Hubo un tiempo en que éramos aliados, Ollie.

Pasa el pulgar por la parte baja de mi abdomen, y su tacto despierta algo en mí. No puedo creer que vaya a ser mía. Apenas sé qué hacer conmigo mismo.

Niego con la cabeza. —No me importa que antes fuera bueno contigo. Lo que importa es cómo te trata ahora. Sabes que yo..., si estuviera vivo, tendría que matarlo.

Sus ojos me lanzan un destello en la oscuridad. —Si yo no llegara antes a él.

Cuando se aparta de mí, una sombra de dolor cruza su rostro. —¿Te duele el brazo?

—Como si me lo estuvieran arrancando —dice—. Pero no es eso. Es que odio lo que tiene que pasar con mi hermano.

Hay un montón de cosas que son una putada de lo que nos ha pasado a los dos, de lo que todavía tiene que pasar. Si fuera yo, querría pegarme un tiro antes que matar a uno de mis hermanos, por muy mal que me traicionaran.

Me alegro de no tener que tomar esa decisión.

Le coloco un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—¿Qué te hace feliz, Renata?

Piensa un momento antes de responder, reflexiva, como si estuviera rebuscando entre pensamientos y recuerdos para llegar a algo feliz. Espero que tarde un rato en responder, pero ya tiene una respuesta preparada.

—Los cachorros —dice, con la voz más alegre—. Los mercados de agricultores, sobre todo si tienen comida. Y no me refiero solo a verduras y fruta, sino a comida caliente que se pueda comer, como elote mexicano, *walking tacos* y esas cosas fritas en palitos. Las vistas al mar. Dormir hasta tarde. —Su voz baja, volviéndose ronca y sensual—. El sexo.

Sonrí, mi corazón se enternece ante su sinceridad. Le daré todo eso, aunque el sexo parece el mejor punto de partida.

La hago girar suavemente sobre su espalda, inclinándome sobre ella. —No tengo cachorros, los mercados de agricultores aún no han abierto y estamos bien despiertos. Entonces, será sexo —susurro, con mis labios rozando los suyos.

Sonríe, una sonrisa genuina que le llega a los ojos y me atrae hacia ella. Me maravillo de cómo nuestros cuerpos encajan a la perfección; su calor me envuelve. Sus pezones se endurecen y sus ojos se entornan de deseo. No mentía: su cuerpo responde como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Gira las caderas y levanta la cara para besarme. La beso suavemente, saboreando cada momento, cada sabor. Me pregunto si ella recuerda lo mismo que yo: aquellos momentos robados juntos antes de que fuéramos enemigos. Cuando solo hacíamos lo que siempre habíamos conocido.

Sus manos recorren mis hombros, y su tacto me provoca escalofríos. Cuando se inclina para besarme la mandíbula, me presiono contra ella.

Me besa el cuello, con su respiración agitada con cada beso. Se arquea bajo mi cuerpo, respondiendo a mi tacto. Me tomo mi tiempo, queriendo que este momento sea dulce y perfecto, como ella. Mis movimientos son lentos y deliberados, y las sensaciones se ven intensificadas por la intimidad de la luz de la luna sobre nosotros. Solo somos humanos, pero el primer rayo de luna nos convertirá en lobos. A estas alturas ya lo sé.

Contengo la respiración mientras me deslizo dentro de ella. Exhalo cuando la lleno. Conectados. Fusionados. Encontrando consuelo el uno en el otro contra el caos de nuestras vidas. En este momento, nada más importa. Solo nosotros, nuestro aliento compartido, la quietud de dos personas que se convertirán en una. Se estremece bajo mi cuerpo cuando embisto, sus caderas se encuentran con las mías. Saboreo sus gemidos. Establezco un ritmo lento porque quiero

tomarme mi tiempo, pero mi necesidad por ella aumenta. Embisto con más fuerza. Ella me recibe.

Me inclino y tomo sus labios con los míos mientras me corro dentro de ella. Grita en mi boca. Le muerdo el labio y me deleito con todo: su sabor, la forma en que se estremece bajo mi cuerpo, la manera en que mi semen caliente se derrama en ella, el placer rebotando por cada centímetro de mí. Siento el eco de su éxtasis vibrar por mis venas.

Me desplomo a su lado, con mis dedos deslizándose lánguidamente por las sedosas ondas de su pelo. El calor de su aliento se mezcla con el mío mientras acuno la parte posterior de su cabeza y la guío para que descanse sobre mi hombro.

Está pasando. Puedo sentirlo, la gravedad atrayéndome más cerca de ella con cada latido.

Me estoy enamorando de ella, igual que mis hermanos de sus mujeres.

Joder, no *está pasando*. Ya estoy ahí. No puedo imaginar un mundo sin Renata en el centro absoluto de mi universo.

Una pequeña parte de mí quiere aferrarse al control, a todo lo que he construido con tanto esmero. Tengo que mantener el control.

Alguien tiene que protegernos.



Capítulo Diez

RENATA

NO DEBERÍA ESTAR enamorándome de Ollie Romanov o, para ser más exactos..., volviendo a enamorarme de él.

Pero supongo que, en cierto modo, probablemente sea lo mejor. En el fondo, siempre supe que era inevitable.

Vamos a casarnos, así que más vale que nos llevemos bien.

Aun así, me siento rara y tímida cuando me despierto a su lado. Fue distinto en mitad de la noche, cuando la luz de la luna iluminaba nuestros rostros. Lo que pasa a medianoche no cuenta al amanecer, ¿verdad? Las conversaciones nocturnas, las confidencias..., todo parece diferente bajo la cruda luz de la mañana. No estoy segura de qué más hacer, salvo seguir adelante con nuestros planes.

Si no quiero enamorarme, tenemos que dejar de acostarnos. Cada vez que está cerca de mí, encuentra más grietas en mis defensas y se cuela por ellas sin que yo me dé cuenta. No puedo arriesgarme a ser tan vulnerable.

Pero ¿cómo puedo evitarlo? Va a ser *mi marido*.

Ollie está incorporado en la cama, mirándome con una expresión que no acierto a descifrar. Ruedo sobre mi costado como si poner unos metros entre nosotros fuera a salvarme. Pero no soy tonta, sé que no lo hará.

—Buenos días.

Llaman bruscamente a la puerta, y a continuación se oye una voz grave y áspera. —Tengo lo que ha pedido, señor.

Ollie se incorpora en la cama con el ceño fruncido, cada célula de su cuerpo en alerta. Yo también me pongo en guardia al instante.

Salta de la cama, vestido solo con unos bóxers, y se dirige con paso decidido hacia la puerta. —Quédate ahí —me espeta.

Dios mío, le tiene miedo a todo. Estamos en la casa de su familia, por el amor de Dios.

—¿Quién es? —pregunta bruscamente.

No reconozco el nombre ruso.

Ollie maldice. —Te dije que hasta *después* de la boda, no —dice—. Devuélvelo.

¿Devolver el qué?

Oigo un gritito y un ladrido. Miro fijamente, con la boca abierta. ¿Era eso...? *No*.

¿Qué?

Ollie se da la vuelta y me mira, señalándome con un dedo furibundo. —Voy a abrir esta puerta. Súbete la puta manta para cubrirte.

Me miro por instinto. Se me había olvidado que estoy desnuda.

—Joder. Relájate de una puta vez, tío. Me fulmina con la mirada y se me aprieta el culo. Aun así, quiero ver qué hay al otro lado de la

puerta, así que no le monto un numerito y, en su lugar, hago exactamente lo que me dice.

Abre la puerta y, de repente, una bolita blanca y peluda entra corriendo en la habitación y salta a la cama. —¡Fuera de la cama! — espeta con un gruñido. Pero ya es demasiado tarde. Tengo una adorable bolita de pelo retorciéndose, lamiéndome la cara y meneando la cola con tanta fuerza que le tiembla todo el cuerpo. — Oh, Dios mío, ¿me has comprado un cachorro?

Se queda de pie a los pies de la cama, observándonos con su habitual ceño fruncido y taciturno. —¿Te gusta? —Hay algo más tierno detrás de la pregunta, algo que no está preparado para mostrar.

No puedo parar de reír mientras intento, sin éxito, esquivar el aluvión de besos del cachorro. Su alegría desbordante me recuerda algo tierno y puro que no sabía que aún conservaba dentro de mí.

Siento que voy a llorar. —¿Que si me gusta? Es perfecto. Dios mío, es increíble. Se acordaba de que no me dejaban tener perro cuando era pequeña. Siempre quise uno. Noto un nudo en la garganta. Quizá Ollie no me odie, pero, aunque lo haga... este angelito no lo hará. Hundo la cara en su diminuto cuerpo que se retuerce.

—No puede quedarse en la cama, y tiene que ir a una escuela de adiestramiento canino —refunfuña—. Y si tiene algún accidente...

El cachorro se yergue sobre sus patas traseras y lame la mano de Ollie. Él se detiene a mitad de la reprimenda y frunce el ceño.

—Se suponía que no iba a venir ahora —dice, fulminando con la mirada la puerta. El corpulento guardia parece avergonzado y se encoge de hombros. —Quería que fuera un regalo de bodas. Alza la vista hacia el guardia y después niega con la cabeza. —Joder. Lárgate de aquí —espeta, interponiéndose entre el guardia y yo para que no me vea el hombro desnudo.

—¿Quiere que me lleve el cachorro hasta más tarde, señor?

—Sí —espetea él al mismo tiempo que yo grito—: ¡No! ¿Llevarte el cachorro? ¿Qué vas a hacer con él? Me lo acerco al pecho de un tirón y juraría que casi ronronea como un gato. No puedo evitarlo. Empiezo a hablarle con vocecita de bebé. Sabe quién es su mamá. ¿A que sí, cosita? La cosita más dulce que he visto en mi vida. Te quiero. —Y me lame la cara mientras Ollie maldice en ruso.

—Déjalo por ahora y lárgate de aquí de una puta vez —espetea. La puerta se cierra de un portazo tras él.

¡Ja! Punto para mí.

—No me puedo creer que me hayas regalado un cachorro —le digo—. Pensaba que me odiabas.

Suelta un suspiro y niega con la cabeza y sus ojos brillan con algo indescifrable. —Nunca te he odiado. Ni una sola vez. Me cabreé contigo cuando pensé que nos habías traicionado, pero ahora... ya no estoy tan seguro de eso. —Aparta la mirada como si hubiera dicho más de lo que pretendía. Hay un peso en su voz, como si esas palabras hubieran esperado mucho tiempo para ser pronunciadas.

—No estoy de broma, Renata. No me gustan los perros. Te lo he comprado para que te proteja. —Pone los ojos en blanco—. Después de que lo adiestren y crezca. Lo cogí de cachorro para poder adiestrarlo enseguida. Pero escúchame. El perro no duerme en nuestra cama —dice, intentando sonar firme, pero su voz se quiebra ligeramente—. Puedes crear un vínculo con él o lo que sea, pero no aquí. ¿Entendido?

—¿Dónde lo vas a poner? —digo con vocecita—. Si solo es un bebecito.

—No es un *bebé*. Es un perro. Un chucho. Un animal —dice—. Joder, esto ha sido una puta mala idea.

—¿No quieres que te coja cariño? Al fin y al cabo, vamos a casarnos. No estaría de más que no nos sintiéramos como extraños para siempre. Podría estar bien si no te hago la petaca en la cama o

intento apuñalarte mientras duermes. —Me encojo de hombros con inocencia, y luego aparto la vista de él, dándome cuenta de que esas amenazas están en planetas totalmente distintos. Una propia de un campamento de verano y la otra propia de mujeres como yo.

Pero yo no soy la que mata gente. Ese es su trabajo.

Pienso brevemente en Carlos y trago saliva.

—Me importa una mierda si te gusto —dice, pero cuando aparta la mirada, mi intuición se dispara. Reprimo una sonrisa. Por desgracia para él, sé reconocer una mentira en cuanto la oigo, y acaba de mentirme.

—¿Por qué tienes esa sonrisita de suficiencia? —pregunta, negando con la cabeza. Ya le gustaría saberlo.

—Oh, no es nada —digo, rascándole las orejas al cachorrito.

—Joder —masculla entre dientes y se va enfurruñado hacia el baño, murmurando un torrente de ruso malhumorado.

El cachorro se gira hacia mí y acurruca su dulce cabecita en mi brazo. Suspira satisfecho, como si quisiera dormirse. Este pequeñín tiene dos modos: encendido y apagado. Lo abrazo y trago saliva, con los ojos empañados por las lágrimas. Ya lo quiero.

Quiero contárselo a alguien. A una hermana, a una amiga. Pero no tengo ninguna de las dos. Me duele el corazón.

El cachorro me lloriquea y me lame la cara, pero esta vez me está limpiando las lágrimas. Hundo la cara en su pelaje y me permito este placer momentáneo. Tengo a alguien a quien querer. Alguien que me quiera.

¿Por qué me ha comprado un perro?

Recuerdo que anoche le dije... que me gustaban los mercados agrícolas, los cachorros, las vistas al mar y el sexo.

Sale del baño, ya vestido, con el pelo engominado y arreglado. — Tenemos una boda que planear. Alguien va a vigilar a este perro. Y nosotros vamos a ponernos manos a la obra. ¿Entendido?

—Bueno, para ti es fácil decirlo. Yo no tengo nada que ponerme.

Vuelven a llamar a la puerta.

Esta vez, no parece sorprendido.

—Es Isabella. Llegó anoche y te ha traído ropa. —El corazón se me para en el pecho. Estoy desnuda en la cama de Ollie y no quiero ver a mi exmejor amiga. Además, estoy cabreada con ella. Pensar que de verdad se creyó que la traicionaría...

Aprieto al cachorro envuelto en una manta contra mi pecho mientras Ollie abre la puerta. No es solo Isabella, sino Isabella y, ¡qué sorpresa!, su marido Lev a su lado. Entran en la habitación.

Me lanza una mirada larga y fulminante. Hubo un tiempo en el que me habría guiñado un ojo o me habría hecho algún tipo de susurro cómplice para que supiera que sabía que había pasado la noche con Ollie. Ahora, siento que me está juzgando como si fuera una zorra cualquiera, y eso me revuelve el estómago.

—¿Le has comprado un perro? —le dice Isabella a Ollie con el ceño fruncido. Quiero zarandearla. Esta es la chica con la que crecí, con la que compartí secretos y esperanzas, la que me enseñó a hacer la rana en el agua y a forzar una cerradura. Era mi mejor amiga, más cercana a mí que cualquier hermana, la mujer a la que acudía cuando las cosas se torcían, la que venía a *mí* cuando necesitaba ayuda. Fui yo quien le enseñó a leer a su hermano y a saber que mentía, a hacerse pequeña y aguantar la respiración cuando necesitaba esconderse.

He vivido dos vidas; la primera, pegada a Isabella... y ahora actúa como si ni siquiera me conociera.

No hablo y dejo que hable con Ollie. No importa. ¿Qué más da? No soy nada para ella.

—Es un perro guardián —replica Ollie.

—¿Un perro guardián? ¡Si me cabe en el bolso! —le espeta Isabella.

Ollie gruñe y Lev entra en la habitación, levantando las manos hacia ella.

—Si quiere comprarle un perro guardián, puede comprarle un perro guardián. Déjalo.

—Se suponía que iba a ser un regalo de bodas. No te hagas ninguna idea. Este perro va a crecer para ser el perro más feroz que hayáis visto nunca.

—Claro —dice Isabella, dejando una bolsa grande junto a la cama—. Lo creeré cuando lo vea. —Me entrega la bolsa de ropa—. Toma. Esto es para ti. Yo ya no me la pongo. Debería quedarte bien, pero puede que un poco... ajustada —dice, con un tono frío y sin emoción.

Menuda zorra, lanzándome una pulla por mi peso. Tengo más curvas que ella, y que le den por culo. Quiero tirarle la bolsa de ropa a la cara. No quiero sus putas sobras, pero, sobre todo, no quiero su desdén. Quiero zarandearla. No soy una traidora. No soy quien creen que soy. Pero el tiempo demostrará que es verdad. Tengo que recordar eso.

Cuando se pone la mano en el abdomen y su rostro se contrae de dolor, se me olvida por qué estoy enfadada con ella. El pulso se me dispara. Lev está a su lado al instante, con una mano en su espalda y la otra en su hombro.

—¿Qué pasa? —pregunta Ollie.

—Solo una contracción —dice Isabella—. No es nada. A las mujeres nos pasa a veces.

—Aún te quedan meses —dice él, frunciendo el ceño.

—Ya. No significa que esté de parto, simplemente pasa, ¿vale?

—Asegúrate de estar bien hidratada —le digo—. Las contracciones de Braxton Hicks pueden ocurrir por deshidratación, sobre todo tan pronto en el embarazo. Por cierto, ¿de cuánto estás? —¿De dónde coño ha salido eso? Ahora mismo no estoy para preocuparme por ella.

Se da la vuelta en redondo. —No voy a aceptar consejos tuyos. Sal de la puta cama y vístete. Tenemos una boda que planear —dice—. ¿Y desde cuándo eres una experta en embarazos y bebés?

—Pues a lo mejor mientras tú viajabas por el mundo y te camelabas a los Romanov, yo estaba estudiando para ser matrona. Pero eso no lo sabías, ¿verdad? —aprieto los dientes—. Hay muchas cosas que no sabes de mí, Isabella.

No es del todo justo. No se lo conté a Isabella porque ella tenía grandes planes para derrocar a su hermano. Quería convertirse en la líder del cártel de su familia, y joder si no lo consiguió.

Puede que esté un poco resentida por cómo me ha tratado. Pero... pensaba que, de todos los que están aquí, al menos ella sabría que decía la verdad. Nunca imaginé que se creería las mentiras sobre mí. Si tu mejor amiga no te cree, ¿cómo esperas que lo haga tu enemigo?

—Lo que dice tiene sentido, Isabella —dice Lev—. Sabes que no bebes suficiente agua cuando viajas. Vamos a por un poco y luego quiero que descanses.

Isabella me fulmina con la mirada, pero hay algo en sus ojos que ya he visto antes. Está dolida. Aparto la vista, no queriendo encontrarme con su mirada.

Pues ya somos dos.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, me giro hacia Ollie. —Hazme un favor y no vuelvas a abrir esa puerta hasta que de verdad tenga algo de ropa puesta.

La bolita de pelo que tengo en el regazo olfatea y hace como que va a mear. Oh, Dios. Ollie suelta un juramento y trata de cogerlo, pero se le escurre de las manos y, acto seguido, se mea en el suelo.

Me tapo la boca con la mano para ahogar una carcajada y él me mira entrecerrando los ojos. Me muerdo la mejilla para no reírme a carcajadas.

—Jesús —dice Ollie, soltando otra maldición por lo bajo en ruso y avanzando hacia él. Tiene una mirada asesina.

—¡Déjalo en paz! —salto de la cama y me interpongo entre los dos—. ¡Solo es un cachorro y tiene que aprender!

Me coge en volandas y me planta detrás de él y, en dos zancadas enormes, llega hasta el cachorro. Lo coge con una mano y se lo acerca a la nariz. —*Neyt*. No vuelvas a hacer eso. Vamos.

Aprenderás a hacerlo *fuera*. —Abre la puerta y ordena por encima del hombro—. Mira la ropa y ponla toda sobre la cama. Yo te diré qué ponerte. Abro la boca para responder cuando la puerta se cierra de un portazo a su espalda.

¿Por qué me atraen los tíos autoritarios?

Me encojo de hombros. Quizá sea un buen padre. Puede ser severo, pero también protector, y... ¡no! ¡Dios mío! No puedo empezar a pensar así. Aún no. Por lo que yo sé, podría darle un ataque de ira y ahogar al cachorrito.

Ollie Romanov no es un buen hombre.

Si me gustara apostar, me jugaría lo que no tengo a que este cachorrito va a tenerlo comiendo de su mano en un abrir y cerrar de ojos.

Ojalá pudiera encontrar la manera de tener a Ollie comiendo de mi mano tan fácilmente como lo hará ese cachorro.

Con un suspiro, abro la bolsa y rebusco entre la ropa.

¿Yo te diré qué ponerte?

Me pregunto si esta es una batalla que debería librar. No todas mis palabras ni todas nuestras conversaciones pueden ser una pelea, así que supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro para seguirle la corriente. Si soy sincera..., si me gustara, pensaría que es bastante sexi que quiera elegir lo que voy a ponerme.

Cojo la bolsa de la ropa, la agarro por el fondo y la sacudo entera sobre la cama. —Aquí tienes, jefe. Le hago una peineta a la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Ollie al abrir la puerta. La mirada en sus ojos me hace sospechar que sabía que acababa de hacerle una peineta, pero es imposible.

—¿El qué? Aquí está la ropa. Has dicho que querías elegirla o lo que sea. ¿Dónde está el cachorro?

—En buenas manos. Ahora, ve a vestirme. —Frunce el ceño—. Y decide qué nombre le pones a ese chucho.

Cierro la puerta con llave a mi espalda, me apoyo en el lavabo y me miro en el espejo. La hinchazón del brazo ha bajado; eso es bueno. Al menos una cosa buena.

Pronto tendré noticias de Carlos; sé que sí. Mi hermano se pondrá en contacto conmigo, sobre todo ahora que me voy a casar. Probablemente ya lo sabe. Me pregunto cómo contactará conmigo... No tiene mi número de móvil porque lo perdí en algún momento entre que me llevaron a Colombia y me arrastraron de vuelta a Nueva York.

No es que nada de eso lo haya detenido antes.

Suspiro.

Tengo ojeras y el pelo es un desastre salvaje y enredado, pero, aparte de eso, no he cambiado mucho. Sigo siendo yo misma y estoy muy orgullosa de ello. Me han arrastrado de un sitio para otro, me han maltratado y herido, me han acusado y menospreciado, pero todavía puedo mantener la cabeza bien alta.

Nadie me quitará mi identidad. Ninguno de ellos lo hará.

Ojalá los Romanov supieran la verdad. Odio la injusticia de todo esto. Aprieto las manos en puños y las uñas se me clavan en las palmas.

Tengo que mantener el rumbo.

Tengo que buscar justicia y no conseguir que me maten a mí —o, peor aún, a Ollie— en el proceso.



Capítulo Once

OLLIE

—RENATA ME DEFENDIÓ —espeta Polina, acariciando distraídamente al chucho, pero le echan chispas los ojos—. ¿Cómo has podido olvidar eso?

—De verdad, hijo —dice mi madre con tristeza, con todo el peso de la decepción en sus palabras mientras niega con la cabeza—. Polina tiene razón. Renata salvó la situación.

¿Por qué las mujeres de mi vida se creen que pueden calarme, como si fuera culpable de algún crimen inconfeso por atreverme a ser leal a mi familia? Mis hermanos no tuvieron que aguantar esta mierda.

Me froto los ojos con la mano y me pellizco el puente de la nariz.

—Le he comprado un cachorro —mascullo en mi defensa, como si fuera una ofrenda que pudiera arreglarlo todo.

—Para vigilarla, y hace medio minuto parecías a punto de estrangular a la pobrecita —arrulla Polina.

Joder.

—¿Te defendió? —pregunta Viktor, acercándose a nosotros con paso pesado. Mis hermanos han estado entrando y saliendo hoy mientras todo el mundo se prepara para la boda—. ¿Cómo me he perdido eso?

—Estabas demasiado ocupado con Lydia y las travesuras de recién casados que os traíais entre manos —dice Polina con una sonrisa y poniendo los ojos en blanco—. Renata estaba cenando con nosotros y oyó a dos de nuestros invitados conspirar para chantajearme. Eran amigos míos de la universidad, al parecer asociados de alguna manera con uno de los informadores de Mikhail.

—Estuvo increíble —dice mamá, con los ojos muy abiertos y emocionados. Con su sofisticado pelo plateado recogido en un moño apretado, es la viva imagen de la gracia y la elegancia, pero a veces le aparece una mirada melancólica, casi infantil, en los ojos—. Ve a través de las mentiras —añade, casi con asombro—. Es un don poco común. Como si sostuviera la verdad misma en sus manos. Lo que no habría dado por tener ese talento cuando erais pequeños.

Siempre sabrá cuándo le digo la verdad. No estoy seguro de qué sentir al respecto. No es que piense mentirle, pero la ignorancia no siempre es algo malo.

—¿En serio? —pregunta Viktor, sonriéndome—. Nuestras chicas se parecen mucho, ¿verdad?

Gruño en respuesta. El «talento» de su mujer es que le gusta prender fuego a las cosas, así que no estoy seguro de estar de acuerdo en que se parezcan en algo.

—Ollie —dice mi madre con dulzura—. No dejes que la situación actual te desvíe de lo que sabes que es verdad, de lo que recuerdas. ¿No te acuerdas? Investigaste lo que ella había oído y coincidía con lo que dijo. Te conmovió su lealtad y su capacidad para descubrir la verdad, ¿no es así?

Así fue. Me ablandé con ella y, de hecho, sentí que empezaba a formarse algo parecido a la confianza.

—Y no te olvides de cuando incriminaron a ese tipo que Mikhail conocía —dice Polina. El perrito está profundamente dormido en sus brazos—. ¿Tenemos nombre? —susurra.

—No —espeto, dándome la vuelta.

—Mmm —continúa Polina—. La reputación de nuestra familia estaba en juego, ya que éramos culpables por asociación cuando el fulano ese fue acusado de robo, pero Renata oyó las acusaciones y le dijo a Ollie que era mentira.

—Ooooh —dice mi madre—. Es casi sobrenatural.

Me doy la vuelta y exhalo. —Sí. Sabía que había discrepancias en las acusaciones. Contraté a un investigador privado que confirmó lo que ella dijo.

Mamá niega con la cabeza. —¿Y ahora todos dudáis de que se la llevaran contra su voluntad? ¿Sostenéis que, a pesar de que se jugó la *vida* por vosotros, simplemente por el hecho de traicionar al cártel y a su hermano, dio media vuelta y corrió de vuelta con él?

—Tenemos pruebas en vídeo —digo, pero incluso a mí me suena hueco.

—¿De qué? —se burla Polina—. ¿De que huyó? No tienes ni idea de quién la amenazó. No tienes ni idea de lo que la obligaron a hacer. ¿Y qué si huyó? Eso no es una prueba concluyente.

Oh, pero sí que lo es.

—No he venido a que me deis consejos sentimentales —digo entre dientes—. Necesito cosas para el perro y asegurarme de que la boda esté lista.

Polina suspira y mece al perro como si fuera un bebé.

Joder.

—Sí —dice en voz baja—. La boda está lista, hermanito. No te preocupes por eso. Y la tita Polina se ocupará del perrito.

—Gracias —mascullo.

—Pero en cuanto a los consejos sentimentales... —dice con determinación—, *esos* son gratis.

Con la nariz en alto, se da la vuelta.

Dios.

Tenemos que casarla cuanto antes.

—Tengo que volver con Renata. Ya nos pondremos al día luego.

No se me escapa cómo ambas se ríen a mis espaldas.

Pueden tomarse todo esto a la ligera si quieren.

Yo no tengo ese privilegio.

Había una razón por la que nos atacaron. Había una razón por la que ella estaba en Colombia.

Mi familia estará a salvo, pase lo que pase.

—¿Así que sabe cuándo miente la gente? —pregunta Viktor, rascándose la barbilla—. ¿Puedes conseguir que se cuestione a sí misma?

Le lanzo una mirada fulminante. —¿Qué demonios se supone que significa eso?

Viktor se acerca más, con expresión seria. —Si empieza a dudar de sus propias habilidades, podría desequilibrarla. Hacerla más manejable.

—¿De qué coño estás hablando, Viktor? —Niego con la cabeza; mi frustración con todos y con todo está a punto de estallar—. Esto no es un juego. No es un peón que podamos manipular o con el que podamos jugar. Va a ser mi *mujer*.

Mi mujer.

Él se encoge de hombros, impasible. —A grandes males, grandes remedios. Puede que necesitemos usar todas las ventajas que tengamos.

Lo fulmino con la mirada. —No.

Ni siquiera sé cómo funcionaría eso, pero no quiero saber nada del asunto.

—Oh, Ollie está gruñón otra vez —dice Polina—. Toma, Ollie, coge un cachorro dormido. Te prometo que es la cura para tus males.

Joder.

Yo tengo la cura para mis males y está arriba preparando la ropa, esperando mi próxima orden.

Me doy media vuelta и me marchó antes de perder los estribos y decir algo de lo que me arrepienta. Mientras vuelvo con Renata, el peso de la responsabilidad me oprime. Tengo que proteger a mi familia, cueste lo que cueste, aunque eso signifique tomar decisiones imposibles que podrían partirme en dos.



Capítulo Doce

RENATA

CADA SEGUNDO que pasa es como una bomba de relojería. Cada latido nos acerca un poco más a la destrucción.

¡Dios mío! Carlos se ha puesto en marcha. Me pone enferma saber que voy a tener noticias suyas y me aterra no haberlas tenido todavía.

Tengo que casarme. Ese es el siguiente paso.

Encuentro algunos artículos de aseo y me lavo rápidamente la cara, me cepillo los dientes y me paso los dedos por el pelo. Oigo abrirse la puerta. Cuando voy a salir del baño, Ollie irrumpo en él con cara de asesino. La furia arde en sus ojos como una tormenta a punto de estallar.

Le planto cara. —¿Alguien ha asaltado el castillo? ¿Han atacado el foso? —ladeo la cabeza—. ¿Se te ha oxidado la armadura?

—Te he dicho que no quería al perro en nuestra cama.

He de admitir que hay algo en unas piernas limpias y recién depiladas y en un aliento mentolado que me anima un poco, tanto que casi me olvido de que tengo a mi futuro marido de rostro

impenetrable justo delante de mí. Pero cualquier cosa que pudiera haberme perturbado se evapora rápidamente cuando veo a mi pequeña y esponjosa bola de pelo. Está meneando la cola y lamiéndole la mano a Ollie. Antes de que me pille mirándolo, la tensión de su entrecejo se suaviza un poco. Ya lo ablandaremos.

—Bueno, lo ha estado cuidando Polina y se ha quedado dormido. Además, necesitamos un nombre.

Se encoge de hombros y masculla con una mueca de desdén:

—¿Así que *perro* no es lo bastante original?

—¿Qué tal..., Princeton? Me gusta Princeton.

Arruga la nariz. —Suen a que necesita un cochecito y un collar de diamantes.

—Puedo conseguirlo.

Gruñe, apartándose de mí mientras se acerca a la cómoda y rebusca en la ropa. —Sí, por algún motivo, me resulta muy fácil de creer. Polina le ha buscado un cuidador y le ha comprado un montón de mierdas.

Oh.

—Es hora de irse. Te pondrás un vestido que yo elija y nada debajo.

Me da un vuelco el estómago, pero lo disimulo con una sacudida de cabeza. —¡Ah, qué original! —le espeto, lo que me vale una fuerte palmada en el culo.

—Aún no hemos llegado a la parte original, Renata —dice con un gruñido—. Tengo otra entrega que está en camino. —Me hace girar para mirarlo y me roza la barbilla con los dedos—. Sé paciente, pequeña Renata.

Debería sentirme ofendida. Debería resultarme denigrante, pero recuerdo al hombre que hay tras esa furia, el que me vio a mí, no

solo el peligro que nos acecha. Recuerdo cómo, de vez en cuando, bajaba la guardia y hablaba conmigo, de persona a persona.

Lo recuerdo todo. A veces, desearía no hacerlo.

Cojo el elegante vestido sin mangas que me tiende y me lo pongo. El pecho me lo rellena bien mientras me lo aliso y me calzo unas bailarinas. La tela es agradecida. Realza y ciñe en todos los lugares correctos. —Buena elección.

Vuelvo al baño y me hago una trenza rápida en el pelo, dejando que el grueso mechón me cuelgue sobre el hombro. Me pongo unos aros de oro, un collar de oro y una pulserita. Casi me siento yo misma de nuevo, aunque agradecería mucho poder comprarme la ropa yo misma en lugar de depender de la caridad de alguien que me odia.

El estómago me ruge de hambre.

—Vamos a salir a desayunar. Quiero probar una cosa —dice.

Normalmente tengo más confianza de la que siento ahora mismo, pero estoy con los nervios a flor de piel. No sé si es porque estoy a punto de desayunar con una familia que cree que los he traicionado o porque tengo miedo de que mi hermano me encuentre. ¿Y si Carlos viene a por mí? ¿A por nosotros? Él es el caos personificado y no tiene piedad.

Dejo escapar un suspiro entrecortado.

Llegamos a un restaurante cerca de la playa y Ollie nos conduce directamente a la parte de atrás, donde hay un salón privado tras unas puertas de cristal. Se me sube el estómago a la garganta cuando veo que todos han llegado antes que nosotros: Mikhail y Aria; su otro hermano, Aleksandr, y su mujer, Harper; todos los hermanos y sus esposas, e incluso algunos de los niños. ¡Dios mío! No sé qué voy a hacer. Debo de parecer un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, porque antes de entrar, Ollie se inclina y clava su mirada en la mía. —Nada importa, salvo que eres mía —me dice—. No importa lo que hicieras, no importa quién fueras. Vas a

hacerme tus votos a mí. Serás mi esposa. Puede que pienses que no perteneces a este lugar, pero sí. Justo aquí. Conmigo.

Su voto de confianza me proporciona, de hecho, un pequeño alivio. Trago saliva y asiento. —Sí, claro —le digo—. ¿Vas a decirme qué estás probando?

—Eres una chica lista. ¿Tú qué crees?

Frunzo el ceño. —Si mi hermano me ha encontrado o no. —De repente, me doy cuenta de algo—. Por qué este corte que tengo en el brazo todavía me duele.

¡Oh, Dios! ¿Qué ha hecho mi hermano?

—Exacto. —Se inclina y me besa la mejilla, pero en realidad solo intenta acercarse a mi oído para susurrarme—: Puedes quedarte con lo que sea que tengas en el brazo hasta mañana, porque quiero que quienquiera que esté mirando lo vea todo. Luego, en nuestra noche de bodas, te lo quitaré de ahí y nos escaparemos a un lugar donde nadie sepa dónde estamos. ¿Me has entendido?

¿Cree que tengo un localizador en el brazo?

El corazón me ruge en el pecho. ¿Cómo piensa quitármelo exactamente? ¿Y adónde piensa llevarme?

Asiento y trago saliva. —Entendido.

—Bien —dice con una sonrisa de suficiencia—. Ve al servicio de señoras y espérame allí.

¿Qué coño piensa hacer? —¿Perdona?

Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos. —Me has oído, esposa. Llevas el tiempo suficiente con mi familia como para saber lo que espero de ti, ¿no? —se inclina y me atrapa la mirada con la suya.

—¿Ah, sí, señor? —le pregunto, con fuego en la mirada—. Me excita y me enfurece a partes iguales—. ¿Haces todo lo que te dice tu familia? ¿O eso es solo para mí?

Me ahueca la mandíbula con su mano grande y cálida, y sus ojos se clavan en los míos. —Soy un hombre a la antigua, Renata. Mi mujer hace lo que le digo. Ya sabes lo que significa si no lo haces.

La visión de él dominándome, con mis muñecas atrapadas en las suyas, mis ojos clavados en los suyos, me acelera el pulso. Trago saliva y asiento.

—Lo sé.

La tensión entre nosotros ha vuelto a cambiar, ahora es palpable y eléctrica. Su instinto protector siempre ha sido intenso, pero ahora hay algo en su mirada que me acelera el corazón con una mezcla de miedo, emoción y expectación. Un escalofrío me recorre la espalda cuando posa su mano sobre ella.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto con un susurro.

—Confía en mí —responde, con los ojos oscuros por una mezcla de deseo y determinación—. Ahora, vete.

Asiento con la cabeza, con el pulso desbocado mientras me dirijo al baño. Cierro la puerta tras de mí y me quedo de pie frente al espejo, con la respiración entrecortada. Él entra detrás de mí, con algo en la mano.

Bajo la mirada. Es un pañuelo de seda. —¿Ollie? ¿*Aquí*?

Obviamente, *aquí*.

—Date la vuelta —su voz es una orden que no admite desobediencia. Con las manos temblorosas, me pongo de cara al espejo. Observo su reflejo mientras estira la seda entre sus dedos. Se coloca detrás de mí, su cuerpo presionado contra el mío mientras me lo ata sobre los ojos. Me sumerjo de inmediato en la oscuridad, muy consciente de su calor a mi espalda, de su aliento en mi mejilla. El ligero aroma a lavanda y vainilla impregna el aire. En algún lugar a lo lejos, oigo risas y el sonido de agua corriendo—. ¿Ves algo? —pregunta, con su aliento en mi oído.

—No —susurro, mientras mis sentidos agudizados toman el control.

—Buena chica —murmura, deslizando sus manos por mis brazos.

El pulso se me acelera; mi agarre en el frío lavabo es lo único que me impide caer por completo bajo su control.

—Quieta —susurra—. Ni se te ocurra desobedecerme. Ni aquí. Ni ahora.

Mis pensamientos son una tempestad.

Chapado a la antigua.

Mi mujer me obedecerá.

Ya sabes lo que pasa.

Buena chica.

Pequeña Renata.

Me agarro al lavabo mientras sus manos recorren mi cuerpo. Levanta el bajo de mi vestido y sus dedos rozan mis muslos. El placer me inunda. Se toma su tiempo, su tacto es seductor, tierno y provocador, y me lleva a un punto de excitación febril.

Recuerdo lo de anoche con todo lujo de detalles. Ollie Romanov tomará el control de mí en más de un sentido.

Odio y amo que lo haga. —Eres tan guapa —susurra en mi oído, con voz reverente—. Y tan fuerte. Vas a ser mía, Renata, y nunca vas a perder quien eres. ¿Me entiendes?

No. No entiendo eso en absoluto. ¿Cómo demonios va a funcionar? Niego con la cabeza, mordiéndome los labios mientras sus manos suben más, acariciando mis caderas, y mi cuerpo se arquea hacia sus dedos mientras se mueven sobre mi piel desnuda. —Quédate quieta —gruñe en mi oído, con su aliento caliente contra mi cuello.

Su familia está justo al otro lado de la puerta. Mi hermano también está por ahí, siempre con los ojos puestos en mí. Cualquiera podría entrar en cualquier momento. Quiere que me rinda y me está llevando al límite.

Obediente, mi cuerpo tiembla con una mezcla de deseo y necesidad. Cuando vuelvo a sentir sus manos en mis caderas, el corazón se me acelera. El pulso se me dispara cuando presiona sus labios en mi hombro, sus besos son lentos y deliberados, en claro contraste con la urgencia que siento por dentro. ¿Por qué es tan lento y deliberado?

Uf.

Él es el tranquilo, el paciente que ha aprendido a esperar por lo que quiere.

Qué suerte la mía.

—Ollie —gimo, con voz temblorosa.

—Paciencia —susurra, llevando sus manos hacia mi parte delantera. Lentamente, desliza los dedos por mi estómago, rozando mis pechos antes de pasar a desabrocharme. La tela cae y me deja expuesta. Desliza los dedos por mi estómago, roza mis pechos y aparta la tela —. Espera —ordena—. ¿Te he dado permiso para moverte?

Se me corta la respiración cuando lo siento ponerse de rodillas. ¿Qué está...? ¡Oh, Dios mío! Me agarro al lavabo con tanta fuerza que creo que se va a romper. Sus manos recorren la curva de mi espalda, su tacto es reverente y posesivo. Cuando me separa las piernas ligeramente, sus dedos rozan la piel sensible de la cara interna de mis muslos y una oleada de placer me consume. Y solo me ha tocado. —¡Dios mío! —jadeo—. ¿Qué estás...?

—Silencio —susurra—. Si me desobedeces, voy a llevarte al borde del orgasmo y luego te dejaré aquí mismo. ¿Es eso lo que quieres? Cuando te tenga a solas, azotaré tu coño y te llevaré al límite una y otra vez. Dime que lo entiendes. Di «sí, señor» o «no, señor».

—Sí, señor —susurro, con la boca seca. ¿Qué me está haciendo? Yo no llamo «señor» a ningún hombre. ¿Qué demonios es esto? ¿Está él...? ¡Oh, Dios! Cuando siento su aliento contra mis partes más íntimas, es tentador, tan caliente que reprimo un grito. Su lengua se asoma, provocándome. Aprieto más el lavabo. Él gime mientras me agarra de las caderas para mantenerme quieta.

Estoy abrumada por la sensación, el roce y el chasquido de su lengua me acercan más al límite. La tensión se acumula en mi interior y me muerdo el labio para no hablar.

Justo cuando creo que no puedo más, se aparta. Gimo por la pérdida, pero sus dedos me guían rápidamente hacia arriba y me giran para encararlo. Me quita la venda y parpadeo ante la luz, acostumbrándome. Mis ojos se encuentran con los suyos. —¿Has disfrutado? —pregunta, con la voz ronca por el deseo.

—Sí —exhalo—. Creía que habías dicho que ibas a castigarme si desobedecía. ¿Que ibas a dejarme ahí?

Sus labios se curvan en una sonrisa oscura. —Niña mala. ¿Creías que iba a dejar que te corrieras en el baño? ¿Con mi familia al otro lado de la puerta?

—Pero tú dijiste...

—No he terminado contigo, Renata. Pequeña zorra sucia y preciosa —dice en voz baja, haciendo que se me erice el vello—. Vístete y vuelve ahí fuera. —Se endereza, se ajusta la erección desbocada y se arregla el pelo en el espejo. Me da la vuelta y me da una fuerte palmada en el culo—. Ahora, sal ahí. Y la próxima vez que te diga que vengas a mí, me *obedecerás*.

Me tiene bajo su control y he permitido que esto suceda. ¡Dios!

Vuelvo a la mesa, dedicando todo mi esfuerzo a mantener la compostura.

Puedo hacerlo. ¡Oh, Dios! Me tiemblan las piernas y tengo la respiración agitada.

Isabella está perfecta, *por supuesto*, con el pelo impecablemente peinado. Ha ocultado su pequeña barriguita de embarazada, pero apenas se le nota. Está sentada muy erguida, con las manos en el regazo, y no me mira a los ojos. Una punzada de tristeza me oprime el pecho.

—A partir de esta tarde, la voy a conectar a la retroalimentación biométrica —dice Aleks con una sonrisa sombría—. Bienvenida a la familia —añade con voz áspera—. Ya es una de los nuestros.

—¿Biométrico qué? —pregunto.

Ollie interviene a mi espalda. —Una de las tareas de Aleksandr es revisar y rastrear la retroalimentación biométrica de todos nosotros en todo momento. Así sabemos dónde está cada uno y si se encuentra bien. Lo lleva haciendo desde siempre. Considéralo un cumplido.

Polina me mira de forma extraña, y eso me rompe el corazón porque ella siempre fue la más amable conmigo, al menos la última vez que estuve aquí.

—¿Lo tenemos localizado? —pregunta Ollie mientras me da una carta. No necesito que nadie me diga que está hablando de mi hermano. Eso está claro.

—No. Recuerda con qué facilidad fingió su muerte —dice Mikhail—. Hasta sus rivales más cercanos pensaron que estaba muerto.

—¿Seguimos estando seguros de que no lo está? —pregunta Ollie.

Me muerdo el labio, sin saber qué decir que no firme mi propia sentencia de muerte. En cuanto mi hermano se entere de que me voy a casar con uno de ellos, vendrá a por mí.

—Bueno, niños —dice Ekaterina Romanova con una sonrisa—. No vamos a hablar más de Carlos Carrera, del cartel, ni de nada que no

tenga que ver con la boda —añade la madre de Ollie—. He oído que le gusta comer bien, Renata. ¿Tiene alguna preferencia para el vestido?

Gracias a Dios.

Nunca he pensado en estas cosas. Aunque me encanta la ropa y me encanta arreglarme, me encojo de hombros. —Bueno, yo... no estoy segura de que esta sea una ocasión para celebrar —digo. La sala se queda en silencio.

Mikhail entrecierra los ojos mirándome. —Esto será algo que nos una, Renata —dice en voz baja—. Debería pensar en eso.

Ollie aprieta su taza de café. La camarera se acerca y le dedico una sonrisa dulce. —Tomaré las tostadas francesas con beicon aparte —pido—. Puede que este de aquí necesite algo dulce para el café. Para endulzarlo un poquito. ¿Azúcar? —Me encojo de hombros. Ollie niega con la cabeza, una advertencia, supongo. Me dijo que me portara bien, pero me importa una mierda.

—He oído que le gusta ir de compras —dice Polina—. Ojalá tuviéramos tiempo. —Lo intenta, pero la tensión entre nosotras es palpable.

Si les cuento algo sobre mi hermano, él se enterará y habrá represalias. Recuerdo la advertencia que me hizo antes de que me fuera. Me está matando guardarles el secreto a todos ellos, pero no sé qué otra cosa podría hacer.

Apenas noto el sabor de nada; la tensión que se respira en el aire es densa con la presencia de la familia Romanov. Las conversaciones se arremolinan a mi alrededor, pero permanezco en silencio, intentando asimilarlo todo, pero sin asimilar nada en realidad. Cuando la familia empieza a hablar de los planes de la boda, supongo que tiene algo que ver conmigo y hago lo posible por prestar atención.

—Y bien, Renata —empieza Harper, con un tono amable pero autoritario. Harper es la esposa de Aleksandr y no sé mucho de ella.

No interactuamos mucho la vez anterior que estuve aquí, ya que siempre estaba ocupada. Tienen hijos y me han dicho que Harper dispara mejor que cualquiera de los hombres presentes. Es interesante saberlo. Sí sé que antes de venir aquí era una *influencer*, experta en peluquería, maquillaje y ropa. Polina me lo mencionó una vez.

Harper se sonroja. —Era algo que hacía, y ya no, pero siempre me interesarán estas cosas. ¿Qué tipo de vestido tiene en mente para su boda?

Me encojo de hombros. —¿Uno blanco, supongo? Algo tradicional.

—¿Sin mangas, de encaje, entallado, qué le parece? —pregunta Harper, y sus ojos se iluminan mientras enumera diferentes estilos. No sé de qué está hablando cuando menciona cosas como *corte recto*, *bodycon* y *línea A*.

Miro alrededor de la mesa, sintiendo el peso de los ojos de todos sobre mí. Esta no soy yo. Me encanta la ropa y me encanta arreglarme, pero la idea de elegir un vestido de novia para algo así me parece surrealista. —No estoy segura —admito—. Me encantan los diseños elegantes y sencillos.

Ollie aprieta la mandíbula. —Ya hablaremos, Harper. —Sus ojos se encuentran con los míos—. Yo elegiré lo que se ponga.

Mi cuerpo se tensa. De vuelta en la habitación, cuando eligió mi ropa, sentí que de verdad le importaba mi aspecto. Esto parece más una demostración de poder, pero estoy atrapada en medio de una situación en la que tengo que elegir mis batallas.

Consigo esbozar una pequeña sonrisa. —Suenas como un buen plan.

—Siempre es una elección clásica —dice Harper—. Quizá podamos visitar algunas boutiques más tarde.

Ollie niega con la cabeza. —En absoluto.

Todos en la mesa se quedan en silencio por un breve instante y, finalmente, el marido de Harper, Aleksandr, interviene. Es un hombre alto, de ojos oscuros y rasgos afilados, el que, por lo visto, está leyendo mi biometría. ¿Puede saber cuándo estoy enfadada? ¿Excitada? Probablemente. Uf.

—Ollie tiene razón. Es demasiado peligroso. Sabemos que nos vigilan. Por eso estamos aquí, ¿no? —Aleksandr sonrío, pero la sonrisa no le llega a los ojos. Supongo que tiene razón. Miro por encima del hombro, esperando a medias ver a un maniaco empuñando un arma detrás de mí.

Por supuesto, aquí no hay nadie. Al menos, no donde yo pueda verlos. Sé que están aquí. Carlos me dijo que lo estaría.

Polina interviene, con los ojos todavía recelosos. —¿Tiene alguna preferencia sobre lo que comamos?

Me animo un poco al oír hablar de comida. —Me encanta todo tipo de comida. Quizá algunos platos tradicionales de Colombia.

—No quiero nada de Colombia —dice Isabella—. Nada que nos recuerde a Carlos. Me encanta la comida colombiana, pero ahora mismo no quiero saber nada de mi tierra. —Isabella me lanza una mirada extraña, jugando con la comida de su plato, pero sin llegar a comer.

—Es su boda —insiste Ollie, enderezándose en la silla. Lev gruñe en voz baja, pero Ollie no se inmuta—. Puede decidir lo que le dé la puta gana.

—¿Ah, sí? —pregunta Isabella con un brillo en los ojos—. ¿Y si ella...?

—Quiero postre —digo de repente, interrumpiéndola—. Me gusta el postre. Quiero postre.

—¿Desde cuándo? Tú siempre estás controlando los carbohidratos —dice Isabella.

—La antigua yo sí —digo, encogiéndome de hombros—. Pero a la nueva yo no le importa engordar un poco.

Los labios de Ollie se curvan en una sonrisa lasciva. Mis mejillas arden.

Lydia, la mujer de Viktor, me sonríe. —En nuestra boda tuvimos una selección de tartas estupenda y hay una pastelería local que nos las puede proporcionar. No hay tiempo para nada personalizado, pero tienen mucho surtido. Podemos comprárselo todo.

—Hecho —dice Ollie—. Gracias, Lydia.

—A mí me preocupa más quién va a estar allí. No me importa lo que comamos, ni la música que pongamos, ni el lugar. Lo que importa es quién esté allí. Lo que importa es que sepan que vamos a casarnos.

Sé que lo que dice es verdad, pero solo hay una persona que de verdad necesita ver que me voy a casar y él ya sabe que lo haremos.

Mientras la conversación continúa, contribuyo en lo que puedo, pero sigo a la defensiva. A pesar de los esfuerzos de las mujeres por incluirme, una parte de mí no deja de mirar a su alrededor, esperando que Carlos aparezca de la nada. Ollie me odia. ¿De verdad me protegería?

Después de separarnos para encargarnos de distintas tareas, Harper y Polina se acercan con sus móviles y me enseñan varios vestidos. Yo me encojo de hombros y Ollie se pone a hablar con ellas. —Ese —dice en voz baja—. ¿Podéis conseguir ese?

—Puede que no podamos conseguir ese mismo, pero podemos conseguir uno parecido. ¿Qué le parece? —pregunta Polina con un brillo en los ojos.

—Ya te he dicho que elegía yo, Polina. ¿Por qué haces esto? —Ollie se inclina hacia ella, su voz es un retumbo grave—. Ya sabes que tú eres la siguiente.

Su hermana, ya pálida, se pone lívida. —No seas gilipollas —susurra—. Sabes que siempre has sido mi favorito. No hagas esto ahora.

—Pues no te metas, joder —espetta él—. Te he dicho que yo le elijo el vestido. Y le va a gustar. Si no puedes con eso, lárgate de su lado.

Oh, ya me encargaré de este gilipollas, aunque sea lo último que haga. No se puede reprender a un hombre de la Bratva, ni zarandearlo hasta que le castañeteen los dientes, ni abofetearle esa cara perfecta. Pero sí se puede meter una bajo su piel y persuadirlo. En momentos como este desearía haber tenido una madre, una mujer que me hubiera enseñado los métodos de la persuasión femenina.

—Es precioso —intervengo—. Gracias, Polina.

Ella lo mira con los ojos entrecerrados, aunque me habla a mí. —Lo tendremos aquí en una hora y probaremos diferentes tallas. No hay tiempo para arreglos, así que encontraremos una que sirva.

Ollie se gira para hablar con Aleksandr, zanjando así cualquier conversación sobre el vestido.

Uno de los camareros se acerca a mí y, discretamente, me desliza un trozo de papel doblado en la mano.

Desdoblo el papel en la palma de mi mano, distraída por la charla sobre la boda.

Cuando lo abro, reconozco de inmediato la letra de Carlos.

Te estoy vigilando. No me jodas. Recuerda cuál es tu lugar. ¿Crees que puedes escaparte y casarte con esa familia? Sé quién eres y sé de dónde vienes. Te estoy vigilando. No olvides tu lealtad.

Me tiembla la mano como si sujetara algo en llamas. Respiro hondo, intentando calmarme.

—Tengo que ir al baño —digo, alejándome a toda prisa de la mesa. Pero, por supuesto, Ollie está pegado a mí. Me arrebató el papel de

la mano.

—Claro que está aquí, el puto cobarde. No tiene cojones para dar la cara, ¿eh? ¿Quién te ha dado esto?

—El camarero. Se ha acercado deprisa. Era un chico joven. Blanco, de pelo castaño.

Ollie examina el restaurante y se dirige directamente al mostrador. —¿Qué camarero ha entrado en esta sala? —pregunta.

—Señor, todo el personal que atiende su sala es femenino.

Claro. Alguien va disfrazado.

Hay que reconocer que Ollie no parece muy alterado. Me coge de la mano y se dirige a la puerta. Mientras volvemos al coche, no puedo quitarme de encima la sensación de pavor que se me ha instalado en el estómago, con la amenaza de Carlos resonando en mi mente. Esto no ha hecho más que empezar. Pero, por ahora, tengo que mantener las apariencias y fingir que todo va bien.

Cuando llegamos a la puerta, me alcanza, me rodea la nuca con los dedos y aprieta. El corazón me martillea en el pecho mientras su boca desciende sobre la mía.

Su beso me roba el aliento y, por un instante fugaz, nada más importa. Una parte de mí odia que me provoque esto. Él no me quiere.

Cuando se aparta, sus ojos relampaguean con algo que no logro identificar.

—Deja que vea eso, Renata.

La puerta se cierra detrás nuestro.



Capítulo Trece

OLLIE

NUESTRA CASA bulle de emoción entre los flashes de las cámaras. El personal se mueve con rapidez, preparándolo todo y a todos para el gran acontecimiento. Si estuviéramos treinta años atrás, tendríamos a periodistas con esas bombillas de flash enormes y micrófonos metidos bajo las narices. En su lugar, tenemos a *influencers* bien vestidos, con peinados impecables y dientes perfectamente blancos, sacando fotos y haciéndose *selfies* en el césped.

Esto es lo que queremos. Lo que necesitamos. Cuanta más atención consigamos, mejor.

Odio cada segundo de este espectáculo, cada sonrisa vacía y cada flash.

Renata está radiante. Su vestido de encaje se ciñe a cada una de sus curvas. Es una reina por derecho propio que domina la sala sin decir una palabra. Su piel oscura contrasta con el blanco impoluto del vestido, lo que le confiere un aire exótico a su belleza. Una tiara resplandeciente brilla bajo la luz de los focos, como un elegante halo coronándole la cabeza. Sonríe a los fotógrafos, con el maquillaje perfecto gracias a Harper, ocultando con elegancia el agotamiento y el estrés de los últimos días.

Yo estoy a su lado y el orgullo me hincha el pecho, aunque aprieto los dientes. Queríamos que esta boda fuera un espectáculo público para atraer la atención de dignatarios y líderes de todas partes. Analizamos cada detalle, cada movimiento vigilado, y sondeamos el terreno a propósito, pero lo hicimos rápido.

Y ha funcionado. Hay tanta gente aquí que no podría nombrarlos a todos. Las redes sociales arden con la noticia, de nuevo gracias a Harper.

El guardaespaldas personal de Renata, un tipo nuevo, se inclina para ajustar la cola del vestido. Siento que me hierve la sangre en las venas.

—Quítale las putas manos de encima antes de que te las rompa. No la toques.

Tiene la audacia de echarme una mirada de asco. Frunce los labios y le murmura algo a Renata en voz baja. Ella palidece.

—¿Quieres repetirlo delante de mí? —le pregunto.

—Ollie —dice ella—. No es nada. No montes una escena. Si no tuviéramos a mil millones de personas con cámaras delante, le daría una bofetada yo misma.

Alargo la mano hacia el guardia y lo agarro por el cuello de la camisa. —¿Qué coño acabas de decirle?

—Uf, predecible —murmura Renata en voz baja, pero le tiembla la voz y tiene los ojos como platos.

Me importa una mierda.

Lo zarandeo. —Dime lo que has dicho antes de que te corte la puta lengua y haga que sea lo *último* que digas en tu vida.

—Le he dicho que lo disfrute mientras dure —dice entre dientes.

—Cuida tu puta boca —gruño, con voz baja y peligrosa—. Lo zarandeo. Muestra un poco de respeto por mi mujer. Quedas

relevado de su guardia. Preséntate ante Mijaíl inmediatamente.

Lo empujo hacia la puerta, le saco una foto y se la envió a Mijaíl por mensaje.

Si se vuelve a acercar a mi mujer, lo mato.

Mikhail

«Mi mujer», ¿eh?

Le envió otro mensaje y le cuento lo que ha pasado.

Me está temblando la puta mano. Odio tener que comportarme delante de las cámaras.

Renata me pone una mano tranquilizadora en el brazo. —No pasa nada, no tiene importancia, Ollie. Por el amor de Dios, si es un niño estúpido.

—Sí que importa. Vas a ser mi esposa en cuestión de minutos. Y todos te mostrarán respeto.

El guardia se vuelve hacia mí.

—Os ha traicionado. Nos ha traicionado a todos —dice. Me giro y ataco. Mis puños se mueven antes de que piense, hueso contra hueso. El sonido de la carne rompiéndose es música para mis putos oídos. Lo he pillado por sorpresa, así que no tiene oportunidad de bloquear mis golpes. Cae al suelo.

—Lárgate de aquí. Si vuelvo a verte, te mato.

Se levanta a trompicones y echa a correr.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dice Mijaíl, apareciendo por la esquina.

Lo pongo al día. Mijaíl mira la espalda del guardia que se aleja y hace su propia llamada.

—Regístradle en la puerta. Tengo que verlo antes de que se vaya — dice en voz baja por el teléfono. Se guarda el móvil en el bolsillo y se vuelve hacia Renata con una mirada de disculpa.

—Lamento lo ocurrido. No volverá a pasar.

Renata se encoge de hombros, pero no puede ocultar el ligero temblor de su mandíbula. —Si me importara lo que cualquiera de vosotros piensa de mí, no estaría aquí.

La cojo por la mandíbula, le paso el pulgar por la mejilla y dejo un rastro de sangre a mi paso. *Mierda*. Necesitaré que Harper arregle eso. Resulta extrañamente simbólico.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Me mira fijamente a los ojos, sin inmutarse ni apartarse. Todavía me vibra la mano por haber golpeado al cabrón. Ella asiente y traga saliva.

Va a llevar tiempo que confíe en mí, que sepa que no debe temer cada caricia mía.

—¿Estás segura? Lo siento.

—Siempre he querido que un chico malo, cachas y sexi defendiera mi honor —dice con un atisbo de sonrisa y un sarcasmo palpable—. De verdad, Ollie, estoy bien. Si algo así va a alterarme, no pinto nada en esta familia.

No le falta razón.

Un momento. ¿Acaba de llamarme «cachas»? No puedo evitar dedicarle una sonrisita de satisfacción.

La ceremonia es breve. Pragmática. Espero algo significativo cuando el anciano sacerdote ortodoxo que Mikhail ha conseguido para casarnos habla de amor, matrimonio y compromiso, pero la verdad es que... no lo consigo. No hago más que escudriñar a la multitud, buscando cualquier señal de disturbios. Casi espero que Carlos entre

por la puerta con una metralleta y haga que la gente corra por todas partes. Pero no lo hace y la gente no corre. Estoy muy distraído, pero la ceremonia sigue su curso.

Hasta que llegamos a los votos.

—¿Acepta a esta mujer...? —La voz del sacerdote es cálida, reverente. Su poblada barba gris me recuerda a un cuadro de Moisés que vi una vez en Italia.

Trago saliva y miro a Renata a los ojos. —Sí, la acepto —digo en voz baja cuando llega el momento. Sus ojos se abren de par en par, como sorprendida. No puedo evitarlo. Yo también lo siento, como si el breve voto final fuera más que palabras, un encantamiento que remueve algo mágico.

—Renata —comienza el sacerdote. Su voz conlleva el peso de la tradición y la autoridad. Nuestros invitados guardan un silencio sepulcral. Le cojo las manos con las mías. Sus labios carnosos se entreabren ligeramente mientras toma aliento.

—¿Ha venido aquí por su propia y libre voluntad? —pregunta, sosteniéndole la mirada. ¿Qué coño? ¿Ha añadido eso? Le lanzo una mirada cortante y la multitud tras nosotros suelta un jadeo colectivo. Siento a Mikhail levantándose y alguien amartilla su arma. Mamá habla en un susurro vehemente y ahogado, como si eso fuera a detener a alguno de mis hermanos.

Pero Renata solo me mira a mí, sosteniéndome la mirada con la barbilla bien alta. —Sí —dice.

Él continúa.

—¿Acepta a este hombre como su legítimo esposo, para amarlo y respetarlo, de hoy en adelante, en la prosperidad y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Su mirada se clava en la mía y, en ese instante, el mundo se desvanece. Los segundos se alargan hasta parecer horas mientras el mundo se vuelve tan pequeño que solo existimos nosotros dos en ese breve lapso de tiempo.

—Sí, quiero —dice finalmente, con voz firme y clara. Las palabras resuenan, llenando el espacio que hay entre nosotros.

Mientras él continúa, sellando nuestros votos, le cojo la mano y nuestras miradas se encuentran.

Es mía, ahora y para siempre.

La ceremonia pasa rápido, seguida de las celebraciones, que me importan una puta mierda. La quiero a solas.

Finalmente, mucho más tarde, ya de noche, cuando los invitados se marchan y el gran salón queda en silencio, la cojo de la mano y la llevo al jardín. Quiero saborear a mi esposa, envuelta en blanco, una visión de belleza y fuerza. Mía para tenerla. Mía para protegerla. Mía para abrazarla.

Mía.

La luz de la luna proyecta un brillo plateado sobre los setos y las flores.

—Casi parece un lugar encantado, ¿no crees? —susurra.

No puedo evitar sonreír y encogerme de hombros. —Sí. —No soy de los que se andan con poesías, pero tiene razón. Hay algo en el jardín después de una ceremonia, bañado por la luz de la luna y el crepúsculo, que hace sentir como si la magia estuviera a punto de suceder.

—Casi espero que un hada se pose en una de las flores —susurra ella.

Tiembla cuando el viento le roza los hombros desnudos. Por instinto, me quito la chaqueta y se la pongo sobre los brazos.

—Qué detalle —dice con un brillo burlón en los ojos—. ¿También me vas a pagar la cena y a abrirme la puerta?

Gruño. —¿Acaso lo dudas? ¿Adónde quieres ir ahora que la boda ha terminado? —le pregunto.

—Vaya —dice con una sonrisita—. ¿Es solo una ilusión de que puedo elegir o me lo estás preguntando de verdad?

Le dedico una sonrisa avergonzada y me encojo de hombros. — Ilusión.

Se ríe a carcajadas. —Eso me parecía —dice—. Bueno, fingiendo por un momento que de verdad puedo elegir, me gustaría ir a algún lugar lejos de todo esto —dice, haciendo un gesto a nuestro alrededor—. A un lugar seguro, eso sí. —Levanta la vista al cielo y suspira—. ¿Crees que acabará alguna vez? ¿El peligro constante, el miedo?

—¿Miedo? —repito—. Yo no tengo miedo. ¿Tú sí?

Ladea la cabeza y me lanza una mirada curiosa. —Por supuesto. Lo siento por todas partes. Como si Carlos estuviera acechando en cada sombra, listo para atacar. ¿Me estás diciendo que no sientes miedo?

Reprimo un gruñido. —Ojalá Carlos saliera de detrás de algo. Me encantaría tener la oportunidad de derramar su sangre en la propiedad de mi familia y obligarlo a disculparse.

Sus ojos se abren un poco, pero se limita a tragar saliva y asentir.

Aceptándome. Aceptándonos. Le paso un brazo por los hombros y la atraigo hacia mí.

—Sí que temo algunas cosas, pero no a Carlos ni a sus secuaces. Sobre todo, lo que siento es rabia. Estoy contando los minutos que faltan para tener a Carlos delante de mí. Primero, le haré pagar por haberte hecho esa cicatriz. Luego, lo mataré a golpes para que sepas, sin ninguna duda, que no volverá a hacerte daño nunca más. Ansío el día en que sienta cómo su pulso abandona su cuerpo.

Esa sonrisa juega en sus labios y su mirada parece un poco recelosa. —La verdad, Ollie, es que sé que podrías. Y eso me aterra un poco.

—No es una cuestión de si podré, Renata, sino de cuándo lo haré —aprieto mi brazo sobre su hombro.

Permanece en silencio durante un buen rato. —¿Entonces a qué le temes?

—Tenía miedo cuando te fuiste. Tenía miedo de no recuperarte nunca.

Ella vuelve a desviar la mirada, con los ojos tristes. Por primera vez desde que la he recuperado, quiero hacerla feliz. No me gusta ver la tristeza en sus ojos.

—No sé cómo acabará todo esto —le digo, pero le hago un juramento en ese mismo instante—. Quemaré el mundo hasta los cimientos para protegerte. Nada me impedirá mantenerte a salvo, te lo prometo.

Se vuelve para mirarme, con expresión decidida. —No voy a dejar que mi familia controle mi vida, Ollie. No dejaré que mis miedos controlen mi vida. No dejaré que ninguno de ellos me doblegue.

Le ahueco el rostro con las manos, incapaz de contenerme. Mi caricia es suave mientras le sostengo la mirada. —Lo sé, Renata. Pero ahora mi trabajo es protegerte.

—Nuestro trabajo es protegernos mutuamente —sonríe con tristeza, sus ojos brillan con lágrimas que no derramará—. Tenemos que contraatacar. Y no todos los métodos de protección implican usar los puños.

—Ya —asiento. Mi madre me protegió de mi padre, a pesar de que él la superaba en poder y rango con creces.

—No viviré con miedo —susurro—. Tenemos que contraatacar. Y la primera forma de hacerlo es asegurándonos de que no lleves un localizador dentro.

Sus ojos se abren como platos. —Oh, Dios mío —susurra—. ¿De verdad crees que es un localizador?

Asiento. —He esperado hasta la boda, pero ha llegado el momento. Voy a sacarte esa puta cosa ahora mismo, sin importar cuánto duela. Eres fuerte. Estarás bien.

—Oh, Dios mío —repite en un susurro acalorado. Se zafa de mi brazo y se araña la piel—. Me lo temía, pero la idea... de tener eso *dentro* de mí... ¡Sácalo! ¡Lo quiero fuera! ¿Cómo lo quitamos?

Esa es mi chica.

El orgullo me oprime el pecho. —Dolerá. La carne cicatriza rápido. A estas alturas, la piel ya ha crecido a su alrededor.

—No ha pasado tanto tiempo —dice en voz baja, incapaz de ocultar una mueca.

—El tiempo suficiente. Primero, tengo que contactar con Aleks. Subamos.

—Hazlo —dice con tono vehemente—. No volveré a ser un peón en su juego. Por favor, Ollie.

Asiento y hago la llamada mientras caminamos rápidamente hacia mi habitación. En el rellano, contesta.

—¿Ollie? ¿Estás bien?

—Creo que Renata tiene un dispositivo de rastreo en el brazo. Quiero comprobarlo y, si mi instinto no me falla, tengo que sacárselo de inmediato.

—Joder. ¿Crees que se lo pusieron cuando la atacaron y le cortaron el brazo?

—Sí. —Abro la puerta. Grandes jarrones de rosas blancas y rojas ocupan cada superficie plana. Sobre la mesita de la entrada, hay una botella de champán en una cubitera y una bandeja de plata con fresas bañadas en chocolate.

Ya llegaremos a eso. Le señalo el sillón para que se siente. Obedece, envuelta en una nube de satén y encaje.

Tapo el altavoz.

—Quítatelo —susurro. Aparto la mano—. Adelante —le digo a Aleks.

—Vale, pues primero tenemos que asegurarnos de que es exactamente a eso a lo que os enfrentáis.

Delante de mí, Renata se desabrocha botón tras botón, desvistiéndose lentamente. La ayudo a quitarse los metros de tela hasta que se queda de pie frente a mí, con un conjunto de sujetador y bragas de satén blanco a juego.

Me pongo duro al instante. Aprieto los dientes y me concentro.

—Vale. ¿Dime cómo lo encuentro?

—Tengo una aplicación que puede detectar la señal de dispositivos de seguimiento subcutáneos. Tendrás que ponerme en altavoz. Verás que te envió una aplicación por AirDrop. Instálala. Eso me dará permiso.

Veo un destello rojo y un aviso. Pulso el botón.

—Ya está. Estás dentro. Ahora, acerca el móvil a la herida de su brazo.

Joder, es increíble lo que puede hacer. Esta mierda de la tecnología moderna.

Sostengo el móvil cerca de su brazo desnudo mientras Aleks hace lo suyo.

—Dame un segundo. Lo estoy configurando ahora. Esto va a escanear cualquier radiofrecuencia cercana. Si es un localizador, pitará.

Miro la pantalla con nerviosismo, sin saber muy bien por qué. Y entonces me doy cuenta de que, si muestra que hay un localizador,

voy a ser *yo* quien le saque esa puta mierda. Podría hacer que lo hiciera uno de mis hermanos, pero a ella no la va a tocar ni Dios.

La aplicación muestra una barra de progreso mientras escanea. Renata respira deprisa, pero mira la pantalla con valentía, junto a mí.

Un pitido fuerte coincide con una señal en la pantalla.

—Bingo —dice Aleks—. Ahí está. La señal es fuerte. Definitivamente es un puto localizador. Joder. Tenías razón, Ollie. Renata, puede que usted sea increíble detectando la verdad, pero este cabrón tiene un instinto excelente. Hágale caso.

—Vale, vale. ¿Cómo saco este puto trasto?

Mientras Aleks me da instrucciones, Renata me observa. Le paso la mano libre por la mejilla.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca —dice con una sonrisa.

—Ollie, ¿estás escuchando? Debería haber un pequeño bulto justo debajo de la superficie, probablemente junto a su bíceps. Búscalos al tacto. Estará sensible. El localizador tendrá probablemente un centímetro de largo, justo debajo de la piel. Cuando lo veas, tendrás que hacerle un corte en la piel y usar unas pinzas esterilizadas para sacarlo. Es la única manera. —Hace una pausa—. ¿Quieres que vaya a hacerlo yo?

El calor me estalla en el pecho.

—No, capullo. Si la tocas, te mato, y te necesitamos. —Respiro con dificultad. Ella me pone una mano suave en el brazo y yo inspiro hondo—. Quiero decir, no, gracias, yo me encargo.

Él se ríe al otro lado de la línea.

—Avísame cuando lo tengas.

—De acuerdo. Cogeré uno de nuestros botiquines y manos a la obra.

Nuestros botiquines de primeros auxilios no son los típicos de vendas y gasas con alcohol. Mantenemos todas las habitaciones de esta casa bien abastecidas.

La habitación está en penumbra; las sombras bailan en las paredes por la luz de la luna que entra por la ventana. Pero siento una sensación de urgencia mientras extiendo los suministros médicos sobre la mesa de centro y saco las herramientas que necesito.

—Ven aquí —le digo, sacando una silla de escritorio—. Siéntate en mi regazo.

Se acerca a mí, un poco reservada, pero respira hondo y se sienta en mi regazo. Inspiro y le quito suavemente el vendaje del brazo, luego palpo la piel sensible como me indicó Aleks. Ella sisea al tomar aire y aprieta los dientes, pero se queda quieta. Sin decir palabra, me inclino y le beso el hombro.

—Siento que vaya a doler. Pero tengo que asegurarme de que está ahí.

—Lo sé —dice en voz baja—. Hazlo. Lo quiero *fuera*, joder.

Me tiemblan un poco los dedos y finalmente rozo un bulto pequeño y duro justo debajo de su piel, haciendo que ella haga una mueca de dolor.

—Creo que lo he encontrado. Joder —digo, sintiendo una oleada de náuseas ante el bulto duro bajo su piel—. Qué sensación más rara.

—¿Lo tienes? —pregunta Aleks al otro lado.

—Sí.

—Bien. Ahora, coge el bisturí. Asegúrate de que esté esterilizado primero. Debería haber toallitas con alcohol en el botiquín.

Las manos siguen temblándome un poco mientras rebusco en el botiquín y saco unos cuadraditos blancos de gasa y el afilado bisturí.

—No es algo que se vea en el botiquín de todo el mundo, ¿verdad?
—dice Renata con una risa tensa—. Esta es la edición especial para mafiosos.

Resoplo y niego with la cabeza.

Mientras desinfecto el bisturí, ella rebusca en el botiquín.

—Vendas, gasas, esparadrapo, tijeras. Bastante normal hasta ahí. —
Levanta las cejas cuando saca un torniquete y apósitos para quemaduras—. Vaya. Antibióticos de amplio espectro, antiséptico y un kit para extraer balas. *¿Cinta americana?* —Sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Os estáis preparando para ir a la guerra?

—Siempre.

Me encojo de hombros.

—He visto muchas cosas. Me aseguro de que todos estemos bien equipados.

—Interesante —dice, cogiendo una pequeña bolsa de cuero. La abre—. ¿Todos los botiquines tienen esto también?

Saca una serie de documentos de identidad falsos, un pasaporte, un kit de huellas dactilares portátil, un teléfono de prepago, algo de maquillaje y prótesis básicas que podríamos usar como disfraz si fuera necesario. Lentillas de colores, una herramienta para forzar cerraduras y varios rollos enormes de billetes de cien dólares.

Sofoca un pequeño grito ahogado cuando encuentra un pequeño frasco de sedantes, cápsulas de cianuro e incluso una pistola de tranquilizantes.

—Joder, Ollie. ¿Qué más tienes aquí? Esto no es solo un botiquín de primeros auxilios. Es un kit de supervivencia. Podrían bombardearnos, atacarnos y aun así conseguiríamos entrar en todos los países del mundo.

Me encojo de hombros.

—¿Qué te puedo decir? Hay que estar siempre preparado.

—Desde luego —dice, sacando unas cuantas barritas sustitutivas de comidas, más dinero en efectivo en varias divisas y unas cuantas tarjetas de crédito de prepago.

—¿Seguís ahí? ¿O estáis creando lazos y mierdas de esas? —espeta Aleks.

—El bisturí esterilizado está listo, capullo. Vamos allá.

Renata se prepara, con los músculos tensos.

—Vas a tener que hacer una pequeña incisión, lo justo para llegar al localizador.

Ella tiembla con más fuerza y aparta la mirada.

—Aleks, espera un segundo.

Rebusco en el botiquín y saco una botella pequeña de vodka.

—Bébetelo.

Le quita el tapón de un tirón y se lo bebe de un trago; luego tose y tira la botella vacía al suelo.

—Hazlo de una puta vez, antes de que me desmaye.

—Agárrate a mí. Aprieta si lo necesitas, tan fuerte como quieras.

Asiente con la cabeza.

Levanto el bisturí, tomo aire y, con un solo movimiento firme, hago un corte pequeño y recto. Ella sisea cuando la hoja le atraviesa la piel. La sangre brota y la seco rápidamente con un trozo de gasa.

Aparto la piel cortada. —Ahí está. Lo veo.

—Creo que voy a vomitar —dice Renata. Cojo la cubitera y la vacío en el suelo. Se la acerca a la boca y tiene arcadas.

Aleks me está dando instrucciones por la otra línea. —Usa las pinzas. Ten cuidado, probablemente haya empezado a coagularse en los tejidos, tendrás que tener cuidado de no causar más daños al sacarlo.

Sujeto el localizador con las pinzas, manteniendo el pulso con todas mis fuerzas. Está resbaladizo y casi se me cae, pero finalmente se suelta; el puto localizador atrapado entre las pinzas ensangrentadas.

—Lo tengo.

Renata vuelve a tener una arcada.

—Buen trabajo. Ahora desinfecta y venda la herida, y destruye esa maldita cosa.

Sí, claro. No tengo ninguna intención de destruirlo.

Le vendo la herida, que por suerte es pequeña y fácil de curar. Cuando termino, no puedo evitar inclinarme y besarle el brazo vendado. Le quito la cubitera y la coloco junto al champán y el hielo tirados en el suelo.

Todo esto resulta extrañamente simbólico, como si al sacar ese localizador hubiera quitado algo que se interponía entre nosotros.

—¿Te has encargado ya de ese localizador? —pregunta Aleks.

—Sí, sobre eso... Quiero que metas esta cosa en un dron y lo hagas volar a los lugares más inoportunos que se te ocurran, como sobre grandes masas de agua o algo así.

Aleks suelta una risa sombría y Renata me sonrío.

—Me pongo a ello sin dudar. Ahora id a preparaos; es la hora de las fotos.

Cuelgo el teléfono y me tomo un momento para abrazarla con más fuerza en mi regazo. La estrecho contra mí, con cuidado de no tocarle la zona sensible del brazo vendado ni los moratones que se desvanecen en su abdomen.

Odio que le hayan hecho daño, que yo haya permitido que ocurriera. No volveré a hacerle daño nunca más. Ella es una víctima en toda esta mierda y voy a prenderle fuego al puto mundo hasta aniquilar a todos y a todo lo que pueda herirla.

Es mía.

Sin el localizador, estamos listos para salir. Nos preparamos sin decir palabra, con cuidado de volver a meterla en su vestido para poder posar para las redes sociales. Nos hacemos fotos en todos los lugares emblemáticos, con nuestras sonrisas desafiantes retando a que cualquiera venga a por nosotros.

En el jardín, Renata se gira hacia mí, sonriendo de oreja a oreja.

—Sal, sal, dondequiera que estés —se burla, y me guiña un ojo—. No tengo miedo.

Pero sí que lo tiene. Sé que lo tiene. Lo veo en la forma en que se muerde los labios y se retuerce el pelo, en la forma en que mira por encima del hombro.

Juré que la cuidaría, y nunca digo nada que no piense de verdad.

La vigilo con una protección casi feroz, listo para escudarla de cualquier amenaza.

—Eres mía, Renata —le susurro al oído cuando se ha hecho la última foto y por fin volvemos a estar solos—. Y haré cualquier cosa para protegerte.

—¿Cualquier cosa? —pregunta ella, con la mirada cargada de un mundo de dolor.

Le beso la frente. —*Cualquier cosa.*



Capítulo Catorce

HACE TRES SEMANAS...

RENATA

DESPERTAR FUE como deslizarse entre dos mundos; el sueño aún se aferraba a mí como una sombra. Los Romanov me habían mantenido aislada durante varios días y Ollie era mi principal captor. Entraba a traerme comida y, al principio, se marchaba en silencio. Me dijeron que esa era siempre su forma de ser: silencio y distanciamiento.

—Solo hablo cuando es necesario —me dijo por fin un día que le pregunté.

Pero yo sospechaba que, bajo esa apariencia tranquila, se escondía un hombre capaz de hacer cosas terribles.

¿Y sinceramente? A mí me ponía.

Estar cerca de él era como hallarse al borde del abismo; un solo paso me precipitaría a la nada. Pero, joder, ansiaba esa caída.

Me deleitaba en los momentos de miedo que me aceleraban el corazón. Era como una especie de expectación.

Una noche, en mitad de la noche, me levanté para ir al baño y me di cuenta de que Ollie no estaba sentado en su sitio de siempre.

La finca de la familia Romanov era casi un laberinto y hacía poco me habían concedido algo de libertad para explorarla. Planeaba aprovecharlo al máximo.

Quería encontrar a Ollie.

Caminé por el pasillo hacia un resquicio de luz amarilla que se escapaba de una puerta ligeramente entornada.

Mi instinto me decía que no debería estar aquí. Que debería estar escondida o, como mínimo, en la cama. Pero me sentía atraída por esa puerta como una polilla a la llama.

Quería ver a Ollie. En el poco tiempo que llevaba prisionera de los Romanov, había empezado a anhelar su presencia.

El áspero sonido de un acento ruso me provocó un escalofrío por la espalda. Me detuve en el umbral, conteniendo la respiración mientras observaba la escena. Allí estaba Ollie, de pie frente a un hombre atado a una silla, con voz baja y amenazante. La cara del hombre era una máscara de terror. Ollie estaba de pie, con el torso desnudo y brillante de sudor, como un guerrero en un antiguo campo de batalla, implacable e inflexible. ¡Dios mío, qué sexi era! Verlo así, tan poderoso, tan imponente, despertó algo primitivo en mí. Por fin entendí por qué mi prima me confesó una vez que la mejor manera de excitarse era viendo a un hombre pelear.

Supe que era consciente de mi presencia por la forma en que inclinó la barbilla en mi dirección antes de volver a lo suyo. Siguió haciendo preguntas, ninguna de las cuales pude entender porque todo era en ruso, pero su voz sonaba tranquila y carente de toda emoción.

Vi cómo el hombre escupía algo en ruso y apartaba la cabeza. Ollie le respondió con un gruñido en ruso, dio un paso adelante y le agarró el pelo con el puño. Contuve un jadeo, forzándome a mirar en silencio. A no apartar la vista.

En un rápido movimiento, le dio un codazo en el cuello. Los gritos del hombre resonaron en la habitación, pero Ollie no mostró ningún signo de remordimiento. Le rodeó el cuello con las manos y el hombre se puso morado mientras Ollie le ladraba instrucciones al oído.

Algo había amenazado su seguridad... o la de alguien de su familia. Su calma era aterradora, una tormenta justo bajo la superficie mientras asestaba golpe tras golpe, impávido ante la cruda violencia.

Habló en un tono tranquilo y medido en ruso, y el hombre asintió, suplicando.

Di un paso para entrar en la habitación.

Cuando Ollie se giró hacia mí, la dureza de su rostro se desvaneció, reemplazada por una suavidad casi increíble. «¿Cómo puede ser la misma persona?». Me pregunté si lo había imaginado. ¿Estaba tan desesperada por recibir amor y atención que me derrumbaría a la menor insinuación de interés?

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios mientras se acercaba. Se agachó, cogió su camiseta, que estaba sobre una silla, y se limpió la mano antes de tocarme. Se acercó a mí, me puso suavemente la mano en el lado de la mejilla, quizá su forma favorita de tocarme, antes de inclinarse y besarme la frente.

—Siento que hayas tenido que ver eso —dijo, mirándome a los ojos—. Fue una transformación total: de interrogador implacable a protector gentil—. ¿Estás bien, Renata? ¿Te ha asustado algo? ¿Te encuentras bien? —Su mano me rozó la frente con una ternura que parecía casi fuera de lugar después de lo que acababa de ver.

Tragué saliva y negué con la cabeza, sin saber siquiera a qué pregunta estaba respondiendo.

Había visto una brutalidad despiadada en mi vida. Mi propio hermano se había convertido en un hombre desprovisto de emociones, pero en toda mi vida nadie me había tocado con tanta

ternura ni me había mirado a los ojos como si fuera a mover una montaña con sus propias manos para hacerme feliz.

Me pregunté qué crimen habría cometido aquel hombre para merecer semejante castigo.

Esa noche, mientras lo veía pasar de implacable a gentil, algo dentro de mí se rompió... y creo que me enamoré. Murmuré algo sobre que tenía el estómago revuelto, lo cual no era mentira. Él frunció el ceño y asintió, sosteniéndome la mirada como si yo fuera la única persona en el mundo y él no estuviera todavía cubierto de la sangre de otro hombre.

—Vuelve a la cama —ordenó con su voz suave, pero sin dejar lugar a la desobediencia. Un hombre de pocas palabras; había aprendido rápidamente que Ollie siempre decía lo que pensaba—. Te traeré algo para que te sientas mejor. —Me giró hacia la puerta—. Ve ahora, Renata.

—Gracias —susurré. Mis ojos se desviaron hacia el hombre de la silla. Ollie no sabía que yo era capaz de detectar mentiras. ¿Podría usar mi ayuda ahora?

Algo me dijo que esperara a que fuera el momento adecuado.

Volví a la cama y me acosté. Intenté invocar algún vestigio de humanidad, algún horror por lo que había visto. Quería horrorizarme. Quería sentirme normal, pero todo lo que podía recordar era esa mirada tierna en sus ojos.



Me despierto, mi ensoñación se desvanece y ahí está él: una sombra junto a la ventana, velando por mí. El suave resplandor de la luna frente a él lo baña en un delicado tono dorado y proyecta sombras danzantes en las paredes. Con el torso desnudo, no lleva más que unos bóxeres y sostiene una botella de cerveza en una mano.

Parpadeo sorprendida y bajo la mirada. Sigo con las bragas y el sujetador de satén blanco; el vestido está sobre una silla. Ni siquiera recuerdo habérmelo quitado. Debí de haberme quedado dormida.

—¿Ollie?

Se vuelve hacia mí. No le veo los ojos porque está en la penumbra.

—¿Qué hora es? —pregunto.

Se encoge de hombros, se lleva la botella a los labios y se la termina. Me quedo hipnotizada por su forma de tragar. Hay algo irremediabilmente masculino en la forma en que un hombre traga con la cabeza echada hacia atrás, un breve atisbo de su vulnerabilidad.

—Ni idea —dice cuando termina—. Ni me importa.

Vuelvo a bajar la mirada, como para recordarme que estoy почти desnuda.

—¿Me has quitado tú el vestido de novia?

—Sí. Estabas dormida y no he querido despertarte. No después de ese calvario.

Me palpita el brazo bajo el vendaje. Me lo quedo mirando y suelto un suspiro de alivio. Ha desaparecido. El puto localizador ha desaparecido y, a estas alturas, seguramente lo ha llevado tan lejos de aquí como ha podido.

—Eh. Gracias, pero he pasado por cosas peores —digo con una risa.

Recupera la sobriedad al instante.

—Lo sé.

El aroma a rosas flota en el aire y se mezcla con un toque de su colonia. Trago saliva.

—Pensaba que... ¿la Bratva no tiene reglas sobre la consumación del matrimonio?

—Mmm —dice—. Las tienen. —Avanza hacia mí con una elegancia depredadora, cada paso deliberado. Cuando se me acerca, por fin puedo verle los ojos, verdes como el jade encantado—. Eres tan guapa.

Un escalofrío de expectación me recorre mientras se acerca. Cuando llega a mi altura, se sienta en el borde de la cama.

—Hoy has hecho que me sienta muy orgulloso de ti.

Ladeo la cabeza justo cuando su mano me ahueca la mandíbula.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Cuando has pronunciado tus votos. Y cuando no te has inmutado mientras te sacaba ese puto localizador del brazo. —Baja la voz—. Cuando me has dejado cuidar de ti. —Mientras habla, traza un camino con el dedo por mi cuello, sobre mi clavícula, hasta el fino tirante de mi sujetador. Con un cuidado deliberado, su roce se desliza sobre mi piel y me baja el sujetador de los hombros como si me estuviera desvelando. Cae a medias y ahueca la parte inferior de mis pechos.

El corazón me martillea en el pecho. Estoy casi desnuda ante mi despiadado marido.

—Gracias —susurro—. ¿Ollie?

—Mmm... —dice, mirando mi piel desnuda justo antes de alcanzar mi espalda lenta y deliberadamente para desabrocharme el sujetador. Cae sobre la cama y le deja mis pechos al descubierto. Me los miro como si los viera por primera vez. Son turgentes, con pezones grandes y de un rosa oscuro que se endurecen solo por la intensidad de su mirada y su cercanía.

—¿Ollie?

—¿Sí? —Lleva la boca a mi pecho y besa la parte inferior. Se me corta la respiración.

—¿Me crees ahora?

—Sí, te creo —dice con convicción. Cierro los ojos, temblorosa, mientras el alivio me inunda. Él también ha dicho *sí, quiero*, y en ese momento siento que no hay dos palabras más dulces en todo el idioma.

Me cree.

No importa que su familia no lo haga. No importa que Carlos nos persiga y que intente destruirnos. Nada de eso me preocupa ahora. Lo único que importa es que Ollie me cree. Estamos casados. Somos una unidad, un equipo, y nadie nos separará.

—No tienes el poder de mentir, Renata. No es lo que eres.

Exhalo.

—Ha habido veces en las que he deseado poder hacerlo.

—Sí —dice, subiendo con sus besos por mi pecho. La expectación hace que se me acelere el pulso—. Mentir es útil, ¿verdad?

Se inclina y sus labios rozan los míos. Mi pecho se alza para recibirlo.

Soy yo quien profundiza el beso. Lo busco y lo atraigo hacia mí mientras sus manos recorren mi cuerpo, dejando una estela de fuego a su paso. Siento la urgencia de su necesidad en su tacto y en su forma de besarme. Se sube por completo a la cama y nuestros cuerpos se presionan, y el calor crece entre nosotros con cada momento que pasa.

Sus labios trazan un camino de besos por mi cuello, sobre mis hombros, a través de mi pecho; cada caricia me envía oleadas de placer. Su forma de tocarme parece reverente, y mi corazón se hincha con algo parecido al amor.

¿Puedo amar a un hombre como él?

¿Podría amar a alguien que no fuera él?

Nos movemos juntos en la cama, nuestros cuerpos pegados. El calor entre nosotros aumenta a cada segundo que pasa. A medida que nos hundimos más en la suavidad de nuestra cama compartida, sus movimientos se vuelven más urgentes; sus besos, más oscuros. Más exigentes. Le correspondo con igual fervor, y nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía. El mundo exterior deja de existir. El mundo podría arder a nuestro alrededor y no nos daríamos cuenta.

Cada beso hace que mi necesidad de él sea más urgente, con el calor palpitando en mis venas como lava fundida.

Lo deseo. Lo necesito.

Se gira sobre la espalda y me levanta sobre él, de modo que mis piernas quedan a horcajadas sobre las suyas. Estoy tan excitada que mis muslos están resbaladizos de excitación. Me desliza sobre él y gime al encontrar mi humedad.

—Joder, mujer... —dice en un susurro acalorado—. Estás empapada.

—Mmm —asiento, moviendo las caderas para recibir su primera embestida. La cabeza se me va hacia atrás cuando mi cuerpo se encuentra con el suyo. Se siente tan jodidamente bien estar conectada a él y, por primera vez, siento que... somos uno. Unidos.

—Estás temblando —susurra. Pone su mano en mi hombro, trazando círculos tranquilizadores con el pulgar. Mi cuerpo se estremece suavemente. Lo estoy. Estoy tan nerviosa como una virgen.

Se siente como la primera vez, y en cierto modo... lo es.

Nuestra primera vez como marido y mujer.

Me ahueca ambos hombros con sus manos grandes y cálidas, y su mirada de jade resplandeciente sostiene la mía. Y una vez más... solo existimos nosotros dos. El mundo se desvanece como los trozos agrietados de un cascarón roto, dejando una nueva vida a su paso.

Dios mío, es enorme y está tan jodidamente ansioso por mí. Me lamo los labios mientras su polla gruesa y caliente me estira, me llena, me *enciende*. Tengo la boca seca y el clítoris me palpita mientras las paredes de mi coño se contraen a su alrededor.

Ahora mismo, en este momento, no hacen falta palabras; nuestros cuerpos lo están diciendo todo.

Lo siento.

Perdóname.

Podemos con esto.

Te quiero.

Respiramos al unísono, un ritmo compartido de deseo e intimidad. El rápido latido de mi corazón parece repetir palabras no dichas entre nosotros.

A medida que él embiste más hondo, nuestros movimientos se convierten en un juramento silencioso de perdón y comprensión.

Me aferro a él, con las uñas clavadas en sus hombros, atrayéndolo hacia mí. Necesito que sienta cada centímetro de mí mientras yo siento cada centímetro de él. Sus manos, fuertes y firmes, me sujetan las caderas, guiándome. Anclándome.

Sus labios encuentran los míos. Nuestros alientos se mezclan. Sabe a sal y a dulce. Mis pechos se balancean libremente frente a él. Nuestras lenguas se tocan mientras me agarra los pezones y desliza las uñas sobre los botones endurecidos.

A medida que el clímax va en aumento, la intensidad de nuestra conexión me abruma.

Grito su nombre, una súplica y una plegaria, mientras él responde con un gemido gutural que vibra en cada célula de mi cuerpo. Al unísono, estallamos.

Me estrecha contra su pecho, con los cuerpos entrelazados y los corazones latiendo al unísono. Me aprieta los labios contra la frente. Cierro los ojos y no me sorprende descubrir que tengo las mejillas húmedas.

—Te quiero, Renata.

—Yo también te quiero —susurro en respuesta. Hemos enterrado un mundo de dolor con nuestros votos y nuestra sinceridad.

Por ahora, me permito sentir esto. Inhalar esperanza y exhalar miedo.

Ambos sabemos que el traicionero camino que tenemos por delante está lleno de francotiradores y minas, pero juntos... quizá, solo quizá, seamos invencibles.



Capítulo Quince

OLLIE

—NADA. Se lo ha tragado la tierra —dice Aleks.

Niego con la cabeza. Debería saberlo. Los enemigos no se esfuman sin más. Se esconden, esperando para atacar. No somos la clase de gente que tiene esa suerte. Somos la clase de gente que se labra su propia fortuna, no la que se la encuentra por casualidad.

Me vengaré cuando vea el cuerpo sin vida de Carlos Carrera enterrado a dos metros bajo tierra.

—Tenía contactos, Ollie. Socios. Y todos dicen lo mismo: que ha desaparecido por completo del mapa.

Niego con la cabeza y miro por la rendija de la puerta entreabierta, donde Renata se está duchando. Oigo su hermosa y profunda voz mientras canta. Desde aquí, alcanzo a ver sus curvas, su cabeza echada hacia atrás, el pelo cayéndole como una cascada de seda oscura. Cada centímetro de ella me atrae. Estoy duro como una puta piedra.

Intento concentrarme, pero ella está en todas partes —su aroma, su voz, su puto cuerpo adictivo—, lo que me impide pensar con

claridad.

—... y han dicho que, cuando lo haga, me avisarán.

Me froto la frente con los dedos para concentrarme. —¿Cuándo haga qué?

Aleks hace una pausa. —¿Es que no me has oído? Joder. En mi vida te había visto perder la concentración o distraerte. Ha bastado una mujer, ¿eh?

—Cállate —gruño.

—No —replica él, sin molestarse en ocultar su regocijo—. Te tiene comiendo de su mano. Tú, Ollie Romanov, el mismísimo estoico original que dejó constancia de que *jamás dejaría que una mujer lo llevara de los cojones*, que nos miraba a todos por encima del hombro cuando nos casamos, y ahora vas y caes.

—No, ni de coña. Cállate la puta boca.

—¿Ollie? —Me giro y veo a Renata en el umbral de la puerta, envuelta solo en una toalla diminuta, con la piel brillante de agua y la tela justo por encima de la uve entre sus muslos. Me siento tentado de hacerla mía, aquí mismo.

Trago saliva con dificultad y, sin decir palabra, extendiendo la mano hacia ella. Me encanta cómo encaja en mis brazos, acurrucándose como si hubiera sido creada para estar aquí.

—... y eso es todo lo que sé.

Beso la frente de Renata y me trago mi maldito orgullo porque, por una vez, Aleks tiene razón.

Me tiene *completamente* comiendo de su mano.

Joder.

—Repítelo. Renata me necesitaba.

Aprieto la mandíbula e ignoro su grito de júbilo al otro lado de la línea. Imbécil satisfecho.

—¿Estás escuchando esta vez? ¿O tu mujer te ha vuelto a sorber el seso?

Sorberme el seso. Me ha sorbido el puto ser entero —mente, cuerpo y alma— hacia ella. La pego a mí y le pongo un dedo en los labios. Esto es importante. Necesito escuchar.

Su lengua juguetea contra mi dedo y mi control se rompe, el deseo rugiendo con fuerza.

Aleks me habla como si tuviera cinco años. —Carlos Carrera. El malo. ¿Te acuerdas de él? Tiene un poli corrupto en el que confía. Por suerte para nosotros, Carlos jodió a dicho poli, que ahora está deseando joderlo a él. Cuando contacte con él, lo sabremos. ¿Lo has pillado o necesitas que te lo repita?

—Que te jodan. Lo he pillado. Manténme informado.

Cuelgo mientras le oigo reírse por lo bajo y tiro el móvil sobre la cama.

El pelo de Renata cae alrededor de su rostro en ondas indomables, las gotitas salpicando su hermosa piel morena. Me inclino y se las lamo, una por una.

—He decidido un nombre para el cachorro —dice alegremente.

Reprimo un gemido. —Me importa una mierda el cachorro.

—Ollie —dice Renata con una risita forzada—. No podemos llamarlo *cachorro* sin más.

—¿Por qué no? —Le beso la parte inferior de la mandíbula y le quito la toalla de un tirón. Ella apoya ambas manos en mis hombros para estabilizarse y se pliega en mi abrazo.

—Porque necesita un nombre —dice con firmeza—. Y tengo uno. Además, ¿cuándo me lo devolverá Polina?

Miro la hora en mi reloj. —Lo verás dentro de un rato, pero hoy viajamos y no quiero llevarlo con nosotros hasta que esté bien adiestrado.

—Oh, Ollie. —Hace un puchero y casi cedo.

—Tu seguridad es más importante ahora mismo. Volveremos, y pronto, pero hasta entonces, tengo a un adiestrador trabajando con él. —Le doy un beso en la mejilla—. ¿Cómo se llama?

Se aparta un poco para sostenerme la mirada. —¡Arthur! —proclama con una nota de triunfo en la voz.

—Arthur —repito, dándole vueltas en mi cabeza—. Suena a puto empollón. ¿Por qué Arthur?

La sostengo frente a mí, su cuerpo desnudo y aún húmedo inclinado hacia atrás para poder tener esta conversación tan seria.

—Ya sabes. ¿Como el rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda? El nombre transmite una sensación de *nobleza* y *fuerza*. Era solo un chico de origen humilde que se convirtió en un gran líder. Es un nombre fuerte y majestuoso, y ese cachorro está destinado a la *grandeza*.

Solo un chico de origen humilde...

Me inclino hacia delante y la beso. —Me encanta. Es perfecto.

Ladea la cabeza. Mi polla presiona contra su cuerpo desnudo y la deseo..., aquí mismo, ahora mismo.

—¿Qué pasa? —pregunta. Cuando se concentra, se le forma una arruguita adorable entre las cejas.

Me encojo de hombros. No siempre me gusta hablar.

—No siempre puedes recurrir al silencio, Ollie.

—¿Por qué no? Me ha servido bien. Mantiene a la gente pensando.

—La beso de nuevo, más profundo esta vez, saboreándola,

reclamándola con cada caricia de mi lengua.

—No me distraigas con sexo —gime ella.

—Te distraeré absolutamente con sexo.

—Pero no tenemos tiempo.

—¿Tiempo? ¿Quién está pendiente del tiempo?

—A mí —responde—. Isabella ha dicho que debería unirme a las chicas en la clase de defensa personal de hoy, y quiero hacerlo.

Esta vez no respondo porque me debato entre lo que yo quiero y lo que quiere ella. Esto es nuevo para mí, pensar en otra persona. Soy de blanco o negro, tan predecible como el amanecer, y quiero conservar su confianza.

—Quiero ser yo quien te enseñe.

Vuelvo a besarla. Con su pelo mojado entre mis dedos, lo enredo y tiro de él hasta que su boca se abre un poco más. Le muerdo el labio y me sabe a menta.

Nos separamos. —Ollie —dice con dulzura—. Necesito hacer las paces con Isabella. Es la única forma de que podamos unir de verdad a esta familia. Tú y yo sabemos que a nuestra familia le irá mucho mejor si somos aliados y no enemigos.

Lo medito mientras beso la suave turgencia de cada uno de sus pechos, de uno en uno. —Cierto.

Llaman a la puerta con unos golpes secos. Me ajusto la polla y señalo el baño con la cabeza. —Ponte el albornoz. Será Polina con... Arthur. ¿Qué te parece el rey Arthur? Me gusta.

—Uh —dice. La suelto a regañadientes—. El rey Arthur es perfecto.

La puerta se cierra con un clic. Medio minuto después, tengo un cachorro que se retuerce, se revuelve y está superemocionado lamiéndome la cara.

Khristos.

Polina se tapa la boca con la mano y suelta una risita. —Le gustas.

Gruño y sostengo al cachorro delante de mí. —Escúchame, rey Arthur. No puedes entrar aquí hasta que sepas dónde hacer tus necesidades. Aprenderás a obedecer, y pronto. —Lo cojo por el pescuezo y lo sacudo un poco—. ¿Entendido?

Como era de esperar, me lame la mano.

—Está claro que le has infundido el temor de Dios —dice Renata a mi espalda con aprobación.

—Buenos días, sol —dice Polina—. ¿Te unes a nosotras para entrenar?

Renata me mira y yo le dedico un asentimiento reacio. —Solo por esta vez, y únicamente por lo que has dicho que necesitabas hacer.

Me sonrío y se quita el albornoz, revelando la ropa de deporte que lleva debajo. Me la ha jugado por completo. Entrecierro los ojos, pero no puedo resistirme a esa sonrisa de suficiencia que me dedica.

—Tú y el rey Arthur podéis estrechar lazos, yo volveré en un rato —dice, dirigiéndose a la puerta.

—Nos uniremos a vosotras. —Polina le engancha la correa al cachorro y le da una palmadita en su cabecita peluda. Lo dejo en el suelo y trota a nuestro lado con un aire casi majestuoso, como si supiera que lo han coronado rey.

Sujeto su correa con firmeza a mi lado. —Junto, chico. —Cuando me dedica una sonrisa torcida, le frunzo el ceño—. Pórtate bien. Esto no es un juego. Se supone que tienes que protegerla. —Señalo a Renata—. ¿Lo pillas?

Menea el culito y ladra, aunque suena más como un chillido que otra cosa.

Tenemos trabajo por delante.

Cuando llegamos a la sala de entrenamiento, Isabella está de pie frente a las chicas con un top ajustado y pantalones cortos de deporte. Se le empieza a notar el embarazo y no le da miedo presumir de ello.

Cuando Isabella se casó con Lev, dijo que las mujeres de nuestra familia necesitaban clases de defensa personal. No se equivocaba. Somos un grupo más reciente, bajo un nuevo liderazgo, con mi hermano tomando las riendas tras la muerte de mi padre. Hemos centrado nuestras energías en proteger a nuestra familia y en echar raíces sólidas. Enseñar defensa personal a las mujeres no era una prioridad, pero ha sido útil.

Renata se queda rezagada. No es propio de ella ser tímida.

—Vamos —la animo. Cuando me lanza una rápida mirada, la tranquilizo—. Tu sitio está ahí, Renata. Ve. —Le doy un pequeño empujón en esa dirección.

Respira hondo, aplomándose mientras se enfrenta al espejo de la sala de entrenamiento. Isabella sabe que está ahí, pero al principio no la reconoce.

El sol de la tarde se filtra por los altos ventanales y arroja un cálido resplandor sobre las colchonetas de ejercicio extendidas por el suelo. Me quedo en el umbral con el cachorro, que se ha quedado dormido contra mi pie, roncando suavemente. Me echo más hacia atrás para poder observar en silencio, cruzándome de brazos. Observando.

Quiero que sea plenamente capaz de defenderse, pero tiene razón: ella e Isabella necesitan esto. La unión de sus fuerzas será mucho más poderosa. Renata ajusta su postura, imitando los movimientos de Isabella.

—Relaja los hombros —espeta Isabella—. Estás demasiado tensa.

Renata exhala, siguiendo su consejo.

—Así no. —La voz de Isabella es más afilada ahora y puedo ver cómo Renata se tensa desde aquí.

—¿Así? —Renata se recoloca, pero es evidente que está frustrada.

Isabella se acerca, con la mirada clavada en Renata mientras las otras mujeres —Harper, la de Aleksandr; Aria, la de Mikhail; y Polina— continúan el ejercicio. —Tienes que ser precisa. Controla tu respiración. No te limites a seguir mis movimientos como un robot. Entiéndelos. Hazlos *tuyos*.

La cara de Renata se sonroja. La conozco lo suficiente como para saber que está luchando tanto contra la vergüenza como contra la rabia. —Lo estoy *intentando*, Isabella.

—Pues esfuérzate más —replica Isabella, con tono inflexible—. ¿Crees que un enemigo va a esperar a que lo hagas bien? ¿Crees que hacerlo a medias será suficiente?

Renata aprieta los puños. —Por supuesto que no. No soy estúpida.

—¡Pues demuéstremelo! —La voz de Isabella se eleva mientras le da un empujón a Renata en el hombro—. ¡Pruébalo!

Yo también aprieto los puños, pero me contengo.

Algo se rompe en Renata. —¡Basta! —grita—. No estoy haciendo nada a medias. —Le devuelve el empujón a Isabella con una fuerza que parece sorprenderlas a ambas.

Por un momento, se quedan quietas, mirándose la una a la otra antes de que ambas entren en acción. Hay precisión en los golpes de Renata, una potencia que pilla a Isabella por sorpresa. Se ve obligada a defenderse enérgicamente.

—Así se hace —dice con un orgullo reticente mientras continúan el combate—. Eso es, Renata. Eres *fiera*. Sé de dónde vienes. Sé quién eres. Joder, *pruébalo*.

Se mueven como una sola, combatiendo, golpe tras golpe, hasta que Isabella les pide que paren, con la palma de la mano en el aire. Ambas mujeres jadean de agotamiento, con el pelo alborotado y revuelto. El de Renata se le pega al cuello húmedo.

—Mejor —dice Isabella—. Controla tus emociones cuando luches. La ira puede ser poderosa, pero puede ser tu perdición si no te controlas.

Renata asiente, más contenida. —Lo pillo.

—Le estás cogiendo el truco.

—Gracias —dice Renata en voz baja—. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan... poderosa.

La expresión de Isabella se suaviza. Posa una mano distraída sobre la suave curva de su vientre. —Siempre has sido poderosa. Capaz. Fuerte. Tienes que recordar que no debes doblegarte ante la adversidad. Afróntala. Haz tuya su energía.

Renata mira fijamente a su amiga. —Gracias. Lo recordaré.

Isabella le sostiene la mirada un largo instante y finalmente asiente.

—Lo has hecho bien. Estoy orgullosa de ti. —Se aleja y ayuda a Polina con su postura.

Llamo a Renata con un gesto. —Ven aquí.

Ella le echa una última mirada a Isabella, quien se gira y asiente, dándole permiso para irse. Están avanzando.

Cuando Renata se acerca a mí, le pongo un dedo bajo la barbilla con delicadeza, capturando su mirada con la mía. —He permitido eso porque necesitabais reconectar. ¿Pero de ahora en adelante? Soy yo quien te enseña defensa personal. Quería que hicierais las paces, pero soy un hombre celoso, Renata. No comparto. Lo que es mío, se queda conmigo, y nadie más tiene derecho sobre ti.

Sus ojos brillan con picardía, pero se limita a asentir.

—Dile adiós al rey Arturo por un rato. Salimos.

—¿Salir adónde?

Suelto un bufido y miro a mi alrededor, casi esperando que el cabrón se materialice de la nada.

—Lejos de aquí. Quiero probar una teoría.

Volviéndome hacia ella, la acerco más a mí.

—¿Qué teoría?

—Que está observando. Esperando. Si puedo... —Le llevo la mano a la nuca y la atraigo hacia mí—. Lo haré salir, como un veneno que necesita ser purgado. No pararé hasta que sea eliminado, de una vez por todas.

Mis labios se encuentran con los suyos. Permanezco alerta, pero siento cómo se hunde en mí cuando la acerco más y le echo la cabeza hacia atrás, con una mano en su nuca y la otra ahuecando su perfecto y redondo culo.

¿Carlos qué?

Cuando nos separamos, su respiración es agitada. La abrazo protectoramente con un brazo y, con el otro, le hago una peineta al aire que nos rodea. Que a Carlos Carrera le den por culo.

—Bueno, pues... —Me lanza una mirada curiosa—. ¿Por si acaso?

—Por si acaso. —Le cojo la mano y la guío hacia un coche que espera, ronroneando, junto al bordillo—. Vamos, Renata.

He vivido como un nómada durante años. Cuando Carlos esté enterrado, echaremos raíces y nos instalaremos con el rey Arturo, preferiblemente en un lugar que tenga un mercado de agricultores y cambio de estaciones. En realidad, no me importa dónde, siempre y cuando ella esté conmigo.

Quiero darle todo lo que necesite, y todo empieza aquí. Ahora mismo. Vamos a dejarlo todo atrás y a seguir adelante.

Viene conmigo sin rechistar.

Quizá sea porque por fin ha arreglado las cosas con Bella. O tal vez siente lo mismo que yo, ese murmullo de promesa y la esperanza de que están por venir cosas buenas.

Me siento más ligero de lo que me he sentido en años, esperanzado. Renata es mía, y el mundo también.

Si tan solo... si tan solo pudiera durar.



Capítulo Dieciséis

RENATA

ESTOY SENTADA al lado de Ollie. Él conduce y lleva más de una hora en silencio. No se puede negar que es un hombre de pocas palabras y que solo habla cuando siente que es necesario.

Ahora mismo no lo necesita. No es el silencio taciturno en el que mi padre se sumía de vez en cuando, ese tipo de silencio diseñado para hacerte sentir culpable, como si hubieras hecho algo malo, y temerosa de lo que haría a continuación.

No. Ollie no podría ser más diferente a mi padre. Su silencio no es opresivo como lo era el de mi padre. Es firme, imponente, como si contuviera todo el poder en esas palabras no dichas. Es una autoridad silenciosa, lo que hace que su silencio se sienta poderoso en lugar de pasivo-agresivo.

Es tan diferente a *todo el mundo* como podría serlo.

Estoy aprendiendo a aceptar la calma y el silencio, y a apreciar cuando habla. Solo habla cuando tiene algo que decir.

—¿Dónde estamos ahora? —pregunto, un poco confundida con las indicaciones del GPS. Ollie dijo que por aquí no es fiable.

—Estamos en la parte alta del estado de Nueva York —dice en voz baja—. No hay señales de que nos hayan seguido. Aleks informa de que el dron que lleva tu rastreador está disfrutando de una luna de miel excelente en Puerto Rico. —Reprimo un resoplido. La artimaña durará poco y, cuando Carlos descubra que lo hemos engañado, perderá los putos estribos. Pero estoy disfrutando de esto mientras dure.

—Podríamos haberle despistado —digo en voz baja—. Aún podría estar rastreando el dron.

Ollie se pone serio, con los ojos fijos en la carretera que tenemos delante. —¿Eso es lo que piensas?

Miro por la ventanilla. Trago saliva y respondo de forma críptica. —Si Carlos sigue vivo, cosa que tú mantienes que sí..., no creo que se haya dado cuenta todavía. Creo que Carlos está esperando, como un depredador, aguardando el momento perfecto. Esperando a que sea el momento adecuado antes de atacar... —Trago saliva, asiento y continúo—. Sí. Eso se parece más a él. —Me humedezco los labios—. Quiero decir, si estuviera aquí...

¿Qué hará cuando nos encuentre a los dos? Sabe que Ollie significa algo para mí. Sabe que es mi marido.

Mi instinto me dice que la represalia será rápida y despiadada.

Si solo fuera yo, estaría jodida. Por suerte, no soy la única aquí, la única que se defiende.

Los Romanov saben defenderse.

Miro por la ventanilla y me enrosco un mechón de pelo. Me muerdo el labio, pensativa. Tengo preguntas sobre él, sobre quién es. Sus motivaciones. Le he visto hacer cosas terribles, crueles, y sin embargo...

—¿Ollie?

—¿Mmm? —Tamborilea los dedos en el volante, como si estuviera absorto en su propio mundo. Y quizá lo esté.

—¿Tú... te arrepientes alguna vez de... de hacer daño a la gente?

En realidad, no muestra ninguna señal de que mi pregunta le perturbe ni de que tema responder con sinceridad. Él no es así.

Me inspecciono un pellejito y me lo toqueteo, de repente nerviosa.

Finalmente, se encoge de hombros. —No soy el asesino de la familia, Renata.

—Lo sé, pero... bueno. Has asesinado a gente.

Aprieta los dientes. —Sí. ¿La verdad? —Suelta un suspiro.

—Sí. Si no, no preguntaría. —El corazón me late más deprisa. ¿De verdad quiero saber la respuesta a esta pregunta?

Su voz es fría y despiadada cuando finalmente responde. —Mi único remordimiento es no haber hecho sufrir a algunos durante más tiempo antes de acabar con ellos.

Oh, Dios. Se me corta la respiración, pero me obligo a mantener la compostura, a no estremecerme ni a mostrar incomodidad. ¿Qué le digo a eso? ¿Qué *puedo* decir?

¿Se equivoca?

¿Y yo?

He visto de lo que es capaz la gente. Supongo que si yo fuera la típica chica de al lado, podría haber acabado con un hombre normal y corriente. Quizá nos habríamos conocido en un bar. ¿Así es como la gente sigue haciendo las cosas? Podríamos estar conversando sobre cómo hacer el filete perfecto a la parrilla, discutiendo la mejor manera de invertir nuestro dinero o debatiendo a quién votar en las próximas elecciones.

Pero esa vida es ahora un sueño lejano. Ollie no es el típico vecino de al lado. No puedo pedirle que me lleve a pasear por la playa o a una cena acogedora sin tener en cuenta los posibles peligros.

Es el tipo de hombre que camina a través del fuego y espera que lo sigas.

Su voz irrumpe en mis pensamientos, más suave ahora, casi reflexiva. Otra mujer podría confundir su tono con uno desenfadado. —¿Cómo te hiciste esa cicatriz, Renata?

Me está observando, observándome de verdad, y por un segundo me siento expuesta y vulnerable de una forma a la que no estoy acostumbrada. Responderle como su esposa no será lo mismo que responderle antes.

El recuerdo de aquella noche aparece ante mis ojos, el dolor sin ser llamado, el miedo y la sangre. Trago saliva y me recorro la cicatriz. ¿Cómo debería contárselo? ¿Hay algo que él ya sepa?

Impulsada por la necesidad de sobrevivir, de protegerme de las amenazas que constantemente se ciernen sobre mí, he tenido que ser fuerte. Seguir adelante. Pero hay una parte de mí, en lo más profundo, que todavía anhela la confianza y la aceptación. Una parte que se arrepiente de las cosas que he hecho, de la gente a la que he herido. Una parte de mí que se pregunta si, de haber hecho las cosas bien con mi familia, me habrían aceptado como una de los suyos.

Pero Ollie... quizá él no necesita la redención como yo. Está completamente sumergido en la oscuridad, como si fuera parte de su identidad. Y quizá eso es lo que resulta tan desconcertante y fascinante de él.

Respiro hondo y miro al frente.

—Hubo un tiempo en que Carlos era protector y cariñoso, pero luego se obsesionó con el poder y el control. A medida que ascendía en el

cártel, se hizo íntimo amigo de Javier Morales. Yo quería una salida. Para él, buscar una salida era la máxima traición.

Ollie asiente y apenas reacciona, pero tiene la mandíbula apretada y ahora conducimos más rápido. Los otros coches pasan volando junto a nuestras ventanillas. Se me encoge el estómago mientras la aguja del velocímetro sube.

—Descubrí que me había estado manipulando. Quería que me casara con un miembro de otra familia. Tenía un buen amigo que estaba obsesionado conmigo. Un tipo mayor. Nos concertó una cita y, al principio, las cosas fueron bien...

Miro por la ventanilla. Nunca olvidaré lo que sentí al ser tan pequeña e indefensa, al saber que la única arma que tenía era mi cuerpo.

—Su amigo intentó seducirme. No se lo permití. Me marché e ignoré sus llamadas. Daba un repelús que te cagas. —Me estremezco al recordar su voz untuosa y su piel flácida, su olor a colonia cara y a puros—. Entonces Carlos me llamó a su presencia y me anunció que había concertado mi compromiso.

Me río con amargura. —Si entonces hubiera sabido lo que sé ahora... En fin, le dije que no. Tuvimos una pelea tremenda durante la cena. Me tiró su plato y se hizo añicos en mi cara. Fue Isabella quien me llevó al hospital. Tenía allí a una amiga que no se iría de la lengua.

Ollie aprieta con más fuerza el volante. No puedo mirar a qué velocidad va. Le pongo una mano en el brazo. —Por favor, Ollie. Conducir más rápido no hará que esto desaparezca. Por favor, afloja.

Suelta un largo suspiro y empieza a reducir la velocidad. —Lo siento. No me había dado cuenta de que lo estaba haciendo.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio un momento. Me pone la mano en la pierna y acaricia mi piel desnuda con el pulgar.

—Mi hermano no pretendía hacerme daño. Él vio el siguiente paso para nuestra familia y estaba recibiendo la peor parte de la ira de mi padre.

—Eso importa una puta mierda —masculla Ollie.

Suspiro. —Pues sí que importa. No digo que estuviera bien, pero más tarde me dijo que intentaba protegerme y que casarme con la familia de ese otro hombre era la mejor opción.

—Pero el daño ya estaba hecho, Renata. Te hizo daño. Te dejó una cicatriz.

—Lo sé —digo en voz baja—. Me seco las mejillas, recordando cómo fue todo después de aquella noche. Después de eso, no confió en sí mismo para no hacerme daño, así que desapareció. Se abrió una brecha entre nosotros, un recordatorio constante de lo bajo que había caído.

—Renata.

—¿Sí?

—¿Hay todavía una parte de ti que cree que Carlos puede redimirse?

Giro la cabeza y no respondo de inmediato.

—Sí. Todavía recuerdo cómo era de niño. Cómo me cuidaba. Es... complicado. Puede que a tus ojos sea un monstruo, pero sigue siendo mi hermano.

—Lo sé.

—El hermano al que quería sigue ahí dentro, en alguna parte, Ollie. Sé que es así.

El paisaje tras la ventanilla ha cambiado. Las casas están ahora más separadas y hay más verde entre ellas. Amplias vallas delimitan las propiedades y, a lo lejos, las laderas de las montañas nos llaman, cubiertas de nubes dispersas.

—Renata...

—Sé que es así. Imagina que uno de *tus* hermanos te diera la espalda. Te hiciera daño *a ti*. También querrías recuperarlo, ¿no?

—Primero: la respuesta es... si alguno de mis hermanos le diera la espalda a mi familia, sería exiliado. No estamos unidos por la sangre, Renata. Todos fuimos adoptados por mis padres; nuestra familia se forjó en la lealtad y el amor.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Segundo. —Su voz adquiere un tono más oscuro y serio—. No me gusta que me interrumpen. Yo te doy tu espacio para que hables sin interrupciones.

Me siento pequeña y reprendida. —Lo siento.

Su voz es una orden baja y suave. —Vuelve a interrumpirme y acabarás sobre mi rodilla antes de que te des cuenta de lo que pasa. ¿Queda claro?

El pulso se me acelera. Trago saliva y asiento. —Mhm. Entendido. — Me miro las manos y pongo una sobre la suya, con la voz convertida en un ronroneo—. Sí, señor.

Su gruñido de aprobación es toda la respuesta que necesito. Podrá meterse conmigo por mis filias, pero mi marido también es un perverso de cojones.

—Tu hermano es nuestro enemigo. El hermano que conociste ya no existe, y si la historia sirve de algo, nunca volverá.

Asiento. No duele tanto como esperaba, porque no me está diciendo nada que no sepa ya en el fondo de mi corazón.

—Renata —dice en voz baja—. Ahora tienes una familia. Una familia que te protegerá, te cuidará y luchará por ti pase lo que pase. Ahora eres una Romanov y te demostraremos nuestra lealtad.

Observo el sol poniente por la ventanilla y el corazón se me hincha. Tiene razón. El hermano que conocí ya no existe. El hombre que ocupó su lugar no es amigo mío. Pero los Romanov son mi familia ahora, y con ellos encontraré la fuerza, la lealtad y el amor que he estado buscando.

—¿Tienes hambre?

Suspiro. —Siempre.

Me aprieta la rodilla. —Bien. Hay un pequeño *diner* más adelante. Nadie nos ha seguido. Aleks está vigilando.

Sonrío. —¡Oh! Siempre he querido ir a un *diner*.

—Supongo que no los tienes en Colombia, ¿no?

—No. O sea, en algunas ciudades grandes puedes encontrar restaurantes de temática americana, pero no son habituales. Preferimos nuestra propia comida.

Me dedica una de sus raras sonrisas. —Entonces te espera una sorpresa.

—¿Sí?

—Algo genuinamente americano que busco cada vez que vuelvo a Estados Unidos. Se me antoja un buen desayuno americano de los de toda la vida. Beicon y huevos, esas patatitas fritas. Tostadas con esas porciones individuales de mermelada.

—¿Sirven desayunos?

—Sí, todos los tipos de desayuno que puedas imaginar. De la variedad americana, claro. Y sándwiches para comer, todos los sándwiches.

—¿Hamburguesas? Me encanta una hamburguesa americana.

—¿Con patatas fritas? Hecho.

Ahora me muero de hambre. —¿Puedo pedir una Coca-Cola Light helada para acompañar?

—Por supuesto. —Abre su puerta y viene a mi lado. Somos los únicos aquí y, por una vez, es agradable ver que Ollie está casi... *relajado*. Carlos está momentáneamente distraído; su familia nos tiene en su radar. Lo tenemos controlado.

Un letrero de neón parpadea sobre la pequeña cafetería como un faro de luz en un lugar por lo demás desolado. Parece sacado de una película americana de los años cincuenta, y el corazón se me acelera. ¡Estamos de luna de miel! Mi malote y gruñón marido y yo.

Abre la puerta y lo primero que veo es una gran vitrina de cristal con un surtido de tartas y pasteles. —Me *muero de hambre*.

La campanilla de la puerta tintinea cuando entramos, y nos recibe el aroma de café recién hecho y comida frita. La única persona que hay es una mujer mayor con el pelo canoso y gafas que lleva un delantal con volantes. Sostiene el móvil con el brazo extendido, tecleando algo en la pantalla con la lengua fuera.

—Bienvenidos —dice cálidamente, guardándose el móvil en el bolsillo del delantal.

Sus ojos se abren como platos cuando él entra detrás de mí. Miro por encima del hombro e intento verlo como ella lo ve: aterrador, malote y peligroso. —Pueden sentarse donde quieran. Tienen todo el local para ustedes, queridos. —Puedo notar que esto no es algo que ofrezca a cualquiera, ya que solo las cuatro primeras mesas están puestas. Estar con Ollie tiene sus ventajas.

Me acerco más a él. Tengo toda la intención de *disfrutar* de dichas ventajas.

Nos lleva a un reservado del fondo, lejos de las ventanas y cerca de la cocina. Por supuesto, necesita tener un buen punto de observación.

No puedo evitar fijarme en cómo chirría el vinilo rojo bajo el peso de Ollie. Yo quepo bien, pero aunque Ollie no es tan enorme como los otros de su familia, deja pequeño el local. La mesa que nos separa es pequeña. Cuando nuestras rodillas se rozan por debajo, una chispa de algo que no puedo ignorar me recorre la espina dorsal. Coge la carta pegajosa y la examina con una expresión de máxima concentración.

Reprimo una risita.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta, alzando la vista para encontrar la mía.

—Nada, es que... Te he visto derribar a un hombre que te doblaba en tamaño sin pestañear, y aquí estás, mirando esta pequeña carta como si fuera una decisión de vida o muerte...

—La comida es una decisión de vida o muerte, Renata —dice él con seriedad, aunque le tiembla la comisura de los labios.

—¿Ah, sí? —digo—. Siento una ligereza en el pecho que no había sentido en tanto tiempo que casi me asusta. Es peligrosa y maravillosa a la vez. ¿Qué me recomendarías si esta fuera mi última cena?

Entrecierra los ojos en un gesto juguetón. Es un cambio bienvenido de su habitual comportamiento severo. —La hamburguesa con queso y beicon, seguida de tarta de manzana con una bola de helado de vainilla. Cualquier otra cosa es jugar con fuego. Demasiado arriesgado.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza con falsa seriedad. —¿Así que nada de tostada de aguacate y tarta de merengue de limón, entonces?

Abre los ojos de par en par con fingido horror. —¿Me has escuchado algo de lo que he dicho?

La camarera se acerca a nuestra mesa, con la libreta en la mano. — Se nos ha acabado la tarta de merengue de limón.

Mi instinto se dispara y la miro fijamente, sorprendida. Está mintiendo. ¿Por una tarta? Apuesto a que si mi marido, que está cañón, la pidiera, encontraría un trozo por arte de magia.

Hmpf.

—¿Café? —le pregunta a Ollie—. Le preparo una cafetera nueva, señor.

Jesús. *Qué empalago.* Quiero preguntarle si seguiría coladita por él si viera la facilidad con la que esas manos tuyas pueden rodear el cuello de un traidor. Lo he visto en persona, muchas gracias, y puedo decir con seguridad que se necesita ser una persona especial para aprender a apreciar los matices de la brutalidad.

Niega con la cabeza. —No, gracias, pero mi mujer puede que quiera uno. —Me enarca una ceja.

Niego con la cabeza.

Mi mujer.

No estoy acostumbrada a eso. Juraría que a la camarera se le descompone la cara. —¿Señora?

Niego con la cabeza. Ollie pide por los dos, lo que me molesta y me complace a la vez. Se me oprime el pecho cuando pide: —Una Coca-Cola Light helada, con mucho hielo y una rodaja de lima, por favor. —Justo como me gusta.

Hay una dureza en él, sí, pero hay algo más, algo casi vulnerable en la forma en que entrelaza silenciosamente sus dedos con los míos, trazando la forma ovalada de cada uña con la yema de su pulgar. No se me escapa cómo su mirada se desvía de vez en cuando hacia la puerta, las ventanas y el baño.

—¿Necesitas hablar con Aleks?

—Sí. —Desliza el dedo por la pantalla de su móvil y se encoge de hombros—. No hay novedades.

No estoy segura de si eso es bueno o malo. Es más fácil vigilar un blanco en movimiento.

—Gracias —digo finalmente.

—¿Por qué?

Por protegerme. Por escucharme cuando necesito hablar. Por ser una fortaleza inexpugnable que no me defraudará.

Me encojo de hombros. —Por pedir por mí.

—Te gusta todo —dice con una mirada nostálgica—. Lo haces fácil.

—¿Qué es lo que hago fácil? —pregunto, con el corazón latiendo más rápido. No estoy segura de por qué. Trago saliva.

—Todo.

El corazón se me encoge. Le sostengo la mirada mientras me inclino sobre la mesa. Quiero besarlo.

—¿Yo? —susurro—. ¿Seguro que no hablas de otra persona?

—De nadie más, Renata. Solo tú.

Inclinándose hacia mí, me sostiene la mirada. Está totalmente concentrado en mis labios, como si contuvieran magia. Trago saliva con dificultad; el aire entre nosotros está cargado de algo eléctrico. Mágico. No estoy segura de si es porque ahora estamos casados, porque hemos escapado de nuestros perseguidores o porque estamos solos en este lugar extraño y atemporal en medio de la nada, pero siento que todo lo demás se desvanece y... somos solo nosotros.

Me inclino hacia él. Quiero besarlo. Quiero preguntarle sobre su pasado y hablar del futuro. Quiero oírle bendecirme con el raro don

de sus palabras porque, ahora mismo, estamos en esta extraña burbuja de novedad y silencio.

Mi respiración es agitada. Sus ojos, enmarcados por unas cejas pobladas, se han oscurecido; sus labios, curvados hacia abajo, me hacen temblar con algo que parece miedo mezclado con necesidad.

Dos platos caen con estrépito sobre la mesa, delante de nosotros. — ¿Les puedo traer algo más, cielo? —pregunta la camarera. Parece ajena al hechizo que acaba de romper.

—No, gracias —dice Ollie, apartando sus manos de las mías mientras se endereza.

—Que aproveche, bombón —le dice a él, guiñándole un ojo.

—Lo haré —digo con tono cortante. Ella se da la vuelta enfurruñada.

—Pórtate bien, Renata —dice él con ese tono de regañina que hace que se me ericen los pezones.

—Está coqueteando contigo.

Él se limita a negar con la cabeza. —Come, nena. —Levanta su hamburguesa y le da un bocado enorme.

Yo ataco la mía con ganas hasta que solo dejo hueco para la tarta. Él se come toda la suya y, cuando termino, acerca mi plato y se come hasta la última miga.

La camarera nos trae un plato de tarta de manzana caliente con una generosa bola de helado de vainilla y dos cucharas. Le doy un buen bocado. Es especiada y dulce, y el helado, intenso y cremoso. — Mmm.

Él me deja el último trozo. —Las damas primero. —Sonrío y lo cojo.

—Gracias. —Guardo silencio un momento—. Ollie, ¿se puede volver atrás alguna vez?

—¿Volver atrás a qué? —pregunta, jugando con los saleros y pimenteros que tenemos delante como si fueran piezas de ajedrez.

—A la vida de antes..., de todo esto. A la normalidad.

Él se encoge de hombros con indiferencia. —Para mí nunca ha habido normalidad. Mi madre no siempre fue madre soltera. Al final, se convirtió en una drogadicta que se acostaba con hombres ricos para pagar nuestro alquiler. Tuvo una sobredosis y murió congelada en las calles de Moscú cuando yo todavía era pequeño. Fue entonces cuando los Romanov me encontraron.

Se me encoge el corazón. —No lo sabía.

Se encoge de hombros. —Es irrelevante.

Pero no lo es. Aunque no lo digo en voz alta.

—Mi padre reunió a una familia que lo necesitaba. Es una de las mejores formas de asegurar la lealtad, ¿no crees? Coge a diez perros que se mueren de hambre y aliméntalos. Coge a diez que tengan comida a diario y un techo bajo el que cobijarse. ¿Cuáles serán los más leales?

—¿Es «leal» la palabra correcta? —pregunto pensativa, bebiendo un sorbo de mi Coca-Cola Light. El hielo tintinea contra el vaso al rozarme los labios. Sin decir palabra, él hace un gesto para que me rellenen el vaso—. «Desesperado», quizá. «Agradecido», sí. Pero la lealtad no nace de la satisfacción de una necesidad, sino de un sentimiento de confianza, de saber que alguien estará ahí para ti, pase lo que pase. La verdadera lealtad proviene de un vínculo, no de llenar un estómago vacío.

Hace una pausa, con una expresión indescifrable, y traza un dibujo en la condensación de su vaso. Observo la punta roma de su dedo. ¿Por qué todo lo que hace parece tan absoluta e irasciblemente masculino?

—Quizá tengas razón —dice finalmente, suavizando el tono—. Pero en un mundo como el nuestro, la desesperación y el miedo son todo lo que se necesita para mantener a la gente a raya.

Asiento lentamente, sabiendo que tiene razón, pero deseando que no fuera todo tan nefasto, tan desolador.

—¿De verdad es eso lo que piensas sobre la lealtad, Renata?

Le sostengo la mirada y asiento.

—¿Que la verdadera lealtad proviene de un vínculo? ¿De un sentimiento de confianza?

—Sí.

Sus ojos verdes se aferran a los míos un instante de más, haciéndome retorcer bajo el calor de su mirada.

—Lo tendré en cuenta —dice en voz baja mientras la camarera deja una cuenta verde y blanca sobre la mesa.

Ollie se levanta, lanza cinco billetes de cien dólares sobre la mesa y me coge la mano. La siento cálida y firme alrededor de la mía, y me reconforta sostenerla.

Me quedo mirando.

—Es mucho dinero —susurro.

—Mejor —susurra él a su vez—. A lo mejor se compra un consolador con acento ruso.

Suelto un gritito y me tapo la boca con la mano.

—Está claro que tú y yo no compramos en las mismas tiendas.

Él sonríe y mi corazón da un vuelco en el pecho. Siento que gano una pequeña victoria cada vez que consigo hacerle sonreír. Las comisuras de sus ojos se suavizan un poco.

Mientras nos dirigimos hacia la puerta, no puedo evitar mirar hacia atrás, a las mesas donde está la camarera, con la boca abierta.

Mientras estábamos dentro, ha caído la noche, y el aire es fresco y reconfortante después del calor del restaurante. Ollie todavía me sujeta la mano y me la aprieta suavemente.

—Sabes —dice, poniéndose serio—, lo que has dicho ahí dentro sobre la lealtad y la confianza... es algo raro en nuestro mundo.

Asiento.

—Lo sé.

Dios mío, claro que lo sé.

—Es algo que vale la pena proteger, ¿no crees?

—Sí —dice él mientras llegamos al coche. Realiza su inspección obligatoria del vehículo, de nuestro entorno, y se pone en contacto con Aleks, pero seguimos sin novedad. Nuestro regalo de luna de miel.

—Lo es —dice en voz baja, abriéndome la puerta—. Algo que vale la pena proteger. Y algo por lo que vale la pena luchar.

La puerta se cierra con un clic.

Él se desliza en el asiento del conductor y el motor ruge con un gruñido grave y profundo. Algo me tiene nerviosa, pero no sé qué es. Quizá no estoy acostumbrada a estar protegida y a salvo. He pasado demasiado tiempo luchando por sobrevivir como para confiar cuando las cosas van bien.

¿Van *bien*?

Esto no es un paseo, lo sé. Ollie está comprobando si Carlos nos ha descubierto.

—¿Puedo conducir? —pregunto antes de que salgamos.

Él gruñe y me lanza una mirada de reojo.

—Ya sé, ya sé. Te gusta llevar el volante. Te gusta tener el control. Pues a lo mejor a mí también.

Frunce el ceño mientras lo sopesa, jugueteando con las llaves antes de soltar un resoplido y dárme las.

—Venga. Ten cuidado, Renata. Este motor es potente.

Le acaricio el muslo y le guiño un ojo.

—Creo que sé cómo manejar las cosas potentes, ¿no te parece?

Conducimos en silencio, con mis ojos fijos en la carretera. Al tomar una curva, los faros captan algo en la distancia: una figura oscura de pie en medio de la calzada. Ahogo un grito y reduzco la velocidad.

—Ollie...

—Lo veo —dice en voz baja, con un tono grave que me provoca un escalofrío por la espalda.

—Sigue conduciendo recto hacia ello, Renata —ordena.

Acelero. El corazón me martillea en el pecho. Reprimo un gemido mientras nos acercamos y la figura se cierne sobre nosotros. Susurro una plegaria ahogada mientras me aproximo:

—¡Ay, Dios mío, protégeme de todos mis enemigos!

—¿Debería...? ¡Dios mío! ¿Qué se supone que...?

—No des un volantazo. Conduce recto hacia ello —ordena, con la voz convertida en una oscura promesa de peligro que me arrastra aún más a su mundo. Me aprieta más el muslo.

Siento que voy a vomitar. La bilis me quema la garganta.

—Cuando te diga que gires, *hazlo*. —Se me eriza el vello de la nuca. No sé si le tengo más miedo a él o a lo que sea que tenemos delante.

Justo cuando estoy a punto de estamparme contra lo que sea que es eso, grita:

—¡Ahora!

Doy un volantazo brusco y los neumáticos chirrían mientras esquivamos por los pelos la forma sombría.

—¡Aparca!

Piso el freno a fondo, y él abre la puerta y se lanza a la oscuridad de la noche. El corazón me late con fuerza, la adrenalina recorriéndome las venas mientras miro hacia atrás.

Estoy bien. Estamos vivos. No he chocado con nada y... no hay nadie.

Él corre hacia la noche, pero solo está él. Quienquiera o lo que quiera que estuviese allí se ha ido tan rápido como apareció.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le pregunto cuando vuelve al coche

—. ¡He visto a alguien ahí!

—Alguien o algo —dice él, asintiendo—. Sí. ¿Has usado alguna vez una pistola?

Me le quedo mirando boquiabierta. Sigo jadeando, intentando calmar los rápidos latidos de mi corazón y recordar cómo volver a respirar.

—Tu silencio es respuesta suficiente para mí. Tú sigue conduciendo. Yo vigilaré.

Resulta extrañamente simbólico. ¿Será así toda nuestra vida juntos?



Capítulo Diecisiete

OLLIE

ESTÁBAMOS SENTADOS a solas en el jardín. Había conseguido convencer a Mikhail para que nos diera un poco de espacio. El aire era fresco y el aroma de las flores impregnaba el ambiente. Caminamos en silencio, como si estuviéramos cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Háblame de ti, Ollie. Tú me has preguntado sobre mí, y siento que ya me conoces. Pero yo no sé mucho de ti.

Nadie me había preguntado eso antes.

Nunca quise contárselo a nadie. No creía que a nadie le importara lo suficiente como para preguntar.

Mi familia lo sabía, todos mis hermanos, por supuesto, pero no era algo de lo que habláramos nunca.

La miré y, por alguna razón, sentí que podía confiar en ella. Me encogí de hombros. —No hay mucho que contar.

—Me cuesta creerlo —dijo Renata con dulzura—. Sé que has pasado por mucho, y creo que una parte de ti es en realidad muy buena.

Me reí, sin saber muy bien cómo tomármelo. —¿Eh, gracias?

—Sabes a lo que me refiero —dijo en voz baja.

Sí que lo sabía.

—De acuerdo, te contaré mi historia si de verdad quieres oírla —me pasé una mano por el pelo—. ¿Cómo puede ser que sea capaz de enfrentarme a un enemigo o a una sala llena de ellos y no sentirme ni la mitad de nervioso que ahora? Odiaba esto. Pero había algo en ella...

Respiré hondo, con la mirada perdida en la distancia, y empecé a hablar. —Cuando era niño, mi padre estaba metido en un montón de asuntos turbios. Yo aún no era consciente. Solo era un crío, y no me daba cuenta de quién era mi padre ni de lo que hacía. Mis padres siempre discutían por la noche, y no supe por qué hasta el día en que vinieron sus enemigos.

Me escuchaba atentamente, con los ojos reflejando sus emociones. No se movió, sentada tan quieta como una estatua mientras yo continuaba.

—Así que un día, los enemigos de mi padre vinieron a por él —le cuento en voz baja, aunque mi voz sigue tensa por la emoción—. Entraron a la fuerza en nuestra casa. Mi padre no sobrevivió a aquel día. Sus enemigos se aseguraron de ello, y yo solo era un niño. Impotente.

—Ollie... —susurró, con los ojos llenos de lágrimas.

—Me escondí —dije en un susurro—. Mi madre y yo nos escondimos y vimos cómo torturaban y mataban a mi padre. Solo era un crío, pero, incluso ahora, nunca me perdonaré por haberme escondido. Por no haber salido y haber hecho algo... cualquier cosa para detenerlos.

Me cogió la mano. —No podrías haberlo impedido, Ollie. Solo eras un niño, y nadie podía esperar que te enfrentaras a ese peligro tú

solo. Seguramente tu madre solo intentaba salvarte.

Me encogí de hombros. —No lo sé. Eso no hace que sea más fácil. Creo que ella quería que muriera. Él era terrible con ella. Aun así, ojalá hubiera podido hacer algo. Si pudiera volver atrás en el tiempo...

Permanecemos en el jardín, con la confesión compartida flotando en el aire entre nosotros.



Estamos a diez minutos de un pequeño motel en el rincón más septentrional del estado de Nueva York. Es medianoche, y Yelp me asegura que este sitio tiene unas críticas no muy buenas, pero esa no es mi prioridad. Me preocupa menos el estado del lugar y más su ubicación estratégica. El motel de mala muerte se asienta en una elevación, lo que me da una posición privilegiada, un lugar desde donde puedo ver cualquier amenaza mucho antes de que nos vea a nosotros.

—Vaya, vaya, el paraíso de las lunas de miel, te has lucido con este sitio, señor Romanov —dice Renata con sarcasmo y una sonrisa—. Esperemos que al menos el café sea bueno.

Echo otro vistazo al mapa para confirmar el terreno. Si tenemos suerte, este motel nos dará la ventaja, asegurándome de que pueda ver a cualquier enemigo antes de que nos vea a nosotros. Aleks me ha asegurado que nadie nos ha seguido, pero después del extraño incidente con la figura encapuchada, no me fío de nadie ni de nada.

No más figuras extrañamente encapuchadas que aparecen en medio de la nada. Renata tiene una lista interminable de quién o qué podría haber sido.

—Un espantapájaros fuera de lugar, eso es —dice mientras aparca el coche. Gruño como respuesta. Quizá lo era, quizá no.

Lo dudo.

—Le has pedido a Dios que te protegiera de tus enemigos ahí atrás.

—¿Ah, sí? —entrecierra los ojos de una forma adorable, arrugando la cara como si intentara recordar. La luz de la luna ilumina la longitud plateada de la cicatriz que le recorre la mejilla. Extiendo la mano para tocarla y, esta vez, no se estremece. Esta vez, coloca su mano sobre la mía.

Se me hincha el corazón.

—¿Qué he dicho?

Repito con voz aguda: —*¡Ay, Dios mío, protégeme de todos mis enemigos!*

Me da un puñetazo juguetón en el brazo. —Mi padre solía decir eso. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había hecho. ¿Dónde aprendiste español? Lo hablas de maravilla.

Me encojo de hombros. —Es uno de mis muchos talentos.

No veo ninguna señal de que nos sigan, así que llevo nuestras maletas a la recepción y entro. Un adolescente delgaducho con una barba rala está sentado en el mostrador. Es un sitio antiguo pero limpio, con solo un coche en el aparcamiento principal.

El chaval de detrás del mostrador apenas levanta la vista cuando me acerco, con la atención pegada a la pantalla de su móvil.

Dejo caer las maletas sobre el mostrador para llamar su atención. Sus ojos se abren un poco al percatarse de mi tamaño. Renata se queda justo detrás de mí, evaluando la situación.

—Necesito una habitación —mi voz es plana, sin dejar lugar a discusión—.

El chaval trastea con el ordenador y frunce el ceño mientras teclea. —Eh, sí. Puede que me quede una o dos disponibles. —Enarca una ceja—. Una de matrimonio o dos dobles.

Me inclino hacia él. —Mi mujer y yo queremos una de matrimonio. ¿No tiene ninguna *king size*?

—Aquí no tenemos de esas.

Los ojos del chaval se desvían nerviosamente hacia Renata antes de volver rápidamente a la pantalla. Renata carraspea y capta mi atención. Ladea ligeramente la cabeza, entrecerrando los ojos mientras niega con la cabeza.

—¿Está seguro de eso? —pregunta ella, con una voz dulce como la miel mientras entrelaza sus manos en mi brazo—. Me pareció leer en internet que tenían camas *king size*. —Se inclina más cerca—. Mi marido apenas cabe en una de matrimonio, imagínese cuando me meto yo con él.

—Cierto, eh, puede que tengamos, pero creo que no nos quedan... —balbucea.

Giro el brazo para enseñarle el tatuaje de la Bratva. —¿Está seguro de eso? —pregunto con calma, ocultando la amenaza. Este gilipollas está acostumbrado a intimidar y a acosar a la gente por pura chulería.

—Yo, eh..., déjeme que vuelva a mirar. Puede que me quede una...

Me inclino un poco sobre él, cerniéndome en su espacio. —Buena idea —murmuro. Con manos temblorosas, por fin saca una llave. —Aquí tiene. La habitación 214, la que tiene cocina americana.

Nos tiende la llave.

—Por la mañana hay desayuno continental gratuito en el vestíbulo principal. Disfruten de su estancia.

Se levanta y huye del mostrador.

—Gracias —le grita Renata mientras se aleja de espaldas.

Nos dirigimos a nuestra habitación. —¿Por qué nos ha mentado? Qué raro —dice ella, negando con la cabeza—. Ocultaba algo.

—En realidad no es tan raro. Un chaval como él probablemente esté a sueldo de algún traficante y tenga instrucciones de mantener las habitaciones más grandes libres para trapicheos y otras «actividades». Tendremos que estar atentos.

Ella resopla. —Sí. Parece que eso está a la orden del día, ¿no? Nos detenemos frente a la puerta con el número 214 grabado.

—Mmm —le digo. Me inclino y le doy un beso en la frente. —He elegido este sitio por su posición estratégica. Lo tengo todo controlado. Yo vigilaré. Nadie va a pasar por delante de mis narices.

Abro la puerta, satisfecho al descubrir que es sencilla y vieja, pero impecablemente limpia. —Esto servirá —digo encogiéndome de hombros y dejando caer nuestras maletas.

—La niña de siete años que fui habría pensado que había muerto e ido al *cielo* —dice Renata con una sonrisa, inspeccionando el baño—. Incluso hay botecitos de champú y acondicionador aquí. Pensaba que solo los *superrricos* se alojaban en sitios así. Mi padre, sencillamente, no se fiaba de nadie lo suficiente como para ir a un motel.

Gruño. Conozco esa sensación.

Saco el móvil para ver si hay alguna novedad de Aleks. Nada nuevo.

Justo cuando estoy a punto de guardar el móvil, aparece un mensaje de Polina. Lo abro y encuentro un montón de fotos del cachorro de Renata atacando a un tigre de peluche, revolcándose en la hierba y acurrucado, durmiendo en una camita para perros.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —pregunta Renata con curiosidad. ¿Estoy sonriendo? —Me da miedo saberlo. Podría ser cualquier cosa, desde un meme estúpido hasta la muerte de un enemigo. Se está quitando la ropa, distrayéndome por un momento. La alcanzo, le cojo el culo con la mano y la atraigo hacia mí mientras le enseño el móvil.

—¡El rey Arturo en toda su regia gloria! —exclama con una sonrisa —. ¡Ay, mira esa carita tan dulce! Qué ganas tengo de volver a verlo. —Sus ojos brillan con afecto, un atisbo de la inocencia que luchó por proteger.

Tiro el móvil a un lado y la siento en mi regazo. —Lo haremos. Me alegra verte sonreír. Quiero hacerte feliz.

Se sienta a horcajadas sobre mi regazo y me enmarca la cara con sus manos pequeñas y delicadas. —¿Qué te hace feliz *a ti*, Ollie?

Dejo escapar un suspiro. —Tú. Aquí. A salvo.

Su cara en forma de corazón se inclina hacia un lado. —¿Las viejas habitaciones de motel te hacen feliz, *Ollie*?

Le beso las yemas de los dedos. —Atesoro momentos como estos: tranquilos, seguros, sabiendo que nadie puede tocarnos aquí.

—¿Son raros en tu mundo? —Me sostiene la mirada con la suya.

Trago saliva y asiento. —Sí, nena.

Una cosa que me encanta de ella es cómo parece poder albergar dos emociones al mismo tiempo. Ahora mismo, me mira con una mezcla de comprensión y tristeza en sus ojos. —También es mi mundo. Lo entiendo.

Sus dedos recorren el lateral de mi cuello. Reprimo un gemido; tengo la polla dura como una piedra bajo su culo. Obviamente, se da cuenta y, con una sonrisa burlona, restriega su culo seductoramente contra mi regazo.

—Pórtate bien —gruño mientras le doy una palmada en el culo. Eso no ayuda a mi erección. Ella se muerde el labio y se inclina, rozando sus labios contra los míos en un beso que rápidamente se vuelve más profundo. Mi deseo por ella crece con cada capa que retiramos, la necesidad acumulándose durante demasiado tiempo. Me pierdo en ella, envuelto en su dulce sabor, el delicado aroma floral con

toques cítricos, el calor de su coño ardiente separado de mí por una fina capa de tela.

Cuando se aparta lo justo para respirar, me sonrío. —No.

Un brillo travieso ilumina sus ojos cuando le agarro el pelo. —
¿Acabas de decirme que no? —El corazón se me acelera.

Se lame los labios. —Me has oído. —Me levanta el brazo, me besa el bíceps y luego se libera como una maga. Se ríe como si se hubiera salido con la suya, con un brillo burlón en los ojos, como si me retara a perseguirla, como si no pudiera alcanzarla en dos pasos y no fuera a azotarle ese culito precioso hasta dejarlo en carne viva por sus travesuras.

La gran ventana tiene unas cortinas finas que no cierran del todo. La luz de la luna se filtra a través de ellas.

—Ni se te ocurra, joder, Renata.

Fuera, el mundo está silencioso y oscuro, pero detrás de ella hay un aparcamiento y una carretera lejana.

—¿Que ni se me ocurra el qué? —pregunta con inocencia de ojos abiertos—. *¿Esto?*

Se para junto a la ventana entreabierta y se quita la camiseta. Cualquiera que estuviera fuera tendría una vista completa de su espalda desnuda y el tirante del sujetador. Su silueta, enmarcada por la luz de la luna, audaz y sin miedo, como si desafiara al mundo a mirarla. Observo cómo sus dedos recorren la parte inferior de su sujetador con ribete blanco.

—Renata —digo a modo de advertencia. Su mirada no se aparta de la mía mientras me levanto y me desabrocho el cinturón. Se quita el resto de la ropa antes de que pueda alcanzarla, y las prendas caen al suelo en un montón.

Su cuerpo es todo curvas y sombras, y me llama como un faro. Sabe exactamente lo que hace, provocándome, poniendo a prueba los

límites que he trazado. Corre lentamente las cortinas, exponiendo por completo su carne desnuda al mundo más allá de la habitación.

Ha cruzado la línea.

Me dedica una sonrisa pícaro, retándome a que haga algo al respecto.

Apartándose de la ventana, arquea la espalda como si se me ofreciera. Verla así de expuesta me provoca una oleada de calor. Mi cinturón se desliza por las trabillas con un siseo, y su mirada se desvía hacia él, una chispa de anticipación mezclada con miedo en sus ojos.

—He sido *demasiado* blando contigo —la regaño, doblando el cinturón en mi mano—. ¿Qué te hace pensar que puedes comportarte así y salirte con la tuya? Evidentemente, no he cumplido con mi deber como tu marido.

Se muerde el labio, con los ojos ardiendo de deseo, y no responde, pero el desafío en su mirada es evidente. Acorto la pequeña distancia que nos separa, le agarro la muñeca y la aparto de la ventana de un tirón. Jadea cuando la doblo sobre mi rodilla y la inmovilizo. Apoyo la mano en la parte baja de su espalda, reteniéndola en su sitio sin esfuerzo. El fuego me recorre las venas.

—Esta vez has ido demasiado lejos, y ahora vas a ver lo que pasa cuando cruzas una de las líneas que te marco, Renata.

Me mira por encima del hombro, con los ojos oscurecidos por la expectación y los labios curvados en una sonrisa *insinuante*.

—Oh, qué *miedo* tengo.

La miro entornando los ojos, levanto la rodilla para tener mejor acceso y disfruto del modo en que agita las manos frente a ella para apoyarse en el aire antes de que estelle el cinturón doblado contra su culo. Me duele la polla al oír cómo chilla e intenta zafarse de mi

agarre, pero no la suelto. Lo hago otra vez, más fuerte esta vez, y me encanta cómo se tensa su cuerpo y gime.

—Deseas esto, ¿verdad? Estar sobre mi rodilla, saber que eres mía para controlarte y castigarte —mi aliento está caliente contra su oreja.

—Me encanta que tomes el control —susurra, y su cuerpo se ablanda contra el mío. Dejo caer el cinturón de nuevo, un chasquido seco que la hace jadear y clavar los dedos en mí. El sonido resuena en la pequeña habitación. Vuelvo a azotarla con el cinturón una y otra vez, con la fuerza suficiente para enrojecer su precioso culo pero conteniéndome a duras penas.

Cuando su culo está de un bonito color rojo cereza y ella jadea con fuerza, con una crema resbaladiza cubriéndole la cara interna de los muslos, le deslizo el cinturón entre las piernas.

—Mmm. Preciosa. Me encanta cómo te ves cuando te castigo.

Le acerco el cinturón al clítoris y lo golpeo suavemente. Chilla y se retuerce.

—¿Vas a ser una niña buena? —le pregunto, golpeándole el coño de nuevo, esta vez con más fuerza. Su espalda se arquea, y juraría que está al borde del clímax.

—Sí —jadea.

—Eso es lo que quiero oír. Tócate, ángel. Acaríciate el clítoris.

Se lleva la mano al coño y encuentra rápidamente sus pliegues. Acaricia hacia arriba, gimiendo al encontrar su clítoris hinchado. La sujeto contra mi rodilla, dejo caer el cinturón y le ahueco el culo caliente con la mano.

—Estás mojada, Renata. ¿Te han puesto los azotes?

—Oh, Dios, *sí* —gime, su mano moviéndose más rápido entre sus piernas.

—Buena chica. Quiero que ansíes mi disciplina. Tócate. Sigue. Ni se te ocurra parar. —Le doy una palmada en la parte inferior del muslo. Sus caderas se encabritan y gime de necesidad. La sujeto contra mí y levanto el cinturón. —Si paras, te azotaré hasta dejarte en carne viva y con las ganas. No me tientes, mujer.

—No-voy-a-*parar* —gime.

—Buena chica —digo con aprobación. Le doy otro azote seco. —Voy a tener que emplearme a fondo para mantenerte a raya, ¿verdad? —La azoto de nuevo. Ella vuelve a gemir, extasiada, apenas capaz de responder.

—Sí —resuella en un susurro.

Se acaricia con movimientos frenéticos, ahora a punto de correrse.

—Ni se te ocurra correrte. Primero tienes que suplicármelo.

—¡Por favor! —dice en un susurro apasionado— *Por favor*, Ollie. Necesito correrme. Voy a correrme.

—No, no lo harás, todavía no me has demostrado tu lealtad. Sigue tocándote y no pares.

Le azoto el culo con fuerza de nuevo con mi cinturón. La forma en que escuece y su culo perfectamente respingón se contonea me pone tan jodidamente duro que no puedo evitar inclinarme y morder la marca rosada que deja. Se retuerce casi sin control debajo de mí, dividida entre obedecerme y acabar con la tortura que le estoy imponiendo.

—Oh, Dios, Ollie, no. Por favor, cariño. No puedo aguantar más. Déjame correrme, por favor. No puedes hacerme esto. Arghhh. Joder, mierda, ahhh... Ollie, *por favor... por, por favor, déjame correrme*.

Grita, y le doy otra palmada en el culo.

—Todavía. No. Necesito saber hasta la médula que eres mía y que harás lo que te diga sin importar cuánto tengas que sufrir. Demuéstrame que toda tú me perteneces, Renata.

—Haré lo que digas, te lo daré todo, nunca te desobedeceré... oh, Dios mío, por favor, te lo ruego... idéjame *correrme, por favor!* — jadea sin control, con el cuerpo temblando, un gemido feroz creciendo en lo profundo de su pecho mientras los espasmos comienzan a dominarla por completo.

—Córrete para mí. Córrete para mí ahora, cariño.

Renata arquea la espalda y se corre tan fuerte que todo su cuerpo tiembla y se convulsiona como si la estuvieran electrocutando. Necesito toda mi fuerza para sujetarla mientras le hundo los dedos en lo más profundo de su sexo y bombeo, con la mano empapada. Las paredes de su coño se cierran a mi alrededor, aplastándome los dedos con sus ansiosos espasmos. Sigue corriéndose un minuto entero después mientras grita mi nombre en éxtasis una y otra vez.



Capítulo Dieciocho

RENATA

ESTOY CIEGA, jadeando, cada célula de mi cuerpo arde cuando se apoya sobre mí. Soy vagamente consciente de que se está quitando la ropa. El anhelo de sentir su peso sobre mí es insoportable, una necesidad que consume cada célula de mi cuerpo. Cuando se une a mí, con su piel pegada a la mía y nuestros cuerpos presionados contra la cama, exhalo satisfecha.

Me reclama con una sola embestida brutal, tan intensa que el mundo da vueltas. Me quedo sin aliento cuando su mano grande y áspera me rodea el cuello y aprieta. El pulso se me acelera, la sangre me martillea en las venas mientras embiste dentro de mí. Un segundo orgasmo eclipsa al primero. Estoy perdida en él, soltando súplicas y gemidos incoherentes, con la voz quebrada por el peso de mi necesidad.

—Cógeme. Cógeme entera —susurra en mi oído—. Quiero que sepas que eres mía.

Otra embestida fuerte antes de que se retire casi por completo. Arqueo las caderas, intentando encontrar sus embestidas, gimoteando por la pérdida de su calor, anhelando su plenitud y la sensación de que me llene al deslizarse de nuevo en mi interior para

completarme. Mi sexo se contrae y otro espasmo de placer me consume.

—Ollie —jadeo. Tengo la cara ardiendo, su mano aprieta justo lo necesario. La vista se me nubla mientras mi cuerpo es consumido por otro orgasmo pisándole los talones al anterior. He perdido la cuenta.

Me la clava hasta el fondo, se inclina sobre mí y me besa mientras todavía me estoy corriendo. Su lengua se encuentra con la mía. Gimoteo y lo araño, mis dedos rasgando los tatuajes de su espalda. Su mano se enreda en mi pelo y, mientras boqueo en busca de aire, me deleito en la mezcla perfecta de dolor y placer, cada tirón enviando ondas de choque a través de mí.

—¡Mírame! No apartes los ojos de los míos. No desvíes la mirada, Renata.

Me lamo los labios y me dejo llevar por el placer mientras él mece sus caderas con las mías. Su semen caliente se derrama en mi interior. Su gruñido grave y satisfecho retumba en mi interior, tan primitivo y masculino que no puedo evitar gemir en respuesta. Vuelve a embestirme con fuerza, sus ojos clavados en los míos como llamas de fuego verde. Lo observo perseguir su placer junto al mío y deslizo la mano por el costado de su brazo. Está cubierto de sudor, pero casi sin aliento.

Mientras yace a mi lado, todavía palpitando dentro de mí, disfruto del calor de su posesión, de la forma en que su corrida me marca como suya, uniéndonos de la manera más íntima.

Me doy la vuelta mientras él se levanta en silencio y camina hacia el baño, y cojo su camiseta hecha un ovillo. Está caliente y huele a aire de montaña y a macho alfa. A él.

Me acurruco hecha un ovillo, felizmente satisfecha, con el cuerpo sonrojado y entumecido por un placer que nunca antes había sentido.

—No sé si necesito un porro, una tableta de chocolate o un baño —murmuro, con la voz ronca—. No me puedo mover.

—Quizá una siesta antes de que pida algo de comer y te folle otra vez. —Se acerca con desgana a la cama y se tumba a mi lado.

Trepo sobre su pecho y sonrío, con los ojos cerrados, aspirando su aroma. Siento el cuerpo ligero, pero me pesan mucho los párpados. Caigo en un sueño profundo.

Cuando me despierto, Ollie está sentado en un rincón de la habitación. La vista es borrosa y parpadeo. Las persianas están bajadas y, a lo lejos, oigo el golpeteo rítmico de unas pisadas en el asfalto, alguien corriendo fuera. Debe de ser muy temprano, una luz tenue se filtra por las cortinas.

Ollie sostiene una tableta en la mano. Está ligeramente girado, con el torso desnudo, vestido solo con un par de bóxeres. Contemplo las profundas marcas que le dejé en la espalda, recordatorios vívidos, como si lo hubiera marcado con cada toque desesperado.

Me quedo en la cama, sin atreverme a hacer ruido. Quiero observarlo así, silencioso y pensativo.

Sus dedos se deslizan por la pantalla de la tableta. Entrecierro los ojos para poder ver con más claridad. De repente, me desvelo por completo al darme cuenta de que está viendo una grabación... de él.

No sé quién es el hombre, pero trabaja para mi hermano. Eran uña y carne cuando eran más jóvenes. El hombre se arrodilla en el asfalto, en la oscuridad de la noche, mientras suplica en español por su vida. La voz de Ollie es fría y calculadora mientras lo interroga.

—¿Dónde está?

En mi aturdimiento somnoliento, tardo un momento en darme cuenta de que a la que busca es a mí. Observo con horror cómo el hombre sigue suplicando por su vida. Alguien murmura en español, la persona que está grabando.

Cierro los ojos. No quiero ver esto. No quiero oírlo. El volumen es tan bajo que es como un ruido de fondo, pero cualquiera reconocería la desesperación con la que ruega por su vida.

Abro los ojos justo cuando Ollie le pone una pistola en la cabeza al hombre y aprieta el gatillo. No puedo reprimir del todo un jadeo. Ollie se gira rápidamente y me ve observándolo. Nuestras miradas se encuentran.

—Siento haberte despertado —dice con genuina calidez, y sus ojos se iluminan. Deja la tableta sobre la mesa y se acerca a mí. Me estremezco cuando va a tocarme.

Un profundo surco se dibuja en su entrecejo. —¿Qué pasa, Renata? ¿Por qué me miras como si fuera a hacerte daño?

El corazón se me acelera y me duele el estómago. ¿Cómo he podido criarme en esta vida y, aun así, incluso ahora, sentirme consumida por la repulsión ante la violencia?

Como no respondo, me acaricia el pelo con sus dedos gruesos y ásperos. Lleva unos días sin afeitarse y tiene la mandíbula cubierta por una barba incipiente. Al bajar la mano hacia mis hombros, frunce el ceño, tocándome con tal ternura que es como si estuviera memorizando mi aspecto y mi tacto.

—Todo lo que hago, lo hago para garantizar tu seguridad, *mílaya*.

Cariño.

Su tacto es delicado, su voz suave, mientras me atrae hacia un abrazo, su contacto tranquilizador.

—Cogerás en brazos a nuestros hijos con las mismas manos que usas para hacer daño a la gente.

—Sí —dice en voz baja y no ofrece nada más. Conformidad. Ni explicaciones ni mentiras.

—¿Y si no me gusta eso?

—¿El qué, Renata?

Su corazón late bajo mi mejilla.

—Este estilo de vida. ¿Y si quiero... dejarlo atrás? Tener una vida normal y corriente.

Pasa un instante antes de que él niegue con la cabeza. —*Nyet*. Ahora dices eso, Renata. Tienes un corazón tierno. Eres sensible. Lo supe en cuanto te conocí. —Sonríe con tristeza—. ¿Por qué crees que te compré un cachorro? Pero tanto tú como yo sabemos que no hay escapatoria de lo que tenemos por delante. Ni para mí. Ni para ti.

Tiene razón; sé que la tiene. Podría hacer las maletas e irme. Huir. Pero mi hermano está vivo y no se detendrá ante nada hasta encontrarme. Todo lo que somos, todo lo que poseemos, está ligado al linaje de la familia Romanov y a Los Sangre Dorada. Estaríamos sin blanca y sin amigos, con una diana en la espalda.

Pero seríamos libres.

—No hablemos más de esto —dice, inclinándose para besarme la frente. No me parece un beso tan tierno como los de antes—. ¿Tienes hambre?

La tarta de manzana que comí en la cafetería parece cosa de hace una eternidad. —Me muero de hambre. Pero no estoy muy segura de que este sea el tipo de sitio con servicio de habitaciones.

Se encoge de hombros. —No necesitamos servicio de habitaciones y nos saltaremos el desayuno continental. Hay cuatro sitios diferentes cerca que reparten a domicilio. Puedo pedir lo que quieras con solo pulsar un botón.

Ah, claro.

Me incorporo. —Suena genial.

Voy al baño y me aseo. La ducha es más grande de lo que esperaba y los botecitos de productos de aseo, aunque no son caros, huelen ligeramente a limón. Me tomo mi tiempo para lavarme y, para cuando me reúno con él, envuelta en una toalla blanca, ya ha puesto varios envases de cartón sobre la cama.

Nos sentamos en la cama con las piernas cruzadas, inspeccionando cada uno de los envases. Resulta que pedir el desayuno para llevar no le llega ni a la suela del zapato a ir a una cafetería de verdad, pero no se puede comer en un restaurante medio desnuda, así que es un buen apañó. Los huevos están un poco fríos y las tostadas blandas, pero hay un muffin caliente repleto de arándanos jugosos y cubierto con una gruesa capa de azúcar.

Doy un bocado. —Mmm. Está delicioso. ¿Lo quieres? —pregunto.

Niega con la cabeza y se come los huevos fríos. —Cómetelo tú. Yo estoy bien con los huevos.

—¿Haces lo de la dieta alta en proteínas por tu físico varonil? —pregunto, sonriendo con picardía.

Me guiña un ojo. —Funciona.

Unto el muffin con una generosa cantidad de mantequilla. —Ya lo creo que funciona. ¿Sabes cocinar?

Asiente. —Sí. Viajo mucho, así que es útil saberlo. ¿Y tú?

Saco un arándano del muffin. Está jugoso y dulce, y todavía caliente. Me doy cuenta, distraídamente, de que tengo el dedo manchado de zumo de arándano. En silencio, me coge la mano y lame el zumo de la yema. El corazón se me acelera. ¿Por qué todo lo que me hace me excita?

—Sí —digo, apartando la mano de un tirón para poder concentrarme en llenarme la tripa y no preocuparme de que el sexo nos distraiga —. Tuve que aprender a cocinar como una cuestión de

supervivencia. Mi padre estaba más ausente que presente. Mi hermano solía cocinar para mí cuando era más joven.

Recuerdo estar sentada a la mesa de la cocina, balanceando las piernas porque era demasiado baja para llegar al suelo. —Carlos aprendió a hacer huevos pericos, una especie de huevos revueltos con tomate y cebolla, y arepas con queso.

Pero eso fue cuando era pequeña, parece que ha pasado toda una vida.

Los ojos de Ollie se oscurecen. No le gusta que hable de Carlos con cariño. ¿Cómo puedo evitarlo? Se portaba bien conmigo entonces.

—Quiero contarte lo que pasó, pero no parece que te guste que hable de Carlos.

Niega con la cabeza. —Deberías poder contarme cualquier cosa. Soy tu marido. Y lo que yo piense de Carlos es irrelevante.

—Pero no lo es, Ollie —le digo suplicante. Pongo la mano en su brazo. Me encanta la sensación cálida y tranquilizadora de sus músculos cuando me mira.

—Simplemente no quiero que te ablandes con él. No puede ser, Renata. Debes ser despiadada, intrépida y tan impasible como puedas para mantener a salvo a la gente que quieres y a ti misma.

Y en ese preciso instante, quisiera admitirlo o no, acaba de darme una pequeña muestra de lo que significa ser él, ¿verdad?

Quizá no tengamos que ser los dos así.

—Cuando éramos niños, Carlos era diferente. Era mi hermano mayor, pero yo siempre sentí que era su protectora. Era diferente... en un sentido *negativo*.

Hago una pausa, intentando averiguar cómo continuar.

—Entiendo —dice—. Todos venimos de entornos jodidos, ¿no es así?

Asiento y trago saliva. Así es.

—Siempre estaba tan enfadado y era tan controlador, como una versión en miniatura de mi padre. No me di cuenta de lo grave que era hasta... hasta el día en que hizo daño a otro niño. Mucho daño.

Ollie aprieta la mandíbula. —¿Qué pasó?

—Carlos se peleó con el hijo de un vecino por una tontería. Lo empujó por las escaleras. Yo lo vi. Intenté detenerlo, pero no pude. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. —Niego con la cabeza. Todavía puedo oír los gritos de auxilio del niño, todavía puedo sentir cómo mis manos se cerraban en el aire, demasiado tarde—. El niño estuvo en el hospital durante semanas. Se rompió la espalda.

—Joder —masculla Ollie.

—Mi padre lo encubrió, por supuesto —digo, incapaz de ocultar la amargura de mi voz—. Sobornó a la familia, a la policía local, y sus hombres mantuvieron a la prensa en silencio. Pero nunca lo olvidé. Ese día supe de lo que era capaz.

Ollie asiente en silencio. —Comprendo.

—Pero nunca me puso una mano encima. Todo el mundo me trataba muy bien en el colegio, y si insinuaban lo más mínimo lo contrario, bastaba con que alguien les recordara quién era mi hermano para que se detuvieran. Era dulce conmigo. Protector.

Igual que Ollie.

Al compartir esta historia con él, me doy cuenta de por qué temo tanto su lado oscuro.

¿En algún momento se volverá Ollie también contra mí? He visto cómo la obsesión y la protección pueden transformarse en algo peligroso.

—Lo entiendo —dice Ollie con dulzura—. He visto cosas similares en mis hermanos y en mi padre.

No sé nada de su padre, pero sé que al menos sus hermanos no se volvieron contra él.

—Fue duro —le digo, negando con la cabeza como si el gesto pudiera hacerlo desaparecer—. Todavía lo es. Siempre me he sentido responsable de alguna manera, como si fuera culpa mía que sea como es. Como si hubiera podido hacer algo, lo que fuera, para detenerlo.

—Solo eras una niña —dice con delicadeza—. No fue culpa tuya.

Niego con la cabeza y suspiro. —Pero él también lo era.

—Lo sé. Pero gracias por contármelo. Me ayuda a entender a qué nos enfrentamos.

Asiento, sintiendo una extraña sensación de alivio por haber compartido esto con él. —Hay más. Quiero que sepas que Carlos tiene un motivo. No se trata solo de poder o control, sino de venganza. Sus peores acciones siempre han estado impulsadas por la venganza.

—¿Venganza por qué? —pregunta Ollie, entrecerrando los ojos.

—Por todo. Por cómo lo trataba mi padre. Por cómo lo trataba el mundo. Culpa a todo y a todos de sus problemas y quiere que todos paguen. No asume ninguna responsabilidad por sus decisiones, siempre es culpa de otro.

La expresión de Ollie se ensombrece. —Entonces, tenemos que tener más cuidado. No parará. No hasta que consiga lo que quiere.

Asiento. —Totalmente. Y no podemos dejar que gane. Igual que con aquel niño al que temían y que era imparable, tenemos que intervenir. Tenemos que detenerlo.

—Lo detendremos juntos, Renata. —Ollie me aprieta el hombro—. Sé que duele. Recordar cómo era. Yo he pasado por algo parecido.

Asiento. Quiero pedirle más detalles, que se explaye, pero algo me dice que me detenga. Creo que por hoy ya he tenido suficiente con compartir detalles de pasados oscuros.

—Polina me ha enviado más fotos. —Saca el iPad. Suelto un suspiro, agradecida por el cambio de tema. No sé si alguna vez podré verlo usar esa maldita cosa sin recordar lo que acabo de ver. Pero cuando la pantalla se llena de fotos de mi dulce cachorro, sonrío—. ¿Cuándo volveremos? —pregunto en voz baja.

—En cuanto esté seguro de que tu hermano no nos sigue. —¿Cómo puede estar realmente seguro? Anoche vi esa figura sombría en la carretera.

Quizá fue una coincidencia.

Pero quizá no.

Terminamos el desayuno en silencio. Supongo que tendré que acostumbrarme a comer en silencio, porque Ollie es un hombre de pocas palabras. Recogemos y él se inclina sobre la cama hacia mí para besarme.

—Sabes a magdalenas de arándanos.

Sonrío y me encojo de hombros. —Mejor que a huevos pericos, te lo garantizo.

El corazón me da un vuelco en el pecho cuando sonrío. Es tan raro que es como desenterrar una gema preciosa. Debo admitir que todavía le tengo miedo, mucho, pero aun así, una parte de mí desea poder hacerlo sentir a gusto por una vez. Ojalá tuviera el poder de hacer que la tensión alrededor de sus ojos se suavizara por arte de magia y de hacer algo para ayudarlo a *dormir* de verdad por la noche en lugar de echar cabezaditas como suele hacer.

—Mira —dice, señalando el iPad que ha puesto junto a la ventana. Es un paisaje marino, con el sonido de las olas rompiendo incluido—. He encontrado un mercado de agricultores aquí en el pueblo hoy

también. ¿Me he olvidado de algo? —Me acerca a él y me abraza—. Dijiste que te gustan los cachorros, los mercados de agricultores, las vistas al mar, dormir hasta tarde y... ¿qué era lo otro? Ah, sí, el *sexo*.

Se acordaba. Trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Te has ganado una estrella dorada —digo con una punzada—. Quiero que esto dure. Quiero aferrarme a este momento, pero sé que no puedo. Recuerdo cuando intentaba pescar con las manos con Isabella, cómo los peces eran resbaladizos y húmedos y se nos escurrían entre los dedos. Pensábamos que habíamos atrapado uno, solo para gemir cuando se nos escapaba. Esto se siente vagamente igual.

—Sé que ya te he preguntado esto antes, pero ¿qué es lo que de verdad te hace feliz *a ti*, Ollie? Quiero que seas completamente sincero conmigo. —Me aparto y pongo las manos en sus hombros, sosteniéndole la mirada.

Por un momento, se pone tan serio que creo que no va a responder. Me estoy acostumbrando a su carácter silencioso, pero todavía me inquieta un poco. —No es tan complicado —dice en voz baja—. Me gusta saber que la gente a la que quiero está a salvo.

Espero a que continúe, pero como no lo hace, solo puedo asentir en señal de comprensión. —¿Eso es todo?

Me abraza, presionando su mano contra la parte posterior de mi cabeza y acercándose a él. Nuestros corazones laten al unísono. —Eso es todo.

¿Soy yo una de «la gente a la que quiere»? El pensamiento aflora, pero tengo demasiado miedo para preguntar. Sé que le doy demasiadas vueltas a las cosas y sé que una parte de mí teme que eso sea exactamente lo que quiero.

No me entiendo ni a mí misma. Sé que dijimos las palabras, pero quiero que me quiera de *verdad*. ¿Quién no querría?

Tampoco estoy muy segura de lo que *significará* que Ollie me quiera. ¿Me asfixiará? ¿Me encadenará?

¿Tendré algún recuerdo de dónde empiezo yo y dónde acaba él?

¿Es esto lo que quiero?

Nos quedamos así un momento hasta que el mundo exterior comienza a filtrarse de nuevo. Creo que tendremos que tener cuidado con esto. A veces es fácil olvidar que no somos solo nosotros dos.

El teléfono de Ollie vibra sobre la mesa y rompe el silencio. Recuerdo con vívidos detalles lo que vi en el iPad. Todavía puedo evocar el sonido frío y distante de su voz. Las súplicas de clemencia del hombre. El estruendo del disparo y el golpe sordo del cadáver al caer al suelo.

¿Tiene Ollie conciencia alguna?

—Ve a vestirme —dice en una orden tranquila.

Saco ropa de una bolsa y hago lo que dice, pero no se me escapa cómo se le ensombrece el rostro mientras lee un mensaje en su teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunto, preparándome ya para la respuesta.

Algo ha salido mal.

Otra vez.

—Aleks dice que han encontrado a tu hermano, está definitivamente vivo —responde Ollie, con un tono totalmente profesional—. Todavía no está cerca de nosotros. Estamos a salvo. Pero lo han visto en La Cala hoy temprano.

Oh, Dios mío. Está pasando. Sabía que llegaríamos a esto, pero aun así me golpea con la fuerza de un maremoto. El corazón se me hunde hasta los pies.

El rostro de Ollie es inexpresivo mientras se viste, volviéndose a convertir sin fisuras en la persona fría, distante y calculadora que conocí al principio. La diferencia es tan palpable que no puedo evitar preguntarme si he imaginado algún tipo de calidez.

—Vamos a la ciudad, al mercado de agricultores. A tu hermano que le den por culo —dice mientras se pone una camiseta, con los músculos en tensión—. Quiero llevarte antes de que se llene de gente. Deja que los hombres de The Cove hagan su trabajo y lo encuentren. —Sus ojos verdes se clavan en los míos—. Quédate cerca y haz lo que te diga, Renata. ¿Ha quedado claro?

Solo puedo asentir mientras intento reprimir la ansiedad que me oprime el pecho. Me visto y me recojo el pelo en un moño despeinado. Cuando vuelvo con él y salimos de la habitación, actúa como si yo fuera una testigo de un programa de protección o algo así, manteniéndome detrás de él mientras inspecciona el camino. No me molesto en recordarle que Aleks nos acaba de decir hace un momento que nadie nos ha encontrado aquí. Da igual, no me escucharía si lo hiciera.

Normalmente, la vibrante energía de un mercado de agricultores me levantaría el ánimo, pero hoy parece una distracción, nada más que un escape temporal de la tormenta que se avecina.

A lo lejos, alguien toca una guitarra; su voz conmovedora es a la vez hermosa y melancólica. Ollie me coge de la mano.

Los puestos del mercado rebosan de frutas y verduras frescas, el aire está impregnado del olor a tomates maduros y los vendedores anuncian sus ofertas del día. Los niños corretean entre los puestos y un adorable cachorro negro con correa ladra juguetonamente entre ellos.

Pasamos por un puesto que vende café recién tostado. Nos compro un vaso a cada uno mientras Ollie aprovecha para examinar a la multitud con pericia. Su expresión es, como siempre, tensa y alerta. Uno de los niños se escapa corriendo de otro y casi choca conmigo.

—Cuidado —dice Ollie, sujetando al niño con ambas manos a cada lado—. Casi te chocas con mi mujer.

El niño palidece y asiente. Miro a Ollie con sorpresa e intento ver lo que ve el niño: un hombre que le dobla el tamaño, con una chupa de cuero, cubierto de tatuajes y con unos ojos verde oscuro que no conocen límites.

No me extraña que se lo esté pensando dos veces.

—¿Quieres algo? —pregunto—. Quizá una galleta con pepitas de chocolate lo endulce y suavice su carácter.

Quizá no.

Se encoge de hombros. —¿Lo que tomes tú. Mazorca de maíz a la mexicana?

—¡No! ¿Dónde?

Señala con la barbilla a un vendedor tres puestos más allá.

—Sí. —El *elote* es una de mis comidas favoritas.

La mujer regordeta del puesto, con una sonrisa amable, me entrega dos barquetas de papel llenas de maíz a la parrilla embadurnado con mayonesa, chile en polvo, queso cotija, zumo de lima y cilantro.

Él le da dos billetes de cien dólares y le dice que se quede con el cambio. —No, no, esto es demasiado —empieza a decir ella, pero él se limita a negar con la cabeza y me aleja de allí.

Le doy un bocado. Los sabores estallan en mi lengua. —Esto está delicioso. ¿Te gusta?

Intento entablar conversación, pero él se encoge de hombros. —Está bien. —No puedo evitar fijarme en que tiene los hombros ligeramente encorvados, como si esperara que algo, o *alguien*, nos saltara encima.

Nos abrimos paso entre la multitud y nos tomamos nuestro tiempo para mirar joyas hechas a mano, tarros de mermeladas y conservas caseras, y oler cestas de popurrí de canela y clavo. Me compra un anillo de cuentas turquesa en uno de los puestos del borde del mercado, el más cercano a la música. —Es bonito y delicado —dice, deslizándolo en mi dedo—. Como tú.

Beso su mejilla sin afeitar. —¿Delicado?

—Mmm.

Cuando llegamos al puesto de churros, se me hace la boca agua. —¿Quiere probar? —pregunta el vendedor, ofreciéndonos una muestra.

Cuando voy a cogerla, Ollie niega con la cabeza. —Si quieres uno, que lo haga al momento —me susurra al oído.

—Vale. —Me muerdo el labio—. Sí, vamos a por uno. —Compramos uno y lo compartimos, pero el silencio entre nosotros parece más ruidoso que el bullicioso mercado. Intento ignorarlo, pero la continua actitud distante de Ollie me oprime el pecho.

Aunque el mercado bulle a nuestro alrededor, parece que estemos a kilómetros de distancia.

—¿Quieres volver? —pregunto finalmente—. Necesitas estar en el meollo del asunto, ¿verdad?

Él exhala y niega con la cabeza. —No es eso, Renata. Confío en mis hermanos. Pero no me gusta esperar a que tu hermano nos encuentre. Pensé que me sentiría diferente respecto a él una vez estuviéramos solos y a salvo, pero la verdad es que... siento que solo estamos posponiendo lo inevitable.

Lo inevitable: que mi hermano intente asesinarme y que mi nuevo marido le meta una bala entre los ojos. Igual que hizo con aquel hombre del vídeo.

—Estoy de acuerdo —digo—. El churro me pesa como una piedra en la boca del estómago. Vamos a casa.



Capítulo Diecinueve

RENATA

—TRANQUILA —le digo a Isabella—. Vas a estar bien, respira.

Está teniendo contracciones y es demasiado, demasiado pronto, joder. Hace unos minutos, ha gritado desde el cuarto de baño, diciéndonos que estaba sangrando abundantemente. Polina ha entrado en pánico, se ha quedado pálida y ha gritado llamando a Lev. Ahora estoy junto a Isabella, intentando mantener mi propio miedo a raya.

—Tumbate —le digo en voz baja, guiándola hacia el sofá—. Hay muchas razones para sangrar, Isabella. No todas son peligrosas. —El cuerpo de una mujer es complejo.

Mis palabras son firmes, pero por dentro el pánico me araña el pecho y los latidos de mi corazón retumban al compás de cada segundo perdido. Intento mantener la calma, pero el miedo me corroe por dentro.

Oigo el ruido de una puerta al abrirse, seguido de pisadas fuertes y, de repente, toda la rama masculina de la familia Romanov está en el umbral o, para ser más exactos, dándose codazos para pasar. Lev atraviesa la muralla de hombres como una apisonadora, con los ojos

desorbitados, enloquecidos por el miedo, y se dirige directo hacia nosotras. Está pálido, con los ojos muy abiertos por el pánico mientras me mira. —¿Qué ha pasado? —pregunta con voz tensa.

Lo pongo al día rápidamente. —Necesita ir a un hospital de inmediato —le digo, manteniendo la voz lo más calmada posible—. Podría no ser nada, pero tenemos que asegurarnos.

Alguien está al teléfono, llamando a una ambulancia. Le cojo la mano a Isabella con fuerza. Es una mujer tan fuerte e implacable, pero nunca la había visto tan asustada como ahora.

Le hablo en tonos tranquilizadores, como me gustaría que alguien me hablara si estuviera en su situación, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar. —Que alguien le traiga algo de beber —digo en voz alta.

Un momento después, Ekaterina llega con un vaso de zumo. Se arrodilla en el suelo frente a Isabella y le acerca suavemente el zumo a los labios. —Toma, bebe esto —dice en voz baja.

Le pasa la mano por la frente a Isabella y se me encoge el corazón. Ekaterina es la madre de todos. Ha visto y soportado tanto y, sin embargo, todavía tiene mucho más que dar.

Las sirenas suenan cada vez más fuerte, su ulular rasgando el tenso silencio. —Lev, ven aquí y siéntate a su lado —digo, levantando la vista—. Uno de vosotros tiene que salir y hacer entrar a los sanitarios para que sepan dónde encontrarla.

Aunque me duele el corazón por Isabella, me digo a mí misma que todo va a salir bien. Me vuelvo para buscar a Ollie en la muralla de hombres y me doy cuenta de que cada uno de los que están en la habitación lleva una pistola.

—Guardad eso —siseo, mirándolos fijamente—. ¡No podéis tenerlas a la vista ahora!

La mirada de Ollie se encuentra con la mía y una sonrisa avergonzada asoma a sus labios, como si su instinto de protección nunca hubiera estado en duda. Los demás siguen su ejemplo justo antes de que lleguen los sanitarios. —¿Cómo creéis que vais a salvarla con eso? —murmuro, negando con la cabeza.

—No sabíamos por qué gritaba —explica Ollie en voz baja. Tiene sentido: el grito de Polina nos ha puesto a todos en vilo y, con la amenaza de Carlos acechando, todos han venido aquí dispuestos a matar.

La realidad se me clava como hielo en la espalda: esta es mi vida ahora. Tenemos enemigos no solo escondidos, sino posiblemente delante de nosotros con caras amigables.

Sin prisioneros. Sin piedad.

Tres sanitarios, dos mujeres y un hombre, entran en la habitación y evalúan rápidamente la situación.

—Estudié para ser matrona en Colombia —digo con calma—. Creo que podría tener una complicación que explicaría la hemorragia, pero tenemos que asegurarnos. Queremos llevarla de inmediato para que no pierda más sangre.

Una sola mirada del sanitario y siento que algo no encaja. Mi instinto se dispara: esto no está bien.

Oh, Dios.

Algo va mal. Sacudo la cabeza, intentando despejarla. Probablemente solo sea la energía suspicaz de Ollie que se me está contagiando.

—¿Qué van a hacer para tratarla? —le pregunto a uno de los sanitarios.

—No la trataremos nosotros, señora —dice en voz baja—. La llevaremos al hospital para que la evalúen.

—¿Llevan mucho tiempo trabajando juntos? —pregunto, entrecerrando los ojos. Ekaterina y Polina me miran con sorpresa. No es una pregunta típica para unos técnicos de emergencias, pero mi instinto está en alerta máxima. Algo va mal aquí. Algo no encaja.

—Sí —dice uno de ellos, justo cuando otro dice:

—No.

La habitación se queda en silencio. Me encuentro con la mirada de Ollie y niego lentamente con la cabeza.

—Gracias. ¿Podrían darnos un minuto, por favor? —les pido a los sanitarios—. Por favor, esperen en la otra habitación. —Los sanitarios se retiran a mi petición, claramente sin querer atraer la ira de los hombres Romanov que hay en la sala.

Mierda. Necesitamos que la vea un médico de inmediato, pero no puedo enviarla con gente en la que no puedo confiar. Sin embargo, ninguno de nosotros es capaz de ayudarla. No tenemos las herramientas adecuadas ni los conocimientos necesarios. Se me revuelve el estómago.

—Nikko —dice Mikhail en voz baja—. ¿Por qué no vuelves a revisar las grabaciones de seguridad de la llegada de la ambulancia?

Se vuelve hacia Ollie. —Ollie, ¿por qué no vas a investigar esa ambulancia?

—Tenemos que hacer que la atiendan de inmediato —insiste Lev, con la voz tensa—. ¿Pero qué coño? Estáis exagerando.

Pero me encuentro con la mirada de Ollie al otro lado de la habitación y vuelvo a negar con la cabeza. No estamos exagerando. Están mintiendo.

—¿Qué está pasando? —pregunta Isabella, con la voz temblorosa—. ¿Qué está pasando?

—Solo queremos asegurarnos de que estás a salvo —digo con calma, intentando que mi voz suene firme—. Confía en mí.

Quizá Ollie no siempre exagera. Quizá de verdad estamos en grave peligro.

Le lanzo una mirada curiosa a Isabella. —¿Qué has comido o bebido en los últimos días? —le pregunto.

Enumera varias cosas normales. —¿Por qué? —pregunta, y el miedo se desliza en su voz—. ¿Crees que me han envenenado?

—Ahora mismo no me fío de nada, Isabella —digo en voz baja—. Sí, alguien podría haberle dado algo que le provocara calambres y hemorragias; es totalmente posible...

Quizá Carlos ha encontrado el puto dron y sabe que lo han engañado.

Quizá este era el plan de Carlos desde el principio: poner a alguien enfermo, llamar a los sanitarios, infiltrarse. ¿De qué otra forma podrían entrar aquí? No pueden entrar en esta fortaleza.

—Todo está en orden —dice Lev unos minutos después—. No hay nada sospechoso aquí fuera.

Pero no sé... Quiere que su mujer esté a salvo, ¿pero no estará pasando por alto lo más evidente? Vuelvo a mirar a Ollie.

—Espera a que Nikko vuelva de revisarlo todo.

—He oído las sirenas. Luego, durante unos segundos, no ha pasado nada más. No se han acercado. Ha habido una pausa antes de que llegaran los sanitarios —digo en voz baja—. Algo podría haber pasado entonces.

Hago un gesto a los sanitarios para que vuelvan a entrar en la habitación. Me dirijo a la sanitaria que está de pie frente a mí, una mujer alta y delgada con el pelo rubio recogido en un moño tirante.

—¿Hay algo que necesiten decirnos? —pregunto, observándola atentamente.

—No —dice demasiado rápido, con la voz tensa—. Tenemos que llevarla al hospital, señora.

Mmm. No consigo calarla. Me da mala espina.

Me dirijo al otro sanitario, un joven que parece que apenas puede mantener la compostura.

—¿Le pasa algo?

Abre los ojos como platos. —No, en absoluto —tartamudea.

Está mintiendo. Reconozco las señales de inmediato. Me pongo de pie, sintiendo que lo estoy dejando vendido, pero no puedo ignorar lo que veo. —Está mintiendo —le digo en voz baja a Ollie.

Ollie se mueve como una sombra, silencioso y letal, agarrándole el cuello al sanitario con una fuerza implacable que dice más que mil palabras. Isabella grita y Lev corre a abrazarla.

Ollie saca su cuchillo y, por un momento, pienso que le va a rebanar el cuello aquí mismo. Nadie respira mientras Ollie rasga la ropa del hombre, arrancándole la camisa para revelar un tatuaje que reconozco demasiado bien.

—El cartel —digo, negando con la cabeza—. Dios mío. ¿Cómo?

Ollie se vuelve hacia el resto de los sanitarios, sin soltar al que tiene agarrado. —Ya no puede hacerles daño. Díganos qué está pasando.

Una de las mujeres asiente, con el rostro pálido. —Encontrarán a nuestro compañero en el asiento del copiloto —empieza con voz queda justo cuando Nikko vuelve a entrar como una exhalación—. Tienen un rehén en la ambulancia.

—¿Podemos fiarnos del resto? —pregunta Lev, con la voz tensa.

Ollie agarra al traidor por el cuello. —Yo lo tengo —lo sacude—. ¿Hay alguien más con vosotros?

—¡No! —grita el hombre, pero noto que miente. Se me revuelve el estómago mientras me vuelvo hacia Ollie—. Está mintiendo.

—¿De quién podemos fiarnos aquí, Renata? —dice Lev, con sus grandes ojos fijos en mí.

—De las dos mujeres. Son las sanitarias de verdad. Ve con ellas, Lev. Uno de vosotros..., ¿Mikhail?, ¿Nikko?, que alguien vaya con ellas.

Ollie va a interrogar a este hombre, y yo tengo que estar aquí para ayudarlo.

Siento que voy a vomitar.

Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Por Isabella. Por Ollie.

Por mí.

Recogen a Isabella y la colocan en una camilla. La sacan a la ambulancia y la fría realidad del peligro en el que nos encontramos me provoca un escalofrío.

No podemos ni llamar a una ambulancia y estar a salvo. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a salir de esta?

La ambulancia se marcha y los restos fragmentados de la familia Romanov se quedan frente a nosotros. Mikhail hace un gesto con la cabeza a todos menos a Ollie. —Coged vuestras armas y venid conmigo —dice, con un tono de voz que me hiela hasta los huesos—. Renata, déjanos.

El hombre grita, suplicando clemencia. Recuerdo el vídeo que Ollie puso en la habitación del hotel; el tono de voz del hombre me resulta familiar. Son las súplicas desesperadas de un hombre que sabe que va a morir, y de forma dolorosa.

—Que todo el mundo se largue de aquí, Renata se queda —ladra Ollie.

Mikhail abre la boca, pero Ollie lo interrumpe: —Ella sabe cuándo miente la gente. Hará que todo sea mucho más rápido. El rostro de Mikhail se ensombrece mientras sopesa la exigencia de Ollie, pero finalmente accede y sale de la habitación.

—Ollie —dice Ekaterina en voz baja, con su bonito rostro contraído al salir de la habitación—, por favor, ten cuidado con la alfombra. Es nueva, querido.

—Joder —murmura Ollie—. Por eso las otras habitaciones son de hormigón.

En cuestión de instantes, solo quedamos los tres: Ollie, el traidor y yo.

Ollie ha enviado a uno de sus hermanos a buscar lo que necesita y volverá en un momento.

Agarra al hombre y lo empuja de cara contra la pared, con la mano en su cuello. La cara del hombre se le pone morada y agita las manos en el aire inútilmente. Ollie permanece impassible, con el rostro como una máscara inexpresiva y vacía.

Intento invocar un cierto nivel de rabia. Este cabrón usó a mi mejor amiga para llegar a Ollie. Iba a matar al hombre al que amo. Pero incluso ahora, aunque lógicamente sé que esto es cierto, tengo el estómago revuelto, sabiendo lo que estoy a punto de presenciar.

Ollie es mi marido. Una y otra vez ha herido brutalmente a gente, e incluso yo lo he visto. Ha asesinado. Sus manos se han manchado de sangre. Incluso en Colombia, se oían susurros sobre el lobo solitario, el silencioso, un hombre de ascendencia rusa que vivía en Nueva York y había venido a llevar a cabo una venganza brutal y sangrienta. Era temido por el hombre más grande y poderoso que conocí en el LSD.

Todo el mundo le temía.

Yo le temo.

—Quédate aquí —dice mientras arrastra al hombre a una esquina de la habitación—. No te separarás de mi lado, Renata, pero no quiero que tengas que presenciarlo todo.

Cierro los ojos y me recuerdo a mí misma lo silenciosa y suavemente que me toca. Sus manos, tan suaves y tiernas como es posible. ¿Y si fuera yo la que lo traicionara? No hace tanto tiempo que pensé que lo había hecho.

Cierro los ojos y me tapo los oídos, pero no puedo bloquear por completo el sonido de los gritos del hombre y la voz áspera de Ollie, los golpes que le da. Abro los ojos cuando lo arrastra de nuevo frente a mí. Ollie se mueve con fría precisión, corriendo las cortinas. Sus anchos hombros se ciernen sobre mí, bloqueando el único resquicio de luz. Con una eficacia despiadada, ata al hombre a una silla; las cuerdas se clavan tan profundamente en su carne que la sangre fresca las mancha.

Tiene la cara amoratada e hinchada, sangrando por múltiples contusiones que hacen difícil reconocerlo.

¿Lo reconozco?

Ollie da vueltas a su alrededor, tranquilo y metódico.

—¿Lo conoces, Renata? —Cuando sus ojos se encuentran con los míos, tengo una aterradora sacudida de reconocimiento.

—Sí —susurro—. Iba al colegio con Carlos, pero no recuerdo su nombre.

—No importa cómo se llame —dice Ollie, entrecerrando los ojos—. Permanece tranquilo mientras recorre el filo de una hoja enorme con el pulgar. Intento respirar, recordándome a mí misma que esto es necesario, que no hay una salida pacífica. Pero la bilis me sube por la garganta, un crudo recordatorio de la escena que está a punto de desarrollarse ante mí.

Ollie se pone delante del hombre e inclina la cabeza, inspeccionándolo como si fuera un espécimen en un laboratorio de biología. He visto esa mirada fría en sus ojos muchas veces, la que me hiela hasta los huesos. Este es el Ollie del que susurran, el que se venga sin piedad ni vacilación.

—¿Quién te ha enviado? —Su voz es grave, pero la amenaza, inconfundible. El hombre gime, apenas capaz de levantar la cabeza, pero Ollie lo agarra y lo obliga a mirar hacia arriba.

—¿Ha sido Carlos? Dímelo.

—¡Y-yo no sé nada! —solloza el hombre.

—Joder, ojalá me tocara uno que aguantara un puto interrogatorio sin cagarse en los pantalones —murmura Ollie con desdén—. Eres un tipo duro y grande cuando te pavoneas por las calles de Colombia, ¿verdad? Pero aquí, solo yo contra ti, eres un niño —se encoge de hombros—. Mis hermanos ni siquiera están aquí.

Los ojos del hombre están desorbitados y desesperados. —Sabe que nos traicionaste —me dice con sorna. Ollie le da un revés con tanta fuerza que la cabeza del hombre se sacude hacia atrás, y siento el chasquido de su mano en mis propios huesos. Me estremezco.

—¿Quién?

El hombre aprieta la mandíbula y no responde, apartando la mirada. La expresión de Ollie no cambia. Con una precisión despiadada, la hoja de Ollie destella en la penumbra, cortando la carne con un golpe rápido y experto. Sin lugar para la piedad. El grito que le sigue rasga el aire.

—La alfombra, Ollie —susurro.

Ollie pateo violentamente la silla del hombre hacia un lado justo cuando la sangre que cae va a parar al pasillo de baldosas que conduce a la puerta.

Tengo que mordirme el labio para no gritar yo también. ¿En esto me he convertido? ¿Inmune a la violencia y más preocupada por la alfombra de Ekaterina que por la vida de un hombre?

—¿Dónde está? ¿Qué planea ahora?

—¡Y-yo no sé nada! —farfulla el hombre, mientras un hilo de sangre le cae por la comisura de la boca. Sus ojos están enloquecidos por el miedo, saltando de Ollie a mí como si esperara que interviniera. Aparto la vista, incapaz de sostenerle la mirada porque, en el fondo, sé exactamente cómo va a acabar esto.

—¿Dice la verdad, mi amor? —me pregunta Ollie.

Tengo que negar con la cabeza. No puedo mirarle a los ojos. —No, claro que no —susurro.

La hoja de Ollie se mueve con precisión quirúrgica, cortando la carne, seccionando tendones. Los gritos del hombre se convierten en sollozos desesperados.

—Dímelo.

Su cuerpo se sacude contra las ataduras como si intentara escapar de la agonía, pero no hay escapatoria de Ollie.

Me obligo a observar cómo trabajan las manos de Ollie, firmes, controladas, como si lo hubiera hecho mil veces y funcionaran por pura memoria muscular. La forma en que retuerce el cuchillo y lo levanta antes de volver a clavarlo es casi clínicamente quirúrgica.

No se trata solo de obtener respuestas, se trata de asegurarse de que este hombre sufra lo máximo posible en el proceso.

—Ollie —susurro. La voz se me quiebra. No me oye o, tal vez, sí lo hace y simplemente no le importa. Ha ido demasiado lejos, está demasiado entregado a la tarea que tiene entre manos.

El hombre finalmente se rompe, sollozando nombres, lugares, cualquier cosa para que pare. Pero Ollie no para. Ni siquiera

aminora. Lo único que puedo hacer es quedarme ahí de pie y mirar, con el estómago revuelto, cómo el hombre que amo se convierte en un monstruo ante mis ojos.

Intento cerrar los ojos y bloquearlo todo —el ruido nauseabundo de la carne siendo destrozada, el chapoteo de la sangre, los gritos del hombre—, pero no puedo. Así es Ollie. Este es el hombre que amo. Y no importa con cuánta delicadeza me toque o cuán suaves sean sus caricias, no importa con cuánta levedad susurre mi nombre, esta es la faceta suya que siempre me atormentará.

Se vuelve hacia mí y debe de ver la náusea o el miedo, porque su semblante se suaviza por un momento. Se limpia la mano y la máscara se desliza lo suficiente como para dejarme ver al hombre debajo del asesino. —¿Estás bien, Renata? —Su voz es suave, pero sus ojos vuelven a ser de acero endurecido, un recordatorio de que esta violencia es una parte inseparable de quien es.

—Sí —susurro.

Su expresión se descompone. —Creía que eras la única que podía detectar mentiras, pero hasta yo sé que eso no es verdad.

Trago saliva con dificultad. —Estoy bien —insisto.

Con una mirada de preocupación, se limpia las manos en un trapo como quien lo hace después de un cambio de aceite, en lugar de como un hombre que acaba de torturar a alguien sin piedad. Extiende la mano hacia mí y la posa en mi hombro. A mi favor, *esta* vez no me estremezco.

—Ve a sentarte, Renata —dice en voz baja—. Ya casi hemos terminado.

Sujeta al hombre para que se mantenga erguido frente a él y le hace una última pregunta. —¿Dónde está Carlos? —La voz de Ollie es grave, de una calma letal, cada sílaba una promesa de dolor si la respuesta no llega rápidamente.

—Está aquí —dice el hombre en un sollozo—. Está aquí. Es demasiado tarde.

Se desploma en la silla, muerto. La sangre me retumba en los oídos y el hielo me recorre las venas. Miro fijamente a Ollie, que saca el móvil y llama a Mikhail. Tienen una conversación apresurada e intensa en ruso en la que Ollie le transmite toda la información que acaba de extraer del cadáver sentado en una silla en el pasillo de baldosas de la habitación. La alfombra está inmaculada, ni una gota de sangre en ninguna parte.

—Tenemos lo que necesitamos —dice Mikhail—. Bloqueadlo todo.



Capítulo Veinte

OLLIE

ESTÁ AQUÍ. En América. En The Cove. O, peor, aquí mismo, en nuestra puta casa.

Sigo de pie, con el móvil aún en la mano, y las palabras de la conversación que acabo de tener con mi hermano resuenan en mis oídos.

Asegúralo todo.

La orden está dada. Los protocolos se activan como un reloj, pero nada de eso importa una mierda, porque él ya está aquí.

Si conozco a mi hermano, ya estará trayendo a Isabella del hospital con un médico. Pero nada de esto importa, porque lo único que he pasado años intentando evitar ahora me está mirando a la cara: nuestro enemigo ha venido a por nosotros. Todo lo que hemos hecho, todo para lo que nos hemos entrenado, los protocolos de seguridad..., todo se ha ido a la puta mierda. Podría estar en nuestra casa, y podría ser demasiado tarde.

Me giro para mirar el cuerpo desplomado del hombre al que he matado, deseando haber ido un poco más despacio. Quería más

detalles. Sus últimas palabras resuenan en mi cabeza como un toque de difuntos.

Está aquí. Es demasiado tarde.

Y en ese momento, siento pavor. Esa clase de miedo frío y profundo que me he entrenado para apartar; tan extraño para mí que al principio no lo reconozco. Pero esta vez es diferente.

Esta vez tengo a Renata.

La miro —con el rostro pálido, los ojos ausentes y vacíos— y sé que la he perdido, pedazo a pedazo, con cada gota de sangre que mancha mis manos. El horror de lo que acabo de hacer y de lo que ella ha presenciado está escrito en sus facciones. Debería haberla mantenido alejada de esto —del monstruo que soy—, pero no lo he hecho. Le he dejado verlo todo: la sangre, la brutalidad, la puta oscuridad que se pudre dentro de mí. Le he dejado verlo todo, y no es la primera vez. Aún puedo sentir la sangre de ese hombre en mis manos como una segunda piel, y una parte de mí desearía poder sentir algo más que eso.

Ya he perdido demasiado tiempo dándole vueltas a esta mierda. Tenemos que movernos.

—No sabemos lo que quería decir —digo, con una voz fría y distante, casi impersonal, como si saliera de un altavoz en el techo. Quiero alargar la mano, atraerla hacia mí y decirle que todo irá bien, pero no puedo porque ya no me lo creo. Lo peor ha llamado a nuestra puerta: Carlos nos ha encontrado y he expuesto a Renata a aquello de lo que juré protegerla.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, lo veo todo: la duda, el miedo, la certeza de que nunca cambiaré. Al principio no dice nada, pero no es necesario. Puedo verlo en su mirada. Me tiene auténtico pavor.

—¿Qué ha significado eso? —dice, intentando reunir las fuerzas que le quedan, aunque parece que vaya a derrumbarse. Ha pasado por

mucho esta noche. Primero, el susto de Isabella. Luego, darse cuenta de que la seguridad de nuestra casa había sido vulnerada cuando llegaron los sanitarios. Presenciar cómo apuñalaba a un hombre y lo hacía desangrarse en el suelo. Lo ha visto todo.

Si acaso, es como una muerte por mil cortes. Me ha visto en mi peor momento, una y otra vez.

—No lo sé —quedamos en silencio durante largos minutos.

El silencio entre nosotros es asfixiante, y en lo único que puedo pensar es en que he hecho exactamente lo que me propuse no hacer.

Sabía que no debía enamorarme. Sabía que no debía pensar que podía tener esto, que me lo merecía. Porque en el segundo en que bajé la guardia, se materializó la peor situación posible. Expuse a la única persona —a la única mujer a la que he amado— al demonio que ruge dentro de mí. Y ahora, ni siquiera puedo protegerla.

—Lo siento —logro decir, con las palabras vacías porque ni siquiera sé por qué me estoy disculpando. ¿Por enamorarme? ¿Por no haberla protegido? ¿Por dejar que viera la oscuridad que hay en mí? ¿Por no protegerla de él, de mí?

Pero las palabras quedan suspendidas en el aire; demasiado poco, demasiado tarde, una promesa rota. Le tiendo la mano, pero ella retrocede y la distancia entre nosotros crece. Lo que empezó como una grieta se está convirtiendo en un abismo. Y es entonces cuando lo sé. El peor resultado posible de toda esta situación me está mirando a la cara.

—Renata —suplico, con la voz rota. Ni siquiera sé qué estoy pidiendo: perdón, una oportunidad, cualquier cosa que evite que se me escape.

—Tenemos que encontrarlo —dice en un susurro, con la cara blanca como el papel. Hasta sus labios parecen pálidos.

—Lo haremos.

—¿Está aquí? —dice, con una voz tan suave que apenas puedo oírla.

—Tenemos que suponer que eso es lo que quería decir. Podría haberse referido a The Cove, o podría haber dicho cualquier cosa para aterrorizarnos, sabiendo que iba a morir y queriendo sembrar el miedo en nosotros, pero tenemos que asumir que lo que dijo es verdad. —Acorto la distancia entre nosotros y la sujeto por los hombros—. Di la verdad. Dímelo ahora. ¿Con qué te amenazó?

Ella niega con la cabeza. Siento como si Renata se me estuviera escapando, y no puedo hacer nada para evitarlo. Es como una pesadilla interminable, con la mujer que amo fuera de mi alcance, y no importa cuánto lo intente, lo rápido que corra, lo que haga, no puedo retenerla; se me sigue escurriendo entre los dedos.

Los recuerdos me abruman: cada promesa que le hice de mantenerla a salvo, cada sueño susurrado de un futuro juntos. Ahora parecen mentiras. Mentiras que tuve que contarme porque quería creer que podía ser más de lo que soy. Que podía ser un hombre digno de su amor. Pero no soy ese hombre, nunca lo fui y nunca lo seré.

—Lo encontraremos. Tenemos que hacerlo.



Capítulo Veintiuno

RENATA

MIRO FIJAMENTE A OLLIE: mi protector. El monstruo. Mi marido.

La tensión es tan densa que me asfixia. Él está de pie junto al hombre desplomado, con las manos manchadas de sangre y, sin embargo, de algún modo soy yo la que siente que se ahoga.

¿Está muerto? No sabría decirlo. Quizá ya ni siquiera importa. Solo era una herramienta, castigado por el hombre con el que me casé. El hombre al que creía que podría amar.

Era un medio para conseguir un fin, y Ollie hizo lo que tenía que hacer: lo exprimió hasta que no quedó nada de él.

Los gritos del hombre todavía resuenan en mi cabeza, cada uno como una daga que se retuerce en mis entrañas. El rostro de Ollie es una máscara de control, impasible, pero hay algo en su mirada que parece una súplica. Parpadea y cualquier atisbo de humanidad que imaginé se desvanece. En su lugar aparece la misma oscuridad que ya esperaba, la inhumanidad que tanto me he esforzado por ignorar.

La inquietud se convierte en un nudo frío y duro en mi estómago.

Está aquí. Es demasiado tarde.

Un escalofrío me recorre la espalda, la preocupación se instala en mi mente y se alimenta de mis miedos más profundos. —¿Qué significa esto? —pregunto, pero las palabras me saben amargas. Ya ni siquiera sé si quiero la respuesta. ¿Qué sentido tiene dar el siguiente paso si cada movimiento parece una sentencia de muerte?

Ollie se endereza, el lobo solitario, el protector que destrozaría el mundo por mí. Pero, aunque me promete seguridad, no puedo evitar preguntármelo. ¿Qué pasa cuando la amenaza no está *ahí fuera*, sino justo delante de él?

Solo he querido a tres personas en mi vida: Isabella, Carlos y Ollie. Las tres personas más desquiciadas y despiadadas que han pisado la faz de la Tierra. ¿Qué dice eso de mí? ¿Por qué me siento atraída por los que queman todo lo que tocan?

¿Pero qué coño me pasa?

—Primero, vamos a ver quién sigue aquí. Tú. Mi madre y mi hermana. Lev e Isabella están en el hospital y todos los demás se han ido a casa. Después, contactaré con Aleks. Tenemos que averiguar dónde está. —Me atrae hacia él con un gesto de su dedo. Me acerco, aunque no quiero. El olor a la sangre de otro hombre todavía persiste en él.

Ante mi resistencia, la expresión de Ollie cambia; la preocupación que me había mostrado momentos antes se le escapa como el humo entre los dedos. Quizá solo fue una ilusión, algo a lo que creí poder aferrarme. Sus ojos son fríos, despiadados; su postura, rígida. El hombre al que amo ha desaparecido; ahora, ante mí, solo está el asesino frío y calculador.

—Tengo que mantenerte a salvo —ordena Ollie con voz fría y desprovista de consuelo. No hay ternura ni consuelo, solo una orden. Ahora mismo no es mi marido, sino un general dando órdenes.

Trago saliva e intento serenarme mientras asimilo la realidad de lo ocurrido. No estamos a salvo. El hombre que nos ha atormentado nos ha encontrado y no hay tiempo que perder. Mi única salvación es el hombre que tengo ahora delante.

—Harás exactamente lo que yo te diga mientras nos aseguramos de que todo el mundo está a salvo —dice con dureza, con frialdad—. Me habla como si fuera uno de sus soldados, pero no soy uno de sus hombres, soy su esposa, aunque ahora mismo no parece que le importe.

Niego con la cabeza. Lo que importa es hacer lo que él me dice y asegurarnos de que estamos a salvo.

—Sigue ladrándome órdenes, Ollie —espeto, con la voz tensa por la ira—. Sigue susurrándome palabras bonitas al oído y ya verás hasta dónde llegas.

—Renata —dice en un gruñido, con la paciencia bajo mínimos—. Compórtate. No me pongas a prueba ahora mismo.

Aprieto los dientes porque una parte de mí sabe que tiene razón. Este no es el momento ni el lugar.

Lo sigo fuera de la habitación, aunque en realidad no tengo elección porque me agarra el brazo con fuerza. Siento las piernas como un flan mientras me obligo a seguir adelante. La mente me va a toda velocidad, los pensamientos giran sin control mientras intento procesarlo todo. La casa, que se supone que es una fortaleza, parece una trampa; cada crujido del suelo y cada susurro del viento fuera hacen que dé un respingo. Nos reunimos en una segunda habitación, por suerte, porque la que está al lado del salón todavía aloja el cuerpo de un hombre que se desangra... o que ya está muerto.

La tensión está grabada en los rostros de todos mientras Ollie permanece junto a la ventana, con la mano cerca de la pistola mientras inspecciona el exterior.

Ekaterina está a su lado, retorciéndose nerviosamente el bajo de la camisa. —Renata —dice con amabilidad—, ¿está usted bien?

Niego con la cabeza y no respondo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Polina, con el rostro pálido.

—Vamos a cerrar todo a cal y canto —espeta Ollie con palabras cortantes y secas. Ya se ha convertido en el comandante; el calor que me mostró antes ha quedado sepultado bajo capas de fría premeditación—. Nadie sale hasta que sepamos que la casa es segura. He interrogado al hombre que se infiltró. Me ha dicho que Carlos está aquí.

—¿Aquí? —La voz de Polina flaquea, su rostro es una máscara de miedo apenas contenido. Todos lo sentimos: el terror tácito de que Carlos pueda estar entre estas mismas paredes.

Ollie ríe sin alegría. —Por desgracia, hasta ahí hemos llegado. Vuestra suposición es tan buena como la mía.

Polina y yo intercambiamos una mirada.

—No he podido sacarle más información. Podría haberse referido a Nueva York, por lo que a mí respecta. —Su postura me dice que no hay ni una puta posibilidad de que se lo crea.

Pero todos sabemos que la mayor amenaza es que esté en esta casa.

—Que se atreva —dice Polina mientras saca una pistola.

—¿Quién coño te ha dado eso? —pregunta Ollie.

—¿Te crees que solo los hombres de esta familia llevan armas? ¿Dónde has estado? Ah, sí. Moscú, París, Colombia. ¿Adivina qué, hermanito? Mientras tú estabas de trotamundos, Isabella nos entrenó en defensa personal y Harper nos ha dado clases de tiro hace poco.

He oído que Harper es una maestra con las armas, y me encanta que les haya enseñado a usar una.

Yo soy la siguiente, chicas.

—¿Sabes usarla? —pregunta Ollie. Me encojo.

El sonido de indignación que emitimos yo, su hermana y su madre, todo a la vez, hace que levante las manos como si fuera un niño pequeño. —Vale, vale. Solo quiero irme de aquí con los cojones intactos, gracias.

—¡Vuelve a decir algo así y te demostraré exactamente lo bien que se me da usar esta pistola! —dice Polina, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué parte? —dice él—. ¿La de que sé usar el arma o la de que tengo las pelotas intactas?

—Las dos cosas —dice ella.

—Vale, así que sabes usar un arma —murmura. Pensaría que está siendo un gilipollas si no supiera que está preocupado por nosotras—. ¿Mamá? —pregunta.

—No soy tan buena como Polina —dice ella—, pero no hay nadie que pueda hacerme una llave de estrangulamiento de la que no pueda zafarme. —Le sonrío con dulzura.

Sus ojos se abren un poco. Es la puta ama.

Ollie se vuelve hacia mí. —¿Renata?

—Acabo de empezar las clases, pero Isabella me ha dicho que aprendo rápido —digo yo. De algún modo, estar cerca de su madre y de su hermana me recuerda que formamos parte de algo distinto, algo más grande. Tengo un pequeño atisbo de lo que sería formar parte de verdad de esta familia.

—Tenemos que blindarlo todo —dice Ollie—. Aleks va a comprobar los marcadores biométricos. Quiero un barrido completo, por dentro

y por fuera.

Mantiene una conversación apresurada por el móvil en ruso.

—¿Están en el búnker? —pregunta Ekaterina en voz baja. Ollie asiente escuetamente con la cabeza.

—¿Está dentro de esta casa? —No pregunta cómo ha llegado hasta aquí, sino *si* está aquí. Veo el miedo en sus ojos, en la forma en que Polina se aferra a ella, y sé que no es la primera vez que se encuentran en una situación así. La pregunta queda flotando en el aire; el terror tácito que todos sentimos es innegable. Si está en esta casa, somos un blanco fácil, y me jode muchísimo.

Ollie habla de forma casi mecánica: —Vamos a escanear ahora. De momento, todo el mundo se queda en esta habitación. Nadie va a ningún sitio a solas.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunta Polina.

—El tiempo que haga falta —espeta Ollie.

—Relájate, Ollie. Sé que la mujer que amas está aquí con nosotras. Todas lo sabemos. ¿Adivinas quién más lo sabe?

Él aprieta los labios y no responde.

Cuando Polina se aparta de él, tiene los ojos brillantes por las lágrimas. Ekaterina la rodea con un brazo y le susurra algo al oído que suena a ruso, pero también veo el miedo en sus ojos. Ya no se trata solo de mí, se trata de todos nosotros, de asegurarnos de que ninguno se convierta en un daño colateral en el retorcido juego entre Carlos y los Romanov.

Un repentino estruendo fuera de la habitación me hace dar un respingo, pero es solo Aleks, que regresa de su barrido de la casa. Tengo que recordarme a mí misma que respire.

—No veo nada. He revisado todas las habitaciones. No hay señales de que hayan forzado la entrada ni de que haya nadie más que

nosotros. Si está aquí, se le da muy bien esconderse.

—Eso es porque no está aquí —añade Viktor, con tono frustrado—. No hay ningún indicio de que haya alguien en esta casa. Lo ha dicho solo para asustarnos.

Ollie no parece aliviado, como si ni siquiera les creyera. Su expresión permanece dura e indescifrable. —No estoy convencido. No pienso arriesgarme. Nos quedamos aquí encerrados hasta que esté seguro —ordena, con su voz convertida en un gruñido grave. No estará satisfecho hasta que haya registrado cada centímetro de esta casa, cazando sombras.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Polina.

—Ya lo he comprobado y te he dicho que no hay pruebas de que haya nadie más en esta casa. Tiene que estar en La Cala. Lo sabemos.

—Ponte en contacto con Toschi —dice Ollie.

¿Quién es?

¿Me sentiré siempre como si solo viera la mitad de lo que pasa a mi alrededor?

—Lo he hecho —dice Ollie—. Está en La Cala, pero no ha revelado su ubicación a nadie.

—Bien, entonces. Todo el mundo se queda aquí. Lo encontraremos.

—Es como buscar una aguja en un pajar —dice Aleks, obviamente frustrado—. ¿No te das cuenta?

—¿Qué quieres que haga? —explota Ollie—. Sabes que va a por Renata.

Sus hermanos se van cuando se dan cuenta de que nadie puede hacerle entrar en razón.

Pasan las horas, cada una más interminable que la anterior. Polina y Ekaterina intentan aligerar el ambiente con una charla trivial, pero hasta ellas acaban callando. Parece inútil forzar la conversación cuando estamos todos aquí, tensos, preguntándonos qué nos deparará el momento siguiente.

Finalmente, Ollie cede. —No hay pruebas de que esté aquí —dice con palpable reticencia—. Pero no pienso correr ningún riesgo.

—Qué sorpresa —murmuro por lo bajo, haciendo sonreír a Polina, aunque la sonrisa se desvanece rápidamente cuando los ojos de Ollie se clavan en los míos. Incluso ahora, con toda la incertidumbre que nos rodea —sobre quién soy yo, quién es él—, hay un filo peligroso en su mirada que me provoca un escalofrío.

Ay, Ollie.

—¿Por qué no volvéis tú y Renata a la habitación de invitados? —sugiere Ekaterina con dulzura—. Le prometo que Polina y yo nos quedaremos aquí mismo, en casa, hasta que nos dé más instrucciones.

Su mandíbula se tensa y le rechinan los dientes. Solo puedo compadecerme de cualquiera lo bastante insensato como para enfrentarse a él ahora. Está tan tenso que parece un resorte a punto de romperse.

—Vale —exhala bruscamente—. Aleks...

—Estoy monitorizando constantemente la biometría de la casa —le interrumpe Aleks, con un tono clínico—. Todos necesitáis descansar, comer y beber.

Ollie duda y luego me tiende la mano. Finjo no verla y, en su lugar, me adelanto a él. No quiero ser mezquina, pero no quiero tocarle ahora mismo.

No he asimilado el hecho de que le quiero con todo lo que es. La oscuridad, la brutalidad, el asesino frío y calculador. Pero ¿cómo se

reconcilia el amor con el miedo?

La idea de estar a solas con él ahora, enfrentándome a la frialdad de sus ojos y a la violencia de la que sé que es capaz, es demasiado.

Me alejo. Él me deja.

—¿Adónde vas? —exige en un áspero susurro.

—Adonde tú me digas —le espeto, con la rabia a flor de piel—. ¿Acaso tengo elección?

—No, eso no se discute. Te quedas conmigo.

—¿Y si no quiero? —le desafío, viendo cómo el dolor parpadea brevemente en sus ojos antes de ser reemplazado por la ira.

—Joder, Renata. ¿No ves que estoy intentando mantenerte a salvo?

—Su voz baja a un susurro ronco, su frustración es evidente—. ¿Por qué no puedes verlo?

—Puedo, pero no me hago ilusiones de que esté a salvo *de* ti, Ollie

—se me escapan las palabras antes de poder detenerlas, y quedan flotando en el aire como una sentencia de muerte. Él retrocede como si lo hubiera golpeado. Quizá por fin he tocado una fibra sensible en él, porque, por primera vez, veo dolor en sus ojos, oculto bajo capas de ira y fría premeditación.

—No quiero quedarme aquí —susurro, con la voz quebrada—. No contigo así.

—¿Así cómo? —pregunta, con la voz cargada de un peligroso matiz de oscuridad.

No respondo.

Caminamos en silencio, y me pregunto si está demasiado perdido, demasiado metido en su papel de comandante frío como para dar marcha atrás.

Cuando llegamos a la habitación, abre la puerta, entra y me mete dentro de un tirón. La cierra de un portazo y me aprieta contra ella, capturando mis labios en un beso feroz y desesperado. El cuerpo me traiciona y se me afloja al derretirme bajo el calor de su contacto, y me odio por ello.

Me besa como si hoy fuera el único día que nos quedara de vida, como si no hubiera promesa de un mañana. Me besa como si suplicara perdón por ser quien es. Me besa como si me amara, y me parte el corazón en dos.

—Que no hayamos encontrado ni una puta señal de Carlos no significa que estemos a salvo —murmura contra mis labios, con la voz tensa.

—¿Lo estaremos alguna vez? —pregunto, con la voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos por mantenerla firme.

—Por supuesto que sí —dice, pero oigo la mentira bajo su fanfarronería, aunque no quiera.

No, nunca estaremos a salvo. Siempre habrá algo que nos amenace. Siempre tendremos que estar alerta, y lo odio. Quiero huir. Quiero largarme de aquí. Y si no pensara que esa es la reacción más cobarde posible, lo habría hecho.

—Renata —dice, su tono suavizándose, volviéndose tierno de nuevo. No quiero que se ponga así; es mucho más difícil resistirse cuando está de este modo.

¿Por qué siquiera intento resistirme a él?

Me he pasado la vida protegiéndome de la vulnerabilidad. He tenido que hacerlo. Nunca habría llegado tan lejos si no lo hubiera hecho. No sé cómo manejar esto.

—Habla conmigo.

—No lo sé, Ollie. Tengo miedo. Y no es solo por Carlos.

Cierra los ojos y respira por la nariz. —No sé cómo seguir adelante. No sé cómo demostrarte que no me temas —niega con la cabeza—. No puedo evitar ser quien soy, joder.

—¡Ya lo sé! —grito, con la voz quebrada—. ¿No entiendes que ya lo sé? Pero no puedo agitar una varita mágica y convertirme en otra persona.

—¡Pues yo tampoco! —espeta él.

Es un argumento justo, y lo sé. Intento contenerme, comportarme como una adulta en lugar de como una niña cabezota. —Con esto no vamos a ninguna parte.

Finalmente, suelta el aire. —Aleks dijo que necesitabais comida, agua y descanso.

—Tú *también*.

—¡No puedo dormir sabiendo que él está ahí fuera, sabiendo que viene a por ti!

Niego con la cabeza. —Pues tendrás que hacerlo. ¿Qué vas a hacer? ¿Funcionar con las reservas durante cinco días? ¿Diez días? ¿Un mes, lo que haga falta?

Gime, soltando otro suspiro de frustración. Se acerca a una pequeña nevera en un rincón de la habitación de la que no me había percatado. —Aquí tenemos reservas de comida de emergencia. Come.

—Solo si tú también lo haces. —Si yo tengo que comportarme como una adulta, él también.

La abre, saca una barrita sustitutiva de una comida y una botella de agua y me las entrega, y luego coge una de cada para él. No soy tonta, así que me como la barrita, aunque sepa a tiza azucarada, y me bebo la botella de agua entera.

Voy al baño y me echo agua en la cara. No sé cómo puedo sentir como si me hubieran revuelto las entrañas con una cuchara y las hubieran horneado y, sin embargo, parecer totalmente normal. En todo caso, la cicatriz de mi cara parece más pronunciada que antes, pero probablemente sea porque necesito dormir. La cicatriz me parece, extrañamente, un símbolo de nuestra rota relación.

Ollie está hablando por teléfono en un ruso muy rápido, probablemente repasando lo que él y sus hermanos han descubierto.

—¿Cómo está Isabella? ¿Alguna novedad sobre ella?

Me mira. —Está bien —dice—. Sigue allí. Pregunta por ti.

—¿Por mí?

Niega con la cabeza. —Dice que tiene algo que decirte, pero no quiere decir qué es.

Frunzo el ceño. ¿Qué tendría que decirme?

—¿Y bien? ¿Vamos para allá? —pregunto, aunque sé que es imposible—. ¿Cómo va a decirme lo que necesito saber?

—Por supuesto que no. Hablaréis por teléfono.

Claro. Si somos un blanco fácil, no tiene sentido traer aquí a la embarazada.

Cojo el teléfono y contesto la llamada. —¿Isabella? ¿Estás bien?

—Estoy bien —responde Isabella, con voz firme, pero con un deje de cansancio—. He tenido un susto, pero nada grave. Por lo visto, esto puede pasar a veces. Qué suerte la mía.

—¿Por qué sangrabas? ¿Qué ha pasado? —pregunto, con la ansiedad oprimiéndome el pecho.

—Me han dicho que los calambres y el sangrado no están relacionados. Algunas mujeres simplemente tienen una mayor sensibilidad, lo que puede causar un sangrado ligero o incluso

abundante. Mencionaron algo sobre una hemorragia del embarazo, que es cuando la sangre se acumula entre las capas del útero o algo así. Suena aterrador, pero me aseguraron que a menudo se resuelve por sí sola y no daña al bebé. En cuanto a los calambres, es solo deshidratación. Me han puesto suero intravenoso y podré volver a casa pronto.

Ollie me observa atentamente, con esa expresión intensa que pone a veces, con los ojos entornados y los brazos cruzados sobre el pecho. Está sentado en el borde de la cama, con el ceño fruncido y los ojos verdes ardiendo de intensidad.

—Me alegro mucho de oír eso —digo, exhalando con alivio. Hay tan pocas personas que me importan de verdad en este mundo que saber que al menos una de ellas está a salvo me reconforta un poco. Necesita llevar este embarazo a término sin problemas.

El tono de Isabella cambia, volviéndose más serio. —Tenemos que hablar, Renata. Y aunque confío en mi marido y en el tuyo, lo que tengo que decirte es altamente confidencial. —Baja la voz—. Te he enviado un mensaje encriptado a tu teléfono. Necesitas alejarte de Ollie y escucharlo. ¿Entiendes?

El corazón me late más deprisa y se me eriza la piel. Trago saliva con dificultad y asiento, con la voz firme a pesar del torbellino que siento por dentro. —¿Dónde está Lev? —pregunto, manteniendo el tono deliberadamente ligero.

—Ah, ha salido a buscarme algo de comer —dice con dulzura—. Por favor, confírmame que has oído lo que he dicho.

—Lo he oído. Ya te llamaré. Muchas gracias por avisarme.

Cuelgo el teléfono con el corazón desbocado. Odio mentir, me parece que está mal, pero necesito averiguar qué me ha enviado. ¿De qué va todo esto?

—¿Y bien? —La voz de Ollie interrumpe mis pensamientos.

—Solo quería hablar de..., ya sabes, cosas de chicas —digo, negando con la cabeza. Fuerzo un bostezo—. Estoy agotada. Estábamos hablando de cosas como las hemorroides, los sangrados y la regla. ¿De verdad quieres los detalles?

Ollie me mira fijamente, sin pestañear, nada convencido. No se lo traga ni por un segundo. ¿Cómo voy a coger el móvil sin que se dé cuenta?

Tendré que esperar a que esté en la ducha, distraído, o quizá incluso a que se despierte en mitad de la noche. Ya encontraré la forma.

Mi móvil reposa inocentemente en mi bolso, sobre la mesita de noche. Si el mensaje está cifrado, significa que nadie más puede acceder a él. Eso es un alivio, al menos.

En un impulso, decido ir al baño. Mis auriculares también están en el bolso...

—Voy a prepararme para ir a la cama.

Ollie me sostiene la mirada un instante más. —Está bien —dice al final, con la voz teñida de una mezcla de sospecha y preocupación—. Voy contigo.

Oh, bendito sea Dios.

—Ollie, ¿no puedo ir ni al *baño* sola?

—Carlos podría estar en esta casa, Renata.

—Y si lo está, gritaré para que vengas a rescatarme. ¿Trato hecho?

—Vale —gruñe—, pero me quedo justo al otro lado de la puerta por si me necesitas.

Sé que su preocupación es genuina, pero es condenadamente asfixiante. ¿Y dónde iba a *estar* Carlos? Aleks ya ha realizado un escaneo de seguridad completo y no ha encontrado ninguna prueba de que haya alguien más en la casa.

Creo que está exagerando, como de costumbre.

Cojo el bolso. Él solo me lanza una mirada de curiosidad, que yo ignoro. Monto un numerito al cerrar la puerta del baño y poner los ojos en blanco, más que nada para distraerlo de lo que estoy a punto de hacer.

Abro el grifo y saco mi cepillo de dientes, haciendo todo el ruido posible para enmascarar mis verdaderas intenciones. Abro la cremallera del bolso, cojo un auricular y me lo meto en el oído. Me tiemblan las manos mientras toco la pantalla del móvil. Ahí está: un mensaje de texto de Isabella, esperando a que lo abra. Pulso el botón de reproducción y la pantalla me pide que use mi huella dactilar para desbloquearlo.

—¿Todo bien ahí dentro? —La voz de Ollie suena suspicaz, incluso a través de la puerta.

—Sí —respondo, forzando un tono ligero—. Mis muelas tienen un aspecto excelente. ¡Ni rastro de caries! —espero que no note el ligero temblor en mi voz—. No hay villanos en la ducha ni oigo ninguna bomba de relojería —añado, y el gruñido que oigo al otro lado de la puerta casi me hace sonreír.

La voz de Isabella llega a través del auricular, cautelosa y rápida.

—Tengo a un hombre que trabaja para mí que tiene información sobre Carlos. Ha descubierto que Carlos está trabajando con la Sombra Roja. Le han ofrecido un millón de dólares por tu captura, pues creen que posees información crucial que podría consolidar su poder o dismantelar sus operaciones por completo. Creen que conoces los secretos más delicados de la familia Romanov y del cártel Carrera, incluyendo alianzas y detalles de sus operaciones financieras; información que podría ayudarles a dominar el hampa colombiana.

Se me acelera el pulso mientras proceso sus palabras, pero Isabella no ha terminado.

¿Por qué no quiere que Ollie sepa esto?

—Sin embargo, hay más. Esta parte te afectará enormemente. Se supone que vas a heredar quinientos millones de dólares cuando cumplas veinticinco años, de la familia de tu madre. La Sombra Roja quiere capturarte a ti y a tu dinero para expandir su imperio.

Se me corta la respiración. Esto no es solo una cuestión de familia; es una cuestión de poder. Hay mucho más en juego de lo que imaginaba. Por supuesto, la vendetta de Carlos no lo habría empujado tan lejos por sí sola.

—Carlos está usando esto como su billete de vuelta al poder. Tenemos que sacarlo de su escondite ya. Cuanto más esperemos, más se desesperará. Y por eso mi mensaje para ti es privado, Renata. Ollie *nunca* te dejará usar de cebo, pero es la única forma de hacer salir a Carlos a la luz. Sabemos que está cerca. Aléjate de Ollie. Úsate a ti misma de cebo. Llévate a Ollie contigo si es necesario, pero tienes que hacer que Carlos salga de su escondite.

Se oye un ruido de estática y la grabación termina. Me quedo mirando el móvil, con el agua todavía corriendo en el lavabo. El corazón me late a toda prisa mientras cierro el grifo y meto el móvil de nuevo en el bolso.

Sé lo que tengo que hacer.



Capítulo Veintidós

OLLIE

RENATA DUERME a mi lado con una paz absoluta. Siento que me oculta algo, pero se ha encerrado en sí misma y ha levantado un muro entre nosotros desde que me vio darle una paliza de muerte al lacayo de Carlos. No pienso disculparme por ser quien soy, pero la necesito de vuelta. La idea de perderla hace que se me encoja el pecho. Pero ¿cómo voy a mantenerla a mi lado si soy lo que más teme?

Tardo en dormirme porque sé que Carlos está cerca. No está en esta habitación —de eso estoy seguro—, pero acecha en alguna parte, esperando el momento oportuno. Conozco a los hombres como él y puedo sentir su presencia como una nube negra cerniéndose sobre nosotros. La frustración me corroe; el impulso de hacerlo salir a la luz es tan fuerte que he llegado a plantearme prenderle fuego a mi propia casa familiar solo para hacerlo salir de su escondite. Mis pensamientos son desesperados, temerarios, pero la necesidad de atraparlo es abrumadora.

Finalmente, duermo a ratos; lo único que calma mi mente inquieta es el cuerpo cálido de Renata a mi lado. Pero incluso ese consuelo es fugaz. La mañana llega demasiado pronto y me levanto temprano

para ver cómo están todos. Mi madre está bien, mi hermana está a salvo y mis hermanos informan de que todo está en orden.

Sinceramente, no esperaba otra cosa. Así es como actúan los hombres como él. No cuenta con el respaldo de docenas de hombres, así que tiene que esperar el momento oportuno y atacar con fuerza y rapidez cuando menos te lo esperas, como una serpiente entre la maleza.

¿Cuándo va a mover ficha? ¿Cuánto más tenemos que esperar?

Renata se despierta a mi lado, se da la vuelta y se apoya sobre un codo. Su mirada es intensa y hay algo en sus ojos que hace que se me revuelvan las tripas.

Me da igual que esté enfadada o molesta conmigo: me inclino y le doy un beso en la mejilla antes de colocarle un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja. Ojalá supiera de verdad lo mucho que la quiero, que lo entendiera de verdad, *de verdad*.

—Pase lo que pase, Ollie, necesito que sepas que te quiero. Y necesito que confíes en mí.

Alargo la mano y le ahueco la mandíbula, obligándola a mirarme a los ojos.

—Eso suena a algo que te diría yo a ti. ¿Hay algo que tengas que contarme?

—No —dice, pero está mintiendo, sin duda.

—Renata... —insisto, con un tono bajo de advertencia.

Me interrumpe con firmeza.

—¿Qué te acabo de decir? Te quiero y tienes que confiar en mí. ¿Puedes hacerlo o no?

Hay una determinación en su voz que me hace dudar. Frunzo el ceño mientras ella continúa:

—No eres el único aquí, Ollie. He tenido una revelación esta noche. Sé que nos hemos peleado. He luchado con quién eres, con quién soy yo. Pero no hay nadie más con quien prefiera estar. Así que, por favor, Ollie. Concédeme esto —su voz baja a un susurro, sus ojos suplicantes.

Pienso en silencio por un momento. Sé que la quiero. La quiero como un hombre que se muere de hambre quiere su próxima comida, como un hombre que se ahoga quiere aire. *La quiero*. Por supuesto que sí. Daría mi propia vida por esta mujer. Le rozo la mejilla con el pulgar, recorriendo la cicatriz que marca su piel. Algunos pensarán que estoy loco, pero a mí me parece preciosa... única. Define quién es ella. No he conocido a una mujer más guapa en mi vida. Es como si esa cicatriz fuera el único defecto que la distingue de todas las demás, haciéndola única.

—Te quiero. Confío en ti —le digo con voz firme.

Ella exhala lentamente y luego susurra:

—Dame un arma, por favor.



Capítulo Veintitrés

RENATA

OJALÁ HUBIERA TENIDO MÁS tiempo para enseñarme a usarlo de verdad, pero tendremos que apañárnoslas. Noto que está reservado, pero lo está intentando, y, Dios, si eso no lo es jodidamente todo para mí ahora mismo.

Quizá amar a alguien no signifique la perfección ni no fallar nunca. Quizá signifique estar ahí. Quizá signifique aprender, una y otra vez, a seguir adelante a pesar de no saber ni siquiera los pasos que hay que dar o los movimientos que hay que hacer. Quizá amar a alguien signifique no rendirse, sin importar las adversidades a las que os enfrentéis juntos.

Por suerte, Ollie asiente. Se levanta de la cama y camina hacia la cómoda, abriendo el cajón de abajo. Cuando veo lo que me ofrece, ahogo un grito, pero lo reprimo rápidamente. *Sí*. Ahora vamos a sacar la artillería pesada.

—Coge esto —dice, entregándome un bote compacto y de mano, del tamaño de un pintalabios—. Tiene una boquilla y un tapón de seguridad para evitar descargas accidentales. Lo sujetas con firmeza en la mano, con el pulgar en el seguro, apuntas con la boquilla directamente a la cara de tu atacante y le apuntas a los ojos. Una

sola ráfaga debería bastar para incapacitarlo. En cuanto lo uses, echa un paso *atrás* para no inhalar el aire a su alrededor.

—¿Qué es lo que hace?

—Provocará ceguera temporal, dificultad para respirar y un ardor intenso, lo que te dará tiempo suficiente para escapar.

Su voz es firme, pero puedo ver la tensión en sus ojos mientras me observa.

Cojo el bote, con la mano temblando ligeramente mientras lo dejo en la mesa a mi lado. —Gracias.

—Si alguna vez necesitas incapacitar a un hombre, dale en los cojones —dice Ollie, con un tono mortalmente serio.

—¿En serio? —pregunto con las cejas arqueadas por la incredulidad.

—En serio —repite—. Un golpe seco con dos dedos, una patada... no hace falta mucho. Simplemente, no dudes. Esa es la clave. Solo tendrás unos segundos para actuar, pero es todo lo que necesitarás para escapar. —Niega con la cabeza—. Joder, me duelen los huevos solo de pensarlo.

Resoplo y niego con la cabeza. Esta es fácil.

Ollie continúa: —Si está cerca de ti, equilibra tu postura. El rodillazo es una de las formas más eficaces. Apunta al centro de la entrepierna, sé rápida y contundente, y eleva la rodilla. Esto es algo que puedes hacer si tu atacante está justo delante de ti o si te está sujetando o agarrando. Si hay más distancia, puedes intentar darle una patada frontal o incluso coger algo y golpearlo con ello, pero asegúrate de que tu puntería sea buena.

—Vale, de acuerdo, lo he entendido —asiento, con la boca seca. Tengo un dolor de cabeza repentino y agudo que sé que es solo por el estrés, pero aun así siento náuseas.

Asiento e intento asimilar todo lo que me está diciendo.

—Después de golpear a alguien en las pelotas, se doblará por la mitad. También podría desorientarlo o darle náuseas, pero raro será el tío que pueda caminar mucho tiempo si le golpeas donde más duele.

Asiento, sintiéndome un poco más preparada, cuando vuelve a meter la mano en el cajón y saca un cuchillo pequeño y fino.

—Ve a por las partes blandas y expuestas del cuerpo —dice, entregándomelo—. Y no dudes, Renata. Puede que las mujeres no seamos tan fuertes como un hombre, pero esa no es la cuestión. Acabo de darte tres armas que puedes usar contra un atacante. Lo que te hace más vulnerable es tu reticencia a usarlas. *Tienes* que estar dispuesta a herir a alguien para salvarte. Clava, retuerce, haz lo que coño tengas que hacer. Esto también es útil si alguna vez te inmovilizan. ¿Entendido?

Vuelvo a asentir, cogiendo el cuchillo y metiéndomelo en la manga. Me he vestido con ropa ajustada, algo que me permita moverme con rapidez si lo necesito. Tengo la sensación de que lo necesitaré.

Ollie se vuelve hacia mí y su expresión se suaviza mientras me mira a los ojos. —No sé qué está pasando por tu cabeza ahora mismo, pero sé esto: eres una superviviente. Eres ferozmente decidida. — Hace una pausa, su mirada firme e inquebrantable—. Tu mayor debilidad aquí es recordar quién fue tu hermano para ti. Tenlo claro, Renata: ese hombre ya no existe. Eso ya no importa. Aférrate al recuerdo de quién fue, pero no te engañes sobre quién es ahora.

Su voz se vuelve ronca por la emoción, y me cuesta un mundo no derrumbarme. —A veces, las relaciones se desvanecen y la gente cambia. Necesitamos recordar lo que tuvimos con ellos en lugar de mentirnos a nosotros mismos sobre cómo son las cosas ahora.

Sus palabras me calan hondo porque sé que son ciertas. Me he estado mintiendo a mí misma, esperando contra toda esperanza que mi hermano no sea el monstruo en que sé que se ha convertido. Una parte de mí todavía espera que Carlos me quiera como yo le

quise una vez, pero Ollie tiene razón: esa es mi mayor debilidad. Si muestra la más mínima señal de afecto, si se disculpa, sé que podría ceder ante él.

Es difícil describir el vínculo entre un hermano y una hermana, algo que nadie más puede entender. Nadie sabe por lo que pasé mientras crecía como lo sabe Carlos. Nadie conoce los hilos que tejieron la estructura de mi ser como él.

Podría contárselo todo a Ollie, pero nunca lo entendería como lo haría Carlos. Carne de mi carne, sangre de mi sangre... Al final, tendré que darme un espacio para llorar lo que una vez fue, para llorar la muerte del hermano con el que crecí.

Por ahora, tengo que sobrevivir.

Me quedo quieta, repasando las instrucciones que acaba de darme mientras veo a Ollie prepararse.

Deseo que todo esto acabe. Estoy lista.

Él también lo está.

Bajamos las escaleras como si estuviéramos en medio de un tiroteo activo, inspeccionando cada grieta, cada rincón. Sus guardias están apostados en varios lugares: en los umbrales de las puertas, junto a las ventanas. No se fía de esta situación, y yo tampoco. ¿Dónde podría estar Carlos?

¿O quizá estamos equivocados?

¿El hombre al que Ollie mató nos mintió?

Suspiro. Sé la verdad. Sé cuándo la gente miente, y él dijo la verdad.

Carlos está aquí.

No en Nueva York. No en The Cove.

Carlos está en esta casa, y está aquí para matarme.



Capítulo Veinticuatro

OLLIE

CUANDO LLEGAMOS AL COMEDOR, estamos solos. Hay indicios de que mi madre y Polina ya han desayunado: la taza de café favorita de mi madre está en el fregadero de la cocina y el cuenco de cereales de Polina está a su lado, con un poco de leche y una cuchara dentro.

Si por mí fuera, nadie estaría deambulando por ahí. Pero, joder, tenemos que obligar a Carlos a salir de su escondite.

En silencio, preparo unos huevos revueltos mientras Renata hace tostadas. Les unta mantequilla generosamente y las desliza en un plato junto a mis huevos. Cuando se acerca, la atraigo hacia mí. La abrazo. Le beso la sien y aspiro su aroma, y, por un instante robado, estamos en paz antes de separarnos.

No sé qué va a pasar hoy, pero la he oído alto y claro: *te quiero y necesito que confíes en mí.*

Aparte de mis hermanos, no confío en nadie.

Aprender a confiar en Renata puede que sea lo más difícil que haga en mi vida, pero puedo hacerlo.

—¿Cómo está Isabella? —pregunto, sabiendo que no va a contarme una mierda sobre ella.

—Está bien. Hoy se va a casa. —Baja la cabeza y aparta la mirada un momento, como si se estuviera armando de valor, reuniendo fuerzas. Tiene los ojos como platos cuando me mira—. Recuerda lo que te dije, Ollie —dice en voz baja, apartando su plato.

Asiento. —Lo recuerdo.

Mueve los labios para decir: «*Te quiero*».

¿Pero qué coño?

Me la quedo mirando mientras aparta el plato. —Se acabó, Ollie. No puedo más. Necesito espacio. Siento que me ahogo aquí.

Ah, no. Ni de coña va a... Se levanta y me la quedo mirando, confuso y un poco receloso.

—¿De qué estás hablando? No es ni el momento ni el lugar.

—¡Lo sé! Mi hermano no está aquí. Ya habéis mirado por todas partes. Aleks lo ha comprobado. No está aquí porque Carlos está muerto. Te dije que estaba muerto —dice, echando la cabeza hacia atrás.

¿Qué coño está haciendo? La miro, entrecerrando los ojos.

Pone los ojos en blanco y continúa: —Si de verdad estuviera aquí, no se escondería así. Él no es así. Lo sabes. Simplemente nos plantaría cara.

Se aparta de la mesa. —Que vigiles cada uno de mis movimientos me está volviendo loca. ¡Incluso has querido venir al baño conmigo!

—Renata —gruño, cerrando las manos en puños.

—No, Ollie. Necesito salir, pensar, respirar. No puedo seguir así. Ni siquiera quería casarme contigo, ya lo sabes.

Eso ni pensarlo. La fulmino con la mirada. —No vas a ir a ninguna parte. No mientras tu hermano siga siendo una amenaza.

Parece desesperada y frustrada, y me pregunto si todo esto es una actuación cuando se encara conmigo, con los ojos encendidos. —No me posees, Ollie Romanov. No soy una prisionera y no voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que me controles así. —Le tiemblan las aletas de la nariz.

Jesús.

¿Ha estado Renata compinchada con Carlos todo este tiempo?

Jura que nos la arrebataron, a pesar de que todas las grabaciones que teníamos hacían parecer que fue ella quien se fue por su propio pie. Hasta su mejor amiga pensaba que era una traidora.

¿Nos ha manipulado?

Mierda. Si está actuando, es muy buena actriz.

Camina a grandes zancadas hacia la puerta, con sus tacones repiqueteando en el suelo. ¿Va en serio?

—¿Adónde coño te crees que vas?

—Fuera, Ollie. No puedo más. Mi hermano está muerto y deliras si crees que vamos a quedarnos sentados esperándolo. No voy a seguir participando en estos juegos. —Sus movimientos son rápidos y agitados mientras se dirige a la puerta y agarra el pomo.

La alcanzo en dos rápidas zancadas. —No vas a ir a ningún sitio sin mí.

—¿Esa es para ti la suma de nuestra vida? —Se suelta de mi agarre, con la mirada centelleante—. Te lo he dicho, he terminado con esto. Si no me dejas ir, te obligaré. —Sin previo aviso, coge el pequeño bote que lleva en el bolso.

Me echo hacia atrás, sobresaltado. Joder. ¿Pidió armas para poder usarlas contra *mí*? ¿Acabo de caer en una puta trampa?

Mientras Renata marcha hacia la puerta, con una frustración evidente, algo cambia. Lo siento en las entrañas. El aire se siente más denso y tengo los nervios a flor de piel. Mis instintos están a punto de saltar y, antes de que pueda decir una palabra, la puerta se abre de golpe.

Y allí está él. Carlos Carrera, mi archienemigo, uno de los pocos hombres a los que Renata ha querido, flacucho y malvado. Está de pie en el umbral, con la mirada ensombrecida mientras la observa. —Atrás, Romanov. Un movimiento y muere. —Niega con la cabeza, con una pistola apuntando a Renata—. No me escuchaste, hermanita.

¿Cómo demonios ha entrado aquí? Debe de haber estado escondido a plena vista. Mi mente se acelera, tratando de entenderlo todo. Estamos junto al porche, cerca de la entrada —el único lugar que no habíamos revisado—, el sistema de ventilación que recorre las paredes, oculto tras rejillas y conductos. *Maldita sea*. No es la primera vez que evade la detección. Debe de haber encontrado una forma de bloquear su firma biométrica para asegurarse de que no captáramos su presencia aquí, y como es menudo, podría haber funcionado.

Maldito manipulador. No importa cómo lo haya hecho, podría haber interferido en las señales, introducido datos falsos o haberse camuflado de alguna manera. Vino aquí por una razón.

La mirada de Carlos se detiene en ella como un depredador que evalúa a su presa antes de un ataque. Hay algo retorcido en la forma en que la mira, como si le hubiera traicionado, como si su familia todavía reclamara algún tipo de propiedad sobre ella.

Pero se equivoca. Ella no le debe nada.

Le gruño mientras mi mente corre elaborando planes para frustrar el suyo. Para protegerla a ella.

—No se suponía que le dijeras a tu noviecito que estaba vivo.

—No lo hice —dice ella—. Sé por qué me quieres, Carlos. Isabella me lo contó todo. No te vas a salir con la tuya.

Aún sostiene el espray de pimienta. Se nota que está sorprendida y definitivamente asustada, pero también decidida. No va a echarse atrás delante de su hermano.

Él bloquea la salida mientras yo evalúo qué coño hacer. De repente, unos brazos fuertes me agarran por detrás. Lucho, pero quienquiera que me sujete no me suelta. Miro por encima del hombro y veo a un hombre enmascarado detrás de mí. *Joder*. ¿Dónde están mis hermanos?

Carlos me dedica una sonrisa. —¿De verdad creía que vendría solo? ¿Sabiendo que me mataría en cuanto me viera? He visto lo bueno que es con un arma, puto Romanov.

Esto es personal. Ni siquiera sé por qué, pero esto es jodidamente personal.

—¿No pensarías que ibas a escaparte tan fácilmente, verdad, Renata?

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. —Déjela en paz — advierto, aunque sé que no servirá de nada. Me retuerzo e intento con todas mis fuerzas zafarme de quien me sujeta, pero me tiene agarrado con tanta fuerza que no puedo ni moverme.

Carlos se ríe. —¿O qué, Ollie? ¿Va a matarme? ¿Igual que mató a mis hombres? —Sus ojos brillan mientras me mira—. ¿Está protegiendo a mi hermana? ¿Solo para poder follársela otra vez? ¿Para poder quitarle todo lo que le pertenece? ¿Acaso sabe ella por qué se casó usted con ella?

Los ojos de Renata se abren como platos al mirarme. ¿De qué coño está hablando?

—Ollie —susurra ella.

—No dejes que te manipule. No lo escuches.

Él da un paso más hacia Renata, pero ella se mantiene firme y aprieta los dientes. —Carlos, no tiene por qué ser así —empieza a suplicar.

¡No! Si cree por un puto segundo que puede hacer que entre en razón...

—Ni se le ocurra tocarla —gruño, con la voz temblándome de rabia. Carlos sonrío con arrogancia.

¿Dónde coño están mis hombres? ¿Dónde coño están mis hermanos?

—Hay algo que no entiende, señor Romanov —dice Carlos con voz repugnante—. Renata siempre ha sido mía. La sangre tira más que la tierra, especialmente para el cártel. ¿No lo sabía? —Niega con la cabeza.

Renata aprieta con más fuerza el bote, con los nudillos blancos. Carlos no sabe que lo tiene, aún no lo ha visto. Me lanza una mirada y yo asiento en silencio. Vamos a tener que luchar juntos para salir de esta.

—He venido a por ti, hermanita, porque tenemos todo lo que necesitamos; ya nadie puede detenernos. Sabía que si te enviaba aquí, serías capaz de encontrar la manera de entrar. También sabía que si te atrapábamos, obtendríamos información crucial sobre los Romanov. Y lo hemos conseguido, ¿verdad? —dice con una sonrisa. Renata niega con la cabeza como si estuviera confusa. ¿Ha estado trabajando con él todo este tiempo?—. Me lo has puesto muy fácil, Renata. Muchísimas gracias por tu cooperación, hermana. Ahora te llevaré conmigo, te entregaré a socios de confianza y me llevaré mi puta herencia.

—¿Qué herencia? —pregunta, pero es una mentirosa pésima. Yo tampoco sé de qué coño está hablando, pero desde luego ella sí.

Él alarga la mano para cogerla y, con un grito, ella aprieta el gatillo.



Capítulo Veinticinco

RENATA

LA MANO ME TIEMBLA. Incluso ahora, con todo lo que ha hecho, con todas las vidas que ha destrozado —incluida la mía—, dudo. Debería querer hacerle daño, pero no quiero. Y eso es lo que más odio de mí misma.

El chorro del espray se desvía por completo.

Carlos se limita a negar con la cabeza y, entonces, en dos zancadas, llega hasta mí. Sin embargo, no me hace daño, sino que me pone las manos en la espalda, casi con delicadeza, y saca una brida grande del bolsillo.

Lo ha planeado. Esto es exactamente lo que pensaba hacer desde el principio.

—Te dije lo que pasaría, ¿no es así? —susurra en voz baja. Su voz es fría y odio cómo se me revuelve el estómago solo con mirarlo.

—Te dije lo que haría —dice, y no puedo evitarlo. Veo al niño que conocí. Lo veo en sus ojos y en la forma en que tuerce la boca, como si estuviera actuando, como si alguien estuviera moviendo los hilos de una marioneta.

—¿Quién te está obligando a hacer esto, Carlos? ¡Tú no eras así, este no eres *tú*!

Se me queda mirando sin moverse, pero tiene los músculos tensos y los ojos alerta. Está esperando su oportunidad.

Ollie no le dejará vivir; no puede. Carlos está muerto. Lo sé. Pero ¿cómo puedo ser yo quien apriete el gatillo? ¿Cómo perdonaré a Ollie si lo hace él?

Carlos continúa con su sermón como si se estuviera convenciendo a sí mismo de que está haciendo lo correcto.

—Te dije cuáles serían las consecuencias si me traicionabas. Me has proporcionado exactamente lo que necesitaba, hermanita. Una forma de entrar en la familia Romanov. Gracias por eso —dice con una sonrisa.

¿De qué está hablando? Me siento mareada.

—Te prometí esto, ¿no, Renata? Verías cómo destruía todo lo que amas —lenta, dolorosamente— y ahora mírate. Me has brindado la oportunidad perfecta. Es casi como si quisieras que lo hiciera.

Una cuchilla brilla en su mano. Me sujeta contra él mientras se dirige a Ollie. —He visto lo que has hecho, Romanov. Ahora vas a probar tu propia medicina.

—¡No! —grito—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Cómo es que estamos en la finca de los Romanov y solo estamos Ollie y yo en un enfrentamiento con Carlos y uno de sus hombres? Debería haber guardias, sus otros hermanos, *alguien*.

Carlos avanza hacia Ollie.

Todavía llevo el cuchillo fino que me dio Ollie metido en la parte de atrás de los pantalones para poder cogerlo si fuera necesario. Esta es mi oportunidad. Mi hermano todavía no me considera una amenaza.

Pronto lo hará.

Libero la hoja de la funda que llevo en la espalda con las muñecas y deslizo la fina hoja hacia abajo hasta que toca mis dedos. Intento hacerlo lo más silenciosamente posible, todo mientras trato de distraer a Carlos. —¡Tú nunca fuiste así! —grito—. ¡Nuestro padre estaría asqueado de ti!

Sigo hablando de la tradición, la lealtad, todo mientras serrucho la brida. La ha sujetado sin apretar, no es difícil, solo necesito más tiempo. Por el rabillo del ojo, el hombre enmascarado que vigila a Ollie me mira. Ve lo que estoy haciendo. *Mierda*. Espero a que me delate, pero no dice nada. ¿Qué demonios...?

Todo sucede en segundos. Carlos se abalanza sobre Ollie justo cuando mis ataduras se sueltan. Mantengo las manos juntas para que no vea que estoy libre y miro el bote que se me ha caído al suelo. Carlos está de espaldas a mí. Me quedo quieta, fingiendo que sigo inmovilizada.

—Jodido capullo —le dice Carlos a Ollie con furia. Ollie sigue atado, así que Carlos lo golpea con facilidad. La cabeza de Ollie se echa hacia atrás y un chorro de sangre brota de la comisura de sus labios.

No.

No puedo soportar más esto. No voy a ver cómo le hace daño a Ollie.

En un movimiento rápido, cojo el bote del suelo y me lanzo sobre él. Lo empujo por la espalda y, cuando Carlos se gira, hago exactamente lo que Ollie me dijo: le doy una patada entre las piernas. Mi pie alcanza su objetivo con una precisión repugnante.

Mi hermano aúlla, y cuando cae al suelo agarrándose la entrepierna, aprieto el gatillo del espray. Esta vez no fallo.

Se me revuelve el estómago por las náuseas, pero sigo adelante. Aprieto el gatillo una y otra vez hasta que mi hermano grita de

agonía y se retuerce en el suelo, con una mano entre las piernas y la otra en los ojos.

—¡Ayúdeme! —le grita al hombre que sujeta a Ollie, pero el enmascarado no hace nada y se limita a observar.

Voy hacia Ollie mientras el hombre que lo sujetaba lo suelta. Me quedo mirando en estado de shock, lista para defender a Ollie, lista para ayudar, cuando, de repente, Ollie está de pie frente a mí con una sonrisa de suficiencia. Parpadeo sorprendida, pero él no duda. Es como si supiera que todo era una farsa, que el hombre que lo sujetaba no tenía malas intenciones.

—¡Atrás, Renata! —ordena Ollie mientras levanta a Carlos y lo estrella contra la pared. Le da un gancho que hace gritar a Carlos. Me echo hacia atrás y observo con horror cómo los dos únicos hombres a los que he amado en mi vida se pelean a puñetazos.

Grito mientras se golpean, rodando por el suelo. Los puños caen como yunques, pero Carlos está prácticamente ciego, así que ataca como un animal salvaje acorralado.

Es una lucha a muerte, como si su vida dependiera de ello, y, joder, así es. Sé que es así. Ollie da puñetazos y patadas, y Carlos araña y grita. Los cuchillos relampaguean y cortan, la sangre salpica el suelo. Finalmente, Ollie se arrodilla sobre mi hermano, le sujeta las manos por encima de la cabeza y le deja el cuello al descubierto.

Carlos parpadea, todavía cegado. —¡No! —grita—. Puedes matarme, pero esto no acaba aquí.

Se vuelve hacia mí. —Te quieren a ti, Renata. Quieren tu dinero. —Niega con la cabeza y, de nuevo, veo al niño con el que crecí. —Lo siento, La Sombra Roja..., me obligaron, no tuve elección —me dice, negando con la cabeza de lado a lado.

Se me llenan los ojos de lágrimas. —No lo mates, Ollie. Por favor, no lo hagas, por favor.

No puedo evitarlo. Pero Ollie me mira y niega con la cabeza antes de atar una cuerda alrededor de las muñecas de Carlos.

—Te ha hecho daño —dice Ollie—. Ojo por ojo —gruñe.

Es entonces cuando veo la marca que Ollie le ha hecho a mi hermano en la mejilla..., una que imita la mía. Sabía que se vengaría.

Me llevo la mano a la mejilla y no hablo. Trago saliva. Lucho con emociones encontradas.

—No quiero volver a verlo hacerte daño nunca más, Renata.

—Tiene que haber otra manera —suplico, rogando por la vida de mi hermano—. Por favor.

Ollie inclina la cabeza y me frunce el ceño. —Si lo dejo marchar...

Niego con la cabeza. —No te pido que lo dejes marchar, Ollie. No. Te pido que encuentres otra manera. Algo. Lo que sea.

Resuenan disparos a lo lejos. Carlos se retuerce bajo el agarre de Ollie. Ollie se mueve con la precisión letal de un hombre que lo tiene todo que perder. Cada puñetazo está cargado con la cruda y violenta necesidad de protegerme *a mí*: a su mujer. Su mundo.

—Mis hermanos están de camino. Estás jodidamente muerto, Carrera. La única razón por la que sigues vivo es porque la quiero a ella. —Lo levanta por la camisa y lo zarandea—. ¿Me entiendes?

Mi hermano asiente y aparta la cabeza. —Esto no va a acabar, Renata. La Sombra Roja te quiere a ti, quiere tu herencia. —Me suplica—: No te haré daño, Renata. Déjame marchar y lucharé por ti.

Es la primera vez en mi vida que desearía no poder detectar las mentiras. Es la primera vez en mi vida que anhele la ignorancia, porque mi hermano está mintiendo.

—Oh, Carlos —susurro—. Estás mintiendo. —Niego con la cabeza—. Está mintiendo, Ollie. —Mi hermano puede matarme y lo hará en cuanto Ollie lo suelte.

—Es *mía* —gruñe Ollie. Se pone en pie y pisa a Carlos, inmovilizándolo mientras le apunta con la pistola. Carlos echa la cabeza hacia atrás y grita como un lobo que aúlla. Me estremezco.

—A cualquiera que esté escuchando. A cualquiera que esté mirando. Nadie le tocará ni un pelo de la cabeza sin pasar antes por encima de *mí* y de cada uno de mis hermanos. Ahora es Renata Romanova. Mi mujer. Mi mundo entero. *Mía* en todos los sentidos que importan. Y si alguien, sea *quien sea*, intenta arrebatármela, correrá la misma suerte.

Lo miro como si nunca lo hubiera visto. En su rostro brillan el dolor puro y una belleza salvaje. En ese momento, sé que moriría por mí. Nunca antes me habían querido así.

Ollie se vuelve hacia mí, me tiende una mano y, una vez más —justo en medio de su salvajismo—, encuentra la ternura. Es capaz de aniquilar toda la creación y aun así encontrar siempre un hueco para mí. Es nuestro lema, lo que nos une: la belleza en la tormenta, el amor en medio de la tragedia. Mi despiadado protector que nunca me hará daño *a mí*.

Ollie me acuna la mandíbula con la mano y le hace una seña al hombre enmascarado de Carlos, solo que... no es uno de los hombres de Carlos. El hombre se quita la máscara. No lo reconozco, pero, cuando lo hace, veo el destello de una cicatriz en la cara interna de su muñeca. Era el hombre que me protegió de Carlos en Colombia. De repente, una oleada de comprensión me invade... Es el topo de los Romanov. Es uno de ellos.

—Llévatelo —le dice—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Apártala, Ollie —dice él con un gruñido grave—. Sácala de aquí.

Intento alcanzar a Ollie al mismo tiempo que él a mí. Las puertas del comedor se abren de golpe y los hermanos de Ollie, Nikko y Viktor, enormes y despiadados, irrumpen en la sala.

—Está ahí dentro. Id a por él —dice Ollie—. No quiero su sucia sangre en mis manos.

Cierra la puerta de un portazo tras ellos. Hundo la cabeza en el hombro de Ollie y me encojo al oír los disparos.



Capítulo Veintiséis

OLLIE

ABRAZO A RENATA, inseguro de lo que siente o de si algún día me perdonará por mi papel en la muerte de su hermano. Sé lo que sentía por Carlos al final, lo que esperaba y cómo se desmoronó todo.

Entramos en el salón, lejos del porche, de la cocina y del comedor, lejos del recuerdo de lo que ocurrió en nuestro enfrentamiento final con su hermano. Nikko y Viktor se encargarán de los detalles.

Me suena el teléfono.

No quiero hablar con nadie ahora mismo; solo quiero estar a solas con mi mujer. Pero sé que tengo que contestar. Mi tiempo ya no me pertenece.

Sin siquiera mirar el identificador de llamada, cojo el teléfono.

—¿Estáis bien los dos? —es la voz de Lev al otro lado.

—Sí. Estuvo aquí. Lo tenemos —exhalo—. Carlos ha muerto. ¿Dónde estáis? —respondo, siendo breve. Ya habrá tiempo para conversaciones detalladas más tarde, pero, por ahora, necesitamos intercambiar lo esencial.

—Joder. Pero bien. Estamos de camino a casa. Isabella y yo llegaremos pronto.

Me alivia oír eso. Tenemos tanto de lo que hablar.

Justo después de la primera, entra una segunda llamada. —¿Qué ha pasado? —exige Mikhail en un torrente de palabras furiosas. No hay nada que deteste más que saber que alguien a quien quiere ha estado a punto de morir. Y no puedo culparlo por ello.

Se lo cuento todo, sin escatimar detalles. Durante toda la conversación con mis hermanos, mantengo a Renata en mi regazo. No llora, pero esconde la cabeza en mi pecho, con las manos encogidas contra el cuerpo como una niña pequeña.

Solo después de colgar me doy cuenta de que la he estado meciendo suavemente, como por instinto.

Mikhail me explica que, cuando todo sucedió, los guardias de mi madre y mi hermana las mantuvieron atrincheradas y a salvo en sus dormitorios. Gracias a Dios por eso. Esos guardias van a recibir una buena prima.

Renata y yo nos quedamos en silencio durante largos minutos. Finalmente, le pregunto:

—¿Estás bien?

Las palabras son muy poca cosa, una gota de agua en el desierto, pero ella es elegante y tiene clase, como siempre.

—Sorprendentemente, sí —responde—. Ya sabes que no quería ver... —se le quiebra un poco la voz, pero traga saliva y continúa— que pasara eso, pero he estado pensando en lo que dijiste... ¿sobre no aferrarse a quienes eran las personas antes? Y ahora me doy cuenta de que mi hermano ya no era la misma persona con la que crecí. Simplemente no lo era. En fin. —Niega con la cabeza y exhala, y su aliento cálido roza mi piel.

Paso los dedos con delicadeza por su pelo, deseando poder consolarla. Ojalá pudiera hacer desaparecer todo su dolor, pero sé que no la ayudaría, aunque pudiera. Ahora es mía, y esta es la vida que vivimos. Esta es la vida que siempre tendremos.

Una bolita de pelusa blanca entra corriendo por la puerta como una bola de algodón animada. Renata se incorpora y, por primera vez, una lágrima le resbala por la mejilla.

—Rey Arturo —susurra ella. El perrito salta a su regazo y le lame la cara sin piedad con sus diminutas patas apoyadas en su pecho. Ella lo abraza con fuerza, susurrándole palabras dulces en español, llamándolo su pequeño guerrero, su amiguito. Sé que llegará el día en que este pequeñajo de verdad la defenderá y protegerá, pero, por ahora, su amor inquebrantable e incondicional le dibuja una sonrisa en la cara. Este pequeñajo se merece un premio.

—Siempre te querré por haberme regalado este cachorro —dice en voz baja.

No hablamos de Carlos, no en ese momento. No lo necesitamos.

La vi suplicarle, e incluso vi su propia lucha interna, como si una pequeña parte de él quisiera volver a lo que fue. Pero ambos sabíamos que le había vendido su alma al diablo y que mantenerlo con vida no era una opción. La abrazo mientras ella acuna al perro.

—Te quiero, Renata. Y siento muchísimo lo de tu hermano.

—Ollie..., el hecho de que al final no fueras tú quien lo mató significa más para mí de lo que jamás sabrás.

Si no hubiera tenido otra opción, lo habría hecho, pero no hace falta que lo sepa. No ahora.

Parece pensativa. —Ese hombre de la cicatriz en la muñeca... me salvó de Carlos en Colombia.

Asiento. —Trabaja para nosotros. Más tarde informará a mis hermanos.

—Joder. ¿Se arriesgó a infiltrarse con *Carlos*?

—Sí.

—Tiene unos cojones de acero —dice con evidente admiración.

Le revuelvo el pelo. —Nada de hablar de los cojones de otro hombre.

—¿Por qué va a informar a tus hermanos? ¿Por qué no a ti?

—Porque ahora tengo otro trabajo. —Le doy un beso en la mejilla—. Asegurarme de que estás bien. Acabas de pasar por un infierno.

—Lo sé, pero no puedo explicarlo... Es solo que... ahora siento una extraña sensación de alivio. Ni siquiera me había dado cuenta de lo tensa que estaba, esperando a ver qué pasaría con mi hermano. Pero ahora que ya no está, me siento aliviada. Y... —Siento que su muerte marca el fin de una era y que ahora por fin puedo pasar página.

—Lo entiendo perfectamente.

La abrazo en silencio y, durante largos minutos, ninguno de los dos habla. Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo que necesitamos espacio para procesarlo todo.

—Parece que el amor de verdad significa estar dispuesto a sacrificarse por el otro —dice Renata en voz baja—. Renunciaré a mi libertad, a mi independencia. A todo. Y sé que me protegerás. Yo también te protegeré y haré todo lo posible por ti.

Le doy un beso en la mejilla. —Creo que amarse de verdad significa aceptar el pasado, darse espacio para sanar y estar dispuesto a apoyarse mutuamente, pase lo que pase.

Nuestro amor ha sido puesto a prueba tanto por nuestros demonios personales como por las fuerzas externas. Pero lo que importa ahora es que nos respetamos y estamos comprometidos a encontrar soluciones, a ceder, a encontrar la paz.

Se oyen pasos al otro lado de la puerta. Isabella y Lev han llegado.



Capítulo Veintisiete

RENATA

—¿ESTÁS bien? —me pregunta Isabella.

—Estoy bien. Y Ollie también. ¿Y tú?

—Estoy bien —repite, restándole importancia. Entra en la habitación y se sienta frente a nosotros—. Ollie, mis disculpas. Fui yo quien animó a Renata a usar a Carlos de cebo. Sabía que tú nunca lo permitirías, así que hice que ocurriera.

Él aprieta la mandíbula y la fulmina con la mirada; es obvio que la situación no le hace ni pizca de gracia, pero ¿qué va a hacer ahora?

—¿Va a ser siempre así? No estoy seguro de que me guste que vayas a estar haciendo esto constantemente. ¿Vas a estar interfiriendo todo el tiempo entre mi mujer y yo? —pregunta Ollie.

—No —dice ella en voz baja—. No es eso.

Estos dos siempre han sido así y siempre lo serán. Él es protector y ella, testaruda.

—Escucha. Sé que tienes que hacer lo que haga falta, pero tampoco quiero que actúes a mis espaldas, Isabella. ¿Cómo te sentirías si yo

hiciera eso con tu hermano? ¿Con tu marido?

—Si me dijeras la verdad, haría lo que estuviera en mi mano.

Lev resopla. —¿Habrías permitido que Renata fuera el cebo para Carlos? —dice—. Una mierda, Ollie. La habrías obligado a quedarse a tu lado y, antes de darnos cuenta, dentro de seis meses, Carlos seguiría suelto.

—Me alegro de que uno de vosotros pueda tomarse todo esto con tanta calma —espetea Ollie.

Algo ha cambiado en mí. Su actitud protectora y su severidad son... monos.

¿Monos? ¿Qué me pasa?

Me tomo un momento para apreciar lo bien que se está así, abrazada. No he tenido muchos momentos en mi vida en los que me haya sentido completamente a salvo. Inspiro su aroma limpio, fuerte, fiable. Lev tiene razón. Él nunca habría permitido que Carlos me hiciera daño. Y amo eso de él.

—Sois las dos personas a las que más quiero en este mundo —digo y, para mi sorpresa, ni siquiera me tiembla la voz—. Vais a tener que enterrar el hacha de guerra o lo que coño tengáis que hacer para llevaros bien. Isabella hizo lo que creyó que tenía que hacer, Ollie. Y yo también. De ahora en adelante, tenemos que establecer la regla de que seremos tan transparentes como sea posible los unos con los otros y, cuando no sea posible, confiaremos en las decisiones de los demás.

Ollie esboza una media sonrisa. —Me parece bien. Es lo que mis hermanos y yo tenemos que hacer.

—Exacto.

Isabella y Ollie siguen fulminándose con la mirada y por fin caigo en la cuenta de que quizá están tan enfrentados el uno con el otro *porque* los dos me quieren.

Ella se preocupa tanto por mí como él, y no se ponen de acuerdo en lo que tienen que hacer. Bueno, ¿quién lo iba a decir? Me siento un poco halagada. Nunca me ha querido tanta gente.

Lev me mira con seriedad. Es curioso cómo no tiene parentesco de sangre con Ollie, pero se parecen un poco. Quizá sea la sangre rusa y el rollo de macho alfa.

—Renata —dice Lev con cuidado—. Tenemos que hablar de lo que ha pasado con tu hermano, de lo que haremos con su cuerpo y de lo que viene ahora. ¿Te parece bien que hablemos de eso ahora?

Creía que sí, pero siento que los ojos se me abren de par en par por el horror, el corazón me martillea y las palmas de las manos me sudan. Supongo que mis instintos han respondido por mí. —No, no me parece bien —digo con sinceridad—. Preferiría que tuvierais esa conversación sin mí. Gracias.

—¡Claro que no le parece bien! —le espeta Ollie a Lev—. ¿Qué coño te pasa? ¡Era su hermano, gilipollas!

Pongo una mano en su pecho para calmarlo. —No pasa nada —digo. El rey Arturo me mira con su carita de osito de peluche y me lame un dedo. Le rasco las orejas y él suelta un profundo suspiro, se tumba y se queda dormido al instante en mi regazo. Mi ritmo cardíaco se ralentiza. Puede que sea el mejor regalo que nadie me ha hecho jamás.

—Ollie, está bien. Él ha preguntado y yo he respondido. Pero gracias.

Finalmente, gruñe y asiente.

Dios, lo quiero tanto. Es el tipo de pensamiento que hace que todos los demás disminuyan a medida que se afianza, grabado a fuego en mi mente y en mi corazón. *Lo quiero.*

Creía que lo quería antes, pero ahora sé que el amor es mucho más que una conexión y una atracción compartidas.

Quizá el amor no es perfecto sin lucha, sino que se fortalece a través de la adversidad, abrazando todas las partes de lo que somos, desde lo pasional hasta lo cotidiano. Quizá capear temporales solo subraya nuestros compromisos mutuos.

Quizá el amor consiste en respetar las diferencias de la otra persona, en quererla con sus defectos y todo.

Quizá el amor lleva tiempo y florece al madurar si se riega y se cuida bien.

Quizá, solo quizá, me parece bien no tener todas las respuestas, no hacerlo todo a la perfección. Porque quiero a Ollie Romanov, imperfecto y humano, feroz y devoto, y sé que él me quiere a mí.

He visto su transformación y me siento honrada de ver adónde vamos a partir de ahora. De verdugo despiadado que me mantuvo prisionera, vi cómo se abría gradualmente a la posibilidad de una conexión real, de un amor real, de encontrar una manera de equilibrar su oscuro pasado con la esperanza en el futuro. Encontró la forma de romper las barreras que lo contenían y me dejó entrar.

Cuando lo conocí, yo era una superviviente recelosa; resistente, sí, pero amurallada contra todo y contra todos los que me rodeaban. He aprendido a confiar en mí misma, a confiar en los demás, a encontrar una sensación de paz y aceptación para ambos.

No tengo que ser fuerte y despiadada como Isabella, increíble con un arma como Harper o una científica brillante como la esposa de Nikko, Vera..., ni ninguna de esas cosas. Quizá pueda ser simplemente... yo. Renata Carrera Romanova.

Yo también tengo un sitio aquí. Pertenezco a este lugar.

—Mikhail va a querer hablar de todo lo que ha pasado porque tenemos que actuar ya —insiste Lev, hablando de forma pragmática y, por suerte, sin ser consciente de la transformación que se ha producido en mi interior. Él y Ollie mantienen el tipo de intercambio silencioso que no llego a comprender.

Lev lo fulmina con la mirada y Ollie niega con la cabeza. Gruñen y gesticulan y, finalmente, Lev levanta las manos al aire y Ollie habla: —Escucha. Renata ya ha pasado por suficiente. Nos aseguraremos de que todo esté bajo control, por supuesto —dice Ollie—. Pero no quiero hacerla pasar por esto ahora mismo. Se merece un descanso. Ha sido demasiado.

—Estoy bien —digo en voz baja, pero cuando Ollie abre la boca para protestar, niego con la cabeza—. Te lo prometo —digo suavemente.

Ollie por fin asiente, aunque me aprieta un poco más. —¿Vale? ¿Tienes hambre? ¿Necesitas agua? ¿Algo de comer?

La risa contenida y sombría de Lev desde el otro lado de la habitación llama la atención de Ollie.

—Cállate —espeto Ollie.

Pero Lev niega con la cabeza. —No. No pienso callarme una puta mierda. Después de que nos soltaras un sermón a todos y cada uno de nosotros sobre no enamorarnos, sobre lo débiles que éramos por hacerlo, mírate ahora —continúa Lev con voz burlona—. ¿Necesitas agua? ¿Algo de comer?

—Lev, por Dios, madura —le espeto, pero no puedo evitar sonreír—. Estoy bien, pero no pienso levantarme del regazo de Ollie digáis lo que digáis. Así que puedes decirle a Mikhail que se vaya a la mierda si es lo que quiere.

—¿Qué has dicho? —pregunta Mikhail desde el umbral de la puerta, y me siento como si tuviera seis años. Hundo la cara en el pecho de Ollie.

—Nada —digo, lo que hace que Ollie se ría entre dientes.

—Dadle un respiro. Está bajo mucha presión —dice Ollie en voz baja. Sus labios se curvan mientras se inclina y me susurra al oído—. Pórtate bien. —Se me encienden las mejillas.

Por suerte, Ollie cambia de tema. —Tenemos que hablar todos. Mikhail, ¿qué está pasando?

El resto de los chicos entra en la habitación. Supongo que soy muy valiente para mandar a Mikhail a la mierda, a no ser que lo tenga delante. Este grupo no se toma bien las faltas de respeto, y mi marido tampoco.

Reconozco a regañadientes que esa es una de las cosas que me encantan de él.

—Isabella ha descubierto que, sin que ella lo supiera, Renata tiene una herencia enorme esperándola de la que no tenía ni idea, y un cártel rival, La Sombra Roja, se ha enterado —dice Mikhail—. Al final, Carlos admitió que trabajaba para ellos, que pretendían llevarse a Renata para poder reclamar su herencia. Y...

—Lo que, para mí, es una gilipollez —dice Ollie—. Está casada.

—Son conocidos por ser despiadados y por saltarse las leyes del lugar, por así decirlo —interviene Isabella.

—¿Tienes experiencia personal con ellos? —le pregunto.

—Por desgracia, sí. —Traga saliva con dificultad y mira a Lev antes de dirigirse a Ollie—. Tienes que vigilar de cerca a Polina. Será una de las opciones que les queden, ¿sabes? Ahora que saben que Renata está casada, lo más probable es que vayan a por Polina. No se detendrán ante nada. Son despiadados. Malignos —dice—. La única razón por la que no hemos tenido una guerra abierta con ellos es porque mi padre hizo una tregua hace años. Ahora la considerarán nula, ya que mi hermano está muerto.

—Pero os aliasteis con los Romanov —dice Ollie, como si eso lo explicara todo.

Siguen y siguen, discutiendo los estatutos y las normas de los sindicatos del crimen organizado internacional, las regulaciones, el respeto y la falta de este, y una letanía de nombres de gente que no

conozco y que no me interesa conocer. Pero yo solo oigo una cosa... Polina está en peligro.

¿Acabará esto alguna vez?

Probablemente no.

Quizá no pase nada.

Quizá estos hombres forjan su identidad a través de ser hombres de acción, fuertes y valientes. Y quizá nosotras, las mujeres, estábamos destinadas a ser la contraparte que los desafía. Porque cuando tengo a un hombre como Ollie Romanov en mis manos, ¿y sé que ha caído rendido a mis pies y que me ama?, siento que podría comerme el mundo.

—Mamá se muere de ganas de daros de comer a todos —dice Lev.

Mi estómago gruñe al instante. —Dejando a un lado rivales y amenazas, ahora mismo me apetece un montón comer algo de verdad.

—Tenemos que ducharnos —dice Ollie. Pero lo conozco. Quiere escaparse. Me quiere para él solo.

—Sin problema —dice Mikhail, perdonándome, obviamente—. Haremos que os suban la comida a la habitación. ¿Puedes decirme qué quieres hacer ahora, Ollie? ¿Quizá llevarla lo más lejos posible de aquí? Llevas lidiando con Carlos bastante tiempo. Ahora que ha desaparecido, necesitáis un respiro.

—Lo sé —dice Ollie en voz baja. Sin embargo, cuando me mira, sé exactamente cómo responder.

—No queremos viajar. Habéis tenido a Ollie dando vueltas por todo el mundo y no ha podido echar raíces. Es el único que no lo ha hecho. Puede que sea demasiado generoso para admitirlo, pero está listo para sentar la cabeza. Conmigo.

Ollie se inclina y me besa la frente. —Gracias. Nos quedaremos aquí hasta que encontremos un sitio para nosotros. Este es nuestro lugar —dice Ollie.

—A mamá le va a gustar inmensamente eso —dice Lev con una sonrisa—. Yo también sonrío. A mí también.

Polina se lleva al rey Arturo y nosotros subimos a la habitación. Me doy una ducha larga y caliente mientras Ollie atiende unas cuantas llamadas más, y justo cuando me estoy aclarando el pelo, abre la puerta.

Se queda en el umbral hasta que el vapor le humedece el pelo.

—¿Vas a entrar? —le pregunto en voz baja.

—Sí.

Mi corazón se acelera. Hemos pasado por mucho y quiero reconectar con él. Necesito saber si él siente lo mismo.

Se agarra el bajo de la camiseta y se la quita lentamente por la cabeza. Echo la cabeza hacia atrás, dejando que el agua caliente me queme el cuero cabelludo y corra por mi cara mientras lo miro fijamente. Parpadeo.

Tiene un corte en el brazo y le sangra. Se le está formando un moratón violáceo en el otro brazo y, aun así, nunca ha estado tan guapo.

Se quita el resto de la ropa y la deja caer al suelo. Hay algo en el hecho de estar desnudos el uno frente al otro que se siente como un nuevo comienzo. Me gusta. Mientras avanza hacia mí, lo repaso perezosamente de arriba abajo. Se detiene a unos pasos de la ducha. Trago saliva y me lamo los labios, cojo la pastilla de jabón y me enjabono los pechos con parsimonia. Me satisface inmensamente ver cómo crece su erección mientras me observa.

—Eres jodidamente guapa —susurra—. Y eres mía.

Nunca me ha gustado el lenguaje posesivo, pero algo en la forma en que lo dice él me enciende por completo. Me encanta. Lo amo a él.
Lo deseo.

—¿Ah, sí? —bromeo—. ¿Se supone que debo hacer algo con esa información, señor Romanov?

Le sostengo la mirada, desafiándolo.

—En absoluto —dice en voz baja, observándome mientras me enjabono el coño—. Pequeñas burbujas me recorren las piernas y me enjuago la mano. Dejo el jabón, me paso los dedos por debajo del agua y los deslizo hasta la parte superior de mi sexo.

La forma en que gruñe hace que se me erice la piel. —Deja lo que es mío para mí, Renata. Ya sabes lo que espero.

Lo sé, y por eso me estoy tocando, provocándolo. Esto es un baile entre los dos, y me sé los pasos de memoria. Me encanta que él guíe y espere que yo le siga. Mientras que otros pueden tener conexiones instantáneas, él y yo hemos luchado por lo que tenemos. Y ahora que hemos sobrevivido, ahora que hemos llegado a la primera meta de lo que estoy segura de que serán muchas más, siento que necesitamos esta victoria.

—Ni se te ocurra —dice, con los ojos ardiendo en los míos, desafiándome, rogándome—. Ese *es mi coño* —susurra.

No sé cómo puede decir eso y seguir manteniendo una masculinidad tan arrolladora, pero me pone muchísimo. Juro que me reiría de cualquier otro hombre que lo dijera.

—Entra aquí, entonces —digo, retrocediendo—. Ven a coger lo que es tuyo.

Entra en la ducha y me busca. Suelto un jadeo un segundo antes de que nuestras bocas choquen. Mis manos se enredan en su pelo, mis piernas rodean su cintura y él me agarra el culo de una forma casi dolorosa. El agua caliente cae en cascada sobre nuestros cuerpos,

ahogándonos en hilos de agua, y no dejamos de besarnos. Su lengua se encuentra con la mía y su gemido apasionado y masculino hace que cada nervio de mi cuerpo se encienda. Gimo, frotando mi coño contra su caliente erección. Me da una fuerte palmada en el culo.

Trago saliva, con el pulso acelerado, mientras aparta su boca de la mía solo para dejar un rastro de besos por mi cuello. Lame un hilo de agua que me recorre el pecho y dirige su boca hacia mi pezón. Inclinandose, lo succiona y lo mordisqueea con el filo de los dientes. Echo la cabeza hacia atrás y gimo. El nudo de nervios entre mis piernas palpita. Lo necesito. Lo deseo. Me encanta que él sienta lo mismo por mí.

Nuestros cuerpos se entrelazan, los brazos y las piernas se enredan mientras él adora mis pechos. Conmigo en sus brazos, su polla presiona contra mi coño. Levanto las caderas y él embiste. Estoy tan llena, tan estirada, que gimo de satisfacción. Me trago un gemido, con la boca abierta en éxtasis.

Me encanta sentirlo. Me encanta cómo me sujeta —de forma posesiva y poderosa—, como si estuviera dispuesto a llevarme sobre brasas ardientes y a través de un fuego abrasador, del infierno y de la guerra.

Quizá ya lo ha hecho.

Mi necesidad por él crece con cada gemido que pronuncia, con cada caricia de sus manos ásperas y su boca tierna. Sus dedos se clavan en mis caderas. Su polla palpita dentro de mí. El pulso se me acelera mientras él se traga mis jadeos y me embiste. El placer me envuelve como un cálido capullo y mi cuerpo se hace añicos en el mismo instante en que él gime y su corrida caliente me inunda.

Cabalgamos sobre nuestro placer, nuestros cuerpos como uno solo. Nunca me he sentido tan ligera y tan llena a la vez. Su caliente semilla se derrama fuera de mí mientras el agua de la ducha me golpea la piel.

Dejo caer la cabeza sobre su pecho y me abraza como si por fin nos hubiéramos encontrado.

Sin decir palabra, nos enjabonamos el uno al otro. Me tiemblan las piernas, así que me sujeta contra él, apartándome el pelo de los ojos e inclinándome la cabeza hacia atrás para aclararme. Luego me toca a mí enjabonar su cuerpo. Beso cada marca de tinta y cada cicatriz, y guío mi mano por su espalda para quitarle la espuma.

Cierra la ducha, coge una toalla y se la envuelve rápidamente alrededor de la cintura. Después, coge otra para mí.

En silencio, salgo de la ducha y me meto en la toalla que me ofrece, en la cálida protección de sus brazos. Todavía me tiemblan las piernas mientras me guía al dormitorio.

Es como si hubiéramos lavado el pasado y hubiéramos entrado en el futuro. En el espacio de las posibilidades infinitas y de un amor que no conoce límites.



Capítulo Veintiocho

OLLIE

ME DESPIERTO a la mañana siguiente sintiéndome el tío más afortunado del mundo. Tengo a la mujer más guapa que he visto en mi vida acurrucada a mi lado, con una pierna sobre la mía y sus delicadas manos bajo la cabeza. Saboreo este momento. No sé a qué nos enfrentaremos después, así que no quiero dar por sentado ni un solo minuto con Renata.

—Eh... —dice ella con un susurro ronco—. Buenos días, Ollie.

Me inclino y la beso con ternura.

—Buenos días.

—Polina te ha subido al rey Arturo. ¿Ha dicho algo de que está aprendiendo a hacer sus necesidades como un campeón y que ha sacado una espada de una piedra en el jardín? A lo mejor al final va a ser algo más que una bolita de pelo.

Renata sonríe y se incorpora; su rostro se ilumina de alegría cuando el rey Arturo salta a la cama y le lame la cara.

—Venga, baja de la cama antes de que papi se vuelva loco —dice, volviéndolo a dejar en el suelo.

Papi.

Nunca me había imaginado casado y mucho menos con una familia. Es como para pellizcarme. Dejo que la palabra resuene, sopesando su calibre. Jamás pensé que querría que nadie me llamara así.

—¿Por qué esa cara triste? —pregunta ella, poniéndose seria.

—No estoy triste. Estoy atónito. Cada vez que me despierto a tu lado, me golpea de nuevo: eres mía. En este mundo de caos, aun así te tengo a *ti*. —Niego con la cabeza—. Y cuando has dicho *papi*, es que... me ha hecho pensar en niños. Nunca había pensado a tan largo plazo.

Asintiendo, me coge la mano y me la aprieta un poco.

—Lo entiendo. Yo tampoco. No hay espacio para pensar en el futuro cuando estás en modo supervivencia.

Eso es exactamente.

—Pero ya hemos superado eso —dice en voz baja—. Y aunque no creo que esté lista para tener hijos *todavía...*, lo estaré algún día.

Asiento. «Algún día» parece un lujo que nunca he tenido.

—¿Qué hacías anoche con el iPad? —pregunta, estirándose—. Oh. Has pedido que nos subieran el desayuno. Gracias, me muero de *hambre*.

—Me imaginaba que la tendrías —le guiño un ojo—. Anoche trabajaste duro.

Me lanza una mirada pícara.

—Cosa de dos.

Se incorpora y pongo la bandeja del desayuno entre los dos. Le unto la tostada de mantequilla y ella me sirve café de una jarra. Comemos en un silencio agradable. Resulta natural, y, joder, me encanta.

—Estoy deseando que cocinemos nuestra primera comida juntos en nuestra nueva casa —dice con una sonrisa—. Al final aprenderé.

—No tienes por qué. Quiero decir, podría contratar a alguien.

Niega con la cabeza.

—Quiero hacerlo.

Le aprieto la mano.

—Yo también. —Quizá la gente da por sentadas las tareas domésticas. Yo estoy deseando tener un césped que cortar y una nevera que llenar.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto cuando hemos terminado de desayunar y hemos apartado la bandeja.

—Estoy bien —dice en voz baja mientras me examina—. ¿Y tú? ¿Estás herido?

Me encojo de hombros.

—Tengo algunas heridas, pero nada que me moleste de verdad. Habría soportado cien veces más que esto por ti.

Me acaricia el brazo y me besa el hombro desnudo.

—Lo sé. Y te quiero por ello.

—Yo también te quiero.

Ella sonríe.

—Buen giro. —La forma en que le brillan los ojos y se le forma un atisbo de hoyuelo en la mejilla hace que me dé un vuelco el corazón—. Te quiero —dice, con la voz ronca por la emoción.

Le aprieto la mano.

Pasa un instante antes de que continúe, pensativa.

—Ollie, creo que quiero hablar con alguien. Un terapeuta o algo así, ¿sabes? Creo que necesito curarme. No solo por lo que pasó con Carlos, sino por todo. Necesito aprender a ser... *yo...*, pero sin todo ese... miedo. —Suspira, aunque le brillan los ojos.

Le aprieto la mano, joder, qué orgulloso estoy de ella.

—Creo que sería una idea excelente. La mujer de Nikko, Vera, tiene una amiga que trabaja con nosotros. ¿O tenías a alguien en mente?

—No, eso sería genial. Gracias. Es solo que... sé que estoy de luto por la muerte de mi hermano, pero he estado pensando mucho en lo que dijiste. No estoy tan triste por su muerte como pensé que estaría, y creo que es porque ya había llorado por quien fue una vez, si es que eso tiene sentido.

Le beso la mejilla.

—Claro que lo tiene, preciosa. Y estoy orgulloso de ti.

El rey Arturo da vueltas junto a la puerta y suelta un pequeño *guau*, poniendo fin a nuestra conversación mientras corremos a vestirnos para sacarlo. Está un poco encapotado y nublado, con una ligera llovizna. Renata inspira el aire puro.

—Vaya, qué día más bonito, ¿verdad? Nunca pensé que un día como este —nublado, lloviendo— pudiera parecer *esperanzador*. Pero lo parece.

Le sonrío y miro hacia donde las nubes se abren y la luz se cuela desde los cielos. Me encanta que mire un día nublado como este y vea belleza. Yo también la veo.

—Sí, nena —digo, con voz suave pero segura—. Es precioso.

Avanzamos, cogidos de la mano, con los dedos entrelazados como el pasado que dejamos atrás. Mientras estemos juntos, lo que venga no me asusta. Porque el futuro es *nuestro*. Nuestra promesa. Nuestra historia.



Epílogo

OLLIE

—*ESTA* —dice Renata. Está en el porche de la séptima casa que hemos visto en los últimos siete días. Situada en un barrio arbolado a treinta minutos de The Cove, parece un oasis privado. Retirada de la carretera, a la sombra de imponentes pinos, es apartada y acogedora, y supe que habíamos encontrado nuestro hogar definitivo por la mirada en sus ojos, incluso antes de que lo dijera. Algunos compran su primera casa solo para mudarse más tarde a una más grande, pero nosotros queremos sentar la cabeza. Echar raíces. Formar una familia.

—Sí, nena —digo en voz baja, sorprendido al notar la voz ronca por la emoción. No es nada extravagante como las casas en las que crecí, las que nos enseñó la agente inmobiliaria, pero es acogedora. Cómoda.

—Nos imagino aquí —dice, señalando el bosque—. Corriendo por el césped con nuestros hijos. Quizá tengamos un... columpio o algo. No sé. Pero es tan...

—Tranquilo —decimos los dos a la vez. Sin decir palabra, subimos al porche y las tablas del suelo crujen bajo nuestros pies. El aire está impregnado del aroma a pino y hierba recién cortada. Una suave

brisa le agita el pelo contra mi brazo mientras la abrazo. Un pájaro pía en la distancia.

Y lo que no necesitamos decir en voz alta es que, en un contraste tan oscuro con la turbulencia que hemos dejado atrás, nos parece lo correcto.

—Te voy a pedir que hagas algo, Ollie, y quiero que te lo pienses bien. —Sus ojos castaños se clavan en los míos. Es tan mona cuando cree que puede intimidarme—. No me des una respuesta precipitada sin pensar, como haces siempre.

Me meto las manos en los bolsillos y no puedo evitar sonreír.

—Sabes que yo no doy respuestas precipitadas.

—Lo que quiero decir —dice, negando con la cabeza y señalándome con el dedo—, es que eres un hombre muy decidido, pero resulta que estás casado con una mujer muy decidida.

Joder, y que lo digas.

Continúa, con la voz temblorosa:

—Y quiero... quiero comprar esta casa con mi dinero. Por un par de razones. —Me sorprende, pero no la interrumpo. Escucho. Se lo debo, y la verdad es que no me importa si gasta su dinero o el mío. Al fin y al cabo, todo es nuestro. Ahora somos uno, una unidad. Una familia. Pero esto es importante para ella, así que escucho.

—No quiero tener ese dinero parado. Quiero invertirlo en una casa y no quiero una hipoteca. Quiero saber que yo, Renata Romanova, he comprado esta casa con mi propio dinero. —Levanta la barbilla y me sostiene la mirada—. Que *nadie* me la puede quitar.

Ha llegado tan lejos, ha recorrido un camino tan largo... Ahora es segura de sí misma e independiente. Sé que esto significa mucho para ella. Esto no es solo una casa en un barrio tranquilo, es más que un lugar donde vivir. Es una declaración de en quién se ha convertido, de por lo que hemos luchado. Se ha forjado un camino

más allá de una vida de inestabilidad donde la paz era efímera. Nadie puede quitarle esto. Ni ahora, ni nunca, y lucharé por esta paz para ella hasta el día en que exhale mi último aliento.

—Por supuesto que puedes —digo, encogiéndome de hombros—. No me importa, Renata. Todo lo que tengo es tuyo. *Todo*.

Y lo digo de verdad. La atraigo hacia mí y encaja en mis brazos, acurrucada como si hubiéramos sido tallados de una sola pieza y, ahora, por fin, *por fin*, hubiéramos encontrado el camino de vuelta el uno al otro.

Hemos luchado mucho por esto. Y lucharemos aún más.

Le beso la frente mientras el chasquido de los tacones de la agente inmobiliaria resuena en el porche.

—Casi una hectárea de terreno y una reserva en la parte de atrás, incluso hay un pequeño arroyo donde la gente pesca —dice. Se saca unas gafas de leer y sigue leyendo una lista. No para de hablar del agua caliente y los suministros, los colegios de la zona, los metros cuadrados, el exterior, que es una mezcla de clásico y moderno, bla, bla, bla, pero apenas la oigo. Mi mujer está jodidamente contenta y eso es todo lo que importa.

—Este lugar no está lejos de la ciudad —continúa—, pero lo suficiente como para que la gente tenga que hacer un viajecito para visitaros —añade con un guiño. A treinta minutos de mis padres, mis hermanos y sus familias. Es la distancia justa. Porque necesitamos algo nuestro.

—Puede que la cocina necesite una reforma —empieza con el ceño ligeramente fruncido—. Quizá pueda negociar el...

—Nos la quedamos —dice Renata. La agente inmobiliaria, que ya había trabajado con mi familia, me mira en busca de aprobación. Enarca una ceja.

—¿Señor Romanov?

—¿Por qué me pregunta a mí? Haga lo que le dice mi esposa —digo, con un matiz de amenaza en la voz. No cuestionará a Renata.

—Por supuesto —dice con una sonrisa, volviéndose hacia Renata—. ¿Quiere que negocie el precio a la baja por la reforma de la cocina?

Renata se encoge de hombros.

—No. Me gusta cómo está. Esa isla de la cocina puede servir de mesa para desayunar, y me encanta la vista del jardín desde el comedor. —Se vuelve hacia mí—. ¿Estás de acuerdo?

Me encojo de hombros.

—Yo necesito un sitio donde preparar una cafetera de café y un fuego para hacer unos huevos revueltos, y un lugar donde poner mis batidos de proteínas. La pregunta es: ¿tú eres feliz?

Mis hermanos se reirían de mí sin piedad, pero me importa una mierda. Sé cuál es el objetivo de mi vida, cuál es mi propósito, y está de pie justo delante de mí con estrellas en los ojos.

—Excelente. Es usted una mujer que sabe lo que quiere. —Le sonrío ampliamente a Renata, que se sonroja un poco. Por supuesto que lo es. Le aprieto la mano, y cuando la agente entra para hacer una oferta formal, Renata da una palmada como una niña pequeña y salta sobre las puntas de los pies. Mientras la miro, no puedo evitar pensar en el caos del que escapamos, en los peligros a los que nos enfrentamos. Este momento vale cada puta batalla que he librado. Acurruco la cara en su pelo e inspiro, respirando ese aroma familiar que me ancla a la tierra.

—Oh, Ollie —dice ella. No dice nada más, pero no le hace falta. Solo esas dos palabras. *Oh, Ollie*. Encierran un mundo de significado.

Estamos juntos. Estamos a salvo. Estamos haciendo esto, los dos, abriéndonos paso a través del fuego del infierno para forjar nuestro propio lugar. Vamos a formar una familia. Vamos a seguir conectados a la mía, a expandirnos y a crear una propia.

Lo celebramos cenando en un asador del pueblo. Observo con aprobación cómo Renata le hincó el diente a un chuletón de seiscientos gramos con una guarnición de cebolla caramelizada y una patata asada del tamaño de King Arthur, y aparta las judías verdes a un lado. —Estas no son mis favoritas —dice. Le alargó la mano y se la aprieta. Le paso el pulgar por los nudillos.

—¿Y cuál es tu favorita?

—Tú, por supuesto —dice con una sonrisa.

—Ah, eso no es nada cursi.

—Como si me importara una mierda lo cursi —dice con una sonrisa pícaro. Se pone serio y mastica la comida pensativamente. Traga el bocado, lo acompaña con un sorbo de vino y entonces hace la pregunta—: Ollie, ¿ha habido noticias del cártel? ¿Has sabido algo de Colombia?

Niego con la cabeza. —No. Parece que las cosas están en calma por ahora. *Por ahora*. Isabella y Lev tienen a sus hombres peinando cada centímetro de la ciudad y han corrido grandes riesgos para asegurarse de que no haya represalias.

—Gracias a Dios.

—Por ahora está todo tranquilo, Renata —digo. No quiero romper el hechizo. No quiero ser negativo. Por mucho que quiera creer que la paz que hemos encontrado es real y duradera, no puedo quitarme de encima la sensación de que el peligro sigue al acecho. Quizá es todo lo que he vivido lo que me atormenta. Quizá sea una sensación legítima, no lo sé. Pero sí sé que el cártel de La Sombra Roja puede que esté tranquilo por ahora, pero no ha desaparecido. Miro a Renata y aparto ese pensamiento.

Por ahora, tengo que vivir este momento. Por ella. Por *nosotros*.

—Lo sé —dice en voz baja—. No hay paz duradera, ¿verdad?

Niego con la cabeza. —Solo significa que vivimos el momento, que apreciamos todo lo que tenemos ahora. Todo por lo que hemos trabajado. Todo lo que nos hemos ganado. Todo lo que hemos sentido. Apreciamos esto. No damos nada por sentado.

Puedo verlo, igual que ella: las risas resonando en ese jardín, los patinetes y las bicicletas tirados de cualquier manera junto a la entrada. Tardes perezosas junto al arroyo, enseñando a nuestros hijos a pescar o a trepar a los árboles. Quiero eso. Los dos lo queremos. Pero todavía me resulta extraño pensar en un futuro que no sea solo supervivencia.

—Me gusta eso. No dar nada por sentado. Quizá eso es lo que significa toda esa mierda de vivir el momento. Quizá ya tenemos todo lo que necesitamos, aquí mismo.

—¿La seguridad de Polina? —pregunta, untando un panecillo con abundante mantequilla.

—Se casará —digo sin más.

—¿Mikhail tiene ya planes para eso?

—No, quiere darnos tiempo para ver cuál es el próximo movimiento de La Sombra Roja primero.

Por un segundo, me transporto de nuevo al olor a pólvora que impregnaba el aire, a la mano de Renata en la mía. No sé si alguna vez olvidaré el miedo en sus ojos. No quiero olvidarlo. Verla aquí, llena de esperanza y alegría, renueva mi convicción de mantenerla a salvo, de no volver a darle nunca un motivo para que se aferre a mí con miedo.

—Así que no estamos fuera de peligro, pero quizá no sea... No será terrible —dice esperanzada.

Le sonrío y ella me devuelve la sonrisa. Esperanza mezclada con realismo y un ligero toque de optimismo. Aunque eso me gusta.

—¿Postre? ¿Un licor? —pregunta la camarera.

Renata me guiña un ojo. —Invito yo —dice con magnanimidad, extendiendo las manos sobre la mesa—. Pide lo que quieras. ¿La tarta? ¿Un licor para después de cenar?

Niego con la cabeza. —Dejé que compraras la casa. *Esto* lo pago yo.

Los ojos de la camarera se abren como platos. Me importa una mierda.

—¿Puede envolver esto para llevar, por favor? —dice Renata con dulzura, empujando su plato hacia la camarera—. No se ha comido ni la mitad.

La camarera se va con las sobras cuando caigo en la cuenta. — Espera un momento. No me digas que piensas darle el filete al perro —digo con un gemido—. Te has pedido el filete más grande de la carta solo para llevárselo a casa, ¿a que sí? *Renata*.

—King Arthur es un buen chico —dice con voz cantarina—. Ya no se hace sus cosas dentro y es muy obediente. Por supuesto que voy a darle esto. —Sus ojos brillan con un toque de coqueteo—. Y ni se te ocurra intentar detenerme, Ollie. ¿Crees que no he visto esa bolsa de premios para perros en el porche? Esas no las he comprado yo.

—Lo que sea —gruño—. Tenían una oferta de dos por uno.

—Admítelo. Ese cachorro juguetón y dulce te ha robado el corazón.

—Claro. *Es* un buen chico.

Renata no puede poner un pie fuera de nuestra cama o ir al baño sin que él la siga obedientemente. Gruñe y ladra cuando alguien llama a la puerta hasta que le decimos que se esté quieto. Cuando sale a por el correo, está pegado a su lado. *Es* un buen chico.

—Me gusta verte con él —dice en voz baja—. Ríete todo lo que quieras, pero me demuestra que serás un buen *papi*.

—Supongo, es decir, si te paras a pensarlo... —y entonces me doy cuenta de que sus ojos me miran con un brillo travieso.

¿Ha dicho papi? ¿Lo ha dicho con la intención que creo? —Renata.
¿Hay algo que tengas que decirme?

Se me encoge un poco el corazón al mirarla. Es de una belleza indescriptible. Su pelo le cae en cascada sobre los hombros, sus ojos brillan como la luz de las estrellas. Sonríe cuando la camarera trae un trozo enorme de tarta de chocolate a nuestra mesa.

—¿Y *tú* qué opinas? —me pregunta, sonriéndome de oreja a oreja. Luego se vuelve hacia la camarera—. Mejor que sean *dos* trozos de tarta. Uno para él... y otro para mí y para el bebé.

FIN

Preestreno

Desatado: Un Romance Oscuro de Enemigos a Amantes de la Bratva

CAPÍTULO 1

RAFAIL

Contemplo el altar frío y vacío frente a mí. Exigí simplicidad, apropiada para unas nupcias en una iglesia sin Dios y una unión sin amor.

Un jarrón de rosas blancas marchitándose, con los pétalos curvándose en los bordes, descansa sobre el altar de mármol, su empalagoso aroma casi nauseabundo. Las sombras se aferran a los techos altos y abovedados, proyectadas por velas que parpadean en candelabros de hierro. Arriba, las vidrieras oscurecidas representan santos y mártires en colores apagados, sus ojos huecos mirando hacia abajo a través de una luz fracturada.

Un leve rastro de incienso persiste desde la misa dominical, mezclándose con el olor húmedo de la piedra antigua y la tierra. Aquí, las paredes parecen absorber el sonido, silenciando cada respiración, cada latido.

Cada secreto.

El sacerdote al que convocó mi tío está delante de mí, su rostro pálido en la penumbra, casi esquelético entre las sombras. Sus dedos tiemblan alrededor del antiguo libro encuadernado en piel que sostiene contra su pecho; sus bordes dorados empañados por el tiempo. Sus ojos se mueven nerviosamente entre el altar y yo, como si esperara que alguna ira divina cayera en cualquier momento.

Parece que está a punto de desmayarse. Cobarde. Deberían haber nombrado a alguien más poderoso para estar a cargo de un lugar llamado Catedral de los Mártires Eternos, enclavado en el corazón de Zalivka, el pueblo natal de mi familia, a un tiro de piedra de Moscú. Casi puedo sentir las miradas de reproche desde sus imágenes en las vidrieras de verde bosque y rojo sangre.

—Relájese, padre —digo, mi voz resonando en la cavernosa iglesia, apartando la mirada—. No es culpa suya que ella haya hecho esta jugarreta. No le culparé. —Suelta un suspiro como si le hubiera concedido un favor. Demonios, quizás lo hice.

No puedo evitar que mi reputación me preceda. A veces desearía que no fuera así. Haría las cosas más fáciles.

Bah, quizás no.

Puedo ver el blanco de sus ojos y no paso por alto cómo ha carraspeado diecisiete veces en los últimos cinco minutos mientras la esperábamos. No vendrá. Ni ahora, ni nunca.

El pequeño grupo de amigos y familiares leales que han venido a presenciar la ceremonia permanece inmóvil. Nadie se atreve a moverse. Parece como si apenas respiraran. Tiene sentido. No saben si voy a quemar esta maldita iglesia hasta los cimientos o si voy a enviar a una banda a por ella.

Ni siquiera yo sé cómo reaccionar al haber sido plantado por mi futura esposa.

Burlado. Humillado.

Desobedecido.

Mis manos se cierran en puños. Cuando la encuentre... cuando encuentre a mi novia y la arrastre de vuelta hacia mí, no desataré mi ira sobre ella. No. Exigiré *penitencia* de ella. Rendición absoluta, en cuerpo y alma, hasta que esté rota y atada a mí.

De repente, el estridente sonido de alguien presionando las teclas del órgano rompe el silencio. Me vuelvo bruscamente, con la mirada fija en el coro, donde una organista sonrojada y nerviosa sacude la cabeza.

—Lo siento mucho, señor Kopolov. Tropecé. Lo siento, señor. No volverá a ocurrir.

Me aparto de ella, despidiéndola con un movimiento de muñeca. Mis dedos recorren el borde de mis gemelos, una antigua reliquia familiar que perteneció a mi padre, y a su padre antes que a él, y a su padre antes que a él. Apenas noto a Semyon hasta que ya está allí, una sombra silenciosa moviéndose en mi visión periférica.

Semyon se mantiene a unos pocos metros, su silueta esbelta fundiéndose con la tenue iluminación cerca del altar. Veo el débil brillo de sus gafas mientras observa la sala, su mirada aguda y calculadora, sin perderse nada. Espera; un pequeño cambio en su mirada es la única señal de que está pidiendo permiso para acercarse. Siempre estratega, su mente gira con el siguiente paso, frío y vigilante. Muevo la barbilla en su dirección, una señal. Asciende los tres escalones sin hacer ruido, su calma en marcado contraste con la tormenta silenciosa que se agita dentro de mí.

Sus pasos resuenan en los suelos de mármol mientras sube los tres escalones hacia donde estoy junto al altar. Más joven que yo por unos años, se parece a mí pero con una constitución más delgada.

—No va a venir —confirmo en un susurro bajo. Sus ojos, siempre indescifrables, se desvían hacia mí y luego vuelven a la entrada. Di instrucciones explícitas para que su padre la enviara sola. No quería

una ceremonia, un gran acontecimiento. Esto era un acuerdo comercial, ni más, ni menos.

Anissa me ha dejado plantado, joder.

—Predecible —murmura, con un leve tono de desinterés. Siempre ha tenido un don para la neutralidad que he envidiado, una calma que puede inquietar incluso a los más experimentados. Su mirada helada es una promesa de retribución. La familia Kopolov siempre permanecerá unida.

Aparto la mirada de él y reprimo una maldición. El aire de la iglesia es frío, mohoso, evocador de las catacumbas que visité cuando era niño. Era mi lugar favorito adonde ir, lejos del ajetreo y bullicio de la vida familiar. Lejos de la cruel e implacable opresión de mi padre y la silenciosa dignidad de mi madre.

La iglesia parecía más grande entonces. Demonios, todo lo parecía, incluso mi padre.

Me pregunto cómo se sentiría estar ante él ahora si todavía estuviera aquí.

Miro a Semyon y sostengo su gélida mirada. Mi mandíbula se tensa, cada músculo de mi cuerpo condicionado para el control, pero bajo la calma, la rabia me araña como una bestia lista para liberarse.

Nadie se mete con la familia Kopolov, y el hecho de que Anissa se haya burlado de nosotros no quedará sin castigo.

Mi mandíbula se aprieta, mi mirada calculadora, pero bajo todo eso, el tumulto se agita. Contemplo los bancos vacíos al fondo de la iglesia y observo cómo mis hermanos se lanzan miradas rápidas y ansiosas, inciertos sobre qué hacer a continuación.

Haré que desee no haberlo hecho. Haré que desee haber venido como la niña obediente que aprenderá a ser.

Haré que se arrepienta del día en que me desobedeció.

¿Por qué huyó?

¿Cómo logró escapar?

Solo el sonido de susurros distantes y el leve crujido de la ropa rompe el silencio.

—Si puedo ayudar de alguna manera... —comienza el sacerdote. Una mirada mía, y las palabras mueren en sus labios.

Una risa baja, oscura e irreverente proviene de los bancos. Miro a mi hermano menor. Donde Semyon encarna la precisión fría, Rodion es el fuego impredecible que ninguno de nosotros puede controlar completamente —para ser sincero, tampoco quiero hacerlo—. Ayuda tener a alguien como él de mi lado. Reclinado con los brazos extendidos sobre el respaldo del banco, esa sonrisa perpetua en sus labios y el brillo en sus ojos me prometen que una palabra mía bastaría para que él quemara felizmente esta iglesia hasta los cimientos —y asara a nuestros enemigos en las llamas con júbilo— si se lo pidiera. Su lealtad roza la locura. Ha dejado su motocicleta aparcada fuera y probablemente lleva encima más armas que tatuajes, y eso ya es decir mucho.

Sacudo la cabeza, dirijo una mirada significativa a Rodion y vuelvo hacia el sacerdote. —No será necesario, gracias.

Las únicas personas que van a «ayudar» en lo que tengo que hacer a continuación ya están aquí frente a mí. Armadas y listas.

Mi novia estuvo aquí antes. La vi desde lejos. Se supone que no debo ver a la novia antes de la ceremonia, y ni siquiera yo voy a joder con la tradición. Como dice mi abuelo: «Las supersticiones son para niños, pero los adultos tienen edad suficiente para respetarlas».

Así que cumplí con mi deber cuando vine aquí. No tentaría al destino mirando a mi novia antes de la ceremonia. Aparté la mirada cuando vi el revoloteo de tela blanca y un velo transparente, cuando escuché el sonido de tacones en el suelo de mármol del vestíbulo. Solo había dos desconocidos aquí: mi prometida y su guardaespaldas.

Pero estuvo aquí. Y ahora se ha ido.

—¿Alguien la vio marcharse? —digo en voz baja a Semyon. Entorno los ojos hacia la puerta—. ¿Es posible que se la hayan llevado?

¿Se atrevería alguien a llevarse a la novia con la que estaba a punto de casarme? Si alguien la tocó, si alguien tocó un solo pelo de su jodida cabeza...

—No se la llevaron —dice Semyon—. Acabamos de encontrar la videovigilancia del sótano. Se fue por su cuenta. Sobornó a su guardia, se arrancó el vestido y huyó.

Joder.

Miro al sacerdote. —No nos dijo que había videovigilancia en el sótano, padre.

Su pesado libro cae al suelo con estrépito. Balbucea mientras intenta buscar una excusa. —No sabía que la había —dice—. Eso no es de lo que me encargo aquí. Lo siento. Si lo hubiera sabido, se lo habría dicho...

Sacudo la cabeza. —Ni siquiera yo desataré la furia del infierno dañando a un hombre de Dios frente a un altar, padre —digo en voz baja—. Pero no ponga a prueba mi paciencia. Ni la de Dios.

Cierra la boca de golpe, sus finos labios formando una O perfecta antes de tragar saliva con dificultad. Bien. Un hombre sabio sabe que a veces el silencio habla mucho más alto que las palabras.

Me giro para enfrentar a mi familia, con la voz retumbando. —Doy por terminado esto.

Mi hermana menor, Zoya, se sobresalta en su silla, aunque mi hermana Yana permanece erguida sin moverse. Mantiene mi mirada y me da un ligero asentimiento en señal de aliento. Firme y leal, con ojos perspicaces que parecen captar todo lo que ocurre a su alrededor, Yana tiene un aura de calma y quietud, aunque por

dentro, siempre está pensando. La resiliencia es su segundo nombre.

Zoya, sin embargo, es delicada y sensible, y me siento como un idiota por haberla asustado. Sus grandes ojos amables están fijos en mí. Mierda. Es la única que puede hacerme sentir culpable por levantar la voz.

Cuando me dedica su pequeña sonrisa, trago saliva y asiento, pidiendo su perdón. Ella inclina la cabeza, y sus ojos se suavizan, concediéndomelo.

Una familia, una lucha, nunca separados.

No paso por alto cómo sus dedos se tensan sobre el pequeño bolso negro mate que lleva, su propia reliquia familiar. Si no me caso, no tendré más remedio que casarla, ya que Yana ya está casada. Ese pensamiento me mata. Tiene diecisiete años y sigue siendo una niña a mis ojos. No puedo hacerle eso. No lo haré, joder.

Es por ella, es por *todos* ellos, que estoy aquí.

A su lado, mi abuelo permanece sentado, con la espalda recta como una vara, pero con la mirada cálida de seguridad. Una mano nudosa descansa sobre su bastón, la otra sobre el hombro de Zoya. Su mirada me dice todo lo que necesito saber: confía plenamente en que manejaré esto.

Miro a través de la vidriera, una representación brutal pero de alguna manera hermosa de la decapitación de San Juan Bautista, y más allá hacia el cementerio donde mi vida cambió para siempre.

Fue allí donde presencié el entierro de mis padres. Allí donde enterré mi juventud. Allí donde me convertí en el guardián de mis hermanos y heredé la riqueza de mi familia y cada uno de sus enemigos.

Hice un juramento ese día de que sería enterrado junto a mis padres antes de permitir que alguien separara a nuestra familia.

Y ahora Anissa ha hecho precisamente eso. ¿Qué la habría llevado a huir de mí, sabiendo que mi ira sería inevitable?

Mis nudillos se vuelven blancos mientras aprieto el puño, anhelando la oportunidad de retribución. Suelto el aire por la nariz cuando unos pasos se acercan a mí, y una pesada mano se posa en mi hombro.

—La encontraremos, Rafail.

Sé que es mi tío por el olor de su colonia antes incluso de girarme para verlo. A su mujer le encanta acicalarlo como si fuera su juguete personal. Joder, quizás lo sea. —Lo haremos. Nadie puede esconderse de nosotros en esta ciudad.

Me giro y miro al sacerdote, clavándolo en el sitio, decidido a mantener la civilidad y el control. —Dígame qué le debo por esta farsa, padre.

—No, no —dice con magnanimidad—. No se preocupe, señor Kopolov. No realicé la función para la que me contrató.

Niego con la cabeza. —Agradezco eso, padre, pero da muy mala suerte no pagar por los servicios prestados por la Iglesia. Incluso las deudas con Dios tienen que pagarse, o conocemos las repercusiones.

Cuando comienza a protestar, levanto la mano, con la palma hacia él, y sus palabras mueren en sus labios. —Y no tiene que darme todo ese discurso sobre no haber realizado ningún servicio todavía. No voy a atraer la superstición a mi casa. —Le doy una sonrisa sin humor, meto la mano en el bolsillo y saco mi cartera. Desprendo un grueso fajo de billetes y se lo entrego—. También haré una donación al comedor social.

La buena suerte viene de las donaciones a la Iglesia. No tiento al destino.

—Gracias, señor Kopolov —dice el sacerdote, con voz temblorosa. El cabrón probablemente esperaba que el techo se derrumbara, o tal

vez esperaba que lo golpeará. No tiene que preocuparse por eso. No toco a un hombre de Dios a menos que demuestre merecerlo.

—Gracias, gracias. Y cuando encuentre a su novia —dice, innecesariamente alegre—, háganmelo saber de inmediato, y realizaré la ceremonia para la que vino. Lo prometo —añade con una sonrisa.

Asiento y me giro bruscamente.

—Todos de vuelta a la casa —desabrocho mis gemelos y me arremango las mangas.

Es hora de ponerse manos a la obra.

Mis enemigos nos rodean como depredadores, olfateando sangre. Y tan pronto como se sepa que me dejaron plantado en el altar, se acercarán.

Nuestro plan era volver a mi casa y cenar en el comedor. Ahora, en lugar de una cena de celebración, planificaremos nuestro siguiente movimiento. No un ataque, sino una estrategia.

—Volveremos a mi casa. La comida está lista. Discutiremos nuestras opciones, examinaremos las grabaciones y llamaremos a nuestros aliados. Quiero que todos se reúnan en menos de una hora.

Mi tío inclina la cabeza hacia mí. —Movimiento inteligente. Yo habría hecho lo mismo —dice como si eso debiera consolarme de alguna manera. Claro.

Chasqueo los dedos y mis hermanos se levantan, sus movimientos rápidos, listos para la guerra.

—Vámonos.



CAPÍTULO 2

POLINA

—Polina —dice mi madre suavemente. Aunque sus suaves ojos grises me miran con un destello, no puede ocultar el miedo que yace bajo capas de preocupación. Extiende la mano por encima de la mesa y toma la mía, dándole un suave apretón antes de soltarla—. ¿Recuerdas que de niña te dije que podías ser lo que quisieras, verdad?

Gimo. Sé exactamente de qué está hablando y adónde quiere llegar con esto.

—No quería decir que *realmente debieras probar* de todo antes de establecerte —concluye, con la voz apenas conteniendo la risa.

—Lo sé —digo con un suspiro. Debería reírme con ella. Me recuerdo a mí misma que me quiere y desea lo mejor para mí, pero duele ser el blanco de las bromas de mi familia. Apesta ser la única hija en una familia de hombres. Quiero decir, saber que nadie, literalmente *nadie*, me tocará un pelo sin desatar la ira de toda la hermandad Romanov es... *algo* agradable, pero...

Pero conozco el verdadero temor de mi madre. Si mi padre aún viviera, estaría trabajando duramente en planificar mi matrimonio concertado. Mi hermano mayor Mikhail, la cabeza de nuestra familia, no ha dado esos pasos... *todavía*. Pero cambiar de plan a una cuarta carrera universitaria no está ayudando a mi caso.

—Simplemente no sé... qué quiero hacer a continuación. Nada se ha sentido *correcto* aún. Me siento como Ricitos de Oro probando camas, y ninguna me queda bien todavía. ¿Sabes a qué me refiero?

Los ojos de mi madre son suaves pero tristes cuando asiente. Con un suspiro, me coloca un mechón de mi cabello rubio platino detrás de la oreja. —Sí, lo sé. Pero también sé que no tenemos todo el tiempo del mundo, mi amor. Tú también lo sabes.

Mi madre se casó a los diecinueve años y conocía su futuro antes de que mis padres intercambiaran votos. Estaba destinada a ser la matriarca de la familia Romanov, sin esperanza de una educación universitaria, una carrera o algo más que ser la esposa de un Romanov. Lo sé, y creo que es probablemente más por ella que por mí que siento una necesidad tan fuerte de encontrar mi lugar.

En los últimos años, desde que mi hermano asumió como cabeza de mi familia, he probado la partería, la criminología —sí, la ironía no pasó desapercibida— e incluso estudios de género. Ninguna me satisfizo ni se sintió apropiada para la hija menor en una familia de hombres rusos poderosos y anticuados.

Quizás debería haber estudiado finanzas.

—Haz lo que te haga feliz, cariño —dice mi cuñada Harper, guiñándome un ojo desde el otro lado de la habitación. Levanta una licorera con un líquido ámbar y vierte un poco en un vaso lleno de hielo.

—¿Una copa? —dice con una sonrisa. Niego con la cabeza. No me gusta beber. Como gran parte de mi vida se escapa de mi control, me aferro a cualquier mínimo dominio que pueda mantener.

—Estoy bien, gracias.

—¿Estás segura de que esta chica es realmente rusa? —dice Harper, guiñándole un ojo a mi madre—. Ni siquiera bebe vodka.

—¿Estás segura de que esta es realmente italiana? —respondo irónicamente, poniendo los ojos en blanco—. Ni siquiera come queso.

—Sabes que me encanta el queso —se lamenta Harper—. Simplemente yo no le gusto a él —añade tristemente.

—A mí me gustas perfectamente bien —dice mi hermano Aleksandr mientras entra en la habitación y se acerca a su esposa. Desliza un

brazo alrededor de su cintura, la atrae contra su pecho y planta un suave beso en su frente.

—Uf —digo con sarcasmo—. Buscaos una habitación.

—¿Celosa? —dice Aleks con una sonrisa pícaro. Como mis otros hermanos, no se parece en nada a mí. Incapaces de tener hijos pero decididos a construir un legado familiar, mis padres adoptaron. Mientras que yo soy clara y tan rubia que mi cabello es casi blanco, mi hermano Aleks es clásicamente alto, moreno y guapo. Su preciosa novia italiana, Harper, lo mira como si hubiera colgado la luna.

—No tengo celos de vosotros, tortolitos —miento. Estoy totalmente celosa de esos dos tortolitos—. Solo creo que a veces...

La puerta del estudio se abre de golpe. Harper se sobresalta y su vaso se estrella contra el suelo, pero nadie se mueve. Mikhail, mi hermano mayor, está en el umbral, y todos sabemos instantáneamente que algo va terriblemente mal.

Mi madre se pone de pie, pero su voz no tiembla. Ekaterina Romanova nunca se altera. Trago saliva y reconsidero mi decisión sobre el vodka.

—Misha —dice mamá suavemente, esa única palabra contiene un mundo de preguntas. Solo lo llama por su nombre cariñoso —*Misha* — cuando tiene miedo. Todos sabemos que podría ser cualquier cosa. En los últimos años, a medida que mi familia ha ascendido al poder, nos hemos enfrentado a rivales formidables y hemos formado alianzas peligrosas.

También hemos practicado defensa personal cuando nos han atacado.

Hago un rápido recuento mental de las armas que llevo encima.

Pero Mikhail no mira a mi madre. No mira a mi hermano Aleksandr ni a Harper. Sus ojos se clavan directamente en los míos.

Mierda.

—Polina, estás en peligro. Tienes que irte.

La piel de mi nuca se eriza y un escalofrío recorre mi columna. Obviamente, no es la primera vez que mi familia está en peligro. Demonios, hemos estado en tantas situaciones peligrosas que ya estoy acostumbrada. Pero es la primera vez que he visto miedo en los ojos de Mikhail, y he visto pasar al hombre por muchas cosas. Y definitivamente es la primera vez que su miedo era por... mí.

—¿Qué sucede, Mikhail? —pregunto, agradecida de que mi voz tampoco tiemble. Enfrentaré esto de frente. No me acobardaré.

—Tienes que marcharte. Aria ha descubierto algo, y ya no estás segura aquí. —La esposa de Mikhail, Aria, una hacker de clase mundial, no se pierde nada.

—Sé más específico, por favor —digo. Fuera de la ventana, las nubes de tormenta se precipitan. El gris del atardecer se ha oscurecido, y una media luna ilumina el jardín fuera de la casa familiar de mi madre. Casi espero oír el aullido de un hombre lobo. Tiemblo, aferrándome más la sudadera desgastada que tengo sobre los hombros.

—Manuel Soloto, jefe del cártel en Colombia. Va a por ti. ¿Recuerdas que Isabella dijo que ya no estabas segura aquí?

—Sí, pero pensé que dijo...

Mikhail niega con la cabeza. —¿Pensaste que había cambiado de opinión? ¿Que se había casado y te había olvidado? Era una mentira. Una estratagema. No se ha olvidado de ti. Viene a por ti.

Intento restarle importancia con una risa, pero fracaso. —Pero vosotros... Siempre me protegéis. Tenemos todo un equipo de guardaespaldas. Esta casa es prácticamente una fortaleza. ¿Y me estás diciendo...

—Polina —espete Aleksandr. Nunca me levanta la voz, pero ahora casi suena como nuestro padre. Me giro y le miro fijamente.—¿No sabes que si Mikhail te dice que no estás segura, puedes confiar en él? Sabes que haría todo lo que está en su poder para protegerte. Si te dice que no estás segura, tienes que irte... rápido. No es momento para contestar.

Joder. Me rodeo el pecho con un brazo y me aprieto el hombro distraídamente.

—Se supone que mañana empiezo mis clases.

—¿A quién le importan tus clases? —espete Mikhail—. ¿Esta es, qué, la décima vez que eliges una carrera diferente?

Las lágrimas me arden en la parte posterior de los ojos, pero parpadeo para alejarlas. No es propio de él ser tan duro conmigo. Sé que está asustado, pero no tiene por qué ser un capullo.

—Ya me has oído —dice—. Tenemos un búnker en Manhattan.

—¿Un búnker? —le miro fijamente y mi boca se abre de par en par—. ¿Hablas en serio?

Cierro la boca porque mi madre me está lanzando *esa mirada*. Es muy raro que ella ponga el pie en el suelo, pero puedo notar por lo entrecerrados que tiene los ojos y lo tensos que están sus labios que está a punto de hacerlo.

Y justo en ese momento, odio mi vida. La odio con todas mis fuerzas. Sí, tengo una familia que me quiere. Hermanos, cuñadas, sobrinas y sobrinos. Vivo en una casa hermosa y lujosa. Pertenezco aquí; soy una de ellos y, aun así... no puedo... ser yo misma. No puedo ser *normal*.

Daría cualquier cosa por escapar de la abrumadora protección de mis hermanos y el estricto control de mi familia. Sueño con encontrar la libertad y el amor en mis propios términos, sin que me pasen de un lado a otro y me obliguen a algo que no quiero. Quiero

independencia, una vida donde pueda tomar mis propias decisiones. Y sí, puede que se burlen de mí por estudiar una cosa tras otra, pero estoy *tan cansada* de que me traten como un objeto frágil y me mantengan en esta jaula dorada. Quiero liberarme de esta opresión tan desesperadamente que duele.

—No, Mikhail —dice mi madre en voz baja. Ella y Mikhail intercambian una mirada. Nunca le contradice. Nadie lo hace. — Estará más segura en Moscú. Sabes que lo estará. Tengo contactos allí. Ambos los tenemos.

Espero que se niegue, pero en su lugar, se pasa una mano por el pelo. Moscú es mejor que un *búnker*.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta ella.

—Una hora —dice Mikhail—. Ya está en camino.

Me quedo mirando, con el estómago revuelto. Cierro los ojos y me despido de mis esperanzas y sueños. Desde luego, mañana no voy a ir a la escuela.

—Polina Romanova, ¿me has oído? —me espeta Mikhail.

—Oh, por el amor de *Dios*—. ¡Tú no eres mi padre! —le grito.

Mi madre jadea.— Polina...

—No —digo, manteniéndome firme—. Él no puede hablarme de esa manera.

—Este no es el momento para que salgas con estas gilipolleces —gruñe Mikhail, su piel dorada tornándose en un leve tono rojizo. Apenas está conteniendo su ira.

Dios, quiero a mis hermanos, pero es totalmente posible odiar y querer a alguien al mismo tiempo.

Aprieto los dientes.— No me *hables* de esa manera.

Él lanza las manos al aire.— Voy a asegurar el perímetro. Voy a asegurarme de que estamos a salvo. Hazla entrar en razón —le espeta a mi madre antes de marcharse furioso.

Harper me mira fijamente, con los ojos muy abiertos.— ¿Qué hará Soloto si te atrapa? —dice con voz queda. Ella se casó con mi hermano en un matrimonio arreglado, sin conocerse previamente. Y eso funcionó... bien. Con el tiempo. Tal vez este hombre...

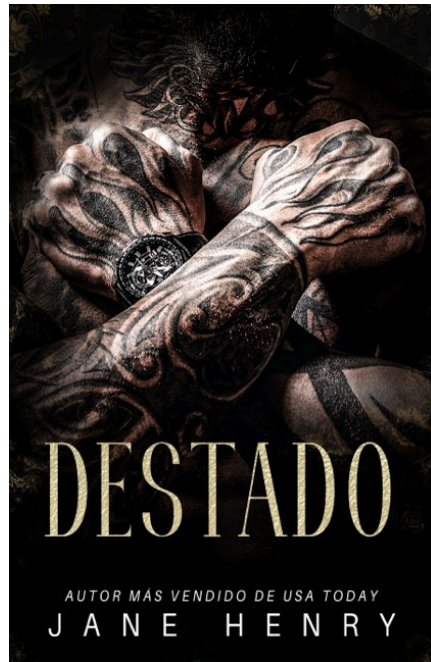
—No hablaremos de eso —dice Aleksandr en voz baja—. No tiene ningún interés en casarse con ella, Harper. —Su voz se vuelve más baja—. No tiene interés en hacer nada que nosotros permitiríamos que alguien le hiciera a ella.

El tono escalofriante de su voz me hace reflexionar. Tengo que escapar, lo quiera o no. Hoy no es el día en que me liberaré de las formas dominantes de mis hermanos.

—Mikhail me dijo que te preparara —dice mi madre en voz baja mientras me pone una mano en el brazo—. Ya tenía una maleta preparada en caso de que sucediera algo así. Ella lo sabía. Mi madre lo sabía. —En el suelo de mi armario hay una bolsa de color marfil. Tiene una etiqueta de equipaje plateada. Esa es tuya. —Toma aire—. La que está a su lado es la mía. Ve a buscar las dos.

—¿Vas a venir conmigo? —pregunto, con el corazón acelerado—. Sí —dice suavemente—. Pero tengo que hacer algunas llamadas telefónicas. Ve, Polina. Coge las bolsas. Vamos a Moscú.

¿QUIERES DESCUBRIR QUÉ OCURRE DESPUÉS? PIDE TU EJEMPLAR DE
"DESATADO: UN ROMANCE OSCURO DE ENEMIGOS A AMANTES DE LA BRATVA"
HACIENDO CLIC EN LA IMAGEN DE ABAJO.O. ¡DISPONIBLE EL 20 DE FEBRERO DE 2026:





Impulsada por el chocolate negro y un café aún más negro, la autora superventas de USA Today Jane Henry escribe lo que le encanta leer: romances con personajes bien desarrollados e irresistibles que presentan hombres alfa dominantes y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Ha creído en el poder del amor y el romance desde que Bella conquistó a la bestia, y finalmente decidió escribir sus propias historias de amor.

[Boletín de Jane](#)
[Página web de Jane](#)

